

2
11-2563

2-11-2563

Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
Sala	B
Estante	34
Tabla	
Número	93

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL	
GRANADA	
Sala:	B
Estante:	14
Número:	271

EL SECRETO
DE LA FELICIDAD



EL SECRETO

DE LA FELICIDAD

EL SECRETO

DE LA FELICIDAD

R-16398

EL SECRETO
DE LA FELICIDAD

POR

ERNESTO FEYDEAU

TRADUCCION

DE D. PEDRO SIERRA



SEVILLA

EDUARDO PERIÉ, EDITOR

PLAZA DE SANTO TOMÁS 13

1870



DEPARTMENT OF THE INTERIOR

LAND OFFICE

Be it remembered that on the 1st day of June 1880
at Washington in the presence of the following witnesses
I, the undersigned, a Notary Public in and for the District
of Columbia, did certify to the following facts to-wit:
That the within and foregoing is a true and correct
copy of the original of the same as the same appears
from the records of the said Department of the Interior
and that the same is a true and correct copy of the
original of the same as the same appears from the
records of the said Department of the Interior.

I.

El África francesa tiene por límites, al Norte, una zona de montañas cuya anchura varia de treinta á cincuenta leguas, y que se estiende con mil pintorescos accidentes de terreno desde el imperio de Marruecos hasta la regencia de Túnez. Esta comarca, á la cual los árabes han dado el nombre de Tell (país montañoso) se eleva como una defensa natural entre el Sahara y el Mediterráneo, surcada por numerosos rios y torrentes, y profundamente poblada de altos bosques que alternan con eriales areniscos. Esta zona comprende cuatro grandes llanuras de una fertilidad maravillosa, que son las de Bona, Mitidja, el Chelis y Orán. La parte Norte es la mas poblada, y sin embargo, por uno de esos raros contrastes que suelen observarse en la fisonomía

de los continentes, existe en ella una gran extension de terreno, fértil en extremo, pero completamente inhabitado. Solo algunas tribus árabes vagan por ese desierto con sus rebaños, y ni una granja, ni una aldea francesa, se han levantado aun sobre su suelo, cuya inmensa superficie de cerca de quinientas leguas cuadradas, ocultando entre los accidentes del terreno los escasos y únicos campamentos árabes que la pueblan, no presenta á las miradas del viajero mas que una imponente soledad.

Cuando sometido por fin Abd-el-kader, el gobierno francés consiguió pacificar la Argelia, se trató de fundar algunos establecimientos en el país conquistado, y despues de varios proyectos, que por impracticables unos y por muy costosos otros, fueron desechados; decretóse en 1860 que el camino existente desde Cheregell hasta la poblacion Novi se prolongase sobre el litoral hasta Túnez, y se estableciese un puerto en el fondo de la pequeña bahía de Montararach, que pudiese servir de refugio á los buques que hacen escala en las costas de Africa, en caso necesario. La autoridad militar encargada de la ejecucion de este proyecto, nombró para dirigirla á un capitán de Ingenieros llamado Thierry, que había llegado hacía poco tiempo á Africa con buena reputacion de capacidad y celo en su carrera.

Este tenía entonces poco menos de cincuenta años. Era un hombre de excelente corazon, de proverbial honradez, desinteresado, esclavo de su

deber, pero educado casi esclusivamente en el estudio de las matemáticas, carecía de una instrucción brillante, teniendo solamente de la historia de las artes y de las ciencias naturales, algunas medianas nociones que hacían de él un hombre muy limitado en el dominio intelectual. En medio de su honradez, no era feliz, y dejaba entrever, tanto en sus facciones como en sus palabras, cierta amarga tristeza. A su salida de la escuela de Metz había sido destinado á la plaza fuerte de Marsal, situada en el Este de Francia. Allí se había casado, y en pocos años tres hijos le cargaron de obligaciones, que le encadenaron á la vida é hicieron resaltar de una manera muy triste para él, el sentimiento de verse postergado en su carrera y olvidado para el ascenso durante veinte y cinco años, á pesar de su buen comportamiento. En ese largo período, solo obtuvo las charreteras de capitán y la cruz de la Legion de Honor, quedando inaccesible para él el empleo de comandante á pesar de los buenos informes que dieron sus gefes en todas ocasiones. Tal vez si en el seno de su familia hubiese encontrado una compensación á estos contratiempos, el capitán hubiera concluido por resignarse, pero su familia que en un principio, fuera para él una fuente de completa felicidad, llegó á ser un día la causa de crueles sinsabores. Despues de veinte años de matrimonio vió, en poco tiempo, su salud gravemente quebrantada á consecuencia de las calenturas perniciosas de las marismas de Marsal, y

primero su esposa y luego sus dos hijos, fallecieron, quedándole tan solo una niña cuyo carácter, entristecido desde la mas tierna edad por la desgracia, carecia completamente de la energía que hubiera podido atenuar en su padre los efectos de una constante melancolía. La residencia del padre y de la hija en las plazas fuertes de la frontera, verdaderas prisiones construidas todas por el mismo modelo, se hizo muy pronto insostenible para ambos. El padre, sobre todo, que á causa de sus pesares, se habia vuelto supersticioso, habia concebido la idea de que su última hija, cuya constitucion parecia delicada, no tardaria en sucumbir si seguia viviendo con la uniformidad de existencia que tan funesta habia sido ya para su familia. Continuamente le asediaba el temor de su próxima separacion, y tanto llegó á inquietarle este fúnebre presentimiento, que solicitó del ministro de la Guerra su traslacion á una de las colonias de las antillas ó de Argelia. Fué destinado á Milianah, pequeña poblacion muy saludable y alegre, donde á nadie conocía, pero en la que recuperó su espíritu una tranquilidad relativa. Sin embargo, dos meses despues de su llega, el decreto de la creacion del puerto y del pueblo de Montarách sumió de nuevo al capitán en una nueva série de inquietudes. Nombrado jefe de la expedicion, le era forzoso permanecer mas de un año en el país donde se debian ejecutar las nuevas obras. ¿Qué iba á ser de su hija durante su ausencia?

¿Podía dejarla en alguna poblacion, bajo la custodia mas ó menos indiferente de la esposa de uno de sus nuevos compañeros? Este partido le pareció tan aflictivo como inconveniente.

Despues de muchas dudas, el padre resolvió por fin dejarlo á la eleccion de su hija, dándole á entender de esta manera que no podía decidirse por sí solo á una separacion. Ella lo comprendió, y como tambien había pensado con terror en dicha eventualidad, no ignorando todos los tormentos que padecería su padre, hijos de su misantropía, había formado ya en su corazon, con un desinterés mas que filial, el piadoso proyecto de consagrarle su vida entera. Declaró, pues, que seguiría á su padre, que ni las privaciones inseparables de una expedicion de invierno por un país desierto, ni la ruda existencia que la esperaba entre militares y obreros, podrían arredrarla. En fin, se manifestó tan resuelta, tan persuasiva, que su padre se dejó convencer y decidió que la llevaría, prometiéndose, sin embargo, volverla á dejar en Milianah si el cansancio y la tristeza de su aislamiento, llegaban á hacerle demasiado pesados.

El dia 31 de octubre fué cuando el capitán Thierry, despues de recibir las últimas instrucciones de su gefe inmediato, el general gobernador de Milianah, salió de esta hermosa poblacion para trasladarse al punto de su destino. Tenía que recorrer unas quince leguas por la region norte del Tell antes de llegar al término de su

espedicion, para donde hizo salir la víspera el destacamento de cien hombres que habían de acompañarle en su nueva residencia, á fin de evitar á su hija el fastidio de una marcha lenta en medio de aquella pequeña fuerza compuesta en gran parte de infantería. En cuanto á él, podía alcanzar fácilmente á su gente en el camino. Apenas acababa de salir el sol bajo un cielo abraçado por el viento del Sur, cuando el capitán, su hija y tres personas mas, salían por la puerta de Milianah. El calor era sofocante á pesar de lo temprano de la hora. Hacía diez que el siroco soplabá como un torbellino de fuego sobre las montañas; el suelo desecado estaba cubierto de una espesa capa de fino polvo, y los árboles frutales de las huertas que ciñen como una franja verde la villa del morabito Ben-Youssef, dejaban caer con languidez sus ramas cargadas de frutas. Seis meses habían transcurrido entonces sin que cayese una sola gota de lluvia sobre el suelo del Tell; así es que casi había desaparecido de aquella comarca toda señal de vegetacion. Solo se veían algunos grupos de lentiscos cuyas hojas brillaban de trecho en trecho á los rayos del sol. La yerba, que cual olorosa alfombra, recrea tan dulcemente la vista del hombre, consumida hasta sus raíces, se había disipado en átomos impalpables; y las fuentes agotadas, solo oscurecían la tierra como grandes manchas de lodo.

Marchaba á la cabeza de la pequeña caraba-

na un guía indígena el cual se llamaba Alí, célebre en toda la Argelia. Había servido de explorador á los franceses durante la guerra, y desde que se había firmado la paz en las tres provincias, estaba agregado como *andarín* al puesto árabe de Milianah. Nacido en las fronteras de la kábila, Alí reunía todas las propiedades de sus compatriotas. Diestro, paciente, astuto y valeroso, poseía la sobriedad del asno y los acerados músculos del avestruz. Divisaba á un ginete á mas de una legua de distancia, y con un grito le hacía volver la cabeza. Jamás había querido servirse del caballo en sus marchas, al cual se reconocía muy superior en sus correrías por las montañas, y cifraba su mayor placer en encontrar alguna ocasion de humillarlo y proclamar las ventajas del andarín sobre este bruto, principalmente en las arriesgadas operaciones de sorpresas y emboscadas.

El capitán Thierry, que montaba un caballo viejo y manso, marchaba á veinte pasos detrás del guía. Sus ojos, espejo fiel de la franqueza de su carácter, siempre estaban resguardados por unas gafas azules, y á pesar de que vestía el uniforme del cuerpo de Ingenieros, se podía observar en su posicion nada airosa, que le importaba muy poco parecer mal ginete. En efecto, nunca se le había ocurrido hacer alarde de elegancia, en lo que andaba muy acertado, pues bajo este concepto no tenía nada que agradecerle á la naturaleza. En cambio, difícilmente hubiéran-

se pòdido encontrar una fisonomía mas franca ni mas ingénua que la suya.

Noémi, la hija del capitan, montada sobre una mula, caminaba al lado de su padre. Era de mediana estatura y en toda su persona se revelaba cierta languidez encantadora. A pesar de sus veinte años ya cumplidos, parecía tener á penas diez y seis, á causa de la candidez de su semblante y de todos sus modales. Su tez mate y satinada, sus cabellos castaños, sus rasgados ojos garzos en los que resplandecía una dulzura infinita, su boca pequeña de esquisitas formas, y sus facciones que no reunían tal vez toda la regularidad que exigen las imperiosas condiciones de la belleza, formaban un conjunto lleno de gracia juvenil. Lo que agradaba en la jóven Noémi no era solo su gracia y su aureola de inocencia, sino sobre todo su espresion de modestia y de bondad.

Un viejo negro que desempeñaba el importante cargo de cocinero en casa del capitan Thierry, y cuyo nombre era Faitha, seguía á su amo caballero en otra mula y sentado á horcajadas sobre las cajas que contenían los utensilios de cocina de la caravana. En aquella postura, Faitha tenía un aire de cómica gravedad que le hubiese hecho pasar por un santón morabito si las cacerolas de cobre y estaño, los cazos de metal, las trébedes de hierro y las tenazas colgadas á los lados de la carga, no reveláran claramente el secreto de su profesion. Todos estos utensilios, sacudidos por el movimiento de la mula, producían un ruido

perpétuo, pero Faitha parecía absorto por las combinaciones de su importante cargo, y no daba muestras de advertirlo siquiera. Cerraba la marcha su sobrina *Ourida* que trotaba á algunos pasos detrás de él: esta era una negra de veinte años y estaba dedicada al servicio particular de Noemi en calidad de doncella; su carácter era muy ameno pero tenía la desgracia de ser muy fea.

En el mes de Octubre, es cuando mas á menudo sopla en el Norte del Africa el Siroco, viento mortífero que precede á las primeras tormentas anunciando la estacion de las lluvias.—Sin embargo, á pesar de haber transcurrido ya la mitad del otoño, aquel dia nada parecía indicar la proximidad de las aguas. Apenas se divisaban algunos ligeros vapores, que semejantes á largas fajas, se cernían sobre la montaña. Las cimas alpeñes aparecían rígidamente recortadas sobre un cielo rojizo, como una alta muralla cenicienta elevada delante de un incendio. Cuando la pequeña caravana, despues de haber llegado al pié de la roca en cuyas laderas está situado Milianah, hubo caminado durante una hora por la esplanada que se estiende á la izquierda de los desfiladeros de Zakkar, el capitán Thierry, que hasta entonces no había desplegado sus lábios, se volvió de repente sobre su silla.

—Nuestro viaje empieza bajo muy malos auspicios, le dijo á su hija. El calor de este viento del Sur es insoportable, y temo que te pongas mala antes de llegar á Montarach.

—No tenga V. cuidado por mí, padre mio, contestó alegremente la jóven. No temo al calor; nunca me ha hecho daño. Piénsese V. mas bien en si mismo, con ese uniforme que tanto le molesta y sin mas resguardo que una gorra contra los ardores del sol. Tome V., póngase V. mi pañuelo y colóquelo V. debajo de su gorra.... Así no, añadió sonriéndose al ver que su padre no desdoblaba todo el pañuelo. Hay que ponerlo de modo que cubra el cuello. Y ahora, desabróchese la casaca y aflójese V. la corbata. Ya sabe V. que tiene que obedecerme en todo, pues yo soy el gefe de la expedicion.

—¡Niña querida! contestó el soldado, si todos los oficiales del ejército hubieran sido tan solícitos como tú, cuantos hombres de bien muertos de cansancio y de privaciones en este país, desde hace treinta años, estarían hoy llenos de vida! Pero ¿qué es esto? parece que está ardiendo ese monte, exclamó con inquietud al sentir que se le abrasaban la cara y los ojos, como si se hubiese colocado delante de la boca de un horno candente.

Entonces, elevándose sobre sus estribos, llamó al guía que marchaba delante con la serena tranquilidad de una criatura que se mueve en su elemento, y le preguntó si habría peligro en seguir avanzando por aquel camino. El guía, miró sucesivamente hácia las crestas del Zakkar y los primeros grupos de encinas del bosque de los Beni-Menasjer que se veía al frente de los viajeros, y no descubriendo ningun incidente estraordi-

nario, se encogió de hombros, movió gravemente la cabeza y se contentó con pronunciar sentenciosamente estas dos palabras:

—¡*El gueubeli!*

Era efectivamente el Siroco, ese viento del desierto, llamado *gueubeli* por los árabes, que soplando sin obstáculos en aquella alta esplanada, la estaba abrasando con un polvo fino y seco como ceniza. No había medio alguno en lo humano de librarse de él. La pequeña caravana volvió á emprender la marcha, pero el capitán debilitado de repente por la arena impalpable que le obstruía las narices y los ojos y le secaba las fáuces, no hacía mas que mirar á su hija con angustiosa solicitud. A cada paso temia que la jóven cayese de su cabalgadura asfixiada por un calor, cuya intensidad iba creciendo por minutos, acompañado de un ruido sordo y profundo semejante al del mar ó al de una lejana tempestad. El aspecto del país que atravesaban entonces los viajeros, no contribuía poco á aumentar su inquietud. Detrás, delante, por todos lados, altas cimas desnudas se alzaban hasta el cielo. Hubiérase dicho que algun océano había sido petrificado allí de improviso durante el mas terrible esfuerzo de una tempestad.

Ni una senda, ni el menor vestigio de cultivo, ni una choza, se divisaban en aquella triste llanura en toda la distancia que la vista podía alcanzar.

Todo era muerte y silencio.

A eso del medio día, los viajeros encontraron á los soldados del destacamento que el día anterior había salido de Milianah, descansando junto á una fuente que manaba al pié de unos árboles. El capitán que hacía media hora apenas podía sostenerse á caballo, echó pié á tierra, haciéndolo así mismo su hija y los negros. Sirvióse el almuerzo y el café, éste les devolvió á todos las fuerzas, y muy pronto, recostados ambos al tronco de un árbol, padre é hija, cedieron al pesado sueño que les había producido aquel viento abrasador. Allí, á pesar de estar acostumbrado desde la niñez al viento del desierto, no se había librado tampoco de aquel malestar inesplicable. Sentóse junto á la fuente, sacó de su albornóz una galleta y algunos higos secos, lo cual constituyó su almuerzo, y despues de beber el agua de aquel manantial, que saboreó con delicia, tendióse á la larga sobre el abrasado suelo, y al cabo de pocos segundos sus ronquidos anunciaban que era tan bueno para dormir como para correr.

Un cuarto de hora despues todos dormian profundamente.

II.

Serían las cuatro cuando Alí despertó. Tenía la cara y el cuerpo bañados en sudor. Levantóse inmediatamente y despues de haberse desperezado, echó una ojeada hácia el horizonte. Nada se veía en la atmósfera que pudiera inspirar temores á miradas inespertas, pero lo que advirtió el guia le hizo estremecer. A unas cuatro leguas del campamento veíase un agudo pico de la sierra de *Zougara*. Aquella cúspide de mil y cien metros de elevacion, muy conocida entre los árabes bajo el nombre de Kef-el-Hamar, se destacaba como una pirámide, y sobre ella y á gran altura divisábase una inmensa nube negra de forma ovalada, la cual semejaba á un inmenso globo aereostático iluminado por detrás. Esta nube distaba tanto del pico, y sus contornos eran tan

duros, que Alí creyó al pronto ver la imágen de una montaña reproducida en el cielo por algun efecto de espejismo. Pero muy pronto se disipó esta ilusion, y lanzándose en medio de los soldados, los despertó apresuradamente gritando:

—En marcha! ¡en marcha! ¡la tempestad nos amenaza! ¡No lo pasarán bien esta noche *los hijos del pecado* en la montaña!

En un instante se puso en pié todo el campamento. Los *Spahis* fueron los primeros que sacudieron el sueño, y á penas hubieron dirigido sus miradas hácia el punto del cielo observado por Alí, cuando tan sobrecogidos de inquietud como él, se apresuraron á estimular el celo de los conductores de las mulas, ayudándoles á cargar sus bestias, por mas que este acto fuese muy opuesto á su natural dignidad. El capitán, de pié, al lado de su hija, miraba sorprendido esta escena de confusion; pero el guia, sin dejarle tiempo para pedirle esplicaciones, fué á buscar el caballo del oficial y la mula de la jóven, y volviendo con ellos del diestro les gritó desde léjos en su pintoresco y familiar lenguaje:

—En marcha padrecito mio, pues sinó vas á ser sumergido en el agua como un pez. ¡Por la Cabeza del Profeta, falta aun mucho camino para llegar al Montararach!

En cinco minutos, tiendas y cantinas estuvieron cárgadas sobre las mulas y se emprendió de nuevo la marcha en medio del mayor tumulto. Todos sentian que les amenazaba un gran

peligro sin poder apreciar su naturaleza, y los gritos y los relinchos, se mezclaban con el ruido precipitado de los pasos de la columna. El capitán, su hija y los negros, precedidos por Ali, marchaban apresuradamente sobre una línea paralela, á la distancia de medio tiro de fusil. Mucho trabajo le costó al capitán el que Ali le explicase la causa de tan repentina partida, y segun llegó á entender, ó mejor dicho, segun creyó entender, se temia por el estado de la atmósfera que en breve estallase una de esas terribles tormentas de los países montañosos del Africa que lo arrasan todo á su paso.

Por eso, el guía, suponiendo que la temida tempestad seria menos violenta en la costa que en la sierra, se empeñaba en llegar cuanto antes al litoral. Además, dos leguas mas allá de Montararach existia un *bordje* ó casa grande fortificada, cuyo dueño ofreceria seguramente hospitalidad á los viajeros durante la noche. Ali, sin dejar de hablar y marchar á pasos agigantados, seguia observando el horizonte por el lado del Kef-el-Hamar, donde veia nuevas señales que no eran por cierto tranquilizadoras. La enorme nube creciendo á cada minuto en pesadez aparente y en volúmen, bajaba con lentitud hácia el pico, y su sombra cubria ya la base de la montaña.

De repente un ruido sordo y lejano resonó en el espacio. El guía se quedó escuchando, pero todo habia vuelto á permanecer en silencio.



Sin embargo, se encogió de hombros y apresuró su marcha. En aquel momento su andar se había convertido en una especie de paso gimnástico, y las mulas, aguzando las orejas y aspirando fuertemente el aire, tenían que trotar para seguirle.

Alí con la vista fija en la nube que presagiaba la tempestad, y sin cesar de correr, dejaba escapar de vez en cuando enérgicas exclamaciones que revelaban su inquietud.

—Mírala, señor, dijo de pronto al capitán, ya está tocando al Kef-el-Hamar, ya *le va á comer la cabeza!* y blandiendo su pesado bastón hacía las nubes como para desafiarlas. Sí, exclamó, abrid las cataratas del cielo! Venid y arrancaid los árboles de cuajo!—Echad á rodar nuestras tiendas por el lodo! Nosotros, cuando estallen vuestros truenos, sabremos mantener firmes nuestras almas. El rayo no mata, quien mata es el destino!

El capitán, al ver sus ademanes, le preguntó si había que temer en realidad algun peligro.

—Ninguno mas que el de ser arrastrados todos por las aguas; contestó aquel. No puedes figurarte, padrecito mío, los estragos que van á hacer aquí las primeras lluvias. Antes de algunas horas, la alta llanura que estamos recorriendo se habrá convertido en un lago. Nadie saldrá vivo de él. No te digo esto, prosiguió, para hacerte palidecer. Tú, tus soldados y yo, somos hijos de la pólvora y sabemos que la muerte no es mas

que un tributo que tenemos que pagar; pero tu hija, señor, es una planta muy delicada....

—¡En nombre del cielo! interrumpióle el capitán asustado de improviso; siendo así, redoblemos el paso. Estas mulas y mi caballo no están tan cansados que no puedan correr durante una hora....

—¿Y tus soldados? repuso Alí. ¿Los vas á dejar abandonados al empuje de las aguas?

—Tiene razon, dijo para sí el capitán. Mi deber es compartir sus peligros. Está visto, añadió al oír un nuevo trueno. ¡Muy mala idea ha sido para mí la de esponer así la vida de mi hija!

Noemi, que por la distancia no habia podido oír aquella conversacion, pero que vió palidecer á su padre, le preguntó si se encontraba malo.

—No, no estoy malo, hija mia, contestó con ansiedad el capitán, ó mejor dicho, solo mi corazon es el que padece. Hemos cometido la imprudencia de detenernos demasiado por estos sitios y ahora nuestras vidas están en las manos de Dios.

—Siempre lo han estado, padre mio, contestó con dulzura la jóven. Y si nos amenaza algun peligro, es un motivo mas para que pongamos en Dios nuestra confianza. Dios es bueno, es justo y no nos abandonará.

El padre no pudo contestar ni una palabra, pero la mirada que la dirigió espresaba un mundo de ternura y de desolacion.

Siguieron marchando así durante dos horas

en la direccion del mar y sin dejar de conservarse á corta distancia del departamento. Los conductores de las mulas, cansados, habian montado sobre sus bestias, y se sostenian en equilibrio acurrucados sobre los fardos.

Cada soldado de á caballo habia tomado un infante á la grupa, y tan solo un reducido número de hombres, mas robustos que los demás, habia soltado las armas y las mochilas, siguiendo la marcha á pié, como el guia, y todos sin cuidarse de la inminente tempestad, reian, se llamaban unos á otros y contestaban al fragor de los truenos con sarcásticas bromas.

A eso de las seis, despues de haber trepado penosamente por un montecillo cubierto de bosque que ocultaba el horizonte, llegaron al extremo de la esplanada; entonces, por instinto, como heridos de estupor, todos hicieron alto. Una escena conmovedora y grandiosa se desenvolvía ante sus ojos.

Era un valle estrecho y profundamente encajonado, de tres leguas de largo, que seguía la direccion de Sur á Norte, perpendicularmente al mar, entre el Kef-el-Hamar y las escarpadas pendientes de los *Zalymas*, formando en el continente Mediterráneo una enorme quebradura transversal de mas de una legua de ancho. Ocupaba por completo todo este valle el álveo, entonces seco y sembrado de cantos rodados, de un rio muy conocido por los árabes bajo el nombre de *Oued-Dhamous*. Sus márgenes que se eleva-

ban á cuatrocientos piés de altura, se veian cubiertas de trecho en trecho por bosquecillos de brezos y lentiscos, y numerosos afluyentes, secos tambien, cortando sus pendientes con mil sinuosidades, iban á desembocar en el álveo inmenso de blancos guijarros que se estendia ensanchándose, desde el *Kef-el-Humar*, hasta la playa. En medio del *Oued-Dhamous* precisamente, enfrente de nuestros viageros, se elevaban una despues de otra, dos largas islas formadas de rocas y separadas por un estrecho que media de uno al otro lado cerca de veinte piés.

En el momento mismo de llegar los viageros al borde de la rampa, las nubes, bajando repentinamente, cubrieron el pico desde su cúspide hasta su base y apagaron el último pálido rayo del sol. Un viento poderoso que soplabá del Sur precipitándose en el valle, lo llenó de uno á otro extremo de polvo huracanado. A la derecha se veía el mar liso é inmóvil como una placa de acero pavonado. Mezclóse de repente al fragor cada vez mas sonoro y mas prolongado de los truenos, un ruido continuo, parecido al roce de las olas sobre una playa cubierta de guijarros. Vióse entonces el enorme lecho de cantos blancuzcos estremecerse poco á poco con un movimiento regular, sin dejar aun pasar el agua, y el torrente de piedras empezó á correr hácia el mar, salpicando de trecho en trecho por anchos goterones de lluvia.

El capitan y su hija se habian quedado llenos

de terror á la vista de aquel espectáculo; pero el guia no les dejó que lo contempláran mas tiempo.

—Tú eres el amo, díjole al oficial, y yo soy tu servidor; pero has de saber que tenemos que vadear este rio, y antes de un cuarto de hora se nos habrá cerrado el paso.

Empezó entonces á bajar, saltando de piedra en piedra hácia la orilla, por entre las altas matas, seguido de los demás.

La senda que habia elegido Alí era el lecho de un torrente seco que iba á parar cuatrocientos piés mas abajo, al borde del *Oued-Dhamous*, enfrente de la primera isla. La pendiente de este camino estrecho, hondo y sinuoso era tan áspera, que las mulas y el caballo del capitán no podían dar un paso sin tropesar. El guia habia vuelto á colocarse á la cabeza de la caravana, y á la derecha, algo mas adelante, los soldados caminaban por el fondo de otro torrente que desembocaba enfrente de la segunda isla.

Crecia, entretanto, la oscuridad, en medio de la cual los relámpagos sacudían á cortos intervalos su capa de fuego. El ruido del rio seguía en aumento. Ya se iban humedeciendo los guijarros, y entre ellos serpenteaban algunas delgadas líneas plateadas, primera aparicion de las aguas que bajaban del cielo sobre las cúspides ocultas de la montaña. De pronto, y al llegar los caminantes á la mitad de la bajada, una ola cenagosa se precipitó con la rapidez de una trom-

ba, deslizándose sobre el lecho de piedras, y como si se la hubiera tragado inmediatamente el suelo abrasado, desapareció antes de llegar al mar.

Completamente sobrecogido por tan extraordinaria situacion, el capitán seguia avanzando detrás del guía sin advertir que su hija y sus dos criados se habian separado de su lado. Noemi, desde que empezó á ver el *Oued-Dhamous*, olvidando el peligro que corria y el de sus compañeros, habíase quedado contemplando la grandeza del espectáculo que tenia á la vista, y del cual, sin detener su marcha, no podia apartar los ojos. Poco á poco, fué separándose del camino, sin advertir que su mula habia variado de direccion hácia la izquierda: los negros la seguian silenciosos, sin cuidarse mas que de sostener la marcha de sus cabalgaduras. Llegó por fin un momento en que la jóven se vió fuera de toda senda practicable, rodeada de altas ramas de lentiscos. Entonces, dirigió á su alrededor una rápida ojeada, y no viendo ya ni á los soldados, ni al guía, ni á su padre, esperimentó una emocion muy parecida al miedo.

—Creo que nos hemos extraviado, Faitha, le dijo al cocinero, que, casi acostado sobre las ancas de su mula, hacia cuanto podia para sujetar los numerosos utensilios de su profesion, que se enganchaban en todas las ramas. Vé y llama á mi padre, ó corre hácia adelante para buscar la senda. Si mal no recuerdo, debe encontrarse cerca de aquí, hácia la derecha. Corre, buen Faitha, y

que sea pronto; pues la tormenta se acerca y no tardará mucho en envolvernos la oscuridad.

Pero el negro no poseía, por desgracia, el instinto de la orientación, y además harto tenía que hacer con cuidar de sus equipages para poder idear otra cosa de provecho. Así es que en vez de bajar hacia la derecha, volvió á subir por la izquierda y atolondrado por los truenos, cegado por las oleadas de polvo que giraban á su alrededor, se extravió él también, y no sabiendo por donde dirigirse para alcanzar á sus compañeros, se puso á gritar desafortunadamente esperando llamar así la atención de Añí.

El guía y el capitán acababan de notar la desaparición de la joven y de los criados, cuando llegaron á sus oídos los ahullidos del cocinero. Corrió enseguida el primero en la dirección de la voz, y á penas hubo divisado á Faitha:

—¿Pues qué no hay ya más que viento bajo esas canas? le gritó, ó ¿crees tú que eres un leño que flota sobre el agua? ¡Viejo loco! ¿Por qué no me has seguido? ¿Qué has hecho de las mugeres? añadió al ver que el negro estaba solo.

—Creo que estarán por aquí, contestó Faitha, cada vez más atontado y sin saber lo que decía.

—¿Dónde? gritó el guía abarcando todo el espacio visible con una mirada.

No vió por todas partes más que la soledad abrasada por los relámpagos. Subió rápidamente

á una altura, volvió á mirar y descubrió por fin á la jóven y la negra, á las cuales se había reunido ya el capitán.

—¡Vamos! dijo entonces, arrojándose á la brida de la mula, y se fué tirando del animal por enmedio de la maleza sin cuidarse de las protestas de Faitha, cuyo rostro azotaban y herian las ramas. ¡Vamos! Estaba escrito que no dormiríamos en nuestras camas esta noche. Ya empieza á correr el *Oued-Dhamous*. ¡Desgraciado el hijo de mi padre!

El trueno retumbaba en aquel momento con tanto estrépito en la montaña, que el guía, sin hablar palabra, hizo al capitán y á la jóven una seña para que le siguiesen, y se lanzó por el sendero abajo con una rapidez vertiginosa. Las mulas ya no andaban, sino que saltaban por entre los lentiscos, estimuladas por el instinto de su conservación.

Un cuarto de hora, apenas, habia bastado para cambiar de una manera asombrosa el aspecto de aquellos sitios. La base del Kef-el-Hamar habia desaparecido bajo dos corrientes de aguas arremolinadas, cubiertas de blanca espuma. El río era un torrente furioso de mas de trescientos piés de ancho, que rodaba convulsivamente, arrastrando moles de rocas en su estrepitoso oleaje, que acrecentaban las aguas amarillentas de mas de cincuenta afluyentes.

A pesar de la lluvia que habia empezado á caer con violencia, el guía lo habia examinado

todo de una ojeada. Volvióse de repente hácia los que le seguían y exclamó:

—¡Por la cabeza de nuestro Señor Jesucristo, que también es el nuestro; (1) daos prisa, ahora peligran nuestras vidas!

Al decir esto cogióse de las crines del caballo del capitán, que ya había empezado á andar dentro del agua seguido muy de cerca por las mulas.

Afortunadamente para los viajeros, el agua no tenía aun mucha profundidad. Llegaba á penas al vientre de las bestias; pero el paso era difícil, porque el fondo del río estaba lleno de grandes piedras y hoyos profundos. Las mulas se resbalaban, retrocedían ante las olas y tropezaban á cada paso sobre los montes de guijarros.

A trescientos pasos mas abajo, los soldados atravesaban también el río y se dirigían hácia la segunda isla, sin cesar la algazara y los chistes á pesar del peligro.

Entretanto seguía retumbando el trueno, el agua caía á torrentes y el Oued-Dhamous crecía con asombrosa rapidez. Por fin, el capitán y los que iban con él, lograron abordar á la primera isla, al mismo tiempo que los soldados del destacamento llegaban á la segunda.

Pero no debían encontrar aun allí la salvación. Todos lo sabían. Había que pasar primero por aquellas islas, y despues por el segundo brazo del *Oued-Dhamous*, para llegar á la alta ri-

(1) Los árabes lo tienen en gran veneración, y lo llaman *Sidna Aïssa*.

bera que avanzaba hácia el Norte en el mar como un inmenso promontorio. Atravesaron corriendo las islas, pero cuando hubieron llegado á la orilla del segundo brazo, se quedaron inmóviles, como clavados en el suelo por una fuerza invencible. El guía se abalanzó á la cabeza de la mula que montaba la jóven, el capitán sujetó su caballo con las dos manos, y los negros se dejaron caer al suelo lanzando gritos de terror. En la segunda isla, los soldados corrían azorados llamándose unos á otros, y buscando en valde por toda la orilla del río un sitio vadeable por donde pudiesen pasar. Delante de ellos, el río, crecido de una manera asombrosa, rodaba con horroroso estrépito, arrastrando matas, árboles, piedras, tiendas, animales muertos, techos de chozas, y hasta grandes pedazos de tierra, sobre los cuales se sostenían aun algunas plantas de adelfas en flor. Las aguas corrían á saltos impetuosos, brillando el resplandor de los relámpagos y llenando el espacio de un estruendo mas aterrador que el de la misma tempestad, y soberbias, terribles, irresistibles, arrancaban y se llevaban todo cuanto encontraban á su paso.

—¿Qué va á ser de nosotros, gran Dios? exclamó con dolor el capitán.

—Pasar aquí la noche, dijo Alf.

III.

La franja de tierra en la cual se encontraban así encerrados nuestros cinco viajeros, no tendría mas de cien piés de largo por treinta de ancho, y algunas rocas amontonadas en su centro, le daban cierta semejanza con la joroba de un inmenso camello. La segunda isla ocupada por los soldados, era mas larga y mucho mas alta, y el estrecho que las separaba estaba completamente lleno de agua.

Lo primero que hizo Alí al ver que no se podía pasar el segundo brazo del Oued-Dhamous, fué llevar á sus compañeros hácia una espaciosa gruta que él conocía, y que, situada en medio de la isla, servía de refugio durante las frias noches del invierno á los pastores de los terrenos circunvecinos.

Veinte personas cabían fácilmente en ella, y una pared de anchas piedras colocadas en el centro, la dividía en dos departamentos de dimensiones casi iguales.

Faitha encendió en un instante un gran fuego con haces de leña que encontró en el fondo de la gruta, y mientras los viajeros se enjugaban al calor de las llamas, el guía descargó en un momento las bestias y puso á cubierto los equipajes. Luego quitó las albardas á las mulas y la silla al caballo, y dejó á los animales libres de recorrer la isla á la intemperie sin temor de que pudieran abandonarla. Hecho esto, se volvió hácia el capitán, que parecía impaciente por averiguar la suerte de sus soldados, y le dijo que estaba listo para conducirle lo mas cerca posible de aquellos.

Los soldados, al ver que se les acercaba su jefe, se agolparon todos á él, pero cuando llegaron al borde del estrecho, y vieron la rapidez de la corriente que se había formado entre las dos islas, comprendieron que no había por el momento la menor esperanza de reunirse.

—¿Están todos sin novedad? preguntó el capitán al sargento, formando con sus dos manos reunidas una especie de bocina, para dominar el ruido atronador del río.

—Todos, mi capitán, contestó el sargento, y no hemos perdido ni un caballo, ni una mula. ¿Han tenido Vdes. la misma suerte, mi capitán?

El oficial contestó afirmativamente con la ca-

beza, y el sargento prosiguió alzando la voz:

—Tenemos aquí todas las tiendas; ¿cómo haríamos para hacer pasar algunas hasta ahí?

—Es inútil intentarlo, contestó el oficial. Además, no las necesitamos. Hay aquí una gruta donde todos podríamos albergarnos.

—Mas vale así, mi capitán; pero ¿tienen Vdes. víveres?

—Sí; ¿y vosotros?

—Los hombres y las mulas están provisionados para tres días.

—Mucha economía. Que se planten las tiendas. Que nadie quede espuesto á la lluvia. Espero que pasaremos la noche sin mas novedad. Mañana al rayar el día, si las aguas de ese maldito río han bajado, que todos estén listos para marchar.

—Está bien, mi capitán. ¡Buenas noches! El oficial contestó con la mano á este saludo, y mientras los soldados corrían hácia las tiendas para guarecerse del agua del cielo, él volvió hácia la gruta seguido de Alf.

—Si piensas que pasarás el río mañana por la mañana, señor, creo que te equivocas, le dijo de pronto el guía.

—Pues, ¿cuando crees tú que podremos salir de aquí?

—¿Quién lo sabe? repuso el guía. ¡Está escrito! pero mientras siga la lluvia cayendo sobre las montañas de la *Zougara* tendremos que armarnos de paciencia.

—¿Y habrá algún peligro de que esta isla sea sumergida por las aguas? preguntó el padre, á quien esta idea llenó de temor.

—Todo es posible para Dios, contestó sencillamente el árabe. Si él ha resuelto que todos nosotros perezcamos ahogados, es seguro que lo hará sin que nada pueda sustraernos á nuestro destino. Sin embargo, no creo que tengamos nada que temer esta noche. Puedes dormir tranquilo.

Redobló en aquel momento la lluvia poniendo fin á la conversacion de los dos hombres y obligándoles á buscar precipitadamente un refugio en la gruta.

Allí encontró el capitán á su hija que sentada sobre una de las cajas de víveres, se calentaba á la lumbre. Noemi, gracias á la buena negra que la servía, había podido mudarse de ropa, poniéndose un traje de lana durante la ausencia de su padre. La jóven se hizo á un lado para dejar sitio al capitán, le enjugó la cara, el cabello y las manos, le instó para que se acercara á la lumbre, y cariñosa, solícita, hizo cuanto pudo para hacerle sobrellevar alegremente el comun contratiempo.

—¿No es verdaderamente una dicha, le dijo, mientras le ayudaba á quitarse la casaca para cubrirle con un capote de uniforme, que hayamos encontrado aquí este abrigo? ¿Qué habría sido de nosotros, espuestos durante toda la noche, á esta lluvia, sin poder encender fuego y sin mudarnos de ropa? Los soldados tienen todas las tiendas;

así no los molestará el mal tiempo, esto debe tranquilizar á V. En cuanto á nosotros, segun dice Faitha, parece que vamos á comer perfectamente; pues no nos faltan provisiones y tenemos vino, café.....

—Tú tomas las cosas con mucha filosoffa, hija mia, interrumpió el capitán. Por mi parte, no estaré tranquilo sino cuando hayamos podido pasar ese río endiablado. ¡Ah! ¡porqué te he traído! prosiguió con doloroso ademán.

—Para no separarnos, para que yo os cuide como debo hacerlo. Vamos, querido padre, desarugue V. ese ceño, si nó le vá á reñir su Noemi. Un espantoso trueno le cortó la palabra. El relámpago había sido tan brusco, tan luminoso, y la detonacion fué tan inmediata, que todos creyeron que había llegado su última hora y se quedaron un rato inmóviles, mirándose unos á otros en silencio. Ya había cesado el estrépito y fué apagándose el sonido del trueno sordamente, y el capitán permanecía aun inmóvil fruncido el entrecejo mientras que parecían petrificados por el terror. El árabe tan solo continuaba de pié secando su albornóz delante de la lumbre y sin que diera su semblante la mas pequeña señal de emocion. En cuanto á Noemi, su rostro se cubrió de una palidez mortal, é inclinando la cabeza sobre el pecho, juntó las manos para murmurar una plegaria.

Desde este momento, aun cuando la lluvia no dejó de caer, los truenos fueron cesando poco

á poco, y pronto la tormenta ya distante, no dejó oír mas que algunos ahogados ruidos que se perdían en el espacio sobre los abismos del mar.....

El cocinero anunció que la comida estaba lista y el padre y la hija, precedidos por la negra, pasaron al segundo departamento de la caverna. Estendióse un mantel sobre una mesa improvisada y gracias al cansancio del viaje, todos pudieron hacer honor á los platos condimentados por Faitha con una ciencia digna de los mayores elogios. La negra, siempre silenciosa, servía á la mesa. En cuanto al guía, embozado en su albornoz y acurrucado sobre los talones á algunos pasos de la improvisada mesa, roía una galleta y algunas aceitunas que le dió Faitha para cenar.

—Ni el capitán ni su hija consiguieron, por mas que lo intentaron, que se sentase con ellos á comer.

—Cada uno tiene sus costumbres, padrecito mio, contestó á Mr. Thierry que se empeñaba en convencerle. Tú puedes llenarte porque tienes un caballo que te lleve, pero eso no es para mí que ando á pié. Si yo comiera tanto como tú, me hincharía el estómago, se me pondrían pesadas las piernas, y las viejas de la tribu, me señalarían con el dedo.....

Después de la comida, se sirvió el café, y el capitán á invitación de su hija, se sentó con ella y con el guía á la entrada de la gruta. Mr. Thierry y All encendieron sus cigarros, Noemi se pu-



so á ver caer el agua, pues llovía sin cesar y los tres quedaron pronto absortos en la contemplacion de la oscuridad de la noche surcada aun de cuando en cuando por el resplandor de algun relámpago á cuya luz se veía dibujarse la negra masa de la isla rodeada de blancas olas de espuma. Hacía ya algunos instantes que el capitán admiraba aquel espectáculo fantasmagórico, cuando al dirigir su mirada al lado opuesto del rio, le pareció divisar una débil luz que centelleaba como una estrella y se veía á tanta altura que parecía estar tocando en el cielo.

—¿Habr  algun faro en esta costa? pregunt le   Alf.  Qu  fuego es aquel que brilla   lo lejos?

—Es una lámpara colocada delante de las ventanas del *bordje* del *Oued-Dhamous*, contestó el gufa. En ese *bordje* hubiéramos pasado la noche si la tormenta no nos hubiese cerrado el camino.

— Qu n vive en esa casa?

—Un compatriota tuyo, un colono.

—Pues bien, repuso Mr. Thierry,   quien, como   la mayor parte de los militares recién llegados al Africa, sonaba mal la palabra colono; si no fuera porque temo permanecer en esta isla mas tiempo de lo que quisiera, bendecir a ahora la tormenta que me ha ahorrado el disgusto de recurrir   la hospitalidad de ese compatriota.

—Señor  no estás hablando con sensatez! replicó vivamente Alf.

—¿Porqué? dijo el oficial al parecer, ofendido.

—Porque ese colono no se parece á algunos de los que habrás encontrado en las cercanías de Argel y de Milianah, los cuáles se han dejado caer sobre nuestros campos como la voraz langosta.

—¿De veras! dijo el capitán algo sorprendido; ¿quién es pues ese colono?

—Es un hombre justo, contestó el árabe; un hombre de cuyos lábios no se oyen mas que buenos consejos y cuya mano está siempre abierta.

—¿No sabes nada mas de él? pregunto Mr. Thierry.

—Sí, señor, contestó Alí. Durante mucho tiempo ha «quemado la pólvora» en Argelia. Todos sus gefes le apreciaban y sus soldados le eran tan adictos como los brazos lo son al cuerpo del hombre. Cuando dejó el servicio, hará unos diez años, tenía el empleo de coronel. Desde entonces vive con sus servidores y su familia en una casa grande que verás desde aquí mañana cuando sea de día; y la tribu de los Beni-Haona, cuyas tierras lindan con las suyas, le venera como á un morábito. Dicen que tiene grandes riquezas en metálico, cantidades crecidas de duros depositadas en Argel en un edificio que se llama el *Banco colonial*; pero vive muy modestamente y sus riquezas no le sirven mas que para socorrer á los desgraciados. Repito que es un hombre justo y, aunque cristiano, reside en él la sabiduría de Alá.

—No esperaba yo encontrar á un hombre semejante en este desierto, dijo el capitán. ¿Y cuál es su nombre?

—Los árabes, dijo el andarín, le llaman el *Kebbir*, esto es, *gefe*, y nadie es tan digno como él de este título; pues así como es el mejor, es el mas grande de todos los hombres.

—Parece que le profesas una veneracion profunda, contestó Mr. Thierry.

—¿Y como no? replicó el guía. Allí no es un perro y el *Kebbir* le ha salvado dos veces la vida.

Al oír estas palabras pronunciadas con todo el énfasis del agradecimiento, el padre y la hija se miraron como para comunicarse su mútua sorpresa.

—En cuanto á su nombre francés, prosiguió el guía, escrito está en el sobre de una carta que me ha dado para él el gefe de la agencia árabe de Milianah.

Quitóse Allí, al decir esto, los dos gerros sobrepuestos, uno de tela blanca de algodón y otro de lana encarnada, que cubrían su cabeza rapada, entre los cuales había un papel doblado y sellado. Se lo llevó primero á los lábios, luego á la frente y lo entregó al capitán.

Este inclinándose hácia la bugía que ardía en el suelo, delectreó en alta voz el nombre escrito sobre la carta.

—¡El conde de Bugny! dijo, volviéndose á su hija; yo conozco este apellido, hija mia; hace

treinta años se llamaba así uno de mis compañeros de la Escuela Politécnica, el mismo día en que él entraba en la Escuela de Estado Mayor, entré yo en la de Metz, y desde entonces no nos hemos vuelto á ver. Era un excelente jóven, notable por su formalidad, y un juicio verdaderamente extraordinario en la juventud.

—Dices que era coronel; ¿no ha perdido el tiempo, por cierto! Mas ¿por qué causa se ha retirado del servicio? prosiguió volviéndose hácia el guía.

—Nadie lo sabe, contestó éste. Verdad es que nadie se ha atrevido á preguntársele; porque no se habla al Kebbir como á cualquier mendigo. Mas si tú le conoces, señor, es una gran fortuna para tí; pues nadie podrá serte tan útil como él para las obras que vas á ejecutar en el Montararach.

El capitán Thierry no tenía nada de envidioso. Sin embargo, era hombre, y al saber que uno de sus compañeros había ascendido tanto en su carrera, no pudo menos de pensar en su propia historia, y al recordar el largo olvido de que había sido víctima, cierta espresion de amargura asomó á sus lábios.

Su hija lo advirtió. Cogióle la mano y contestando á sus secretos pensamientos, le dijo:

—¿Qué le falta á V. á mi lado, padre mio?

—Nada, hija, contestó el capitán, suspirando. Pero cuando pienso que he servido siempre fielmente á mi país, y que otros.... En fin, no

me quiero quejar, aun cuando puedo decir con razon que no he tenido suerte.

—¿Por qué no se acuerda V. de aquellos compañeros suyos que han muerto en la flor de su juventud, de los que no han sabido como V. merecer el aprecio de sus gefes, en fin, de aquellos que han tenido que retirarse del servicio, por enfermos, antes de tiempo, ó que viven aislados, sin familia y sin consuelo? balbuceó la jóven.

—No quiero negar que haya hombres menos afortunados que yo, contestó el padre; pero ¡por cuántas dolorosas pruebas hemos pasado los dos! Tu madre y tus dos hermanos descansan por allá.... ¿Ha desaparecido su recuerdo de tu corazón?

—No, padre mio. ¡Dios lo sabe! Nunca se borrará de mi memoria mientras viva; pero ¿quién le dice á V. que su amigo no ha sufrido pruebas tan duras como las nuestras? Son muy pocos los hombres que llegan á la edad que V. tiene sin pagar á la vida su inevitable tributo de dolor.

—Tienes razon, noble hija mia, prosiguió el padre conmovido; me he dejado dominar por un mal sentimiento; pero como siempre, tú me has recordado quién soy.

Volvióse entonces hácia el guía que, por discrecion se había asomado á la entrada de la gruta afectando deseos de echar una ojeada hácia el exterior.

—Hace poco hablabas de la familia de ese coronel. ¿Es casado? le preguntó.

—Sin duda, contestó, y padre de dos hermo-

dos hijos. El mayor es un jóven de veinte años llamado Esteban, ágil y robusto como un kabila del Djerdjera; la otra es una jóven, cuyo nombre es Margarita, y no ha visto aun abrirse mas de diez y seis veces la flor que tiene su mismo nombre. Posée la gracia de una hurí y su corazon es tan generoso como el de su madre.

—¿Dices que hace diez años que viven en este desierto? preguntó el capitan.

—Sí, señor.

—Pero, segun creo, no se encuentra por aquí ninguna habitacion europea á menos de quince leguas de la suya. No habrá, pues, para ellos distraccion alguna ni trato social. ¿En qué pasan el tiempo? ¿Qué hacen?

—Hacen beneficios, señor, contestó Alí.

El capitan no se cansaba de oír hablar de su antiguo camarada, y cuanto de él iba sabiendo aumentaba su asombro. Quedóse un momento pensativo recordando todos los elogios que el guía había hecho de su salvador, y rompiendo de nuevo el silencio, prosiguió:

—Lo que me has dicho de el Kebbir es admirable, y la espresion de tu agradecimiento me hace comprender la veneracion que tributas á mi camarada.... Pero Noemi, hija mia, á pesar del gusto con que veo estas oyendo á nuestro guía, estarás muy cansada, y es tarde. Vamos á tratar de dormir, si el ruido infernal de ese rio nos lo permite,

Al decir estas palabras se levantó, y con una

solicitud verdaderamente paternal, estendió una capa sobre un monton de hojas secas que Faitha habia conservado para alimentar la lumbre al dia siguiente. Tendióse sobre ella la jóven, y despues que su padre le puso por almohada un saco lleno de ropa, no le pareció del todo malo el improvisado lecho, en el cual sirvió de manta el ya enjuto albornoz. El capitán dió á su hija un beso, envolvióse en su capoton, apagó la bugía y fué á echarse tambien en el fondo de la gruta, tomando por cabecera la silla de su caballo. Los dos negros estaban durmiendo ya en la cocina delante de la lumbre medio apagada. Solo allí se quedó velando rebujado en su albornoz á la entrada de la gruta. La lluvia seguía cayendo, y las aguas del rio no cesaban de mugir sobre su lecho de piedras. Noemi luchó aun maquinalmente con el sueño durante algunos minutos. En este intervalo sus ojos que trataban de sondear la oscuridad, no veían fuera de la gruta mas que las hogueras encendidas por los soldados, las cuales despedían un resplandor rojizo entre las blancas tiendas, y allá á lo lejos la lucécita que temblaba en la ventana del *bordje* del *Oued-Dhamous*. Cerró los ojos, los volvió á abrir, y vió de nuevo la luz en el mismo sitio. Rindióla por fin el cansancio y se durmió soñando que estaba sumida en las densas tinieblas de un profundo abismo, desde el cual se veía centellear una estrella que iluminaba sola con azulados resplandores la bóveda celeste.

IV.

Cuando Noemi abrió los ojos era ya de día y había cesado de llover; pero el río seguía anunciando con estrépito la violencia de su corriente. El capitán y Ali no estaban ya dentro de la gruta. La joven se levantó, alisó sus cabellos, se aseó brevemente, y sintiéndose el cuerpo frío y molido por el cansancio de la víspera y la mala noche, bebió apresuradamente una taza de café que le presentó Ourida, y salió de la gruta.

El cielo estaba cubierto de negros nubarrones que se movían pesadamente hacia las cúspides de los montes Zougara, sin dejar paso á un solo rayo del sol. El mar se veía oscuro y agitado. El río se había ensanchado todavía mas, y todas las piedras de su álveo estaban cubiertas por las aguas turbias y espumosas, distinguién-

dose tan solo en el hervidero de las corrientes los sitios donde estaban amontonadas las mas altas. La jóven se envolvió en su albornoz y empezó á andar con trabajo por el suelo mojado de la isla, parándose de trecho en trecho y mirando por todos lados para buscar á su padre. Vióle, por fin, al borde del estrecho departiendo vivamente con Alí. Llegóse á ellos y se enteró con el mas vivo terror de que su situacion era muy apurada. El nivel de las aguas subía sin cesar, la isla iba disminuyendo por instantes y el guía aseguraba que era indispensable encontrar un paso para abandonarla inmediatamente, porque antes de tres horas las aguas la cubrirían por completo.

El capitán no tuvo fuerzas para dirigir á su hija una sola palabra. Tener en peligro su propia existencia, era para él cosa acostumbrada hacia ya treinta años, pero hasta entonces nunca se le había ocurrido la idea de ver morir á su hija de una manera tan horrorosa. Así es que se esforzaba por conservar su sangre fria al discutir con Alí, y por mas que hacia, una angustia terrible le oprimía la garganta.

La necesidad de buscar un medio rápido y decisivo de salvacion, no era dudosa para ninguno de los dos, pero el capitán, poco práctico en materia de inundaciones, se empeñaba en que se intentase el paso á la segunda isla en una balsa que podrían construir los soldados; pero el guía, que consideraba este medio como irrea-

lizable á causa de la fuerza y de la rapidez de la corriente en el estrecho, convenció prácticamente al capitán de la certeza de sus apreciaciones, pues habiendo lanzado su bastón en medio de la corriente, desapareció con la rapidez de una flecha hácia el primer brazo del río.

—Siendo así, exclamó de pronto el capitán, ¿habremos de perecer en la corriente de este río? ¿Qué medio me propones para pasar al otro lado?

—Si tu hija tuviese el pié de las mujeres árabes, señor, contestó Alí, señalando con la mano tres enormes encinas que se elevaban en la punta del estrecho á la orilla de la segunda isla, la salvacion de todos nosotros estaría en esos árboles.

—¿De qué modo? dijo el capitán.

—Tus soldados tienen hachas, contestó el andarin. Pueden hacer que esas encinas caigan como un puente sobre el estrecho. Nosotros podemos pasar por ese camino. La segunda isla es alta y firme; resistirá á las aguas aunque lleguen estas á la altura de dos cuerpos de hombre. Pero, señor ¿podrá seguirnos tu hija?...

—Sin duda podrá, contestó el padre interrumpiéndole. Mas solo con mirar á la jóven se convenció muy pronto de su error. Noemi, por mucho que fuera su valor, era muger, y las últimas palabras del guía la habian producido un miedo invencible. Se estremecía á la sola idea de verse á mas de treinta piés en el aire, andando sobre el tronco de un árbol que vacilaria encima del

abismo. Cubriéndose los ojos con las manos, palideció atrozmente y cayó casi exánime en los brazos de su padre.

—No, no, ¡partid! ¡Abandonadme! exclamó. Yo no podré hacer eso jamás! Os ruego que no penseis mas en mí, querido padre!

Y echándole los brazos al cuello, prorrumpió en sollozos.

—¡Cómo! ¿Abandonarte? gritó el capitán. ¿Te atreves á pedirme que te deje morir en tan horroroso trance, cuando estamos aquí mas de cien hombres y que el que menos arrojado de todos se avergonzaría de no arriesgar su vida para salvar la tuya?

—No quiero, no merezco que nadie se esponga á morir por mí, contestó Noemi. Además, los soldados y V. tambien se deben á su país. Abandonadme, pues, á mi suerte.

Allí presenciaba conmovido esta escena y los soldados que presenciaban de léjos la generosa lucha entablada entre el padre y la hija, comprendiendo lo terrible de la situacion, emitian entre sí con una confusion tumultuosa, los pareceres mas disparatados para arrancarlos á la muerte, llegando algunos hasta ofrecerse para echarse á nado en el estrecho. A todo estaban dispuestos para que no se dijera que no habian hecho nada por salvar á su capitán.

En aquel momento, los negros llegaron corriendo, arrastrando detrás de sí sus equipages y las cajas de provisiones y lanzando gritos de

terror. El río acababa de llevarse grandes pedazos de tierra, desprendidos de la parte Norte de la isla: el agua llegaba ya hasta el pié de la roca que cubria la gruta, y filtrándose también por el suelo, habia apagado la lumbre de la cocina. No es posible formarse una idea de las estravagancias que el miedo inspiraba á aquellos dos desgraciados. Faitha se arrancaba las barbas y se administraba tremendos bofetones; Ourida se arañaba la cara con las dos manos, y los dos juntos ahullaban como si ya hubieran sentido las olas llegar hasta sus lábios. Este ruido infernal unido al de los soldados en su isla y al de las aguas del río, acabaron con la paciencia de Alf, que se lanzó como un rayo sobre los negros, y para hacerlos callar les repartió una buena cantidad de sendos puñetazos.

—Cabezas de azabache! les decia, no podeis esperar que Azrael, el ángel de la muerte os eche mano para quejaros? ¡Por la santa Caaba de la Meca! Si seguís ahullando os he de poner á los dos una mordaza!

La negra, prosternada en el lodo, le besaba los piés; levantóla bruscamente y dirigiéndose al capitán:

—Padre, le dijo, cree en la experiencia de tu hijo Alf. Si Dios quiere sacarnos de aquí, no lo hará por el estrecho, sino por el río.

Llevándole entonces al borde del segundo brazo, le señaló con la mano un largo y tortuoso surco de espuma que se apartaba de la orilla de

la isla, y cortando la corriente, llegaba de un lado á otro del rio, hasta la tierra firme.

—¿Vés esos borbotones que forma el agua? prosiguió; son las señales que indican los altos fondos del rio. Debajo de toda esa línea se encuentran grandes piedras amontonadas. Sin embargo, un hombre no podría pasar por ellas, porque el hombre no tiene mas que dos piernas y las olas haciéndole perder el equilibrio, le empujarían mas abajo, donde el agua tiene mucha profundidad; pero un caballo vigoroso y bien dirigido puede pasar.

—¡Por qué no lo has dicho antes! exclamó el capitán. Mi caballo, aunque viejo, tiene el pié seguro, y mi hija...

—No, señor, le interrumpió el guía, tu caballo no es bastante seguro para salir bien de semejante prueba.

—Pues bien, escojeremos de entre los mulos el mas fuerte y dócil.

—¡Es inútil, señor! replicó Ali. Los mulos son como tu servidor. No tienen quien los iguale cuando se trata de correr por la montaña, pero no saben andar dentro del agua.

—Entonces, exclamó dolorosamente el capitán, ¿por qué dices que Dios puede sacarnos de aquí por el rio?

—Porque, á pesar de la profundidad del agua, todavía hay partes altas en el fondo; solo nos faltan un buen caballo y un ginete experto para pasarlo. Mira, añadió de repente, estendiendo el

brazo; hé ahí, al salvador que Dios te envía, señor. ¡Que no vuelva á ver á mi mujer si miento!

El capitán dirigió la vista en la dirección que el guía le señalaba, y al otro lado del río, sobre el alto promontorio en el cual estaba situado el bordje rodeado de árboles, divisó á un árabe á caballo. Su albornóz se destacaba del fondo negro de las nubes. El árabe seguía á mas de quinientos piés de altura, una línea paralela al río y no parecía haber visto á los soldados que hacían señas para llamar su atención; pero en el mismo momento en que Alí le designaba al capitán, hizo alto, se alzó sobre los estribos, abarcó con una rápida ojeada las dos islas, y de pronto, alzando los brazos como para dar á entender á los naufragos que lo había comprendido todo, volvió grupa á su caballo y partió á escape tendido en dirección del bordje.

El cuarto de hora que trascurrió despues de esta aparición, pareció un siglo á los desgraciados reunidos en la primera isla. El agua, rápida y lívida, subía sin parar. Ya se había precipitado dentro de la gruta. La isla se iba estrechando, adelgazando y á penas tendria ya cuarenta piés de largo.

Por fin el árabe volvió á aparecer, seguido de una cuadrilla de compatriotas suyos, todos á caballo, lanzándose á galope por la pendiente del promontorio. En cinco minutos llegaron á la orilla del río, y desde allí, despues de reconocer la situación de los dos grupos, se alejaron de la

isal ocupada por los soldados, para colocarse en frente de la primera.

Entre los recién venidos había dos europeos, á los cuales todos abrían paso con respeto. El primero podía tener cincuenta años de edad: era alto, erguido y manejaba con soltura una yegua alazana. Su barba rubia, salpicada de mechones de plata, bajaba hasta la parte superior del pecho. Su aspecto era austero y dulce, grave y tranquilo. El segundo, era un joven que contaba apenas veinte años; sus negros cabellos flotaban alrededor de su cuello; tenía la tez tostada, ojos grandes, negros y vivísimos, el talle esbelto y flexible, y montaba un soberbio caballo padre de pelo oscuro y pura raza árabe, que se defendía impetuosamente entre sus rodillas. Los dos ginetes, vestidos de ligeras telas de color gris, usaban botas altas de montar de cañas flexibles, y pendían de sus hombros anchos albornoces.

El capitán, acompañado por su hija, Alí y los negros, se acercó cuanto pudo hácia la ribera de la isla. Saludáronse unos y otros por señas, pues el ruido del torrente que los separaba, no permitía entenderse de otro modo, y mientras los árabes exploraban el río y sondeaban con la vista la profundidad del agua, el guía, señalando con la mano al más viejo de los dos europeos, anunció al capitán que aquel era su antiguo amigo. Añadió que el joven de la negra cabellera era hijo del coronel, y que los árabes que les servían de escolta, pertenecían á la tribu de los

Beni-Haoua, cuyo territorio se estendia delante de ellos al otro lado del Oued-Dhamous.

Entretanto, los ginetes árabes se acercaban á los dos europeos, y rodeando al de mas edad, parecian consultarse unos á otros. El Kebbir, despues de haber oido á todos con atencion, volvió á recorrer al paso de su caballo la orilla del rio opuesta á la primera isla, y dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo:

—No podemos dejar perecer á esos desgraciados sin tratar de salvarlos, y para eso no veo, como vosotros, mas que un solo medio: es que alguien pase el rio á caballo y los vaya trayendo aquí, si Dios lo permite, uno á uno. Este medio voy á probarlo yo mismo. Que nadie de vosotros me acompañe. Y saludándolos con la mano, dirigió su yegua hácia el rio.

Mas en el momento en que el animal, adivinando el peligro, se empinaba espantado delante de las olas, su hijo, que hasta entonces habia permanecido á un lado, con la discrecion que conviene á los jóvenes cuando los hombres deliberan, se le acercó y tocándole en el brazo respetuosamente, le dijo:

—Padre mio, permita V. que le dirija una observacion y una súplica. No es V., sino yo, el que debe obrar ahora. Vuestra existencia es demasiado preciosa para exponerla así, mientras que yó, de quien no dependen ni una familia, ni tantos servidores, no soy indispensable para nadie en el mundo. Solo V. y mi madre podrian ne-

cesitar de mí, y mi hermana, si es preciso, os servirá de consuelo á los dos. V. ya ha pagado con creces su deuda á la humanidad, mientras que ésta aguarda aun de mí el primer servicio. Ruego á V., pues, que me deje pasar el río. Yo le prometo que tendré prudencia.

El padre, al oír estas palabras, pronunciadas con voz dulce y acento persuasivo, titubeó, perdió el color y miró á su hijo de un modo extraño. Una lucha terrible se trababa en aquel momento entre los mas imperiosos sentimientos de su corazón. Varias veces se desplegaron en valde sus lábios como para articular una negativa ó un consentimiento. Por fin, haciéndose de repente dueño de sí mismo, y volviéndose hácia el jóven, despues de suspirar hondamente, con acento frio, casi severo, le dijo:

—¡Anda!

Separó sin mas palabra su cabalgadura y se colocó en la orilla, atento á lo que iba á suceder.

Empezó entonces una escena grandiosa y conmovedora. El caballo que montaba el hijo del Kebbir era un soberbio animal. Llamábase *Gre-zala*, que significa Gacela.

El jóven á quien desde ahora designaremos por su nombre de Estéban, guió en derecha su corcel hácia la línea desigual de la corriente formada por las aguas arremolinadas sobre los montones de piedras. Trabóse allí una lucha corta, pero enérgica, entre la maestria del jinete y la

instintiva resistencia del bruto, lanzándose por fin este último al río, en el cual hundió sus anchos pechos que presentaba de lleno á la corriente, para resistir con mas bríos su formidable empuge.

Inmóvil, sereno, con el cuerpo en equilibrio y evitando entorpecer por el menor ademán los movimientos del caballo. Esteban no perdía de vista ni un segundo la línea de espuma de la cual no debía apartarse. A veces las oleadas hacían subir el agua hasta su pecho y la extremidad del albornoz que llevaba sujeto sobre los hombros, flotaba estendido sobre las aguas detrás de él.

Pronto hubo llegado el caballo al medio del río; pero allí se multiplicaron los obstáculos que era preciso vencer. La corriente, mas rápida en aquel sitio, había derribado á trechos los montones de guijarros y si el caballo tuvo que emplear toda su fuerza y todo su instinto para sostenerse, el jinete tuvo tambien que llamar en su auxilio toda la sangre fria para guiarle hácia las partes mas altas del fondo que se veían á treinta pasos mas allá, y llegaban sin interrupcion á la primera isla. Al ver el peligro que corrían jinete y caballo, los árabes se estendieron por la orilla, rio-abajo, dispuestos á socorrerlos en caso necesario, y, en la segunda isla, los soldados preparaban maderos sujetos con largas cuerdas con objeto de arrojarlos al alcance del valeroso jóven si tenía que dejarse arrastrar por

la corriente. Solo su padre permanecía inmóvil sobre su yegua en el mismo sitio donde su hijo se había separado de él; pero le seguía con la vista y sus ojos revelaban la mas angustiosa solicitud.

El grupo de náufragos hacia el cual se dirigían Esteban y su animoso caballo, presenciaba esta escena lleno de temor y esperanza. Noemi, apoyándose en el brazo de su padre, dirigía al cielo una ardiente oracion en favor del jóven heróico que se estaba sacrificando por ella y por los suyos. No se cuidaba siquiera de enjugar ni contener las lágrimas que corrían copiosamente por sus pálidas megillas.

Entretanto el caballo seguía adelante. Por fin, sintió bajo sus piés un fondo mas alto y mas resistente. Entonces lanzándose á saltos y despidiendo ruidosamente el agua á su alrededor, salvó veloz la distancia que le separaba aun de la orilla y una vez firme en ella, se puso á caracolear orgulloso como para celebrar su triunfo.

Oyóse á la vez de la tierra firme y de la orilla de la segunda isla un inmenso clamor de los espectadores que saludaban á porfía al hombre y al caballo.

Desgraciadamente, aquella prueba no era nada, á pesar de su buen éxito, para la que faltaba que realizar. Esteban lo sabía. Apenas hubo tocado el suelo su caballo, cuando el jóven se dirigió hácia los náufragos, se apeó, les dió un apretón de manos y mirando alternativamente la

isla y el estrecho, fijó por último la vista en lontananza sobre las cimas de los montes *Zoujara*. La lluvia empezaba á caer otra vez en la montaña; el rio iba pues á seguir creciendo y la isla, ya medio sumergida, iba á estrecharse mas aun. Vió que no tenía que perder un instante. Saltó sobre su caballo, que había aprovechado esta parada para tomar aliento, y rogó á la jóven que se colocara delante de él en la silla. Pero entonces el padre y la hija entablaron una lucha de generosidad porque Noemi quería que salvaran á su padre antes que á ella, á lo cual el capitán se oponía enérgicamente. El guía terminó la discusion por un acto de autoridad; levantó en brazos á la jóven y la colocó delante del gineté. Volvió el caballo al agua y Noemi seguía aun suplicando á su padre que fuese en su lugar cuando ya estaba en medio de las ondas. La vuelta fué todavía mas conmovedora que la venida. La jóven, pálida, medio sueltos los cabellos, y cubierta con su albornoz, se sujetaba con las dos manos al nacimiento de las crines de *Greza-a*. Esteban había pasado un brazo á cada lado de la jóven, empuñando las bridas, y se inclinaba de cuando en cuando para reconocer el camino. Uno y otro estaban silenciosos. El caballo seguía exactamente, en sentido contrario, la direccion que había tomado para abordar á la isla, pero el peso entorpecía sus movimientos siendo preciso ayudarle y exitarle mas que antes. Una emocion terrible volvió á apoderarse de todos los que pre-

senciaban aquella escena, cuando se le vió llegar por segunda vez al punto del rio donde tenía que luchar desesperadamente contra la violencia de las aguas. En cada una de las dos orillas había un padre que veía á su hijo entre las garras de la muerte. Poco á poco, sin embargo, el caballo se iba acercando á la tierra firme. Abanzaba paso á paso sobre un suelo invisible y move-dizo y se paraba de cuando en cuando para resoplar con fuerza, mirando á su alrededor, como quejándose de la molestia que le causaba la espuma lanzada por el viento sobre sus lábios.

Ya estaban á diez metros de la orilla, cuando encontró de pronto una corriente mas fuerte. La parte de la isla que había sido desprendida por las aguas, formaba, con los troncos de árboles amontonados, un obstáculo al curso del rio. Este se separaba en dos y describiendo á derecha é izquierda una larga curva, se precipitaba con violencia hácia cada una de las dos orillas, por lo que se había aumentado de improviso cerca de ellas su profundidad, en unos cuantos piés. Grezala trató entonces en vano de resistir á las olas que se agolpaban sobre sus pechos. Por tres veces perdió pié y fué arrastrado por la corriente por lo cual el jinete tuvo que espolearle con fuerza, y desde aquel instante, su marcha no fué mas que una série de saltos furiosos dados con salvaje violencia. Noemi, desatinada, habia soltado las crines para volverse y agarrarse con las dos manos á los hombros de Este-

ban. En esta postura, reclinaba la cabeza sobre el pecho del jóven y con los ojos cerrados, escuchaba, en medio de un terror invencible, los espantosos mugidos de las revueltas aguas. El, revelando por la contraccion de su semblante, toda la violencia del mas terrible esfuerzo de voluntad, exitaba á su caballo gritándole: «Vamos! Grezala!» y bajando de pronto la frente, pronunciaba conmovido algunas palabras al oido de la jóven para reanimar su espíritu. Los árabes, en la orilla, habían dejado todos sus caballos para correr cerca del agua, temiendo á cada instante ver á los dos jóvenes arrebatados por ellas. Algunos, sujetándose unos á otros por las manos, se adelantaban dentro del rio para cogerlos al paso. El padre del jóven había echado precipitadamente pié á tierra. Todos daban alginete, consejos inútiles que tampoco llegaban á sus oidos, apesar de sus gritos porque el ruido del torrente cubría las voces. En fin, marchando y nadando alternativamente, el valiente animal, llegó muy cerca de la orilla con los dos jóvenes. Un último espolazo le hizo dar un salto fuera del agua y caer sobre las rodillas. Cincuenta manos se habían abanzado ya á sus crines arrastrándolo sobre la orilla. Arrebatada ó mejor dicho, arrancada de la silla por el padre de su salvador, la jóven sintió de pronto el suelo bajo sus piés y mientras el *Kebbir* la estrechaba convulsivamente entre sus brazos, resonó por las dos márgenes del rio un nuevo y formidable clamor.

El caballo, entretanto; se había levantado ya, y cubierto de sangre, jadeante, manchado de fango, se sacudía el agua entre las manos de los que le sujetaban. Esteban de pié al lado suyo, tenía entonces el rostro cubierto de una mortal palidez y un temblor febril agitaba sus manos. Su padre, al verle, dejó á la jóven, se le acercó contemplándole con ojos radiantes de felicidad y dándole un estrecho y prolongado abrazo no pudo pronunciar ni una sola palabra.

El corazon del jóven latía entonces henchido de una ventura celestial.

Cuando su padre se apartó de él, Esteban le dijo con modestia:

—Padre mio, no es á mi á quien se debe felicitar, sino á mi buen caballo.

—Grezala, dijo entonces el padre abrazando al noble animal, en adelante no te llamarás ya Gacela; quiero que te llames *Salem*, esto es, Salvador.

V.

Entretanto, proseguía su obra la impasible naturaleza. Había llovido de nuevo en las montañas y los afluyentes del Oued-Dhamous crecían con asombrosa rapidez. En menos de un cuarto de hora, el nivel del río, ya tan alto, subió más de una vara y al nuevo empuje de las aguas, que arrastraban en su violencia árboles, rocas y cuanto se oponía á su paso, parte de la pequeña isla desapareció con la gruta que servía de refugio á los náufragos, reducidos á pisar un estrecho pedazo de tierra de veinte piés de largo.

Ya era imposible tentar el vado sin esponerse á una muerte segura y, para colmo de desgracia, se levantó del mar un vendabal tan furioso, que en un instante arrancó y dispersó las tiendas de la segunda isla.

Afortunadamente, la situación, que tan desesperada había llegado á ser en la pequeña isla, próxima á desaparecer por completo, había variado ventajosamente en la otra ocupada por los soldados. La nueva avenida de las aguas, al ensanchar el estrecho, restableció el nivel entre los dos brazos del Oued-Dhamous. Cesó la irresistible corriente que antes separaba las dos islas, y aquella parte del rio, quedó ya facilmente navegable. La idea de una balsa, desechada como impracticable anteriormente, podía entonces ofrecer un medio de salvacion. Así es, que los soldados, hechos cargo de esta circunstancia, construyeron en poco tiempo una balsa de suficiente fuerza y altura. Faltaba aun sin embargo, llevar hasta el agua aquella pesada mole colocada sobre un ribazo de treinta piés de alto.

Veinte soldados, dirigidos por el sargento, bajaron hasta la orilla del estrecho y lograron con no poco trabajo llevar á cabo por medio de cuerdas, esta difícil operacion. Lanzóse la balsa al agua, y, gracias al ingenio de Alí y á las órdenes del capitán, comunicadas mímicamente por el guía, el sargento ató una piedra al extremo de una delgada guita: lanzóla un spahis con vigor y destreza de una isla á otra y por este medio se pudo hacer pasar sobre el estrecho una cuerda gruesa que el guía colocó alrededor del tronco de un árbol de la orilla. Atóse á la balsa el otro cabo de la cuerda que los soldados habían tenido sujeto con este fin; de modo que con este

improvisado torno se podía intentar el paso repetidas veces.

No estaba sin embargo exento de peligros este medio de transporte. Podían romperse las cuerdas, desbaratarse la balsa, llevárselo todo el agua..... Todo esto lo comprendían con inquietud los soldados y los náufragos y, mas que todos, la jóven que seguía desde la orilla los preparativos con la mayor ansiedad.

Remolcóse por fin la balsa desde una isla á otra, quedando fuertemente amarrada por el guia al pié del árbol.

Ya era tiempo; las aguas subían sin parar y la pequeña isla estaba á punto de desaparecer.

—¡Vamos! negro, díjole Alf al cocinero, empujándole hácia la balsa. Ahora es cuando has de probar que eres todo un hombre. Siéntate y no te muevas si no quieres ir á guisar en la cocina de los peces.

Fahita obedeció, pero no pudo menos de echar una mirada de lástima sobre las cajas que dejaba en tierra, pero era tal el miedo que experimentaba, que no tuvo fuerzas para contestar al guia. Después de él, temblando y lloriqueando, subió su sobrina que, no pudiéndose tener de pié sobre la balsa, se tendió á los piés del negro, cubriéndose la cara con la tela que le servía de abrigo, para no ver el aterrador espectáculo de las olas. Entretanto Alf, volviéndose hácia el capitán, le rogó que subiera también con sus criados. Mr. Thierry lo hizo, sentándose sobre un cofre en

medio de la improvisada embarcacion, pero reparando que el guia desataba la amarra del pié del árbol y hacia señas á los soldados para que tiraran de la cuerda, levantóse de repente diciendo:

—¿Qué estás haciendo? ¿No vienes con nosotros?

—¿Y las bestias? contestó. Allí largando el cable. ¿Quién cuidará de pasarlas? Yo me he comprometido á conducir las sanas y salvas al Montararach, y tú sabes que soy esclavo de mi palabra. Siéntate, pues, señor, sino quieres que el viento te tire al agua.

—¡Alí! árabe testarudo! ven aquí en seguida! yo te lo mando! exclamó el capitan, desesperado por la calma del andarín. ¿Qué se me da á mí de la vida de mi caballo, ni de la de las mulas, cuando se trata de la tuya? ¿No estás viendo que antes de tres minutos te llegará el agua á las rodillas? ¡Yo soy tu jefe! Obedéceme; ven con nosotros! Te lo mando por segunda vez.

—Mi promesa me ordena otra cosa, padrecito mio, contestó el guia, haciendo de nuevo seña á los soldados de tirar de la cuerda. No está bien que exijas de tu hijo que prolongue su existencia á costa de su palabra. Cálmate. ¡Si Dios quiere no me ahogaré en el Oued-Dhamous!

El capitan hubo de ceder por fuerza ante la estraña voluntad del guia, pues la balsa se mecía ya en medio del agua, surcando el estrecho en direccion á la otra isla. Los soldados tiraban

de la cuerda con precaucion, y Allí la desenrollaba poco á poco del tronco del árbol. La corriente era, sin embargo, aun bastante rápida para que su oleage levantase á veces la balsa por un lado, cubriéndola de espuma. El capitán tuvo que sentarse para no perder el equilibrio. Los dos negros, hechos un ovillo á los piés de su amo, estaban muertos de miedo. Faitha invocaba en voz alta todos los santos del paraiso de Mahoma, y Ourida, tiritando y bañada por el agua que pasaba por entre los maderos de la balsa, habia asido con ambas manos las piernas de su tío y lanzaba gritos de terror.

¡Lo que es el miedo! decia Allí al oirla. El avestruz esconde la cabeza entre la arena para no ver venir la muerte; la muger grita para no oír sus pasos; y no obstante, ella viene cuando llega su hora. Verdad es que esto es muy justo, porque viene para todas las criaturas.

—¡No te muevas, sobrina! repetía Faitha, agachándose sin atreverse á abrir los ojos.

—¡Tirad todos á un tiempo! gritaba el sargento á los soldados. ¡No hay que meterse así en el agua! añadía al ver que impacientes por ver llegar la balsa, algunos de ellos se iban adelantando dentro del rio.

Entretando, el Kebbir, sosteniendo á la jóven que se apoyaba en su brazo, seguia con ella los movimientos de la balsa, procurando tranquilizarla, pero era casi trabajo perdido, pues Noemi se encontraba en aquel momento en una situa-

cion de ánimo idéntica á la de su padre, cuando una hora antes, éste la estaba viendo alejarse de él por en medio de las olas, en los brazos de Estéban. La jóven comprendió entonces la angustiosa ansiedad que su padre habia experimentado. Hubo un momento en que no pudo menos de volver la cabeza atrás; la balsa, levantada en alto por uno de sus costados al empuje de una violenta oleada, se alzaba casi perpendicularmente sobre el abismo y parecia á punto de zozobrar con las tres personas que llevaba. Por fortuna, Allí siempre listo, supo restablecer el equilibrio con una pronta sacudida de la cuerda, y cuando Noemi, avisada por el Kebbir, volvió á mirar á su padre, le vió salir de la balsa en brazos de sus soldados. Antes que él, habian saltado á tierra los negros, y el intrépido guia era el único que quedaba por salvar.

Cuando la balsa, ya de vuelta, empezó de nuevo á mecerse al pié del árbol, el agua habia cubierto casi toda la isla, y las bestias, azoradas, giraban maquinalmente sobre sí mismas en un reducido espacio, como temiendo que el suelo que pisaban fuera á desaparecer de un momento á otro bajo sus piés. Allí, sin embargo, sereno á pesar de los gritos con que los soldados y los árabes le instaban para que se apresurára, fué colocando y atando sobre la balsa todos los cofres con las cajas y los arneses de las bestias; hizo subir á la misma, primero el caballo, al cual envolvió la cabeza en su albornóz, luego

las mulas que, temblando de miedo, no se hubieran resuelto á embarcarse sin la precaucion que adoptó el guia de taparles tambien los ojos. Por último, colocado que hubo á los animales en medio de la flotante armazon, bajó de nuevo á la isla, desató con presteza la cuerda, dejándola solo pasada por detrás del tronco del árbol para no perder el punto de apoyo que este le ofrecia, y saltó sobre la balsa. Pero entonces viéronle todos, con gran sorpresa, hacer un gesto de despecho, volver otra vez á tierra, bajarse para levantar del suelo, sin duda, algun objeto precioso olvidado, y esgrimir al enderezarse, en ademán de triunfo, el paraguas encarnado de Ourida.

Aun resonaban por los aires las ruidosas carcajadas que promovió en los soldados la fanfaronada de Ali, cuando éste surcaba ya el estrecho sentado en el borde de la balsa y dejando correr poco á poco el cable que rozaba con fuerza por el tronco del árbol, mientras que desde la otra isla los soldados tiraban con trabajo de la cuerda sujeta al otro extremo de la pesada mole.

Al fin cesó la tirantez del cable, tocó la balsa la deseada orilla y en un momento la descargaron los soldados. Paseó entonces el guia una lenta mirada á su alrededor, y satisfecho de haber cumplido por completo con su deber, volvióse hácia aquellas aguas que, á pesar de todo su poder, no habian conseguido arrebatarle ni una

hilacha, y, á semejanza de Grezala, cuando una hora antes celebraba orgulloso su triunfo en la otra orilla, escupió con desprecio en la corriente.

Pocos instantes despues desapareció á la vista de los náufragos, debajo de las olas, el último pedazo de la pequeña isla que les había servido de refugio.

VI

Desde el momento en que Ali se reunió á sus compañeros de viaje, dejó de llover y las aguas del rio bajaron con tanta rapidez como habian subido la víspera. Pocas horas habrían transcurrido, cuando el Oued-Dhamous volvió á su cáuce natural, dejando á descubierto sobre el agua los montones de piedras de su fondo, y los soldados pudieron levantar el campamento de la isla, pasando á la tierra firme. Allí, escalando el promontorio, prosiguieron su marcha en la direccion de la bahía del Montararach. En cuanto al capitán Thierry, había aceptado con su hija la hospitalidad que le ofreciera su antiguo compañero. Aprovecharemos esta ocasion para seguirles al *bordje* del Oued-Dhamous.

La residencia del Kebbir estaba situada en la

parte mas alta del promontorio, á cerca de cuatrocientos piés sobre el nivel del mediterráneo. Era una gran casa al estilo morisco, dividida interiormente en tres grandes departamentos, cada uno de los cuales parecía formar otra casa distinta, con su patio cuadrado rodeado de anchas galerías y elegantes columnas de mármol, y en el centro de cada patio una pila con su taza de piedra.

Ocupaban el primer departamento las mujeres de la familia del Kebbir; en el segundo habitaban los hombres y sus servidores; el tercero era llamado la *Casa de los huéspedes*, y su puerta siempre abierta brindaba á los transeuntes con una generosa hospitalidad. A lo largo de la parte exterior del edificio, debajo de un cobertizo, un ancho banco cubierto de esteras, ofrecía fresco albergue á los aficionados á dormir al aire libre y en medio del patio; al pié de la fuente se elevaba enhiesto el tronco de un plátano colosal, cuyas anchas hojas se abrían por encima de la azotea, cubriéndola como un inmenso quitasol.

En las habitaciones interiores, altas, espacia-sas y perfectamente ventiladas, no penetraban nunca los ardorosos rayos del sol. Los muebles eran sencillos, casi primitivos. Esteras de junco y estrechas piezas de alfombra, cubrían en parte los frescos y vistosos azulejos del pavimento. Cómodos divanes con almohadones de cuero, asientos de madera pintados, grandes arcas para la ropa, cortinas de lana de Túnez, componían

el modesto, pero bien combinado mueblage de toda la casa.

A un tiro de fusil de esta, se veían los cobertizos y las cuadras para los animales y los aperos de labranza, uniendo estas dependencias con la casa, un estenso jardín, cuyo terreno, rodeado por un vallado de higueras chumbas, se prolongaba en declive hasta la mitad del pavimento. Allí crecían á sus anchas, con toda la lozana vegetacion natural, plantas y árboles de varios climas, sin sujecion á la fastidiosa regularidad de los parques de Europa. Los naranjos y limoneros inclinaban hasta el suelo sus ramas cargadas de dorados frutos, entre el olivo de delgadas hojas, el granado que engalanaba el vivísimo color de sus flores, el erizado pimiento de América, los flexibles tallos del jazmin de la Arabia y la olorosa madreselva. Por todas partes cruzaban entre los pintorescos accidentes del terreno, claros arroyos, cuyas cristalinas aguas refrescaban sin cesar el ambiente de las umbrosas arboladas, y por el cespced, siempre verde, vagaban en libertad animales domésticos de varias especies, que daban á entender con su familiar serenidad, cuán poco tenían que temer de la proximidad del hombre.

No se podía penetrar en aquel aislado paraiso, sin sentir el alma llena de una apacible satisfaccion. La hospitalidad que alli se recibia, hablaba al corazon como una enseñanza persuasiva; así es que el capitán Thierry, fascinado por

todo lo que veía alrededor de su antiguo compañero, á pesar de haberle conocido casi desde la infancia, no podía prescindir con él de cierto sentimiento de inferioridad. Noemi experimentaba una impresion parecida. Admiraba el respeto con que todos trataban al gefe de aquella familia; pero cuando al pisar los humbrales del departamento de la dueña de la casa, salió esta á su encuentro, era tal la bondad de su noble y simpático rostro, que la jóven le estrechó las manos con la ternura de una hija, y comprendió que podía encontrar en ella una segunda madre. Después de haberlos dejado descansar un rato, los dueños de la casa llevaron á sus huéspedes á pasear por los jardines. Allí encontró Noemi á Margarita, la hermana de Esteban, y quedó en el acto prendada del aspecto de su nueva amiga. Abrazáronse ambas jóvenes, y la hija del capitán pudo examinarla á su sabor.

Era Margarita rubia, de mediana estatura. Sus sedosos cabellos brillaban con dorados reflejos, y el azul oscuro de sus ojos espresaba un candor celestial. En sus facciones de esquisita pureza resplandecía la modestia de una vírgen, y su téz parecía matizada con el trasparente colorido y la lozanía de una flor. Era, en fin, una belleza angelical, á cuyo aspecto desaparecía toda idea terrestre. Hablaba poco y lo hacia ruborizándose. Una circunstancia contribuía á realizar ese conjunto encantador. Durante una grave enfermedad de Margarita, su madre, que co-

mo española poseía una gran fé religiosa, había hecho voto de vestirla de blanco mientras permaneciera soltera, y la jóven vestía siempre de ese color, emblema de la inocencia y de la virtud.

Sirvióse la comida en el patio del departamento principal. Ni Esteban, ni su padre pronunciaron en la mesa una sola palabra que pudiera aludir á los acontecimientos del dia, pues ambos, educados en las mismas nobles ideas, creían que el que habiendo dispensado un beneficio y lo recuerda, le quita la mitad de su mérito.

Sin embargo, Esteban no había olvidado lo que había sucedido entre Noemi y él. Cuando dos corazones jóvenes corren y vencen juntos un mismo peligro, quedan unidos por un lazo poderoso que deja en su vida recuerdos eternos. Esteban, con sus veinte años y su corazón impetuoso, se había encontrado de repente en aquel desierto enfrente de Noemi, tan bella, tan seductora, tan simpática para el alma como para los ojos. Esta, por su parte, llena de agradecimiento, veía además en el bizarro jóven que le había salvado la vida, un conjunto tal de buenos sentimientos y de delicados modales, que no podía menos de sentir en su presencia una turbación irresistible. Los dos jóvenes absortos en sus impresiones, permanecían silenciosos. Una ó dos veces tan solo, se cruzaron rápidamente sus miradas y sus rostros se cubrieron de rubor.

Concluida la comida, los criados sirvieron agua para las abluciones y Margarita al levanta-

tarse de la mesa, roció á los circunstantes con agua de jazmin segun la usanza mora. Era todavía temprano, pero estaban cansados los viajeros; Margarita se llevó á Noemi á la casa de las mujeres. El capitán se quedó en la de su amigo. Allí ya se había tendido y dormía sobre el banco exterior de la casa de los huéspedes. En la cocina, los negros del Kebbir celebraban con alegres cántigas al son del rabel y de la zambomba la llegada de Faitha y de Ourida.

Al poco tiempo, se apagaron las luces con los últimos sonidos de la fiesta, en el Bordje del Oued-Dhamous. Solo se oía el murmullo del gran plátano cuyas anchas hojas se mecían á impulsos del viento.

Todos no dormían, sin embargo. Dos personas hubo que, agitadas por sentimientos muy diversos, no pudieron cerrar los ojos hasta rayar el día. Allí fué el único que al ver la palidez de ambos, lo advirtió sin sorpresa al día siguiente, pero no dijo á nadie una palabra de su descubrimiento.

El Capitán despertó antes de ser de día y no sabiendo en qué pasar el tiempo hasta que salieran de sus habitaciones los dueños de la casa y su hija, se fué á dar una vuelta por el jardín. Acababa de rayar el alba, las estrellas iban desapareciendo una á una y un fresco delicioso embalsamaba el aire. El pálido disco de la luna, parecía deslizarse entre ligeras nubes de color de ágata, bajo el azul satinado del cielo.

A la salida de un espeso bosque de naranjos, y rodeado de un verde banco de césped, había un altísimo cedro, desde cuyo pié se descubría, aun medio envuelto en la oscuridad de la mañana, un extenso paisaje. Dirigióse á él Mr. Thierry, en el momento en que el sol saliente asomaba su disco deslumbrador por el horizonte, inundando de luz el vasto panorama, á la vez que una fresca brisa se levantaba, rizando ligeramente lá superficie de las aguas. Habíase parado el Capitan para contemplar tan magnífico espectáculo, cuando oyendo pasos detrás de él, vió á su antiguo camarada que venía en su busca.

Saludáronse afectuosamente; sentáronse uno al lado de otro sobre el banco de césped, y despues de algunas reflexiones alusivas á los recuerdos de su infancia y á la casualidad que los reunía despues de treinta años de separacion, el Kebbir quiso oír de los lábios de su huésped la narracion de las vicisitudes de su existencia.

Este, para complacerle, le refirió todos los sin-sabores de su vida pasada, sin poder ocultar la profunda tristeza que aun embargaba su corazon. El Kebbir le escuchó con atenta simpatía y estrechándole cariñosamente la mano, procuró consolarle con sábios consejos y con la perspectiva de tiempos mas bonancibles, concluyendo por ofrecerle todo su valimiento para conseguir el ascenso que tan merecido tenía. Sonrióse tristemente el capitan al oír este espontáneo ofrecimiento, y como deseoso de dejar una conversa-

cion que mortificaba su amor propio, contestó moviendo la cabeza:

—¡Por Dios! no hablemos mas de mí, sino de tí. Indudablemente este asunto será menos triste que la historia de mis penas. Estoy, desde ayer, impaciente por hacerte una pregunta. ¿Por qué circunstancias has renunciado á tu carrera para establecerte aquí? Estaba esperando esta pregunta, le contestó. Efectivamente, es raro ver á un hombre en mi posicion, retirarse del servicio á la edad de cuarenta años, para encerrarse con su familia en una granja aislada.

—En efecto, dijo el capitán.

—Voy á explicarte las causas de mi determinacion, prosiguió el Kebbir. La primera es que nunca le tuve apego á nuestra carrera.

El capitán no pudo reprimir un movimiento al oír estas palabras.

—No, repitió el Kebbir, no me ha agradado nunca.

—Jamás he tenido su espíritu, sus gustos, sus preocupaciones, sus defectos, ni aun tal vez sus virtudes. La fuerza que obra sin raciocinio, me ha sublevado siempre y cuando por primera vez me he visto pisando sangre en un campo de batalla, he sido causa de horror para mí mismo. Tal vez sea esto en mí debilidad. No trato de averiguarlo. Digo tan solo lo que siento.

—Mas, no siendo esa carrera de tu agrado, ¿por qué la has emprendido?

—¿Se conocen acaso las cosas antes de haber-

las experimentado? preguntó el Kebbir. A los quince años era yo un niño dócil y animado de buenos deseos. Si me hubiesen hablado de ser magistrado, profesor, marino, yo habría obedecido. Mi padre, emigrado y medio arruinado por la revolucion, me señaló la carrera de las armas como la única conveniente á un noble de escasa fortuna. El respeto que le profesaba, su honradez, sus generosos sentimientos, me obligaban á oírle como á un oráculo; elegí, pues, la profesion que él me designó.

—Pero, habiéndote desagradado esa carrera, ¿por qué no la has abandonado antes? preguntó el capitán.

—Por dos razones. La primera, es que, habiendo cedido á mi hermana menor la parte de herencia que me correspondía al morir mi padre, si dejaba mi empleo, me hubiera quedado sin recursos. La segunda, es que, poco tiempo despues de mi salida del colegio militar, obtuve un cargo que satisfizo casi por completo mis inclinaciones. Fui destiando en Argelia á las oficinas árabes del Gobierno de la provincia de Constantina. En vez de la ociosa vida de guarnicion, tuve que entregarme á una existencia de actividad y de sérias ocupaciones para estudiar durante algunos años las costumbres de los indígenas, su lengua, su país, en una palabra, hube de adquirir un sin número de conocimientos necesarios para llegar á gobernar convenientemente las tribus árabes, que fueron mas adelante colo.

cadass bajo mi mando. Mas administrador, que soldado, seguí durante veinte años esta instructiva existencia, en la cual adquirí no pocos conocimientos de los hombres y de los misterios de la vida humana. Llegó desgraciadamente un día, en que creyendo favorecer mi ambicion, me ascendieron á coronel y tenía que renunciar á mi vida feliz de estudio y de libertad, para volver á Francia á tomar el mando de un regimiento. Pero ni yo era ambicioso, ni me convenia encerrarme en un cuartel, mientras no fuese llamado á campaña. Además, me había casado, y con la muerte de mi hermana de quien fuí único heredero, me encontré con un caudal suficiente para vivir con independendencia. Resolví, pues, hacerlo á mi antojo, y á pesar de los consejos de mis gefes, cuando llegó el momento de escoger entre una dimision y un regimiento, opté por lo primero.

—Pues bien, mi coronel, exclamó Mr. Thierry suspirando, si he de hablar con franqueza, me parece que habeis hecho mal.

—¿Por qué? dijo sencillamente el Kebbir.

—Porque hoy, con un poco de paciencia para dominar esas inclinaciones, habrías llegado ya á general por tu talento y tu excelente hoja de servicios y no habría puesto alguno por muy elevado que fuese, al cual no pudieras aspirar.

—¡Puede ser! dijo el Kebbir, pero ¿de qué me serviría todo eso?

—Pero.... dijo el capitan, sorprendido, todos

los hombres desean subir á puestos elevados y yo no comprendo tu carácter si prefieres la posición humilde del colono á los honores que podrías alcanzar en tu carrera.

—No me has entendido, contestó el Kebbir; ya te he dicho que no tengo ambicion y ahora añadiré que nada vale tanto, en el mundo, para mí, como la situación modesta y tranquila en que vivo.

—En fin, replicó el capitán, si te crees feliz; si tu familia lo es en este desierto, has hecho bien y nada tengo que decir, pero ¿cómo has fijado tu elección en este sitio?

—Yo conocía estos parages hacía muchos años, y tanto la soledad como la belleza del país, me habían dejado muy gratos recuerdos. Supe cierto día en Argel que esta casa y sus dependencias estaban en venta, y empleé en adquirirla la mitad de la herencia de mi hermana. La otra mitad la destino para dote de mis hijos y la he depositado en el Banco de Argel.

—¿Y los árabes? ¿Sin duda habrán visto con malos ojos tu establecimiento en esta comarca?

—El gobernador, cuando le anuncié mi propósito de establecerme en esta posesion, me brindó con una escolta que no quise aceptar. Se me calificó de imprudente, pero yo, que conocía perfectamente á los árabes, no ignoraba como había de proceder con ellos. Vine aquí, solo, sin armas, y apeándome delante de la tienda que en cada aduar se deja para los huéspedes, les pedí.

como es costumbre, la hospitalidad *en el nombre de Dios*. Me fué concedida y en un instante vine rodeado de todos los hombres de la tribu. Díles á conocer el contrato de venta redactado en árabe, y les anuncié que venía para tomar posesion de mi hacienda. Añadí que venía como amigo y dispuesto, no á perjudicarles, sino á protegerles. Afortunadamente la tribu estaba en guerra con todos los aduares circunstantes y al dia siguiente, se supo que una fuerza enemiga se dirigía sobre este territorio para saquearlo. Dispuse inmediatamente que todos los hombres útiles montaran á caballo, encerré en mi posesion á los ancianos, las mujeres y los niños, con los ganados, y poniéndome á la cabeza de los ginetes, nos emboscamos entre esos árboles que vés allá abajo á la derecha del Oued-Dhamous. Dos horas despues, los enemigos yacían tendidos en el campo y mis nuevos amigos me traían en triunfo á mi casa. Mi autoridad quedó así asegurada en toda la comarca.

Desde aquel momento, cifré mi empeño en granjearme su afecto con mi justicia, mi tolerancia y una larga série de beneficios que, á Dios gracias, han sido recompensados con general gratitud.

—Esa conducta es generosa á la par que hábil, dijo el capitan, y has hecho muy bien en adoptarla.

Levantáronse al decir esto los dos amigos, y para regresar á las habitaciones, dirigieronse

hacia el sendero que cruzaba el bosque de naranjos. Al entrar en él, vieron en lontananza, sobre la llanura azul del mar, un buque de vapor que surcaba con direccion á Argel las espumosas olas, dejando detrás de sí un negro penacho de humo. Era el que había llevado el dia anterior al Montararach, el segundo destacamento puesto á las órdenes del capitán.

—Ese barco viene á recordarme mi deber, dijo este al divisarlo.

—¿Piensas ya, acaso, en separarte de nosotros? le preguntó el Kebbir.

—Marcharemos esta tarde, si lo permites.

En esto vieron á Margarita, su madre y Noemi que volvian de paseo, siguiéndolas Esteban á corta distancia.

Mientras el capitán y su amigo conversaban al pié del cedro, Margarita habia despertado á Noemi, convidándola á dar un paseo. Tomaron un frugal desayuno, y envueltas en ligeros abrigos para resguardarse del fresco de la mañana, dirigiéronse hacia una colina cubierta de arboleda, que distaba media legua del bordje. Ya todos los trabajadores de la hacienda, hombres, mugeres y niños, habian emprendido su diaria tarea, aprovechando las primeras lluvias llamadas de la *sementera*, para arar los barbechos, recoger las frutas maduras, las verdes aceitunas y el blanco algodón. El orden, la paz y la alegría reinaban en estas agrestes faenas, que favorecia un cielo despejado. Cantaban las aves,

los estorninos recién llegados del Norte, en grandes bandas, seguían á los labradores para picotear á los insectos en la tierra removida por el arado, y mil vistosas mariposas revoloteaban entre las flores recién abiertas, como primeras y poéticas manifestaciones de la segunda primavera.

Esteban ya estaba en el campo vigilando la labranza. Acudió presuroso al encuentro de las dos jóvenes y de su madre, y con permiso de ésta siguió á su lado para acompañarlas. Penetrando entonces en el bosque, dirigiéronse los cuatro hácia las viviendas de la tribu de los Beni-Haoua, que cerca de allí se veían agrupadas.

Eran estas, como todas las de los pueblos del Africa, unas cabañas de tierra seca, parecidas en su forma á las casas moriscas. Sus paredes, que podrian medir unos seis piés de alto, no tenían mas abertura exterior que la puerta de entrada, estrecha y baja, y en el interior un pequeño patio cuadrado, formado por delgados troncos de árboles, daba una escasa luz á las habitaciones, que mas bien que para séres humanos parecían hechas para irracionales.

Delante de algunas cabañas habian formado en el suelo apisonado, pequeñas esplanadas, cobijadas por las copas de otros tantos lentiscos; este era el sitio donde las familias de los labriegos árabes se reunía para recibir á los forasteros, para dormir la siesta y para rezar. Detrás de la casa, un cercado de nopales, marcaba los

límites del estrecho recinto destinado á los animales domésticos. Ningun mueble se veía en las habitaciones ni en el patio. Tan solo una ó dos tinajas de barro para guardar el gráno, y en un rincon, dos gruesas piedras para molerlo. La cama la constituye un poyo de ladrillos de unos tres piés de alto, con una estera de palma por sábanas, y sobre éste, suele estar colgada del techo la cuna del recién nacido, especie de jálula de cañas, que las madres pueden mecer desde su cama solo con alzar el brazo.

Acercáronse nuestros paseantes á las primeras cabañas, saludados por una atronadora salva de ladridos. Los árabes, despues de restablecer el silencio en la hueste canina con sendos garrotazos, iban saliendo todos á las puertas de sus habitaciones para saludar á los recién llegados. Corrian á su encuentro, besaban con respeto las orlas de sus vestidos y los bendecian «en el nombre de Dios.» Margarita, sobre todo, era objeto de veneracion para aquellas almas sencillas. Los niños, cogiéndole las manos, se las llevaban al corazon, las mugeres abrazaban sus rodillas, y los hombres al mirarla se cubrian los ojos como deslumbrados por su belleza. Ella recibia gozosa, pero con modesta sencillez, estas pruebas de adoracion, y sus lábios tenian para todos dulces palabras y sábios consejos. ¡Ama á tus hijos como á tí mismo! le decia en lengua árabe, ó bien: ¡Honra á la madre de tus hijos!

Estéban parecia ser objeto de un especial



aprecio de los árabes, pues todos fijaban en él sus miradas con sencilla admiración.

—¡Que este día sea feliz para tí, señor! le decían los jóvenes de su edad.

—¡Hijo mio! que Dios dirija tu marcha en el mundo! le decían con voz trémula los ancianos.

Y todos en coro, añadían:

—¿Cómo está el Kebbir?

—¡Déle Dios larga vida!

—¡Es nuestro padre!

—¡Somos las plumas de sus alas!

En todas las casas seguía luego una serie de súplicas, de reclamaciones, de lamentos dirigidos á la esposa del Kebbir, que para todos era allí el representante de la Providencia.

Estéban ayudaba á su madre en el desempeño de su piadosa misión.

Noemi no entendía la lengua árabe, pero no dejaba por eso de comprender la escena admirable que estaba presenciando, y conmovida en el fondo de su corazón, se sentía dispuesta á cualquier sacrificio por tomar una parte activa en ella. La ocasión que deseaba no tardó en presentársele.

Había á la salida del pueblo una cabaña, notable entre todas, por su aspecto miserable. Entró en ella la joven con sus acompañantes, y allí, tendido en el suelo, sobre un pedazo de estera, vió á un árabe anciano y paralítico que tiritaba de frío, mal cubierto por un montón de harapos. La vida del pobre enfermo parecía ha-

berse reconcentrado toda en sus ojos, que se fijaban expresivos en las personas que se acercaban á él como implorando su piedad. Margarita, Estéban y su madre, despues de socorrer al desgraciado, despidiéronse de él con palabras de consuelo. Quedóse atrás Noemi cuando salieron de la oscura choza, y quitándose por un rápido movimiento, el chal que cubria sus hombros, lo arrojó sobre el cuerpo del árabe, dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta. Pero allí se encontró frente á frente con Estéban. Al ver sorprendida su accion, la jóven, sin reflexionar que tarde ó temprano tendria que advertirse la desaparicion de su abrigo, se ruborizó y quiso esplicarse, sin poder pronunciar mas que palabras entrecortadas. Tranquilizóla Estéban diciendo que lo que había hecho no necesitaba disculpa, y este incidente pueril bastó para que desaparecieran entre ambos el temor y la cortedad que se habian opuesto desde la víspera á la franca expansion de sus recíprocos sentimientos. Sin embargo, ni Estéban ni Noemi tuvieron, aun valor para comunicarse las sensaciones que en el fondo del alma experimentaban. El ardía en deseos de declararle la vehemente pasion que su vista habia encendido en su pecho, y todo lo que pudo hacer fué preguntarle si no le arredraba la idea de pasar su vida en aquella soledad. Ella le hubiera espresado de buena gana toda su gratitud, diciéndole que le miraba como á un hermano; pero dominada por su timidez, no encontraba pala-

bras bastante espresivas: aprovechándose de la cortedad de Estéban, se extasiaba con él sobre la belleza del paisaje, y contestando á la pregunta directa que se le había hecho, afirmaba que la soledad no le parecia nada terrible, con tal que no fuera enojosa para su padre. Estéban se consolaba con la idea de que no le faltarian ocasiones de volver á ver á la jóven, pero Noemi no queria analizar esta circunstancia. No se atrevía á confesarse á sí misma que deseaba volver á ver al jóven que tan pronto se había hecho dueño de su albedrío. Recordaba el deber que tenia que cumplir, y se preguntaba si habria de llegar un dia en que se le hiciera penoso el compromiso contraído consigo misma. Empezaba, en fin, á deplorar que la fuerza de las circunstancias la hubiese obligado á consagrar á su padre toda su existencia.

Hacia ya un rato que seguian marchando silenciosos el uno al lado de otro, cuando llegaron á la vista del bordje que se les apareció resplandeciente de blancura entre sus verdes bosques. Noemi se puso entonces al lado de la madre de Estéban, quien le refirió mil detalles relativos á las pobres familias árabes que acababan de visitar.

—Todos los dias doy este paseo con mis hijos, le decia. Y, fuerza es que así lo haga, porque sinó, esos infelices no se atreverian nunca á venirnos á pedir nuestros auxilios.

—Pero eso es una verdadera sujecion, dijo la jóven.

—No lo niego, querida niña, contestó la santa muger; mas la sujecion del deber no me ha pesado nunca.

Estas últimas palabras disiparon en la imaginacion de Noemi la sombra de duda, que por un momento había entibiado su piedad filial. Alzó la frente serena, y cuando al llegar á la casa del Kebbir, se sentaron todos á la mesa, la jóven pudo fijar tranquila sus miradas en Estéban, colocado enfrente de ella. Sin embargo, estaba escrito que las circunstancias habían de unirse á sus secretos sentimientos para oponerse á su resolucion; pues una sola palabra del Kebbir, bastó para que su semblante pasara en un instante, del mas encendido rubor, á una excesiva palidez.

Ya has visto, decia el Kebbir al capitan, lo que cuesta el capricho de dejar á una muger espueta en este país á los rigores del otoño. Créeme, no obligues á tu hija á sufrir los malos ratos que os aguardan en el Montararach. Déjala con nosotros. No necesito decirte que mi muger velará sobre ella como una madre. Mi hija la amará como una hermana y tú vendrás á verla siempre que te se antoje.

La dueña de la casa estrechaba entretanto las manos de Noemi entre las suyas.

—¿Por qué tiemblas tanto, querida niña? le preguntó. ¿Os asusta la idea de vivir á nuestro lado?

—¡Oh! no, señora, contestó la jóven, pálida

y trémula. Sino que no quisiera abandonar á mi padre.

—No os separareis de él, hija mia, contestó el Kebbir. Podreis ir á verle todos los dias, cuando el tiempo lo permita. Tenemos mulas que en menos de una hora recorren dos leguas por la montaña. Aceptad, pues, la hospitalidad que os ofrecemos. Yo os fio, que en la estacion presente, viviendo en una tienda de campaña ó en una cabaña de tablas, no tardariais en enfermar, en cuyo caso, seriais para vuestro padre una causa de inquietud, en vez de serle, como esperábais, objeto de dulce distraccion.

Estéban bajaba la cabeza para ocultar su rubor, y el capitan miraba á su hija. Agradecía mucho la proposicion de su compañero, y por mas que le arredrase la idea de vivir solo, no podía desconocer, que las observaciones del Kebbir, eran fundadas. Noemi comprendió que su padre estaba dispuesto á ceder, y movida por su amor filial, le dijo:

—¿Por qué no se queda V. aquí? padre mio. V. irá todos los dias al campamento. Hágalo V. por mí, añadió con ternura, pero con cierta coqueteria. ¿Sería yo tan feliz, sabiendo que estaba V. á mi lado!

—No puede ser, hija mia, contestó el capitan. Te agradezco tus buenos sentimientos, pero debo compartir los trabajos de mis soldados.

Volvióse entonces hácia el Kebbir diciéndole:

—Acepto tu proposicion, excelente amigo, y

que Dios te pague la alegría que me has proporcionado!

Las determinaciones del capitán eran siempre irrevocables. Su hija lo sabía. Calló, pues, y bajó la cabeza, sintiéndose el corazón oprimido por tristes presentimientos.

Aquel mismo día, por la tarde, el capitán se despidió de sus amigos, y partió con Faitha y Alí. Ourida se quedaba en el bordje al lado de Noemi.

VIII.

Transcurrieron los cinco meses de invierno sin que ocurriera nada notable, tanto en el destacamento que acampaba en el Montararach, como en el bordje del Oued-Dhamous. Todos los días, cuando no estaban interceptados los caminos, Noemi escoltada por alguno de la casa ó por Ourida ó Alí, pasaba á ver á su padre y permanecía algunas horas en su compañía. Pero la tristeza del capitán no tenía alivio, pues los temporales del invierno, eran un continuo obstáculo para las obras de construcción que tenía á su cargo, y eran tantos los disgustos que esto le ocasionaba, que á pesar de su paciencia y de su decisión, desesperaba á veces de llegar al logro de su propósito.

Solo Noemi, á fuerza de cariñosa solicitud,

conseguía distraer á veces á su padre, de su negra melancolía. La ternura que la jóven desplegaba en el desempeño de su mision filial, era para todos objeto de admiracion. Estéban, sobre todo, sentía acrecentarse por momentos su amor hácia ella, pero luchando con su timidez que aumentaba en vez de disminuir con el tiempo, mil veces había formado en valde el propósito de revelarle sus sentimientos. Verdad es que nada en la conducta de Noemi era á propósito para alentarle; pues la jóven permanecía absolutamente impenetrable. Trataba á Estéban como á un amigo que nunca habría de dejar de serlo y si este se atrevía algunas veces á dirigirle palabras inocentemente embozadas, le miraba con sorpresa como si no le hubiese comprendido. Llegó con esto el jóven á reflexionar si seria verdaderamente feliz, uniéndose á una mujer que no parecía capaz de tributarle mas afecto que el de hermana; y desalentado, formó el propósito de alejarse del objeto de su pasion, como único medio de vencerla. Resolvió desde luego confesarle todo á su madre, y suplicarle que consiguiera de su padre, permiso para ausentarse de la casa durante algunos meses.

Era una hermosa tarde del mes de Abril, cuando Estéban, despues de haber pasado el dia dirigiendo las faenas del campo, volvió al bordje á la caída de la tarde, esperando encontrar á su madre sola, por creer que Noemi hubiera aprovechado lo apasible del tiempo para ir á ver á su

padre al Montararach. Pero al llegar á cien pasos de la casa de los huéspedes, vió á la jóven sentada al lado de su hermana Margarita, contemplando ambas, el bellissimo paisaje que maticaban de rosa y oro los últimos rayos del sol. Preguntóles por su madre, y supo que estaba ocupada en ajustar las cuentas de la labranza; dejó pues para otro dia sus confidencias y tomó asiento al lado de las dos jóvenes, participando de su silenciosa contemplacion. Hacía algun tiempo que estaban juntos, cuando vieron venir hácia ellos una mujer indigena, sentada sobre un asno con una niña pequeña entre sus brazos. Al acercarse la viajera, Estéban dijo que era una gitana de la tribu de los Beni-Addés, cuyo origen es desconocido, y cuyas costumbres distintas de la de los demás habitantes del Africa, conservan siempre entre todos, su primitiva originalidad. Llegó entretanto el asno á pararse delante de la entrada del bordje, y la gitana levantando un poco el pañuelo que le cubría la boca, dirigióse al hijo del Kebbir diciéndole:

—¡Oh dueño de esta casa. Soy el huesped que Dios te envía!

—¡Bienvenida seas!—Contestó Estéban.

Y levantándose al momento, se acercó al asno, tomó á la niña en sus brazos, y, mientras Margarita ayudaba á la gitana á apearse, llamó á un criado ordenándole que llevara el asno á la cuadra, despues de lo cual, hizo entrar á la mujer en el patio.

Acudió inmediatamente la negra, que tenía á su cargo la cocina, y sirvió de comer en una sala baja á la gitana. Esta, quitándose el pañuelo del rostro, tomó asiento á la mesa con la niña, graciosa criatura de ocho años, y los tres jóvenes permanecieron alrededor de las dos sirviéndolas con esmerada solicitud. La gitana, cuando hubo saciado su apetito, se labó la boca y las manos, y volviéndose hacia los jóvenes díjoles con acento gutural:

—El profeta ha dicho: «La generosidad es un árbol plantado en el cielo. Sus ramas bajan hasta la tierra. El que trate bien á sus huéspedes, podrá alcanzarlas y por ellas subirá al paraíso.»

Inclináronse Estéban y Margarita para darle las gracias, y la gitana prosiguió:

—Tesadit vive en los caminos, duerme sobre su asno y espera para comer que se abra una mano generosa. No puede aumentar sus bienes repartiéndolos á sus huéspedes, porque no tiene tienda ni cabaña, donde pueda ejercer la hospitalidad; pero sabe leer en el porvenir.

¿Quieren las huries del Oued-Dhamous y el joven señor, enseñarle sus manos? Tesadit podrá compensar de este modo su beneficio.

Al oír estas palabras, Margarita manifestó una gran sorpresa, y su hermano esplicó á Noemi la proposición de la gitana.

El joven no tenía gran fé en los adivinos, pero en la disposición de ánimo en que se hallaba,

no le pesaba ver si la casualidad le daría un buen consejo.

—Me parece, señorita, díjole á Noemi, que ofenderíamos á Tesadit negándonos á complacerla.

—No quiero ofender á nadie, contestó Noemi. Dígale V., pues, que estoy pronta á oirla.

—¿Tendría Noemi mas confianza que Estéban en la habilidad de Tesadit, ó cedía tan solo á un movimiento de femenil curiosidad? Difícil es averiguarlo. Lo cierto es que al disponerse para oír á la adivina, estaba pálida y su corazón latía con mas precipitación que de costumbre. Pero Estéban, absorto en su preocupacion, no había notado esta circunstancia.

Entretanto, había anochecido y Ourida colocó en el suelo una luz, pues no había mesa ninguna en aquella habitacion destinada á los huéspedes indígenas. Era esta una espaciosa sala cuadrada, sus paredes encaladas tenían la blancura de la nieve; una alfombra de Túnez cubría el pavimento y servían de asientos varios almohadones esparcidos por el suelo. Despojóse Tesadit del jaique, apareciendo cubierta con una túnica flotante, de blanca tela de hilo. Desnudos los brazos y los piés, anchos aros de plata ceñían sus piernas por encima del tobillo, un pañuelo negro de seda con listas doradas se enrollaba alrededor de su cabeza, y cubrían su pecho un sin número de collares de coral, de monedas de plata y de cuentas de vidrio. Sus grandes ojos

rasgados brillaban con reflejos metálicos; el color cetrino de su rostro, pintado con rayas azules, hacía resaltar el brillo de sus dientes de marfil; formando todo esto un conjunto salvaje, que no carecía de cierta gracia original.

Acurrucada en el suelo, la gitana colocó delante de sí un tamiz, un puñado de granos de trigo y la bugía encendida, cuya luz, alumbrando los objetos de á bajo arriba, les prestaba formas fantásticas. Después de una corta evocación, empezó por examinar las manos de Estéban y las de Noemi, mientras que Margarita cerraba las puertas de la habitación. Pero apenas hubo echado una mirada sobre las manos de los jóvenes, cuando alzó los ojos fijándolos en sus semblantes. El de Noemi espresaba cierto secreto malestar, y el de Estéban una mal disimulada confusión. Quedóse Tesadit un rato pensativa y soltándoles las manos les dijo:

—Los hombres, como las mujeres, llevan el libro de su destino colgado al cuello. Cada día puede decirseles, como en el de la resurrección, «Lee tu libro» pero no está escrito que el halcón ha de leer el libro de la alondra. Tesadit hablará por separado á sus jóvenes amigos.

Complacióla Estéban, enseguida, retirándose á lo último de la sala con Margarita. La gitana entonces, hizo á Noemi sentarse delante de ella; esparció los granos de trigo sobre el tamiz, los hizo tocar á la joven y después de observar la posición que tenían, pronunció en voz baja y en

francés incorrecto, pero inteligible, estas palabras:

—Dios no ha hecho á la gacela para que viva sola. Ella es diestra y disimulada, pero sabe que el matrimonio arregla la conducta. El pasado ha vivido; no puede hacer que no viva tambien el porvenir. ¿Cuando en el nido de la tórtola los pequenuelos están ya cubiertos de plumas, les dice acaso su padre: «Quedaos?» No, los echa á picotazos, porque ellos han de construir nidos tambien. Seria malo que la raza de las aves de amor, pudiera perecer.

Calló la gitana; Noemi se habia quedado estática sin acertar á comprender si habrían descubierto sus íntimos sentimientos.

—Hermosa es la flor del *Orobio* que crece en la montaña, prosiguió Tesadit, y simboliza para los poetas la *necesidad de amar*. La alhucema crece, por el contrario, á la orilla del agua, y es la flor del *silencio*. ¿Por qué coge mi hija la alhucema cuando lleva el orobio en el corazon?

Al oír estas palabras, Noemi empezó á temblar. La alusion era tan directa, que no pudo conservar su serenidad. Pero Tesadit continuó bajando la voz:

—El jóven á quien no sonries mas que en sueños, no teme las aguas. Le veo ginete en su buen caballo, avergonzando al Oued-Dhamous. Su corazon es de fuego. Tu eres para él, lo que es para la abeja la fruta azucarada. Encendióse de rubor el semblante de Noemi. Escuchar semejan-

tes palabras á la vista de Estéban, era para ella un suplicio, y hubiera preferido morir antes que él pudiese oirlas. Quiso levantarse para huir, pero Tesadit cogiéndola de la mano, añadió:

—A una hora de marcha de aquí, en la playa de Montararach, veo á un gefe francés. Está solo en su vivienda, y hay muchas cenizas en su corazon. El gavilan llora por su compañera, y por los mayores de sus hijos. Solo uno le queda en el nido, y ese desconoce la sabiduría. Para secar las lágrimas de un padre, no basta enjugarlas. Lo mejor es aumentar el número de sus hijos.

Levantóse Noemi, resuelta á no escuchar ni una palabra mas. ¿Cómo podría aquella mujer adivinar así sus pensamientos? Margarita miraba á Noemi atentamente, pero no trató de enterarse de lo que le había dicho la gitana. Estéban se habia colocado ya á su vez delante de la gitana, quien despues de echar los granos de trigo y hacérselos tocar al jóven, le dijo sonriéndose:

—Señor, tú eres muy sábio, pero aun los mismos morabitos, olvidan su saber ante dos hermosos ojos. El leon permanece al lado de la leona en la época del amor, porque sabe que la ausencia causa olvido. Cuando algun peligro amenaza la tienda del árabe, este no ensalla su caballo para irse á divertir con sus amigos, sino que se queda velando dentro de su tienda. El

peligro se acerca de tí, señor, se acerca de varios lados.

—¿Qué peligro? preguntó Estéban.

—¡Está escrito! dijo la gitana, y no es á tí solo á quien amenaza. Es á tu padre, á tu madre, á tu hermana, á todos los tuyos, hasta á aquella cuya imágen sonríe en tu corazón, y de la cual pretendes huir.

—¡Por Dios! explícate, volvió á decir Estéban. Lo que me estás diciendo, es demasiado ó no es bastante.

—Te digo lo que está en tu libro, señor; ni mas ni menós. Abre los ojos y los oídos. Tienes que recelar de muchos, acuérdate de lo que oyes. El primer peligro vendrá del Norte, mañana sin mas tardar, bajo la figura de un Rumí. (1) Este si logras apartarlo, ha de ser con dinero. El segundo vendrá dentro de tres días, de los montes del Dahra. Este te costará mucho trabajo evitarlo, y lo has de hacer con el auxilio de tu buen caballo. El último vendrá del Montararach, cuando llegue, sentirás temblar la tierra, como en el día de la resurrección, en que «Dios será juez y los ángeles testigos»

Estéban dudaba si debía tomar por lo serio estas siniestas predicciones. Atemorizábanle, sin embargo, á causa de su misma vaguedad. Tessedit prosiguió.

Para escapar al peligro mayor, tendrás que

(1) Cristiano.

imitar al *jerbuati* (1) que se abre camino debajo de tierra. La que amas, no te semuestra risueña, pero como tú, obedece á su destino. Está escrito que le salvarás dos veces la vida; si entonces calla aun obstinada, sus lágrimas hablarán por ella. Guárdate de confundir la preciosa *abubilla*, símbolo de la piedad filial, con el indiferente y vanidoso *estornino*.

Calló Tesadit. Por mas que sus predicciones parecieran bastante confusas, y que tal vez no mereciera ningun crédito, encerraban un aviso que Estéban creyó no debía despreciar. Renunció, pues, al propósito de separarse de su familia, y cuando se levantó al concluir de hablar la gitana, había tomado resueltamente su partido.

Entretanto, Margarita se había acercado tambien á la gitana y estaba de pié delante de ella, mirándola con la tranquila y risueña espresion de la inocencia. Tesadit, echó los granos en el tamiz, pero no los dió á tocar á la jóven, sino que al examinarlos, empezó á temblar como dominada por la presencia de un ser superior á todos los acontecimientos humanos. Parecía deslumbrada por las dulces miradas de Margarita; fija en sus ojos, y cogiendo con la mano la orla de su vestido, la llevó pausadamente á sus labios sin proferir una palabra.

(1) Nombre árabe del dipo ó gerbasia, pequeño cuadrúpedo del Africa.

—¿Qué es eso? Dijo Estéban, sorprendido de su silencio, y de las señales de respeto que la gitana acababa de dar. ¿No dices nada á mi hermana?

—No, señor, contestó levantándose Tesadit. Porque lo mismo que el de María, madre de Jesus, elegida entre todas las mujeres, el libro de tu hermana no contiene mas que páginas blancas.

IX.

A la mañana siguiente, la gitana se había vuelto á poner en camino, y Estéban repasaba en la memoria sus estrañas predicciones, cuando su hermana sentada á su lado en un ángulo de la azotea, le llamó la atencion hácia un grupo de viageros que desde allí se divisaba. Volvió el jóven los ojos en la direccion señalada por Margarita, y vió al otro lado del Oued-Dhamous, un árabe que caminaba á pié hácia la orilla del rio. Seguiale un europeo á caballo, con un parasol abierto en la mano, y detrás de este, á corta distancia, dos ginetes, que sus blusas grises y sus gorros encarnados, daban á conocer como soldados del tren de equipages. Estos últimos arrebaban cuatro mulas pesadamente cargadas.

A pesar de que con la distancia no podían

distinguirse aun las facciones de los caminantes, Margarita, conoció enseguida en el primero á Alí.

En cuanto al del parasol, apenas había fijado en él los ojos, cuando viendo su aire de cómica gravedad, se encogió de hombros y haciendo con la boca una mueca significativa, dijo á su hermano:

—Es un Rumí.

Al oír esta palabra, Estéban se estremeció á pesar suyo. Recordando que la gitana le había anunciado la llegada de un extranjero para aquel mismo día, no pudo menos de estrañar que empezaran ya á realizarse sus profecías, y no sin recelo, formó el propósito de penetrar los designios del desconocido para burlarlos.

Alí, entretanto, dejando al viagero que siguiera despacio su camino por el barranco pedregoso, se adelantaba hácia el bordje escalando en línea recta el promontorio. Aun estaban en la azotea los dos hermanos, cuando ya el andarin pisaba los umbrales de la casa, y despues de sacudirse el polvo del camino, penetraba en derecha hácia la habitacion del Kebbír.

—¡Dios te guarde, Alí! dijo éste al verle entrar.

—El te guarde, señor, contestó Alí entregándole un pliego del Director de la Administracion árabe de la provincia.

Era una recomendacion dirigida á el Kebbír en favor de un «Mr. Simon honorable capitalis-

»ta, que se dirigía al pueblo del Montararach
»para elegir una concesion de terreno.»

—Ya sabemos que el Kebbir tenía mucha confianza en Alí.

—¿Qué clase de hombre es ese? le preguntó.

—¡Ay! Señor, contestó éste, no es un hombre, es un *mercanti* (mercader). Hace tres dias que salimos con él de Argel, y no ha cesado de mover á risa á tu servidor y á los hombres que le acompañan.

A todo le tiene miedo, á los salteadores, á las calenturas, á los leones, á las víboras, á los mosquitos, á los escorpiones, al hambre, á la sed, al sol, al cansancio, á su caballo, á su sombra y al sereno de la noche. Viaja armado de dos pistolas y una carabina. Trae tanto equipage como si fuera á cruzar todo el Africa. Durante el viage no ha hecho mas que quejarse del mal estado del país, y de todo cuanto hace falta á las leyes de la sabiduría y de la buena educacion.

Si llega á hablarle un árabe, le pregunta por su mujer; escupe dentro de las tiendas, sopla sobre su comida para enfriarla, y quiere pagar con dinero la hospitalidad. En fin, vas á verle, señor, y verás que Alí te ha dicho la verdad.

No pareció sorprender al Kebbir esta descripcion. Sabía por desgracia que era un fiel retrato de la mayor parte de sus compatriotas, recién llegados á aquel país. Salió al encuentro del forastero, que ya habia hechado pié á tierra

á la puerta de la casa, y vió que era hombre de unos cuarenta años de edad, alto, robusto, de facciones ordinarias y al parecer de genio benigno y sencillo, á pesar de cierto aire ligeramente jactancioso.

—Sea V. bien venido á mi casa, caballero, le dijo el Kebbir.

¡Ay! querido compatriota, contestó Mr. Simon estrechándole con fuerza la mano: ¡cuanto me alegro de verle! ¡Tres dias hace que no he tropezado en este país con una persona civilizada!

¡Hermoso país! pero muy mal cultivado, ¿no es verdad? Siento mucho serle á V. molesto, pero me han dicho en Argel que V. solo podría facilitarme el despacho de mis pequeños negocios. Por lo demás, incomodaré á V. lo menos que pueda.

Contestóle el Kebbir, que podría permanecer en su casa todo el tiempo que quisiera; llevándole enseguida al comedor donde estaba ya reunida la familia para almorzar.

Hízose allí en un momento la presentacion del forastero, quien al verse en presencia de señoras graciosas y bellas, quiso darles una muestra de su amabilidad.

—Empezaré suplicando á VV. un millon de veces, señoras mías, exclamó al sentarse á la mesa, que me perdonen si me presento delante de VV. en traje de camino, pues no esperaba encontrar en este desierto tan selecta compañía. A no ser por ese patio morisco, y esos negros

que nos sirven, se creería uno en París, mi querido huésped.

No les falta á VV. aquí ninguna de las comodidades de la vida. ¡Esto es un verdadero prodigio!

Mr. Simon seguía hablando sin dejar de comer con un apetito verdaderamente voraz; y toda su conversacion giraba sobre su propia personalidad. En un momento supieron los circunstantes que era casado, pero que sentía bastante no tener hijos, porque había reunido en los negocios un bonito caudal y temia tenerlo que dejar algun dia en manos de parientes lejanos.

Concluyó enumerando las fincas y las posesiones que constituían su hacienda en Francia, y añadió, que su ánimo era comprar algunos terrenos en aquellas inmediaciones, y regresar á su pátria, dejando al frente de su hacienda un administrador. Que no ignoraba, que las únicas tierras que pudieran convenirle, las poseían ya los árabes de la tribu de los Beni-Haoua, pero que no le había sido difícil conseguir del gobierno, la orden de quitárselas á estos últimos, ya que no sabían sacar partido de ellas, dádoles en cambio otros terrenos de iguales dimensiones hácia el Sur.

El Kebbir no pudo menos de indignarse al oírle referir con la mayor frescura tamaña injusticia, y conservando, sin embargo, toda la moderacion propia de su carácter, trató de desvanecer en una animada discusion, el juicio de

todo punto equivocado, que Mr. Simon habia formado de los árabes, calificados por él de bárbaros sin fé ni ley, indignos de toda consideracion.

Concluido el almuerzo, levantáronse todos de la mesa. Estéban no había cesado de prestar la mayor atencion á la conversacion entablada entre su padre y el estrangero, sin acertar á ver en ella ningun indicio del peligro con que le amenazara la gitana. Empezaba ya á reirse de la confianza que le habían merecido los vaticinios de aquella desconocida, cuando ciertas palabras que pronunció su padre, le devolvieron sus temores.

El Kebbir al dejar la mesa, había estrechado la mano del Rumí, pidiéndole que le perdonara si en su discucion se había espresado tal vez con demasiada vivacidad.

—Está V. aquí, le decía, en un país donde se discute mucho.

—Todos tenemos nuestras ideas respecto al sempiterno tema de la colonizacion, y no debe V. estrañar que, tratándose de un asunto que tanto nos interesa, olvidemos quizá la deferencia que debemos á las personas que nos dispensan la honra de aceptar nuestra hospitalidad. Crea V. que, á pesar de mi modo de ver, haré gustoso cuanto pueda, para facilitarle el objeto que se propone, y si no puedo convencer á V. de la conveniencia de buscar sus terrenos en algun otro punto de la provincia, mientras esté V. bajo

mi techo, podrá al menos tener la certeza de que no correrá ningun peligro.

Estas palabras pronunciadas con el deseo de tranquilizar á Mr. Simon, tuvieron el resultado muy contrario. La idea sola del peligro, le hizo estremecer, figurándosele ya que se veia bajo las gúrnias de los beduinos.

—¿Cómo, pues? Exclamó temblando de miedo. ¿Qué quiere V. decir? Se me había asegurado que estaban VV. aquí en plena paz.

—Le han dicho á V. la verdad, contestó el Kebbir; pero sé desde algunos dias, que reina una sorda agitacion en la tribu de los Beni-Haoua. Yo no acertaba á explicarme el motivo, y ahora lo comprendo, por lo que me ha dicho V. respecto á las intenciones del Gobierno.

Si alguien tuviera el designio de despojar á V. de sus bienes, creo que daría V. algunas muestras de inquietud. Las gentes, cuyos terrenos quiere V. *cultivar*, (dijo el Kebbir pronunciando esta palabra con marcada intencion,) no pueden ver á V. con buenos ojos. No diga V. pues á nadie, quien és, ni por que viene, pues le podría pesar.

—¡Desgraciado de mí! gritó Mr. Simon pálido de terror. No solo no se lo he ocultado á nadie, sino que en Argel he publicado á voz en grito el objeto de mi viaje! Se lo he dicho tambien al guía que me ha traído, así como á todos cuantos se me han presentado en el camino.

—Ha hecho V. muy mal, contestó el Kebbir. De Allí no hay nada que temer, es discreto por naturaleza, pero no diré otro tanto de la gente que tal vez no le haya salido á V. al encuentro en el viage, mas que para hacerle hablar.

—Siendo así, me vuelvo á Argel enseguida, dijo Mr. Simon, cada vez mas atemorizado.

—Sería inútil, prosiguió el Kebbir. El mejor partido para V., si quiere salir del apuro, es permanecer á mi lado.

—¡Con que esos son, exclamó de repente Monsieur Simon, esos Beni-Haoua tan agradables, cuyas alabanzas entonaba V. hace poco; esos habitantes que en su opinion de V. deben ser considerados ni mas ni menos que como franceses!

—Creo que puedo responder de los Beni-Haoua, dijo el Kebbir. Pero no de esa clase de gente que en todos los países del mundo, se aprovecha de la menor agitacion para promover el desórden, su verdadero elemento. Los Beni-Haoua no los ayudarán tal vez, pero podrán muy bien cerrar los ojos y dejarlos obrar. ¿Qué sé yo si á estas horas no se han puesto ya en camino para emprender algun golpe airado? ¡Ay! caballero, no me toca á mí dirigir á V. reconvenciones, pero, ¡cuánto daño puede V. ocasionar!

Afortunadamente, las señoras habían abandonado ya la habitacion, de modo que Noemi no se enteró de las últimas palabras del Kebbir que sin duda la hubieran hecho temblar por su pa-

dre. Pero Estéban comprendió entonces á que clase de acontecimientos había aludido la gitana, y refirió en seguida lo que con esta le había sucedido, omitiendo tan solo, lo relativo al extranjero y á sus propios sentimientos para con la hija del Capitan.

Estremecióse el Kebbir, al oir el relato de su hijo, y le reprendió porque había dejado marchar á la gitana sin darle tiempo para interrogarla.

—¿Cree V. acaso en los adivinos? preguntó Mr. Simon.

—Muy poco, le contestó. Pero creo que los árabes están siempre bien enterados de lo que les interesa. Lo que la gitana ha dicho, coincide con la agitacion que reina entre los Beni-Haoua. Cuando esa mujer ha anunciado que nos amenazan grandes peligros, algo sabrá.

—Pero en fin, dijo Mr. Simon para hacer alarde de confianza. ¿Qué nos pueden hacer? Estamos rodeados de tropas. Ahí están las guarniciones de Orleans-Ville, de Cherchell, de Ténez, de Milianah. Los árabes deben comprender que si intentasen cualquier golpe de mano, no quedaria uno de ellos en veinte y cuatro horas. Yo, por mí, no temo nada.

—Bien se vé, señor mio, contestó el Kebbir, que no ha tenido V. nunca que habérselas con los hijos del Profeta, pues de otro modo no hablaría V. asi. ¿Cree V. acaso que si están resueltos á cometer un acto de violencia, van á declararnos antes la guerra y á atacarnos despues á

la luz del sol, á campo raso, con banderas desplegadas y á tambor batiente?

—De seguro que nó.

—Sepa V. que con un cordon de soldados formados, codo con codo alrededor de mi casa, no estaríamos seguros de cerrar el paso á algunos de ellos. La culebra no se desliza entre las yerbas con la agilidad de esos hombres. Se les vé en un lado y están ya en otro. Sus cuchillos se hunden en el pecho de un enemigo en la oscuridad de la noche, sin ruido, cuando menos se les teme y sin dar tiempo para abrir los ojos, para dar un grito. A veces empiezan por el incendio y siempre concluyen por el saqueo. Tal es el modo de obrar de los salteadores de este país.

—¡Pardiez, me atrevo á asegurar que es muy apropósito para tranquilizarme! exclamó Monsieur Simon, verde de miedo. ¿Le parece á usted bien que pidamos refuerzos á Argel?

—¿Para qué? contesto el Kebbir. Llegarian tarde, y no conviene tampoco que la autoridad castigue con los ojos cerrados como suele suceder. Yo sabré mejor que ellos dar con los culpables. Hoy tenemos proyectado ir al campamento; marcharemos al punto. Así avisaremos á nuestros amigos, para que estén prevenidos, y sondearemos á los Beni-Haoua, que es lo esencial. Repito que nada temo de esa tribu, y mas bien creo, que no permitiría que se me atacase sin acudir á mi defensa, pero no me gusta lo que esa gitana ha dicho á mi hijo, de un peligro que ha de venir

del Dahra. Los Sbeah, habitantes de aquella comarca, son la peor gente de la tierra. Esos no respetarían aquí nada, y aun con el auxilio de nuestros vecinos, me sería muy difícil salvar mi casa del incendio. ¡Vaya por Dios! ya huyó la paz de entre nosotros, y por mucho tiempo quizás!..... V. nos acompañará, caballero; así podrá V. echar de paso una ojeada por esos terrenos que tanto desea.

—¡Mi querido señor! exclamó el Rumí, juro á V. por mi honor, que ya no tienen aliciente para mí.

—Estéban, dijo el Kebbir á su hijo, avisa á tu hermana y á su amiga, que estamos esperándolas.

—Tengo armas, dijo el Rumí, cuyos dientes castañeteaban de miedo. ¿Deberé llevarlas conmigo?

—No señor, no correrá V. peligro alguno durante el día, dijo el Kebbir. Además, sea dicho sin ofenderle, mis armas valen algo más que las tuyas.

—¿Cómo!..... ¿Pistolas del capitán Colt? una carabina de Devismes?

—Mis pistolas, dijo el Kebbir, proceden del capitán Dios. Se llaman *Obediencia en el deber y justicia*. En cuanto á mi carabina, que también procede del mismo fabricante, ha llevado ya á cabo más conquistas que todas las armas del mundo.

—¿Cuál es pues su nombre? preguntó el Rumí.

—La *persuacion*.

X.

Serían las dos de la tarde, cuando los habitantes del bordje emprendieron la marcha, por una senda practicada en la parte mas alta de la costa, hácia el Montararach. Delante cabalgaba el Kebbir, sobre su yegua alazana. Seguíanle Margarita y Noemi, montadas en sus mulas, al lado de Estéban, caballero en su fiel *Salem*. Detrás de estos, caminaban Mr. Simon y Alf, cerrando la marcha Ourida, sentada sobre su asno y embozada hasta los ojos en su *mulata*.

Alí, se entretenía en atormentar á Monsieur Simon.

—¡Buenos terrenos son éstos! le decía. El algodón podría crecer en ellos, solo, sin cultivo, como los escorpiones.

—¿Pues qué, hay escorpiones en estos parages? preguntó Mr. Simon.

—Los hay en todas partes, señorito, le contestó Alí, pero las *leffas* son las que mas abundan en esta costa.

—¿Qué son las *leffas*? dijo Mr. Simon.

—Son unas culebritas, que VV. los franceses llaman víboras. Tienen dos cuernecitos en la frente, y cuando como ahora, hace mucho calor, salen á tomar el sol por los senderos. Diríase entonces, que son delgados mimbres caidos al través del camino, pero, ¡cuidado con pisarlas! Su veneno es mortal, y el desgraciado á quien llegan á picar, deja de existir en menos de un minuto.

—¿Cómo, pues, no las temes, tú, que andas siempre descalzo?

—Porque las *leffas* huyen de mí, sabiendo que soy primo de un Aissona que se traga las víboras.

—¿Qué cuentos son esos? dijo Mr. Simon, pálido de emocion.

—Señorito, no son cuentos, contestó Alí. Es cosa sabida de todos, que los *Aissonas* comen, no solo víboras, sino tambien alacranes, vidrio molido, pollos vivos, arañas grandes, y otra porcion de cosas repugnantes.

—¡Qué asco! dijo Mr. Simon; mi huésped, que tanto defiende á los árabes, ha tenido buen cuidado de no referirme esas lindezas!

—No importa, prosiguió Alí, aunque contie-

nen muchísimas víboras, las tierras de los Beni-Haoua, son excelentes, y si no fuera porque toda esta costa es muy malsana, desearía uno vivir en ella toda la vida.

—¿Cómo, es malsana la costa? preguntó Monsieur Simon.

—En extremo, contestó Alí, con imperturbable gravedad. Las calenturas no cesan en todo el año, sobre todo durante el estío, y el agua está envenenada, pues como ya lo habrás notado, los manantiales están todos rodeados de adelfas.

—Pues entonces, ¿cómo es que los árabes y los que viven en el bordje, gozan de buena salud?

—Porque están ya hechos al clima. La calentura no les produce ya efecto, y en cuanto al agua, el Kebbir tiene pozos en su casa, y los árabes no beben mas que café.

Esto último, era una mentira de á fóllo, pues, esceptuándose los Gefes y los habitantes de las ciudades; los árabes, por mas que se diga, no hacen uso del café. Alí, sin embargo, sabía que el Ruml no podría desmentirle, y decía cuanto le sugería su imaginacion, para disuadirle del propósito de establecerse en el país.

En esto, llegaron los viajeros á uno de los afluyentes del Montararach, cuyas aguas desaparecían materialmente, debajo de innumerables adelfas en flor. Estéban y sus compañeras, se extasiaban sobre la belleza de aquel rio de rosas, que corría hácia el mar, pero Mr. Simon

enteramente insensible á las galas de la naturaleza, no veía en las adelfas mas que la influencia nociva que debían ejercer sobre la salud.

—Efectivamente, decía, es imposible que sea sano este país. De seguro, la primera azadonada vá á ser la señal de una epidemia.

Allí se gozaba, en ver el efecto que sus habladurías, habían producido en el forastero, y siguiendo en su propósito de amedrentarle, añadió:

—Este país, señorito, es muy bueno para los árabes, pero no vale nada para los hombres del Norte. De cada diez que vienen á plantar aquí sus tiendas, ocho dejan sus huesos en este suelo, durante el primer año. Verdad es, que los otros dos, gozan de muy buena salud. En prueba de ello, ahí tiene V. á el Kebbir y su familia. ¡Ay! sino fuera por el tributo de las panteras, cuantos colonos habría enterrados en estos sitios.

—¿Cómo! ¿El tributo de las Panteras? dijo Mr. Simon sobresaltado.

—Sin duda, contestó Alí. ¿No sabes que esa es una fiera muy voraz? No suele atacar á los hombres, á no ser de noche, y solamente cuando no encuentra otra cosa. Le gusta mas el ganado que consume en cantidades asombrosas. De seguro, la manutención de una pantera, cuesta cuando menos doscientos duros al mes, advirtiéndolo, que las hay de sobra en estos alrededores.

Esta reseña, en la cual la verdad estaba hábilmente mezclada con la mentira, no era muy

del agrado de Mr. Simon, que hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en su casa de Paris, lejos de panteras, víboras y alacranes. Sin embargo, á pesar de su candidéz era parisiense y por lo tanto desconfiado. Ocurriósele la idea de que trataran de reirse á costa suya y aprovechando la ocasion de haberse apartado el guia para arrear el asno rezagado de Ourida, se acercó á Estéban preguntándole, de improviso, qué opinion tenía de Ali.

—¿Ali? contestó Esteban, es un hombre de bien á carta cabal.

Una contestacion tan categórica, aumentó mucho la ansiedad de Mr. Simon.

—Dígame V. jóven..... prosiguió, ¿es cierto que se encuentran algunas panteras en este país?

—¿Panteras? contestó Margarita. Si señor. Tienen sus guaridas en aquellos barrancos. Mi hermano mató una el verano pasado.

—¡Cómo! Ha matado V. una pantera, exclamó el Rumí, mirando á Estéban con admiracion.

Estéban hizo seña que sí, con la cabeza.

Entónces fué interrogando sucesivamente á los dos hermanos sobre lo que le habia referido Ali. Faltó poco para que estos lo echaran todo á perder porque no estaban enterados de la conversacion que acababa de mediar entre Mr. Simon y el andarín, pero Estéban comprendió enseguida lo ocurrido y lo confirmó todo, punto por punto, deseoso de contribuir á quitar al extranjero las ganas de permanecer en el país.

Entretanto el Kebbir caminaba escudriñando los alrededores con la mayor atención. No le pareció de buen agüero la ausencia completa de todo ser viviente en la extensión del terreno de los Beni-Haoua, que iban atravesando, y redobló su inquietud al observar que había de trecho en trecho, hombres ocultos entre las matas, y al oír resonar detrás de la comitiva ciertos gritos que se repetían á lo lejos como para señalar su paso. Por último, á la mitad del camino entre el bordje y la población, ocurrió otra particularidad no menos alarmante. Existía allí una casilla donde un destacamento árabe, compuesto de diez hombres, que se relevaban todas las semanas, debía permanecer día y noche para custodiar el camino. Mas al llegar al puesto el Kebbir y ver que nadie acudía á sus voces, allí entró en la casilla encontrándola abandonada.

El andarín aprovechó esta circunstancia para avivar los temores de Mr. Simon, asegurándole que se tramaba sin duda algún plan tenebroso, y que no pasaría aquella noche sin que ocurrieran graves acontecimientos.

Los tres jóvenes eran los únicos que no daban señales de pensar en el peligro, pues aun cuando Estéban no dejaba de estar inquieto, lo sabía disimular y conversaba alegremente con su hermana y Noemi, separando las ramas que hubieran podido estorbar su paso, y aparentando que no tenía más empeño que el de protegerlas y proporcionarles alguna distracción.

Llegaron á un paso en que estrechándose la senda, Margarita tuvo que adelantarse con su mula hasta alcanzar á su padre, quedando Estéban y Noemi á cierta distancia de los demas caminantes. Era esta la primera vez que los dos jóvenes se veían á solas desde que habían escuchado las revelaciones de la gitana. Siguieron durante algunos minutos en silencio, tan cerca el uno del otro, que se tocaban sus vestidos. Volvióse de repente Noemi del lado de Estéban, y los ojos del joven se fijaron en los suyos con una mirada tan llena de amor, que un vivo rubor encendió las mejillas de la hija del capitán.

Estéban sin aparentar que había notado esta señal de emoción, procuró dar á su acento toda la posible indiferencia y le preguntó si le habían agradado los vaticinios de la gitana.

—No me ha dicho nada de particular, contestó ella, cada vez mas conmovida.

—¿Y á V. qué le ha dicho? replicó.

—¡Me ha hecho muy feliz! contestó Estéban. Hay una persona á quien amo y respeto, como á mi padre y á mi madre.....

—¿Esa será su hermana de V? dijo interrumpiéndole Noemi, volviendo la cara al otro lado como para arreglarse los pliegues del velo, pero en realidad para ocultar su rubor.

—No, no es mi hermana, contestó Estéban despues de una ligera pausa.

Y añadió:

—Esa persona se me ha manifestado siempre

reservada. Nunca me ha otorgado una mirada una sola palabra donde se trasluciera el menor interés; así es que yo creía que me odiaba y como no he hecho en mi vida nada que me haga merecedor de su aborrecimiento, era muy desgraciado.

Considere V, ahora, cuál habrá sido mi dicha, al saber que esa repulsion aparente es hija del mas noble sentimiento.

—¡De veras! dijo Noemi que la emocion la ahogaba.

—Lo que á mis ojos parecía desvío, prosiguió Estéban, era una piadosa deferencia á la voluntad paternal. Lo que yo culpaba en mi corazon, obedecia á la piedad filial, haciéndose así aun mas acreedora á mi admiracion.

Al espresarse en estos términos, fijaba en la jóven una mirada radiante de tierno afecto. Pero ella, trastornada en el fondo del alma por el error que las palabras de Estéban le descubrian, no sabia qué resolucion adoptar. Callando, permitiria que se creyera á su padre capaz de una intencion odiosa. Confesando la verdad, autorizaba á Estéban para publicarla. Entonces su padre querria sacrificarse por ella, y quedaria solo expuesto á todos los males que hasta entonces la afeccion de su hija habia logrado evitar. Pocos segundos bastaron á Noemi para medir los peligros de su situacion, y entonces, haciéndose superior á todos los sentimientos que luchaban en su corazon, alzó los ojos y dijo:

—Yo no sé, Estéban, que es lo que aquella gitana habrá dicho á V. ni qué opinion tendrá V. de mí, cuando le haya manifestado la verdad. Hablaré, sin embargo, porque fingiendo, faltaría á mi deber, y mi deseo es que no le quede á V. ninguna duda sobre mis sentimientos. Aun cuando V. no ha nombrado á nadie, sé que se trata de los dos; fácilmente lo he llegado á comprender. V. supone en mi padre intenciones que nunca ha abrigado. Lejos de oponerse á que yo me case, seria él el primero en aconsejarme á elegir esposo, si no supiera que existe el firme propósito de lo contrario en mi corazon. Créame V., añadió con afectuoso acento, no soy ingrata ni indiferente, y el cielo me es testigo que jamás he sentido desvío hácia V. Sé que para salvar mi vida ha espuesto V. noblemente la suya. Siento hácia V. el afecto de una hermana, y viva V. convencido de que sufriría gustosa el mayor dolor del mundo, si en cambio hubiera de darle á V. la felicidad. No ignoro el pesar que causan á V. estas palabras, prosiguió con una involuntaria expresion de ternura, pero me es forzoso pronunciarlas ahora para que no sufra V. aun más, conservando una esperanza que mas adelante habría de ser desmentida. El ejemplo de su padre de V. le ha enseñado á vencerse á sí mismo. Demasiado facil le será á V. hallar una mujer mas digna que yo de poseer su afecto; renuncie V., pues, á una proposicion que le agradeceré eternamente, pero á la que no puedo acceder. Sobre todo, no

vaya V. á suponer que alguna inclinacion anterior me mueve á rechazar la suya ¡nó! Lo juro delante de Dios que nos oye; si lo que es por desgracia imposible, llegara algun dia el momento de renunciar á mi determinacion, V. es el único que yo elegiria por esposo. Solo tengo que pedirle á V. un favor, Estéban, no me lo niegue V. por mas que yo acabe de tratarle, á pesar mio, con tanto rigor. Quédese lo ocurrido entre los dos. No diga V. ni una palabra á sus padres ni á mio.

Si un rayo hubiera caido á sus piés, en medio de un tiempo sereno, no hubiera sobrecogido á Estéban mayor sorpresa que la que le produjeran las palabras pronunciadas por Noemi. Sus labios no tuvieron fuerzas para articular una sola palabra, pasó una nube delante de sus ojos, y un desórden intelectual parecido á las alucinaciones de la fiebre, se hizo dueño por un momento de su imaginacion. Cuando al cabo de un rato levantó la cabeza, para prometer á la jóven el secreto que habia exigido de su discrecion, Noemi ya no estaba á su lado, pues habia alcanzado á Margarita y á su padre, y los tres desembocaban en aquel instante en una alta llanura que domina el valle del Montararach.

XI.

Para llegar á la nueva poblacion habia que vadear el rio, y subir por una suave pendiente hasta el extremo de un cerro, que se elevaba á unos cincuenta piés entre el álveo medio seco del Montararach y el mar. Por un lujo de precaucion, que muchos consideraban como inútil, se habia rodeado la naciente colonia de murallas almenadas, con sus troneras. Defendían los ángulos del recinto los correspondientes torreones, y la única puerta que daba entrada al interior, estaba protegida por una galería cubierta y dos espaldones de césped. Cuantiosas sumas se habian invertido en estas fortificaciones, que habian necesitado cuatro meses de trabajos; así es, que, de las cien casas proyectadas, treinta apenas empezaban á levantarse sobre sus cimientos. Entre-

tanto, los colonos vivían acampados en plazas y calles, unos en sencillas tiendas de campaña, como los soldados, y otros en barracones de maderas.

Cuando el Kebbir y su séquito llegaron á la poblacion, circulaba por ella un verdadero hormiguero de hombres y béstias de carga que se ocupaban en los trabajos de construccion con asombrosa actividad. Europeos de todas naciones, mezclados con hebreos de Argelia, ejercían sus variadas industrias en medio del abigarrado tropel de los trabajadores, y el golpear de los martillos, unido al rechinar de las sierras, y al ruido de las voces, de los relinchos y de los ladridos de los parros, formaban un estrépito atrozador.

Los viajeros habian entrado apenas, cuando tuvieron que detenerse porque obstruía el paso un grupo de obreros, en medio de los cuales disputaban dos hombres, lanzándose uno á otro un diluvio de insultos y amenazas. El Kebbir observó con disgusto que uno de ellos era kábila y el otro francés, y que ambos daban muestras de estar muy encolerizados.

—Perro, ladron, gritaba el francés, con el acento propio de los hijos de Marsella. ¿No te hé ajustado? ¿por qué, pues, no quieres trabajar?

—¡Ben-Zeddám no se ha ajustado mas que por un mes! contestaba el kábila con altivez. El mes ha transcurrido. Tiene que ir á hacer su recoleccion. Págale.

—Tú no tienes ninguna recolección que hacer; si te vas no te pagaré.

—Ben-Zeddám dará parte á la oficina árabe.

—¡Vé, pues, pagano! y ¡además quéjate también de esto!

El marsellés al pronunciar estas palabras alzó el brazo y descargó un palo sobre las espaldas del kábila.

Este era alto y fornido. Al sentir el golpe dió un salto de costado y echó mano precipitadamente del cuchillo que llevaba en el pecho. Apartáronse todos dejando un ancho espacio vacío alrededor de los dos combatientes. Pero en el momento de lanzarse el kábila, cuchillo en mano, sobre el marsellés que le esperaba con el palo levantado, allí se abrió rápidamente paso entre la muchedumbre, arrancó el cuchillo de la mano á su compatriota, y presentándole el rostro:

—¡Armas iguales! exclamó.

Ben-Zeddám al verse desarmado había lanzado un grito de rabia. Pero así que tuvo el bastón entre las manos, empezó á ejecutar con él un molinete tan terrible, que el marsellés juzgó prudente tocar retirada. Entretanto los soldados se habían interpuesto, y el kábila, viendo que no podría alcanzar ya á su enemigo, dejó caer el arma á sus piés, y antes que nadie intentára siquiera detenerle, se lanzó hácia la puerta, despidiéndose con una mirada amenazadora. Viósele al cabo de algunos segundos dirigirse aceleradamente á la montaña.

—No quisiera yo estar ahora en su pellejo de V., señor mio, dijo el sargento Brémont al marcellés. El árabe, puede en rigor, tolerar los golpes de sus correligionarios, pero el kábila no aguanta afrentas de nadie.

—Vamos, ¡haya paz! exclamó Mr. Simon, adelantándose. ¿No son hermanos los árabes y los franceses? ¿No deben los vencedores ser generosos con los vencidos?

El miedo había modificado las ideas de Mr. Simon. Pero nadie le conocía, volviéronle todas las espaldas sin dignarse siquiera contestar. En este intermedio, el Kebbir y sus amigos habían podido abrirse paso hasta la puerta de la oficina árabe, en la cual estaba sentado el capitán Thierry dándole órdenes á su teniente. Este era un jovencito elegante y perfumado, y sus modales amanerados formaban un contraste notable con la seriedad de su jefe.

—Ahí llega su señorita hija de V., mi capitán, dijo sonriendo y saludando de lejos á la joven.

—¿Qué tiene que ver mi hija con la orden que le estoy dando á V., caballero? preguntó Mr. Thierry.

—Nada, mi capitán, pero yo pensaba complacer á V.

El teniente volvió á saludar y se retiró para hacer cumplir la orden de despejar la plaza. En aquel momento echaban pié á tierra los viajeros á la puerta de la oficina árabe.

Desde el día anterior, el capitán Thierry se sentía indispuerto. El calor, los disgustos que le proporcionaba su cargo, el cansancio y el cambio de vida, le habían producido una debilidad estremada; así es que al llegar su hija y sus amigos quiso en vano levantarse de su asiento, y cayó defallecido en brazos de Noemi. Obligáronle todos con reiteradas instancias á acostarse, y cuando lo hizo, ya el frío de la fiebre le hacía tiritar.

Noemi se sentó á la cabecera de la cama de su padre, Allí salió en seguida en busca del médico y el Kebbir marchó á conferenciar con el teniente, que paseaba á la sombra de los árboles de la plaza.

En cuanto á Margarita, se sentó á la entrada de la oficina con su hermano y Mr. Simon.

—Sr. de Marcel, dijo el Kebbir al teniente, si no me engaño, hace poco tiempo que ha venido V. al Africa.

—Seis meses tan solo, mi coronel, contestó el teniente.

—Pues bien, preguntó el Kebbir. ¿Permite V. que un veterano que ha vivido mas de veinte años en este país le dé á V. algunos consejos?

—¡Con mucho gusto! mi coronel, tendré una gran satisfaccion en oír á V.

—Ya es V. accidentalmente, dijo entonces el Kebbir, comandante de esta demarcacion, y aun cuando espero que la enfermedad del capitán no será cosa de cuidado, va á pesar sobre V. una

grave responsabilidad. ¿No ignora V., sin duda, que se trata de desalojar la tribu de los Beni-Haoua, y de vender, ó repartir sus terrenos entre los colonos?

—Efectivamente, mi coronel, he oído hablar de eso.

—Los Beni-Haoua, creo que no se dejarán despojar sin protesta. La menor provocacion bastaría hoy para que estallara el oculto resentimiento, y desgraciadamente, la que acaba de suceder aquí puede ser la chispa que prenda fuego al incendio.

—Comprendo á qué está V. aludiendo, dijo el teniente, y ya están dadas las órdenes para que se le pague al pobre Ben-Zeddám.

—¿Cómo se le pagarán los golpes que ha recibido? preguntó el Kebbir. Oiga V., añadió, aprovechándose de la confusion producida por esta pregunta á quema-ropa. Hay una balandra en el puerto. Disponga V. que se marche el marsellés. Embárquele V. esta misma noche para Argel. Es probable que el kábilá no irá á buscarle hasta allá.

—Así se hará, mi coronel.

—¡Muy bien! Además, haga V. que sus *sphais* vayan á prevenir á los colonos acampados en los alrededores de la poblacion, que todas las noches, al toque de retreta, se retiren con sus ganados dentro del recinto de las murallas.

—No se avendrán á ello, de ningun modo, dijo el teniente.

—Emplearé V. la fuerza, contestó el Kebbir.

—¡Muy bien, mi coronel! Se empleará.

—No es esto todo, Sr. de Marcel, dijo entonces el Kebbir, pues ahora voy á hablar á V. en nombre de la humanidad. Nada sería mas fácil, ya lo sabe V., que dar á Argel la señal de alarma, con lo cual, en menos de dos dias, se aglomerarían aquí refuerzos considerables. Entonces se usaría de violencia con los Beni-Haoua, sin que estos hubieran disparado un tiro, y tal vez habría sangre derramada, prisiones, confiscacion de bienes, concluyendo los mal intencionados, que son muchos, por decir que la autoridad militar había promovido una sublevacion, para tener el fácil mérito de vencerla.

—¡Es evidente! dijo el oficial.

—Pues bien, contestó el Kebbir, esto no ha de suceder. Los Beni-Haoua no darán un paso, si se me da tiempo para colocarme entre ellos y la autoridad.

—En cuanto á los colonos, conviene que no ocurra ahora el menor disentiimiento entre ellos y los árabes, por eso es preciso vigilarlos.

—Desgraciadamente, un enemigo mas temible que los Beni-Haoua nos amenaza. Una banda de salteadores habrá salido ya del Dahra para llevar á cabo alguna intentona en esta comarca. Está V., pues, en guardia. Tiene V. fuerzas suficientes, y no vendrán á atacarle detrás de sus murallas.

—Pero en esta costa no hay mas estableci-

mientos que este y el de V., dijo el teniente. Si no pueden intentar nada contra nosotros, los foragidos caerán sobre su casa de V. ¿Quiere V. que ponga veinte hombres á su disposicion para su defensa?

—No, gracias, teniente. Conozco á los soldados. No podrían contenerse delante de los *Sbeah*, y en las actuales circunstancias, una sola gota de sangre que se derrame bastará para sublevar tal vez la mitad de la provincia. Si se me deja obrar, y si V. sigue mis consejos, estos colonos no sufrirán nada, y los Beni-Haoua conservarán sus derechos, ó los abandonarán de buen grado.

—¡Bien! dijo el teniente, pero ¿qué piensa V. hacer con los bandidos?

—Les opondré los Beni-Haoua, haré que el bien nazca del temor del mal, y probaré que mis vecinos son dignos de su benevolencia.

—¡Admiro á V., mi coronel! exclamó el teniente. Con el plan de V., solo los bandidos del Dahra serían sacrificados.

—Sr. de Marcel, contestó el Kebbir, créalo V., cuando una empresa mia tiene buen éxito, es que á nadie se ha sacrificado.

Iba á replicarle el teniente, sorprendido de esta contestacion, pero le interrumpió la llegada del sargento Bremont, que venía á darle parte de que unos veinte árabes empleados en las obras del campamento acababan de marcharse de la poblacion.

—Que corran trás de ellos, dijo el teniente,

y que me los traigan aquí, aunque sea por fuerza.

El coronel cogió del brazo al sargento, que ya giraba sobre los talones para ir á cumplir esta órden, y deteniéndole, dijo al teniente:

—Si quiere V. seguir mi consejo, no haga V. que persigan á esos hombres. Voy á presentarme en el *aduar* de los Beni-Haoua, y sabré con qué objeto se les ha obligado á abandonar el trabajo. Es probable que hayan recibido algun aviso. ¿No es verdad, sargento? preguntó volviéndose hácia Bremont, que esperaba, cuadrado, con arreglo á ordenanza.

—No lo sé, mi coronel, contestó el sargento. Sin embargo, hará cerca de media hora que llegó aquí uno de esos mendigos que en esta tierra se llaman *Dervís*. Se le ha visto hablando con nuestros árabes, que le daban galletas de limosna.

—¡Eso es! El *Dervís* venía enviado por la tribu, dijo el Kebbir, y ¿sin duda habrá desaparecido?

—Sí, mi coronel.

Llegó en esto Alí con el cura y el médico.

El médico era un jóven de aspecto apacible, que no había tenido nunca mas afición que la de la botánica. Llevaba á la espalda una larga caja de estaño llena de plantas, y tenía en la mano un enorme ramillete de flores. En cuanto al cura, había remangado su sotana para andar mas á gusto, y lo mismo que el médico, llevaba de-

bajo del brazo un manojo de plantas silvestres.

—¿Qué sucede? señores, preguntó el cura, acompañando al teniente y al Kebbir hácia la casa del capitán.

—Volvíamos el médico y yo con este árabe de herborizar en la ribera del Montararach, cuando al llegar cerca de la población, un kábila que salió del bosque á nuestro paso, nos arrojó á los piés un pañuelo, y echó á correr, sin pronunciar una palabra, y sin volver la cabeza atrás, por mas que le llamáramos repetidas veces.

Miró el Kebbir á Ali, y éste le entregó un pañuelo de algodón, pronunciando en voz baja estas palabras:

—¡El mezrag!

El Kebbir suspiró, diciendo á los que le rodeaban:

—Los kábilas avisan siempre á sus enemigos antes de romper las hostilidades, y suelen en estos casos, enviarles una prenda cualquiera que hayan recibido de ellos anteriormente, en prueba de paz ó amistad. Esa prenda se llama *mezrag*.

—Ese kábila que ha salido al encuentro del médico debe ser el mismo que ha reñido con el marsellés, y el pañuelo que le devuelve equivale á una declaración de guerra. Créame V., teniente, haga V. marchar al marsellés.

El teniente se fué á dar órdenes, siguiendo este consejo, y el médico entró con el Kebbir en la habitación del capitán.

El enfermo estaba amodorrado y muy débil. No pudiéndosele dar ningun remedio mientras durase el acceso de fiebre, el médico le dejó descansar. Noemi había seguido á éste, de puntillas.

—No tenga V. cuidado, señorita, le dijo el facultativo cuando estuvieron reunidos á la puerta de la casa con Estéban, Margarita y el cura. No es nada grave el acceso, y espero que no le repetirá.

—Entonces puede V. volverse al bordje con nosotros, Noemi, dijo Margarita.

—No, no, contestó aquella. Me quedaré en el campamento con Ourida, hasta que mi padre se halle fuera de peligro. Hágame V. el favor de decir á su madre que me dispense.

Llamándola entonces á parte y abrazándola, añadió:

—Querida mia, le agradeceré á V. mucho que me envíe mañana alguna ropa blanca y unos objetos de tocador, porque podrá suceder que tenga que permanecer aquí algunos días.

—Con mucho gusto, dijo Margarita. Quiere V. que dé este encargo á Estéban?

—No, no, contestó Noemi, ruborizada; ¡por Dios! no moleste V. á su hermano por tan poca cosa.

Margarita miró á su amiga con sorpresa.

Entretanto, habían traído los caballos y las mulas delante de la puerta, y Mr. Simon estaba ya sobre los estribos. Llegó el momento de la despedida, y fué nuevo motivo de sorpresa para

Margarita el que su hermano, en vez de estrechar la mano de Noemi, se contentó con harcerle un saludo atento, casi ceremonioso.

El Kebbir se había despedido ya del médico y del cura.

—No eche V. en olvido mi recomendacion, díjole al teniente.

—Descuide V., mi coronel, contestó el jóven oficial. El marsellés ya está á bordo de la balandra, y cuando oiga V. el toque de retreta, esté V. seguro que los colonos ya habrán entrado en las fortificaciones.

A la puerta de la poblacion se hallaba el sargento Bremont. Cuadróse y saludó militarmente al Kebbir.

—Amigo, le dijo éste, ¿estaré V. de guardia esta noche?

—Sí, señor, mi coronel, contestó el sargento.

—Pues bien, *mucho ojo*. El kábila de esta mañana tratará, de seguro, de entrar escalando la muralla; no le haga V. daño, pero procure V. apoderarse de él, y ¡cuidado que no se escape!

—Fie V. en mí, mi coronel, dijo el sargento.

La pequeña caravana bajó por el camino que conduce á la orilla del rio, y cuando pasó el vado, el Kebbir, dirigiéndose á su hijo, le dijo:

—Esteban, vas á regresar al bordje con tu hermana y avisarás á tu madre, que ni Monsieur Simon ni yo, comeremos hoy en casa.

—¿Dónde vamos á comer? preguntó Monsieur Simon.

—En casa del *Caid* de los Beni-Haoua, contestó el Kebbiri. V tiene, señor mio, algunas creencias equivocadas respecto á los árabes, y quiero, que aprovechemos esta ocasion para hacerselas á V. perder.

—¡Pero, vuestro *Caid* nos vá á cortar la cabeza! exclamó con acento lastimero Mr. Simon.

—Nó, nó, no tema V. nada, le contestó sonriéndose el Kebbiri. El *Caid* es hombre demasiado bien educado, para permitirse con nosotros una falta de atencion semejante.

Despidiéndose entonces de sus hijos, el Kebbiri tomó con su huésped y Alí, la direccion del Sur, miéntras que los jóvenes se alejaban por el camino de la costa.

Estos caminaron algun tiempo en silencio, pues Estéban no podía desechar la tristeza que la confesion de Noemi le habia causado, y Margarita parecia tambien algo preocupada. Sin embargo, al cabo de un rato, Margarita como resuelta á llevar á cabo alguna meditada resolucion, miró fijamente á su hermano y le dijo:

—Estéban ¿qué te ha hecho Noemi? No está bien en tí el separarte de ella sin estrechar su mano, y de manifestar empeño en no hablarle como te sucede ahora todos los dias, hasta el punto de hacerla llorar.

—¡Cómo! ¿hacerla llorar? exclamó Estéban.

—Sí, por cierto, dijo Margarita con sencillez, parando su mula junto al caballo de su hermano. Hará cosa de un mes que estando ella asomada

á su ventana, pasastes tú por el jardín. Acababa yo de entrar en el cuarto y llegué hasta colocarme, sin que lo notára, detrás de ella. Noemi te seguía con la vista, bien lo reparé, se inclinaba hácia adelante para verte por mas tiempo y sus megillas estaban bañadas en lágrimas.

Estéban al oír esto, dió un salto sobre la silla. Miró á su hermana con enfado, como si sospechara que quería burlarse de él; y por último le preguntó.

—¿Estás segura de que lloraba?

—A fé mia.

—¿Y cuando lloraba, me miraba á mí?

—Sin duda alguna.

—Y.... ¿tú crees.... que nadie mas que yo, podía entonces hacer correr sus lágrimas?

—¿Quién, sino tú, se atrevería á causarle disgustos en nuestra casa? dijo Margarita. ¿No la queremos todos menos tú?

—Pero, ¿sabes de positivo que estaba llorando?

—Estoy segura de ello; asomaba el cuerpo á la ventana para mirarte y tenía las manos cruzadas, como si estuviera rogando á Dios.

Estéban creía soñar. De repente, un gozo inmenso invadió su corazón, y acercándose á su hermana hasta tocarla, le echó un brazo al rededor del talle y llorando él tambien, descansó la frente sobre el hombro de la inocente criatura, exclamando:

—¡Ay! querida hermanita mia, que feliz me acabas de hacer!



XII.

La Tribu de los Beni-Haoua, se compone casi en totalidad de Morabitos, esto es, de personas pertenecientes á la nobleza religiosa. No se casan mas que entre sí y ejercen una influencia grandísima sobre sus vecinos. Se les consulta, para todos los casos de conciencia, son árbitros en las contiendas de tribu á tribu, y á pesar de la reputacion de santidad de que disfrutan, los mas ricos suelen vivir con fastuosa ostentacion. En la época de que trata este libro, ejercía desde mas de quince años el mando de la Tribu, el Caid Seddik, anciano de costumbres puras y carácter formal y bondadoso. Había tenido de sus cuatro mujeres seis hijos, ya todos de edad viril, que le ayudaban en el desempeño de sus tareas políticas y en la administracion de su ha-

cienda. Seddik, repartía todos los años una parte de su cosecha, entre los enfermos y los menesterosos y además había establecido en su Aduar, una escuela donde se enseñaba el Alcorán y los principios del derecho, con arreglo á las leyes musulmanas.

El día en que el Kebbir acompañó á Monsieur Simon, en su visita al pueblo del Montararach, el Caid recibió aviso de su salida, cuando se disponía á presidir la asamblea de los ginetes de su tribu convocados por él en aquella misma mañana. Concluida esta reunion, dispersáronse los concurrentes y el Caid mandó ensillar su caballo y diciendo á su hijo mayor que le acompañase con una docena de servidores, marchó á situarse en el extremo límite de su territorio, con objeto de esperar á el Kebbir y ofrecerle á su paso, la hospitalidad.

Cuando el Caid y su séquito vieron llegar á los dos ginetes, echaron pié á tierra inmediatamente, y montando de nuevo á caballo, despues de los saludos acostumbrados, siguieron cabalgando detrás de ellos y de sus dos gefes, que el Kebbir había hecho colocar á su derecha.

Mr. Simon, que hasta entonces no había encontrado mas que indígenas de baja esfera, pudo examinar á sus anchas á los dos gefes árabes, y, tanto su aspecto como sus modales, produjeron en el Rumí un sentimiento de sorpresa inesplicable. Vestido de blanco de piés á cabeza; con

su barba gris, su tez tostada por el sol, el Caid semejaba un patriarca bíblico.

Su hijo, jóven de veinte y cinco años, vestía un jaique listado de seda debajo de un amplio albornoz negro, recogido por los dos lados sobre los hombros. Ricos arcos turcos bordados de oro y seda, y cubiertos de chapas de plata, brillaban sobre sus magníficos caballos y Mr. Simon vió con asombro, que tanto el Caid como su hijo, lucían en sus pechos la cruz de la legion de honor.

Seguía la cabalgata su camino hácia el Sur, por el fondo de un estrecho valle que coronaban las cimas sonrosadas de las montañas. La conversacion era muy poco animada entre los árabes y los franceses, y solo se hablaba de cosas insignificantes, como si de comun acuerdo, unos y otros, hubiesen resuelto evitar toda alusion al asunto que los preocupaba. Salían del valle á una esplanada descubierta, cuando llegó á sus oídos, el toque de retreta de los clarines del campamento. Volvióse al mismo tiempo el Kebbir hácia el mar, y vió el blanco velámen de la balandra que salía del puerto, deslizándose sobre el azul oleage, como las álas de un ave gigantesca. Entónces, seguro de que se habían seguido sus consejos, el Kebbir experimentó una viva satisfaccion y su semblante despejado y sereno dió á entender, que la reserva de los dos gefes, era poco importante para él.

Poco tiempo había trascurrido, cuando aparecieron á la vista de los viajeros, sobre una in-

mensa llanura sin vegetacion, unas cien tiendas de campaña rayadas de blanco sobre fondo oscuro y dispuestas en círculo. En el espacio del vacío del centro, circulaban numerosos servidores y delante de la abertura de cada tienda, piafaban atados á las estacas, caballos cubiertos con lujosas mantas bordadas.

Al mismo tiempo que llegaban los ginetes, volvian del campo en todas direcciones, los innumerables rebaños del Aduar, levantando inmensas nubes de polvo, que teñían de oro y púrpura los últimos rayos del sol.

Largas columnas de bueyes de la Kabilia, de camellos, de yeguas con sus potros, iban desfilando hácia el centro del campamento, donde habían de pasar la noche.

Los dos gefes adelantándose, echaron pié á tierra á la entrada de una extensa tienda y salieron al encuentro de sus huéspedes para tenerles el estribo. La tienda donde el Caid penetró acompañado del Kebbir, de Mr. Simon y de su hijo, era de grandes dimensiones y estaba adornada con magnificencia. Alta de mas de veinte piés, tendría sesenta pasos de largo. Dividíala en dos departamentos, una cortina de seda verde recamada de oro. El segundo de estos, cuyos costados estaban cuidadosamente cerrados hasta el suelo, tenía además al exterior, una defensa de faginas amontonadas, para que nadie pudiera acercarse á él. El primero, que es el que ocupaban el Caid y sus huéspedes, estaba espues-

to al aire libre, pues la pesada tela de la tienda estaba recogida en todo su contorno á la altura de un hombre, de modo que se podía entrar y salir sin bajarse, y desde el interior la vista se extendía por todos lados sobre el inmenso Aduar. Una mullida alfombra de Esmirna cubría el suelo, y las sillas de montar con sus arneses bordados de oro y seda; las ricas armas damasquinas, colgaban en vistosos trofeos, de los mástiles que sostenían la tienda, en cuyo centro se veía el cofre guardador de las alhajas y los papeles de la familia.

Tan pronto como los franceses penetraron en la tienda, Seddik los hizo sentar y mandó colocar delante de ellos, una mesita redonda muy baja. Tomó él tambien asiento en frente de sus dos huéspedes, permaneciendo los demas circunstantes de pié en señal de respeto. Sirvióse la cena, cuyo plato principal era un carnero entero asado, que dos hombres pusieron sobre la mesa con gran aparato. Mr. Simon, á pesar de que no se encontraba muy á gusto sentado en el suelo con las piernas dobladas, dió buenas muestras de su apetito, agradeciendo mucho la delicada atencion del Caid, que le había mandado poner un cubierto de plata, un cuchillo, un vaso y una botella de vino, cosas que no se suelen encontrar en las tiendas de los árabes. En cuanto al gefe de tribu y al Kebbir, siguiendo la costumbre tradicional del país, comían buenamente con los dedos.

Desde que se había dado principio á la comida, nadie en la tienda había pronunciado una palabra. Los gefes y Simon permanecían silenciosos y se hubiera podido oír volar una mosca, segun la vulgar espresion; Mr. Simon fué el primero que tomó la palabra. Hacía ya un gran rato que le estaba preocupando una circunstancia para él muy extraña. Detrás de él, con la servilleta al hombro y un plato en la mano, estaba de pié sirviéndole á la mesa, aquel caballero de la Legion de honor que acompañaba al Caid, cuando este salió al encuentro de los viajeros. Mr. Simon, ignoraba el grado de parentesco que unía á aquel jóven, del negro albornoz, con el Gefe de la Tribu, así es que al saber por el Kebbir que era su hijo primogénito, se levantó arrojando su servilleta al suelo, deshaciéndose en cumplidos por las molestias que le había causado, y declarando al Caid, que no seguiria comiendo mientras su hijo no tomase con ellos asiento á la mesa. Pero el Caid, interrumpiéndole con voz tranquila le dijo:

—Señor, puedes volver á tu asiento y satisfacer tu apetito. Mi hijo, no come delante de su padre.

—¡Pues, me parece muy rara esta costumbre! En nuestro país, no solo los hijos comen con sus padres, sino que se creerían muy rebajados si se les obligase á hacer las veces de los criados.

—Los huéspedes, señor, contestó el Caid, son

para nosotros una bendición y al servirles creemos servir al mismo Dios.

Mr. Simon se disponía á contestar, pero comprendió á una seña del Kebbir que era trabajo perdido y volvió á su asiento, no sin renovar sus cumplidos y sin resistirse á dejarse servir por el jóven, hijo del Caid.

Concluida la comida, los circunstantes se retiraron con Alí á una tienda inmediata para disfrutar de los restos del festin, y solo entonces el Kebbir, pudo dar á conocer el objeto de su visita.

Dirigió la palabra al Caid en lengua árabe, diciéndole:

—Parece que los Beni-Haoua están asegurados contra las lluvias, pues han dejado sus henos en los prados sin recogerlos en almiares.

—Señor, contestó Seddik, los almiares son buenos, pero vale mas la honra.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el hijo del Caid servia el café á su padre y á los dos convidados.

—He visto con satisfaccion, prosiguió el Kebbir, que no se teme ya á los salteadores en la comarca, pues tus servidores han abandonado el puesto de vigilancia.

—Señor, le contestó el Caid, el puesto se vé de lejos y los salteadores huyen de él. Ni ellos ni tú podíais ver á mis servidores que se ocultaban en la maleza.

—Creo que si no los he visto, los he oido.

—Sí, gritaban para avisarme de tu paso, contestó el Caid. Si hubieran pasado nuestros enemigos, mis hombres hubieran enmudecido para apresarlos.

En esto, fué interrumpido el diálogo de los dos gefes, por otro altercado suscitado entre Mr. Simon y el hijo del Caid.

Este último estaba haciendo cigarros de papel, que iba ofreciendo sucesivamente, despues de encenderlos, á su padre y á los huéspedes, pero el Rumí agradecido á este nuevo obsequio, se habia empeñado en que el jóven fumara tambien, á lo cual se resistía el árabe con su acostumbrada gravedad.

—Señor, dijo el Caid á Mr. Simon, tú no puedes variar nuestros hábitos, mi hijo no fuma delante de su padre.

—¡Qué estraña rigidéz de costumbres! dijo para sí Mr. Simon.

Despues de un corto silencio, el Kebbir prosiguió, diciendo:

—¿Han encontrado los Beni-Haoua algun tesoro? Me alegro mucho. ¿Cómo los veinte jóvenes que tú habías enviado á las obras del campamento, las han dejado sin decir nada? Supongo que ya no les hace falta el trabajo.

—El trabajo les hace mas falta que los palos, señor, contestó tristemente el Caid. Prefiero mantenerlos, que dejarlos expuestos á la afrenta.

—¡Caid! exclamó con viveza el Kebbir, yo he respondido de tí ante el comandante del distrito.

Le he jurado que permanecerás fiel y que en tu tribu nadie alzaría la mano sobre los franceses.

—Has hecho bien, señor, contestó Seddik.

—Sin embargo, dijo el Kebbir, he sabido que estaba agitado tu aduar.

—¿Y cómo no? replicó Seddik. Tú que eres bueno y generoso, que caminas por la senda de la justicia y que has recibido de Dios el don de la sabiduría, si vieras que te querían arrojar de tu casa, ¿no te sentirías conmovido?

—Seddik, dijo el Kebbir, después de reflexionar un momento, ¿No he sido siempre para tí un amigo sincero?

—Sí, señor.

—En los diez años que llevamos de habitar este país, mi familia y yo, ¿te hemos causado á tí ó á los tuyos algun perjuicio?

—Señor, no.

—Pues bien, para que yo pueda defender tus derechos, es preciso que sepa lo que has hecho, desde que has sabido que se trata de desalojar á tu tribu de este país.

—Voy á complacerte, señor, contestó Seddik. Primero no quise dar crédito á lo que se me anunciaba, pues siempre he desempeñado lealmente, mi cargo de Caid. Luego, al verme confirmada la fatal noticia, dije para mí: «¡Bien! ¡estaba escrito que mis nietos aprenderían á caminar, por las sendas del destierro!»

Supe la llegada á tu casa, del que quiere pa-

sear sus arados por nuestros campos; me avisaron tambien, de que algunas cuadrillas de esos perros de Sbeah, se aprestaban para una espedicion, sin duda contra nuestros aduares. Envié enseguida aviso á Orleansville y á Ténez, para que las tropas les corten el paso de las montañas. Reuní despues á todos los hombres útiles de mi tribu, púseles en conocimiento de lo que ocurre; díjeles que tu huésped debía serles sagrado, y que los Sbeah no habían de llevarse ni una gallina de nuestros corrales. A estas horas, cinco de mis hijos y cuatrocientos ginetes, vigilan sobre las armas en nuestras fronteras. Mira, si no quieres dar crédito á mis palabras. Al decir esto el Caid, señaló con el brazo la sierra, que se prolongaba al Oeste del aduar, y en la cual se veian esparcidas, de distancia en distancia, rojizas hogueras, semejantes á estrellas que centelleaban en la oscuridad de la noche.

Al verlas el Kebbir, no pudo menos de hacer un movimiento de satisfaccion.

—¿De modo, que no has tenido nunca el propósito de formar alianza con los Sbeah?

—La hiena, repuso Seddik con aire despreciativo, caza en compañía de los chacales; pero, ¿quién ha visto al leon, asociarse con esos cobardes animales?

—Nadie, Caid, repuso el Kebbir. Yo bien sabia que no podrías dejar de ser fiel, y si he venido aquí, es para que mi huésped lo viera por sí mismo. Puedes ahora estar seguro, que haré

cuanto me sea posible para alejar de tu tribu toda causa de inquietud.

Oyéronse de repente furiosos ladridos de los perros del aduar, y un hombre medio desnudo, loco y ensangrentado, se precipitó dentro de la tienda.

Este hombre venia perseguido por una nube de perros: Los servidores del Caid consiguieron, no sin trabajo, echar á los encarnizados animales, y el recién llegado, prosternándose con humildad y besando respetuosamente la cabeza de Seddik, le dijo:

—¡Oh Caid! vengo á implorar tu proteccion.

—¡La tienes! contestó Seddik.

Alzóse el hombre, y entonces pudo verse que de las prendas de su traje solo habia conservado los calzones. Su cabeza desnuda estaba medio rapada; sus ojos inyectados de sangre, giraban con inquietud; y su cuerpo jadeante, se estremecía bajo las anchas heridas que rasgaban sus carnes.

El Kebbir, habia conocido ya en él, al kábila Ben-Zeddám.

Entretanto, el Caid, mandó que le dieran un albornóz con el cual se cubrió, y despues de enjugar el sudor que bañaba su frente, contó lo que le habia sucedido. Como lo habia previsto el Kebbir, el kábila habia logrado volver de noche y entrar en el pueblo; pero cayendo en poder de los soldados, hubiera sido encerrado en el calabozo de la oficina árabe, si con una desesperada

resistencia, no consiguiera escaparse de entre sus manos, dejando en ellas sus vestidos hechos girones. Solo recordaba de este lance, que al pasar por encima de la muralla para salir al campo, en su huida le habian disparado tres ó cuatro tiros.

Concluido este relato, el Kebbir, que todo lo habia escuchado atentamente, quiso ver el arma con que Ben-Zeddám pretendiera vengar su insulto.

—No tenia yo cuchillo, contestó el kábila, pues Alí me lo ha quitado durante nuestra riña.

—¿Pues con qué arma ibas á herir á tu enemigo? preguntó el Kebbir.

—¡La pantera tiene cuchillos en sus aceradas uñas! dijo el kábila, enseñando sus velludas y nudosas manos.

Miráronse todos unos á otros, los de la tienda, y Mr. Simon retrocedió espantado, al ver la expresion de salvaje ferocidad del semblante de Ben-Zeddám.

—Ben-Zeddám, prosiguió por último el Kebbir, aplaca tu corazon. Tu enemigo ha marchado para Argel, y no se le volverá á ver en este país.

Al oír estas palabras, el kábila dejó escapar un grito de rabia, pero haciéndose de pronto dueño de sí mismo, contestó con aire sumiso:

—Está bien.

Este incidente dió fin á la visita de Mr. Simon y del Kebbir. Trajéronles sus caballos, que

montaron, y Allí marchó delante de ellos, abriendo paso entre los perros con su baston. El Caid y su hijo, acompañaron á sus huéspedes hasta los límites del aduar, y allí se separaron de ellos colmándolos de bendiciones.

Durante el camino, Mr. Simon, vivamente impresionado por todo lo que acababa de ver en el campamento de los Beni-Haoua, no cesó de deshacerse en elogios sobre las buenas prendas y las costumbres patriarcales, del Caid y de su familia.

El Kebbir, quiso aprovechar esta favorable disposicion de su huésped para persuadirle que renunciase á su propósito, pero Mr. Simon le contestó, que tarde ó temprano, habrian de ser despojados los árabes de sus terrenos, y que todo lo que podria hacer, seria ofrecerles en vista de las buenas cualidades que ahora reconocia en ellos, una indemnizacion razonable.....

—Eso no serviria de nada, contestó contristado el Kebbir. Veo, que debo renunciar á convencer á V., y lo siento..... sí, francamente, lo siento por V.....!

Prosiguieron su marcha, sin mas novedad que alguna que otra repentina aparicion de los ginetes del Caid, esparcidos por las laderas del camino para vigilarlo, lo que produjo una nueva série de sobresaltos al atribulado Mr. Simon.

Llegaron al bordje los dos compatriotas, y el Kebbir dejó á su huésped á la puerta de su habitacion, deseándole feliz descanso.

Mr. Simon se acostó, esperando olvidar siquiera un rato, las penosas emociones de aquel día, pero por mas que hacia, no podia conciliar el sueño. Creia oír constantemente gritos lejanos, semejantes á los lamentos de un niño que estuvieran degollando, y se estremecía de pavor. Eran los ahullidos de los chacales y de las hienas, que recorrían el campo á favor de los tinieblas de la noche. A eso de las doce, todo ruido cesó.

El que á esa hora se hubiera encontrado en el sendero que cruzaba delante del bordje, hubiera podido ver pasar como una sombra, un hombre que se deslizaba silenciosamente de mata en mata.

Cuando el receloso caminante hubo salido de las inmediaciones del bordje, irguió su talle y aceleró la marcha, corriendo en la direccion del Este, y pronunciando, con voz agitada, algunas breves máximas.

«Acuérdate, decia, que una onza de honra,
»vale mas que cien onzas de oro.»

«No permitas que nadie te tome por juguete.»

«Si hay un pais donde tenga que sufrir tu
»orgullo, abandónalo, aunque sus murallas sean
»de rubíes.»

El que así hablaba, era el kábila Ben-Zeddám. Había logrado escaparse de la tienda de Seddik, y se dirigía á Argel, en busca de su enemigo.

La distancia de cuarenta leguas, que separa el aduar de la ciudad morisca, le importaba poco. En caso necesario, hubiera ido hasta el fin del mundo en busca de su ofensor.

XIV.

Mientras, en los alrededores del Oued-Dhamous, ocurrían los anteriores acontecimientos, se preparaban en Mazouna otros enlazados con los primeros de un modo singular. Mazouna, es una pequeña villa árabe, edificada sobre las ruinas de una colonia romana, á veinte leguas al Sur-Oeste del Montararach, en un tortuoso valle que se estiende desde el Chelif al Dahra. Sus habitantes viven al parecer del cultivo de sus huertas; pero en realidad, su verdadera industria consiste en ocultar, mediante retribucion, los objetos robados por todos los malhechores del país, y en la venta del derecho de asilo á toda clase de foragidos.

Esta industria no deja de ser peligrosa para los que la ejercen, pues las autoridades france-

sas, la castigan severamente, pero las gentes de Mazouna, cuyo carácter es naturalmente salvaje, no se complacen mas que en las emociones de la lucha.

Para dar una idea de su indomable ferocidad, baste decir, que la mayor parte de los Caidés de esta poblacion, han muerto sucesivamente asesinados.

La misma tarde en que la gitana de los Beni-Addés, se hospedó en el bordje del Oued-Dhamous, á la hora en que la noche empezaba á estender su negro manto sobre las faldas de los montes, abrióse lentamente la puerta de una casita de Mazouna, situada cerca de las murallas, dando paso á dos hombres que tiraban de un mulo pesadamente cargado. El callejon estrecho donde se hallabañ, estaba desierto y oscuro; siguieron por él hasta una brecha de la muralla, que les dió salida al campo, y despues de vadear el Oued-Onarane, que vá á desembocar cuatro leguas mas abajo, al rio Cheliff, empezaron á cruzar aceleradamente las estériles llanuras del inmenso Aghalir, de los Sbeah. El aspecto de los dos caminantes, era miserable; pues ambos iban cubiertos de súcios harapos, y á no ser por el mulo cargado que les daba cierta apariencia de mercaderes ambulantes, hubiérase creido que eran mendigos. Sin embargo, la carga del animal era muy estraña, pues sobre un monton de mantas hechas girones, veíase un bulto cuyas formas semejaban vagamente la de un sér humano, pu-

diéndose observar, que cuando el misterioso fardo se movía algunas veces, dejaba oír sordos gemidos.

Haría una dos horas que caminaban rápida y silenciosamente á pesar de la oscuridad, cuando la luna apareció por detrás de la sierra vecina, esparciendo por la arenosa llanura, una confusa claridad. Entonces los dos hombres, como temerosos de ser descubiertos, empezaron á dirigir su marcha por las sombras de la maleza y del monte bajo, sin mas ruido que el de los tropezones del mulo en las piedras del camino. Prosiguieron así toda la noche sin encontrar alma viviente, hasta que al rayar el día, llegaron á la carretera estratégica, que conduce de Orleans-Ville á Ténez. Allí por todas partes se percibían ya, cercanos rumores de establecimientos habitados y de traginantes. Detuviéronse entonces los dos árabes paseando sus miradas por todos los alrededores en busca de un albergue para descansar de su precipitada marcha.

Lo primero que se ofreció á su vista, fué un grupo de árabes á caballo que galopaban hácia ellos.

Era un destacamento de mekrazenis, ó soldados de caballería indígena, que á consecuencia del parte dado por el Caid de los Beni-Haoua, al comandante del distrito de Orleans-Ville, tenía el encargo de reconocer á los viajeros, y detener á cuantos les parecieran sospechosos.

En un momento, nuestros dos caminantes se

vieron rodeados de aquella fuerza armada cuyo gefe les gritó:

—¿Buena gente, de donde se viene?

—Venimos de la montaña, señor, le contestaron dando á su exterior y á sus palabras, un aire en extremo pacífico y lamentable.

—¿De qué montaña?

—De aquella que está detrás del Oued-Ouarane.

—¿Cual es su nombre?

—Tadjena; señor, desde aquí podeis verla; y extendiendo el brazo, señalaron la direccion opuesta á la que acababan de seguir.

—¿Sois pues de Tadjena? volvió á preguntar el gefe de los mekrazenis.

—Sí, señor, por la bendicion de Sidi-Moussi, (1) has acértado.

—¿Y donde vais tan de madrugada fuera de los caminos, como si fuéseis merodeadores?

—¡Ay! Señor, dijo con acento lastimero, el de mas edad, mi mujer que es paralítica, viene atada sobre esa bestia, como lo puedes ver, y este hombre, que es hermano mio, hace el favor de acompañarme hasta el sepulcro de Sidi-el-Bahri, el santo de los Beni-Haoua, porque solo él, podrá con la ayuda de Dios, devolver la salud á la enferma. Somos gente honrada, que pagamos nuestros impuestos, y nos apartamos de los malos. El temor de Dios guia nuestras ac-

(1) Moisés.

ciones. Déjanos, pues, seguir nuestro camino hácia el sepulcro del santo.

—¡Poco á poco! exclamó el mekrazeni. Todo eso podrá ser verdad, pero debo cerciorarme de ello.

—¿Pues qué? ¿Habría acaso disturbios en el país de los Beni-Haoua? preguntaron los dos hombres aparentando sobresalto. En tal caso, nos volveremos á nuestra casa. No queremos nada con los que turban la paz del país. Señor, ilumínanos tú que todo lo sabes.

—Lo que sé yo, dijo el mekrazeni, echando pié á tierra, es que habláis mucho y que estoy ya harto de oiros.

—Señor, somos hombres de bien; sin embargo regístranos. No tenemos armas; solo pensamos en ganar el sustento para nuestros hijos. Tenemos entre los dos un pequeño cercado con unas treinta cabras....

—¡Basta ya! dijo el mekrazeni.

Levantó, al decir esto, el albornoz estendido sobre el mulo, y descubrió parte de una forma humana, cubierta de saquillos llenos de amuletos. El cuerpo, materialmente sugeto con gran acopio de cuerdas sobre los lomos del animal, se estremecía de cuando en cuando, como á impulsos de algun padecimiento agudo, y la cabeza descansaba sobre el cuello del bruto, y estaba envuelta en un pedazo de tela blanca que solo dejaba á descubierto una frente pálida y dos ojos moribundos.

El mekrazeni volvió á colocar el albornoz sin

tocar al pañuelo que cubría el rostro, y volviéndose hácia los dos hombres, les dijo:

—¡No importa! No teneis pasaporte. Regresad á vuestra casa.

—Pero si tenemos pasaporte, señor, contestó el que se suponía marido de la enferma.

—¿Por qué no lo habeis dicho antes? exclamó el mekrazeni.

Tomando entonces un pedazo de carton que le presentó el viagero, vió que era un pasaporte en regla, estendido en árabe por Tadjena para una mujer, su marido y su hermano.

—Seguid vuestro camino y Dios os guíe, dijo el mekrazeni y montando á caballo, se alejó rápidamente seguido de sus ginetes.

—¡Perros franceses! decían entre dientes los dos hombres, mientras que el destacamento desaparecía envuelto en una nube de polvo. Permita Dios que se vuelvan veneno vuestros alimentos.

Prosiguieron entonces su camino hácia la montaña, pero á menos de un cuarto de hora de marcha, descubrieron el tejado de una granja francesa, y dirigiéndose á ella, encontraron á su entrada un viejo negro, al cual pidieron la hospitalidad.

La granja aislada, pertenecía á un antiguo soldado que la habitaba con su mujer, ex-cantinera de zuavos. Los dos vivían del producto de su labranza, sin mas cirados que el anciano negro. El soldado estaba ocupado en las faenas del

campo, y su mujer permitió á los dos forasteros que se instalasen en el jardin, dándoles pan, agua y algunas frutas.

Cuando el marido volvió á casa á la hora de comer, vió á los árabes durmiendo, á la enferma quejándose, y el mulo que se sacudia las moscas con la cola, á la sombra de un olivo. Los miró con indiferencia, y despues de comer, se volvió al campo llevándose al negro, y dejando á su mujer sola con los forasteros en la granja solitaria. Los árabes no dormían sino á medias, pues apenas vieron salir á los hombres, cuando empezaron á hablar entre sí en voz baja, diciendo el de mas edad al otro:

—Bou-Sekdel, la mujer está sola.

—¡Alabado sea Dios! Bou-Alouch, contestó el jóven. Pero no tenemos cuchillos.

—Hay una piedra al alcance de mi mano, dijo Bou-Alouch.

—¿Es grande la piedra?

—Sí.

—¿Como vas á herirla? preguntó Bou-Sekdel.

—Oye: cuando pase á nuestro lado para ir al pozo, tírala al suelo, cogiéndola por las piernas, yo con una mano ahogaré su voz, y le romperé el cráneo con la otra.

—¡Está bien!

Pero en esto, la supuesta enferma que yacía al lado de los dos hombres, les dijo:

—¡Hijos de perros! si alguno de vosotros toca á esa mujer, le he de arrancar la lengua y los

ojos. ¿No habreis de proseguir nunca un proyecto fijo? ¿Hemos salido acaso de Mazouna para despojar á los miserables?

Calláronse Bou-Sekdel y Bou-Alouch convencidos por este argumento, y al anochecer se despidieron de su huéspeda dándole las gracias por su hospitalidad.

Caminaron toda la noche con rapidez á pesar de las dificultades del camino, y al ser de dia llegaron al término de su viage.

Era este un pequeño cercado solitario y triste, situado á la orilla del mar entre el Oued-Dhamous y el Montararach. Rodeábanle por todos lados, olivos, encinas y pinos marítimos, y su superficie completamente desprovista de vegetacion, ofrecía solo á la vista un sin número de estacas de madera, y pequeños pilarejos de piedra, entre los cuales apenas había hueco para poner los piés. En un rincon de aquel triste recinto, se eleva una cúpula de ladrillos blanqueados, por cuya puerta siempre abierta, se descubría en el interior un sarcófago de madera colocado en medio del pavimento. Numerosas banderas, pendían de la bóveda sobre el féretro, y á la entrada del monumento se elevaba un arbusto, cuyas ramas desaparecían materialmente bajo millares de pedazos de tela de todos colores. Aquel era el sepulcro del morabito Sidi-el-Bahri, edificado dentro del cementerio de los Beni-Haoua, y los abigarrados harapos que colgaban de las ramas del árbol, atestiguaban la piedad

de los numerosos fieles que habían ido á tributar al santo el homenaje de su veneracion.

Bou-Sekdel y Bou-Alouch, al llegar á la entrada del cementerio, tomaron en brazos á la supuesta enferma, y llevándola paso á paso has el monumento, donde le salió al encuentro un árabe encargado de custodiarlo, colocáronla encima del sarcófago del morabito, retirándose enseguida al lado del mulo acompañado por el guarda, para que segun costumbre, el enfermo pudiera dirigir al santo sin testigos sus oraciones. El devoto, acercándose entonces á una pequeña abertura practicada *exprofeso* en la parte del féretro correspondiente á la cabeza del cadáver, dirigió á este su oracion en términos que nada tenían que ver con su salud, diciéndole:

—¡Oh! Sidi-el-Bahri! tú que todo lo puedes y todo lo sabes, intercede para que se logre nuestra empresa. No queremos hacer daño á los Beni-Haoua, tus hijos predilectos, y sufriríamos todos los tormentos hasta nuestra sétima generacion, antes que tocar un pelo de su barba. Pero cerca de tu venerado sepulcro, se han establecido unos infieles, que lo profanan con su presencia. Esos son los que hemos jurado exterminar hasta el último. Permite, Sidi-el-Bahri, que nos introduzcamos en su casa, para esperar á los compañeros que nos han de ayudar en nuestra santa obra. Guíalos por los senderos de la montaña, preservándolos de malos encuentros. Proté-

gelos contra los hombres de *los sombreros* y sus perros los mekrazenis. Si logramos nuestro propósito enriqueciéndonos con los despojos de esos viles cristianos, y si nos vuelves á Nazouna sanos y salvos, ¡oh Sidi-el-Bahri! te daremos veinte carneros para tus pobres. Por la piedra negra de la *Caaba*, yo que no soy mujer ni enfermo, y que me llamo Bel-Kassem, morabito de los Sbeah, te lo juro!

Apenas había terminado esta atroz invocacion, cuando, á una seña del que la pronunciara, Bou-Sekdel y Bou-Alouch, acudieron y le sacaron en brazos al aire libre. Con grande admiracion del mismo guarda, la enferma ya no dejaba oír ni un quejido, y como si el contacto del sepulcro hubiera bastado para curarla, se arastraba apoyándose en los brazos de sus compañeros.

Pero al llegar al pié de la mula, se echó hácia atrás de repente al divisar á dos jóvenes que cruzaban por el sendero del bosque. Estos iban hablando entre sí; pero cuando vieron á los árabes, callaron y siguieron marchando hácia el cementerio. El guarda saludó á Estéban, pues era él, que paseaba en compañía de Noemi.

Estéban, desde que las inesperadas récriminations de su hermana, le hicieran sospechar los verdaderos sentimientos de Noemi, había formado el propósito de volverla á ver lo mas pronto posible.

Al dia siguiente, mientras que Mr. Simon se

despedía de sus huéspedes para marchar á Cherschell, el jóven salía de la casa paterna en direccion del Montararach.

A la misma hora Noemi emprendía el viage de regreso desde el pueblo al bordje, acompañada por Ourida, llevando gozosa á sus amigos las buenas noticias de la salud de su padre, el cual habia pasado bien la noche, y al decir del médico, estaría completamente restablecido al cabo de dos ó tres dias.

Deseaba, sobre todo, la hija del capitán, volver á ver á Estéban y poderle hablar, porque sentía haberle manifestado tanto rigor, y al recordar todo cuanto él y sus padres habían hecho por ella, se le hacía insoportable su aparente ingratitud. Consideraba que sin renunciar á su determinacion, hubiera debido demostrar mas afecto y mas agradecimiento al jóven que la amaba, que tal vez era éste desgraciado por culpa suya, y la idea de que pudiera llegarla á odiar, laceraba su corazon. Obedeciendo así á la vez á los impulsos de su amor y á los de su bondad, quería consolar á Estéban, sin conocer que emprendía un imposible puesto que sus deseos eran directamente contrarios á la resolucion que tenia formada.

Caminaba, pues, al amanecer, montada en su mula, por la senda florida que tantas veces habia recorrido ya en el espacio de cinco meses, y saboreando las emanaciones perfumadas del mar y de los árboles, se dejaba mecer por sus ilusio-

nes, cuando al revolver un recodo del camino, se encontró frente á frente con Estéban. Lanzó este al verla, una exclamacion de sorpresa, y acudiendo á su encuentro, le preguntó precipitadamente si regresaba al bordje, si su padre estaba ya bueno, y si permitía que la acompañara.

Noemi contestó á estas preguntas, y á su vez quiso conocer la causa del viage del jóven, á lo cual contestó Estéban, que se dirigía al pueblo únicamente para verla porque tenía que hablarle. Ella echó entonces pié á tierra, y poniendo en manos de Ourida las riendas de la mula, díjola de adelantarse hácia el bordje, y echó á andar al lado de Estéban, preguntándole qué era lo que le tenía que decir. La sangre fría de Noemi sorprendía mucho á Estéban, el cual con la timidez propia de su edad, en vez de aprovechar las buenas disposiciones de su amada, no pensaba mas que en vencer su propia cortedad. Detúvose, sin embargo, á la sombra de un algarrobo que estendia sobre ellos sus verdes hojas, y le dijo:

—Noemi, deseaba hablar con V. porque ayer, al oirla, mi emocion era tan violenta, que no pude encontrar palabras para contestarle. Toda la noche la he pasado pensando en V. y repitiendo una por una todas sus espresiones. He procurado adivinar la causa que le obliga á huir de mí; pero no habiendo podido dar con ella, vengo á decirle con franqueza: no es posible que su nega-

tiva se funde únicamente en una repulsion instintiva hácia el matrimonio. Sé que es V. franca, y habiéndome declarado que su determinacion no procede de una inclinacion anterior, ni de la voluntad de su padre, debo creerlo, pero al afecto que siento hácia V. no le bastan vagas palabras. Tenga V., pues, confianza en mí. Trátame V. como á un hombre y si es cierto que algun motivo grave debe separarnos, dígamelo. Prefiero mil veces una situacion franca, por muy dolorosa que sea, á la incertidumbre que desde ayer me está destrozando el corazon.

Por mas que el desventurado jóven trataba de dar á su acento toda la naturalidad posible, no podía ocultar su emocion. Siéndole imposible explicar á Noemi de qué modo había penetrado el secreto de sus sentimientos, pretendía obligarla á confesárselos, y en su sencillez, no veía para conseguir este objeto mejor medio que el de solicitarlo sin rodeos. Noemi, por su parte, al verse obligada, olvidó sus caritativas resoluciones y pensó solo en defenderse, y le contestó:

—No tengo mas motivo que el que ya he dicho á V.

Al oír estas palabras, Estéban la miró con tristeza dando así á conocer que no esperaba verla disfrazar la verdad.

—Esto es imposible, replicó. No puedo creerlo. Que yo le cause á V. desvío, se comprende; pero que esto suceda con el matrimonio..... repito que á menos de una causa particular que

desconozco, y que ni aun llego á sospechar, no puedo creerlo.

—Así es, sin embargo, contestó Noemi. No le tengo á V. desvío, al contrario; pero no me puedo casar.

Estéban prosiguió con amargura:

—¿De modo que, si dentro de algun tiempo le dijera á V. que, siguiendo sus consejos, he dado á otra mujer el afecto que V. desprecia ahora, lo aprobaría?

Palideció Noemi á este rudo golpe, pero contestó: sí.

—¿Y sería V. feliz?

Volvió á cubrirse de palidez el rostro de la jóven, y sin fuerzas para hablar, contestó con una seña afirmativa.

—¿Y es probable, prosiguió él lleno de ira, que asistiría V. á mi casamiento?

Ya no pudo ella contestar ni aun por señas, y las lágrimas rebozaron de sus ojos.

Estéban cogióla entonces de la mano, y le dijo con dulzura:

—Ya vé V. que no me equivocaba. ¿Por qué me engaña V.? La conozco lo bastante para asegurar que solo un sentimiento noble, ha podido influir en su conducta. Confíemelo V. Tal vez lo apruebe yo mismo, y aun cuando así no fuese, sabré respetarlo.

¡Si supiera V. cuanto deseo verla feliz! Cuán gozoso daría mi vida por ahorrarle el menor disgusto! En cinco meses que lleva V. de vivir commi-

go bajo un mismo techo, no ha pasado un día sin que yo haya pensado en V., mientras que la he encontrado siempre reservada, muda, como temerosa de alentar en mí una pasión, de la cual no quería V. ser partícipe. Contésteme V. ¿Es el país lo que le desagrada? ¿Tiene algo que echarme en cara su padre, ó siente tal vez desvío hácia mi familia? No me diga V. que no quiere casarse, porque no hay felicidad para una jóven fuera del matrimonio.

Por otra parte, ¿donde encontraría V. una familia mejor que la mia? Por muy perfecta que fuera la madre que V. ha perdido, puede encontrar otra en la mia. Nadie mejor que Margarita, podría consolar á V. de la pérdida de sus hermanos. En cuanto á mi padre, cómo podría V. dejar de quererle á él que es tan cariñoso, tan indulgente! De mí, que no tengo la felicidad de agradecerle, apenas me atrevo á hablarle. Sin embargo, es V. sensible, bondadosa.... ¿Qué será de mí cuando V. nos haya abandonado? Me he acostumbrado tanto á vivir á su lado, que no sé como podré existir sin verla en estos sitios, donde durante cinco meses he acariciado tantas esperanzas! ¡Ay! ya que desprecia V. mi afecto, no me condene V. á la ausencia. ¡Quédese V. para siempre entre nosotros!

—¿Puedo yo hacerlo acaso? contestó Noemi. ¿No debo seguir á mi padre?

Era tal la expresion de tristeza con que la jóven pronunció estas palabras, que Estéban no

tuvo valor para dirigirle nuevas reconven-
ciones.

—Dígame V. pues, la verdad, la verdad entera, prosiguió. ¿Cuál es el motivo extraordinario que se opone á que V. se case?

—Mi deber, contestó ella.

—El deber no puede ordenar á V. eso.

—Está V. equivocado.

—¡Será pues un deber terrible! Porque al fin, Noemi, hace poco lloraba V. Ahora mismo las lágrimas asoman á sus ojos. No sé si me engaño, pero ya que estamos aquí á solas los dos.... siento que algo me está diciendo que V. me ama!

—¡Y cómo no le amaría á V.! Exclamó Noemi, más asustada de lo que acababa de decir, se ocultó el rostro entre las manos.

En cuanto á él, no menos conmovido, quedóse estupefacto al oír una declaracion tan franca como inesperada. No ocurriéndosele nada que contestar, solo pudo estrechar las manos de la jóven, que conservaba entre las suyas, y al comprender el profundo dolor que afligía á Noemi, dudó si sus palabras debian ser para él motivo de alegría ó de pesar. Rompió por fin de nuevo el silencio, diciéndole:

—¡V. me ama! y dice que no puede ser mia! ¡ah! eso es acrecentar mi desventura!

Noemi le miró con angustia; pues comprendió en la falsa situacion en que se había colocado. Al dirigirse á Estéban, llevaba el deseo de consolarle, y cada palabra que pronunciaba, era pa-



ra él un nuevo tormento. No sabiendo que decir ni que hacer, se preguntaba si sería preferible para los dos, decirle toda la verdad.

Estéban, entretanto, adivinando la turbacion que reinaba en los pensamientos de la jóven, se empeñaba en hacerla hablar, esperando arrancarle el secreto de su conducta.

—Mi padre, es prudente y muy bondadoso; prosiguió: ¿Quiere V. guiarse por su resolucioⁿ? No podrá dar á V. mas que buenos consejos. Si despues de oirla á V., él me dice que debo renunciar á mi pretension, entonces!.... No sé que será de mí, pero no volverá V. á oír mi nombre.

—No, no puedo aceptar eso, le contestó; Dios me es testigo que no dudo de la bondad de su padre de V.; pero no debo confiarle el motivo de mi determinacion.

Quedósela mirando Estéban, y á pesar suyo, se traslucía en su semblante cierta desconfianza, que Noemi no pudo resistir.

—V. que dice que me ama, prosiguió precipitadamente la jóven, si no pudiese V. casarse conmigo sino á costa de la felicidad de su familia, ¿lo haría V? ¿Insistiría V. como lo está haciendo?

—¿Cómo no ha comprendido V. los deberes particulares que tengo que llenar para con mi padre? Agoviado por tantas desgracias, no vive mas que por mí y por mi cariño. No se le ha ocurrido nunca la idea de separarse de mí, y si un día se presentase esta ocasion, él no se opon-

dría seguramente, pero moriría de dolor. ¿Quiere V. que yo sea causa de la muerte de mi padre?

Estéban, al oirla, se había quedado aterrado, y no acertaba á pronunciar una palabra.

Noemi, pesarosa de haber dejado escapar su secreto, trató entonces de volver á su primer propósito, y deseando consolarle, prosiguió:

—Amigo mio, estamos los dos en una situacion muy grave. Si no seguimos mas que las inspiraciones de nuestros corazones, vamos á crearnos un cúmulo de sinsabores que duraría toda la vida. Permita V., pues, que en nuestro comun interés no desoiga la voz de la razon, que me aconseja alejarme. Ambos sufriremos, pero así nos ahorraremos remordimientos. En cuanto á V., ya se lo he dicho, mejor que yo, podrá olvidarme con el tiempo, y tributar á otra el afecto que hoy me consagra. Yo, por el contrario, condenada á no amar nunca á nadie, arrastraré una vida sin ilusiones, sin encontrar consuelo mas que en la extension misma de mis sacrificios. Desde el primer dia en que ví á V., no he dejado de pensar en que hubiera podido ser suya, y la idea de que el deber me lo impedía me destrozaba el corazon. ¿Cree V. que se puede luchar en valde, como yo lo he hecho, ahogar el corazon, el pensamiento, cubrirse el rostro con una careta de mármol, y renunciar á sí misma hasta el punto de considerarse feliz, cuando se advierten señales de indiferencia ó de desvío en la persona amada? No ha sido V. siempre bastante in-

dulgente para mí. Muchas veces le he visto sordamente irritado, desconfiado, suponiéndome en su interior capaz de dejarme guiar por el interés, y entretanto, yo que hubiera cifrado toda mi ventura en nuestra comun felicidad, tenía que alegrarme con la idea de que V. se alejaba de mí, y que no tardaría en cerrarme por completo su corazón. ¡Ay! ¡Dios no quiso oír mis tristes súplicas! Después de haberme martirizado con su cólera, viene V. ahora á agoviarme bajo el peso de su dolor. Este me obliga á decirle la verdad. No quiero que sufra por mí, y que se empeñe en un amor, que no puede llevarle sino á la desesperacion. Quiero que ahogue V. esa pasion, y si le es posible, quiero que ame V. á otra. Bastante tengo con mis penas; no me agovie V. tambien con las suyas. Puesto que V. me ama, debe obedecerme; apártese V. de mí, yo lo exijo. En nombre de sus padres, por piedad hácia mí, por V. mismo, sométase V., como yo, á su destino!

—Huir de V., exclamó Estéban. ¡Jamás! Amaré á V., á pesar suyo. Así como V. consagra á su padre su existencia, yo consagraré á V. la mia. Ninguna otra mujer será objeto de mi cariño; esperaré diez años, cuanto sea preciso, pero esperaré.

—¡Por Dios! Si me ama V., no haga V. eso, contestó ella tristemente. No merezco semejante prueba de cariño.

—¡Sí! la merece V.

—Se arrepentirá V. de habérmela dado.

—¡Nunca!

—Su familia no lo aprobará.

—No conoce V. á mis padres. Tal vez les affija mi resolucion, pero no la desaprobarán, porque no es de ningun modo reprehensible.

—Entonces, yo seré objeto de sus reconvenciones. Dirán que soy causa de la desgracia de su hijo.

—¿Quiere V., pues, que me aborrezcan? exclamó.

—¿Aborrecer á V? contestó Estéban. ¿Cómo es posible? ¡V. tan bondadosa, tan pura, tan adorable! Noemi, no sé si su admirable ejemplo me infunde á mí tambien la fé del sacrificio; mas ahora que conozco el móvil de su conducta, me siento feliz con su determinacion, pues si esta aleja indefinidamente el objeto de mis esperanzas, en cambio, la engrandece á V. á mis ojos. Sí, la esperaré á V., y lo hago sin inquietud, porque confio en que el tiempo disipará las penas de su padre, y estoy seguro de que algun dia, llegado que sea el momento de tomar su retiro, él mismo dirá á V. que se case para verse rodeado de otra nueva familia. Entonces seremos dos para consolarle; entretanto, no verá V. ya en mí ni impaciencia ni tristeza. El que, como yo, tiene la dicha de ser amado por una persona dotada de tantas virtudes, puede muy bien adquirir esa felicidad al precio de algunos años de sacrificios. No se compadezca V., pues, de mí, porque mi suerte es digna de envidia!

Noemi se sintió feliz y ufana. Feliz por haber inspirado tal afecto; y ufana, porque iba descubriendo en él sentimientos dignos de los que á ella la animaban. Podía, pues, aceptar su sacrificio; por lo tanto, no trató de disuadirle de su propósito; pero siempre generosa, quiso al someterse al deseo de Estéban, dejarle toda su libertad, diciéndole:

—Una palabra mas. Ni V. ni yo somos dueños de comprometernos visiblemente, sin consentimiento de nuestros padres, y no quiero de ningun modo que apelemos desde ahora á su decision; deseo además, que ignoren nuestras esperanzas. No formemos, pues, entre nosotros, mas que un compromiso condicional. Ya he dicho á V., que si no podía ser suya, no sería de nadie. Ahora bien, si V. tiene confianza en mí, si una fé ciega....

Quiso Estéban contestar, tomando al cielo por testigo, pero ella no le dejó tiempo para hablar, y continuó:

—Me obligo á emplear cuantos medios me sean posibles para que se logren nuestros deseos. No sé si podré conseguirlo; ignoro hasta el plazo que será necesario para conocer con certeza este resultado; lo que únicamente puedo decirle es, que cualesquiera que sean en adelante sus súplicas ó sus exigencias, no consentiré nunca en que la desventura del sér á quien me debo ante todo, sea el principio de mi felicidad. Déjeme V. proseguir, añadió, viendo que Estéban ha-

cía ademan de interrumpirla. No quiero que mi padre sepa mas que por mí el secreto de nuestro afecto, y deseo prepararle antes para esa revelacion. Exijo, pues, que calle V. todo lo que ha pasado entre nosotros. Sin embargo, este sigilo no debe impedir que abandone V. su determinacion. Si llega á cansarse de amar á quien tan mal corresponde á su afecto, si otra mas feliz que yo.... consigue agradarle y ser su esposa, no oirá V. salir de mis lábios ni una queja. Podré sentirlo, pero no acusaré á V. Lo único que pido al cielo es que le dé á V. la felicidad que se merece, aun á costa de mi vida, pues le amo lo bastante para sacrificársela.

Estéban se había arrojado á los piés de la jóven, y ambos se esforzaban por sobrepujarse en heroismo.

Estéban decía:

—No. Esperaré veinte años, si es preciso; pero ninguna otra mujer será, ni aun en sueños, dueña de mi albedrio.

—Y yo, contestó Noemi, cualquiera que sea el éxito de nuestros amores, solo V. será hasta mi último suspiro, el querido bien de mi corazon.

Noemi se había dejado llevar poco á poco por su abnegacion y su ternura mas alla de lo que á su propósito convenía. No obstante, el arrebatto de su amor no fué bastante para hacerla renunciar al sacrificio impuesto por su piedad filial.

Seguían los dos jóvenes comunicándose asi recíprocamente los sentimientos de su puro afec-

to, cuando oyeron de repente entre la enramada, un ruido que los hizo estremecer. ¿Quién habría podido oírlos? Estéban deslizándose entre las ramas, registró todo el matorral sin encontrar á nadie. Sin embargo, solo con andar algunos pasos mas, hubiera tropezado con su padre y entonces quién sabe cual pudiera ser el inesperado desenlace de la situacion. El Kebbir, avisado de la desaparicion del kábila Ben-Zeddám, habia ido á enterarse de los detalles de este incidente en el campamento de los Beni-Haoua y volvía á su casa por el sendero del cementerio, cuando la vista de su hijo que se arrojaba á los piés de Noemi le llenó de estupor. No queriendo presentarse delante de los enamorados, por respeto á Noemi, se alejó apresuradamente de aquel sitio por una vereda extraviada, pero se prometió interrogar en el mismo dia á Estéban, sobre lo que acababa de presenciar.

Los dos jóvenes, llegaban á la esplanada que se extendía delante del bordje, al mismo tiempo que el Kebbir asomaba por el lado opuesto. Hizo-le este de lejos un saludo amistoso, y se encaminaba ya hácia ellos para preguntar á Noemi por la salud de su padre, cuando sintió que una mano tocaba el borde de su traje y volviéndose vió á dos árabes que se prosternaban á sus piés en actitud servil.

Eran los dos hombres de Mazouna, que tiraban del mulo sobre el cual la fingida enferma parecia dormir.

—¡Oh! ¡señor! ¡señor! clamaron á un tiempo los dos árabes, tú que eres misericordioso como Alá, dignate echar sobre nosotros una mirada de compasion!

—¿Qué quereis de mí? contestó el Kebbir, haciendo por retirar sus manos que besaban con ávida humildad.

—Señor, somos forasteros, dijo Bou-Sekdel.

—Hemos venido á este pais, á pedirle á Sidi-el-Bahri que interceda por la salud de mi hermana, añadió Bou-Alouch.

—La fama de tu nombre ha llegado hasta nuestras montañas de Tadjena, prosiguieron ambos. Sabemos que eres grande y generoso, y que tus bienes son de los pobres.

—¿Qué quereis de mí? repitió el Kebbir.

—Señor, dijo Bou-Alouch, tú sabes que una sola visita al morabito no basta para que un enfermo recobre la salud.

—Y mi mujer está impedida de todos sus miembros, añadió Bou-Sekdel.

—Ya no puede ir á la fuente, cuidar de la mula, ni preparar la comida en la tienda.

—Ni siquiera dar de mamar á su tierno niño.

—En fin ¿qué me quereis? volvió á preguntar el Kebbir.

—¡Abre tu mano sobre nosotros, señor! exclamó Bou-Sekdel, prosternándose en el polvo.

—Permite que permanezcamos en tu casa algunos dias, prosiguió Bou-Alouch, abrazándole las rodillas:

—¿No es mas que eso? dijo el Kebbir. Mi casa está abierta á todos los que no tienen albergue. Venid.

Y echó á andar delante de los dos árabes, que entonces atronaron los oídos con palabras de agradecimiento, hasta llegar á la puerta de entrada del bordje. Pero allí, se encontraron cara á cara con Allí.

El Andarin acababa de regresar del camino de Cherchel, por el cual había servido de guia á Mr. Simon, y, tendido sobre el banco exterior de la casa de los huéspedes, se disponia á dormir la siesta, cuando vió á los dos árabes hablando con el Kebbir, contentándose con mirarlos de lejos con toda la impasibilidad propia de su raza. Pero al pasar aquellos delante de él para entrar, se estremeció, y levantándose empezó á mirar lentamente, tan pronto al confiado Kebbir como á los hombres harapientos que traspasaban los umbrales de su casa; hasta que asomó á su rostro una espresion de inquietud, como si luchara con alguna terrible duda que le llenara de ansiedad. Durante algunos segundos, parecía que quería hablar para revelar la idea que le atormentaba, pero sea porque no le pareciesen aun bastante fundadas sus sospechas, porque temiera que el Kebbir no diera oídos sin pruebas á una acusacion dirigida á sus nuevos huéspedes, se contuvo, serenóse su frente y besó sin pronunciar una palabra, la mano del Kebbir.

Hecho esto, quedóse un rato pensativo, y

cuando vió al Kebbir entrar en su morada detras de los árabes, se recogió los pliegues del albornoz, empuñó el largo baston que había dejado sobre el banco, y se alejó lentamente hácia el Sur, diciendo entre dientes:

—Si esa gente es lo que creo, y si quiere intentar alguna fechoría, de seguro tendrá unos cuantos compañeros ocultos en estos alrededores, que esperan que sea de noche para reunírseles. ¿Cómo los habrán dejado pasar los Beni-Haoua? ¿Habrá alguna traicion?

Echóse al decir esto, los embozos del albornoz sobre los hombros, y despues de abarcar toda la campiña con una atenta mirada, se entró por el bosque resueltamente y con paso ligero, como impaciente por salir cuanto antes de dudas.

XV.

El mismo día, después de almorzar, Noemi se volvió al pueblo, y el Kebbir subió á su cuarto de estudio con ánimo de interrogar á su hijo sobre sus relaciones con la hija del Capitan. Pero al subir la escalera, su mujer le alcanzó y apoyándose en su brazo, le dijo que deseaba hablarle de un asunto importante.

Entraron los dos esposos en la habitacion y se sentaron delante de la ventana entreabierta. Ella parecía inquieta y temerosa del resultado de la entrevista que acababa de solicitar, y él esperaba con aire pensativo y preocupado.

La madre de Estéban, rompió por fin el silencio, diciendo:

—¿No te parece que ya es tiempo de casar á nuestro hijo?

—No tal, contestó el Kebbir.

—¿Por qué?

—Es aun muy jóven.

Al oír estas palabras, la madre suspiró y una nube de tristeza oscureció su hermoso rostro.

—Sin embargo.... dijo. ¿Si amase á una jóven que nos conviniese á nosotros como á él, y si fuese correspondido?

—Eso no le daría ni un año mas, contestó el Kebbir. La primera condicion para casarse, es sér hombre, y aunque á Dios gracias, Estéban no es tan ligero como los jóvenes de su edad, no puede tener todavía la experiencia indispensable á quien pretende llegar á ser el gefe de una familia. La primera prueba le encontraría desprevenido.

—Viviendo á nuestro lado con su esposa, se guiaría por nuestros consejos. Además ¿qué le podría suceder?

—Oyeme, querida esposa, contestó afectuosamente el Kebbir. El asunto de que me estás hablando, es para nosotros el mas grave de todos, y ni uno ni otro debemos examinarlo con ligereza. No hay nada para mí, mas digno de respeto, que un afecto verdadero, y he desaprobado siempre á los padres que se permiten contrariar por puro capricho un sentimiento de esta naturaleza. Sin embargo, así como todo hijo tiene el derecho de elegir su compañera, los padres tienen el de guiar á sus hijos en su eleccion. En cuanto á mí, no quiero renunciar ni en

lo mas mínimo á este derecho, pues creo que cumplo con un deber al emitir mi opinion, cuando se trata del casamiento de nuestro hijo. Verdad es que nada tengo que oponer respecto á la jóven que ha elegido Estéban, pero siento que la casualidad los haya colocado así, uno enfrente de otro, cuando él se halla todavía en esa edad en que nos dejamos dominar por las primeras impresiones. Algo mas de madurez en las ideas, hubiera sido una prenda de estabilidad para la ventura de esa jóven, cuya causa defiendo, aun mas que la de nuestro hijo, al hacerte esta reflexion.

—¿Sabes, pues, cual es la jóven á quien ama? preguntó la madre.

—Lo sé, replicó el Kebbir. Pero antes de ocuparnos de ella, deja que apuremos la cuestion de principios que acabas de suscitar.

—¡Dios mio! ¡para qué! dijo la madre. Conozco que como siempre tienes razon, y ademas estoy demasiado convencida de tu superioridad, para atreverme á entrar en discusion contigo.

—Bueno, dijo el Kebbir sonriéndose. Vas á burlarte de mí como en aquellos tiempos en que yo esperaba anhelante que te dignases concederme una mirada.

—No, contestó ella, sonriendo tambien; hace ya mucho tiempo que gracias á mi cariño, se han trocado los papeles y soy yo ahora la que mendiga una mirada tuya.

El Kebbir tomó la mano de su esposa y la besó.

—No obstante, prosiguió ella, ya que has co-

metido la falta de recordar aquellos felices tiempos, en que tú eras para mí lo que es ahora Estéban para Noemi, aprovecharé la ocasion para combatir tus escrúpulos. Tú que tan pronto decides que nuestro hijo es demasiado jóven para casarse, procura evocar la imágen de lo pasado y figúrate cuanto sentimiento te hubiera causado hace veinte años, que mis padres hubiesen tomado una resolucion semejante. ¿Serás tú mas severo para él que otros lo han sido para tí, ó no tendrá ya ningun valor á tus ojos, el recuerdo de tus antiguas esperanzas? ¡Ay! no quisiera decirlo, pero me parece que en este momento, la razon puede mas en tí que el corazon.

—¡Perfectamente! Héme aqui convicto de injusticia y de insensibilidad, exclamó el Kebbir. No esperaba yo de tí tanto rigor.

—Amigo mio, es que hasta ahora no hemos tratado mas que de nosotros mismos, y ahora se trata de una persona que nos interesa mas que todas las criaturas humanas, de un sér que no nos había pedido el nacer y al cual, sin embargo, hemos dado la vida, debiendo por lo tanto, para que nos perdone ese triste presente, ahorrarle todos los sinsabores que por causa nuestra le puedan sobrevenir.

Estremecióse el Kebbir, al oír á su mujer expresarse en estos términos, sorprendido de la profundidad de su razonamiento y de la elocuente energía conque le contestára, y abrazándola apasionadamente, le dijo:

—¡Ay mujeres! Bien sabía Dios lo que se hacía al daros al hombre, ¡sirenas encantadoras! Vamos, tranquilízate, y puesto que quieres á toda costa, ser abuela, no seré yo quien te prive de ese placer.

La madre acogió estas palabras ébria de gozo, y los dos esposos quedáronse un momento entregados al recuerdo de los tiernos sentimientos de su juventud. El Kebbir volvió á romper el silencio, para preguntar á su mujer como había descubierto los proyectos de Estéban.

—No me los ha revelado nadie, contestó. Los he adivinado por ciertas espresiones de la inocente curiosidad de Margarita.

—¿Era ella, acaso, confidente de los enamorados? preguntó el Kebbir con inquietud.

—No lo supongo, dijo la madre. Creo que habrá sorprendido el sentimiento de Noemi al verla llorar, algun dia sin duda, despues de alguna riña con nuestro hijo.

—Esto es lo que no me agrada en este asunto, contestó el Kebbir. Ni tú, ni yo, hemos sido consultados. Estéban ha contraído un compromiso sin decirnos nada, como si fuese único dueño de sí mismo y no hubiéramos sido siempre buenos para él.

—¿No obrastes conmigo de la misma manera? preguntó la madre.

—No lo niego, dijo el Kebbir. Pero yo tenia disculpa, puesto que tus tios que eran toda tu familia, no me querian.

—¿Por qué hemos de exigir tanto juicio de unos niños? dijo la madre.

El Kebbir, al oír estas palabras, se sonrió exclamando:

—¡Ya es tiempo de exigirlo, por vida mia! Esta mañana, he sorprendido al juicioso Estéban, arrodillado á los piés de Noemi.

La madre, acogió esta revelacion con un gesto de asombro, pero reponiéndose en seguida, sonriendo al evocar este recuerdo de la juventud, contestó:

—La primera vez que te ví á mis piés, fué en el jardin de mi tia.

El Kebbir, comprendiendo que no conseguiria nunca vencer la resistencia de su esposa, pues ésta, encontraba siempre en la conducta del padre disculpa para la del hijo, se levantó diciendo:

—¡Vamos! tienes mas empeño de lo que yo creia en tu pretension. No prolongaré mas una lucha, en la cual llevas toda la ventaja. Me parece, sin embargo, que ya es tiempo de traer las cosas al buen camino, y voy á llamar á Estéban, para que venga conmigo á hacer nuestra peticion oficial al padre de Noemi. ¿No te parece necesario?

Sonrióse la madre, sin contestar, y el Kebbir, llamó á su hijo que habia subido á su cuarto, desde la partida de Noemi.

El jóven acudió enseguida, ignorante de lo que se le quería, pero al entrar en la habitacion

observó que su madre estaba conmovida, y que su padre le esperaba con cierto aire burlon en los labios.

—Estéban, le dijo el Kebbir; con que segun parece, ya no te basta nuestro cariño?

—¿Cómo es eso? padre mio, preguntó Estéban.

—¿No es cierto que quieres casarte?

Pero á esta pregunta, en vez de la sonrisa de satisfaccion que esperaban los dos esposos, vieron con sorpresa á su hijo, confuso, ruborizado y temeroso, pues la ignorancia en que estaba del descubrimiento de su secreto, le impedia proferir una sola palabra.

—No hay para qué ruborizarse, Estéban, dijo por fin su madre. Tu amada es una niña encantadora, y la queremos tanto como tú.

—Pero..... madre mia..... ¿quién os ha dicho.....? preguntó Estéban, cada vez mas avergonzado.

—¡Eso no importa! dijo el Kebbir. No obstante, si tienes empeño en averiguarlo, has de saber que yo mismo, al cruzar por el bosque, te ví esta mañana á los piés de Noemi, y me volví atrás para no estorbar tan agradable entrevista.

Estéban se estremeció, y con voz trémula, preguntó de nuevo:

—¿Y habeis oido.....?

—No he oido nada, contestó el Kebbir, pero la actitud en que estabas era bastante significativa para que me parezca ahora necesario

decirte, que aprobamos tu eleccion, aun cuando no nos has consultado como debieras.

—Pero..... padre mio, dijo Estéban, es que....

—Vamos, tranquilízate hijo mio, dijo su madre. Tu padre y yo, nos complacemos en declararte que no nos opondremos á esa union.

De buena gana hubiera revelado entonces, el jóven, á sus padres, todo lo ocurrido con Noemi, y seguramente, cualquier otro menos desinteresado que él, así lo hubiera hecho, en vista de la cariñosa declaracion que acababa de oir; pero Estéban recordó la promesa exigida por Noemi, y no vió mas que los disgustos que pudiera ocasionar á su amada. Así es, que despues del primer momento de turbacion que experimentára, sondeó las eventualidades de su nueva situacion, y tomó el partido de no descubrir nada á sus padres, hasta que Noemi le trazara otra vez, la marcha que debiera seguir.

Entretanto, su padre, que observaba su confusion sin comprenderla, se propuso obligarle á una confesion inmediata y categórica, preguntándole:

—¿Has enterado al capitan Thierry, de tus intenciones?

—El capitan no sabe nada, padre mio, contestó Estéban.

—Pues eso no lo apruebo, dijo el Kebbir. Él nos ha confiado á su hija, y aun cuando no fuera mas que por respeto á tu madre y á mí, debías pedirle su consentimiento.

—Padre mio, sin duda alguna V. tiene razon, contestó Estéban, pero no hay lo que V. cree y yo no tenia nada que pedir al capitan.

—¿Qué quiere decir esto, Dios mio? exclamó la madre.

En cuanto á el Kebbir, quedose mirando á su hijo con una espresion de sorpresa y de severidad.

—Suplico á VV., exclamó Estéban, que suspendan su juicio hasta que yo no esté ligado por la promesa que me obliga á callar. Solo pido un dia, uno solo, pero entretanto no me pregunten VV. nada, pues me es imposible contestar.

Miráronse los dos esposos con angustioso estupor. ¿Qué circunstancia misteriosa.... vergonzosa tal vez.... podía obligar á su hijo al silencio? ¿Qué falta habría cometido bajo su techo, despreciando la sagrada ley de la hospitalidad, para permanecer en su presencia en actitud de súplica? El Kebbir no pudo resistir por mas tiempo á una duda tan atróz, y levantándose de pronto, asió á su hijo por un brazo diciéndole con una repentina esplosion de cólera:

—¡Habráis olvidado lo que debeis á vuestra madre! ¡á una inocente niña! y á ¡su honrado y desventurado padre, que solo vive por ella!

Pero al oir estas palabras, alzó Estéban la frente sin contener su indignacion, y fijando en su padre una mirada chispeanté, exclamó:

—¡Qué os atreveis á suponer!

Y se refugió al lado de su madre como seguro

de que á ella no podía ocurrírsele un pensamiento semejante.

Los ojos de la madre estaban arrasados en lágrimas. Ella no acusaba á su hijo, porque tenía en él tanta confianza como en sí propia, y por lo mismo, comprendía que algun inmenso dolor le impedía manifestar sus sentimientos. Recibióle pues, entre sus brazos, y le iba á decir que dejara para el dia siguiente sus confidencias, cuando volvió á hablar el Kebbir.

—Oye, díjole á su hijo. Si te he supuesto reo de una mala accion, tuya es la culpa. ¿Qué quieres que tu madre y yo pensemos de tu silencio? ¿Qué promesa has podido hacer? ¿Quién será capaz de exigir que calles, cuando nada tienes que ocultar puesto que te guiaban intenciones nobles y honrosas? Puedo comprender y hasta disculpar, que en tu inespriencia juvenil y deseoso de oír de los lábios de tu amada, la aceptacion de tu cariño, hayas prescindido hasta ahora del consentimiento de su padre; pero que sigas en ese estado cuando tu hermana, cuya inocencia debieras respetar, ha adivinado tu secreta pasion y que cualquiera hubiera podido sorprenderte, como yo lo he hecho, eso jamás lo permitiré. Ahora bien, puesto que el padre de Noemi no sabe nada de lo que sucede, vas á venir conmigo á declarárselo. Ya no cabe misterio alguno en tan graves circunstancias. Seria para mí un sentimiento que duraria toda mi vida, haberle instado para que nos confiase su hija, si ahora tuviera que negártela.

—¡Padre mio! ¡madre mia! contestó Estéban. Oíganme VV. ahora. Se lo suplico. Tangan VV. confianza en mí. Sobre todo, sea cualquiera la suposición que VV. hagan, no abriguen la menor sospecha respecto á la inocencia de Noemi.

Si supiérais..... Si yo pudiese hablar! Ella es demasiado digna de respeto, pues todo el que conozca el motivo de su conducta no podrá menos de bendecirla. Sé que lo que estoy diciendo es para VV. incomprendible, pero ¿no basta para garantizar la pureza de mis intenciones, toda mi vida, durante la cual no han tenido VV. que reprehenderme una sola falta? El propósito de descubrir al capitán mis secretos sentimientos, es funesto. Creedlo. Será para él un gran motivo de pesar y afligirá aun mas á la que por ahora no quiere que nadie, sino ella misma, le revele mi pretension. No negaré á VV. que la amo y que cifro toda mi felicidad en unir mi vida á la suya, pero esa misma razon me obliga á no desobedecerla. Tened confianza en mí. Mi respeto hácia ella será igual á mi amor; no me priveis pues del placer de doblegarme á su voluntad, si no quereis desgarrarme el corazon.

Mirábanse los dos esposos con creciente sorpresa. No les era posible dudar de la sinceridad de su hijo, pero no acertaban á descifrar el misterio que encerraban sus pensamientos.

—¿Con que no quieres pedir al capitán la mano de su hija? dijo el Kebbir.

—No debo hacerlo, padre mio, contestó Estéban.

—¿Temes acaso que te la niegue? preguntó su madre.

—Al contrario.

—¿Cómo al contrario? dijo el Kebbir.

—Padre, dijo Estéban, no temo nada mas que disgustar á Noemi.

—En el fondo de todo esto, hay sin duda, alguna niñería, dijo el Kebbir á su mujer. Vamos, Estéban, prosiguió, ¿quieres que tu madre ó yo, procuremos vencer los escrúpulos de Noemi? Le diremos que hemos descubierto vuestro secreto amor y que....

—¡Por Dios! si me quieren VV. no hagan eso, exclamó Estéban con acento de desesperacion.

El Kebbir no pudo contener un movimiento de impaciencia. Mas de una vez estuvo á punto de hablar, pero conociendo que no podría dominarse prefirió guardar silencio, y empezó á pasearse por la habitacion reflexionando en las extrañas circunstancias del misterioso afecto de los dos jóvenes. Todo en aquella estancia, hablaba á su corazon de padre en favor de Esteban. Allí era donde habian corrido los primeros años de la niñez del hijo querido, y cuantos objetos se veian en el aposento, eran otros tantos recuerdos de la docilidad con que el tierno discípulo escuchara siempre las lecciones paternas. Obedeciendo en fin á esta favorable impresion y á los solícitos consejos de su esposa, se resolvió el

Kebbir á seguir una línea de conducta que, sin lastimar los sentimientos de los dos amantes, pusiera á cubierto su responsabilidad para con el capitán, y dirigiéndose de nuevo á Estéban, le dijo:

—Ya no volveré á interrogarte; no quiero ni aun adivinar tu secreto. Por mas que los motivos que Noemi y tú tengais para obrar así, y me parezcan incomprensibles, creo que serán legitimos y puros, pues me sería muy sensible modificar la buena opinion que tengo de ambos. Pero al respetar vuestros sentimientos, de los cuales no debeis dar cuenta á nadie, no olvido los deberes que tengo que cumplir para con el padre que me ha confiado su hija. Ellos, me obligan á separaros. Ya que no puedo avisar al capitán, ni mucho menos cerrar á Noemi las puertas de mi casa, tú te alejarás de ella..... ¡oh! esto no es echarte, prosiguió afectuosamente al ver que su esposa le iba á interrumpir, y si no fuese por el asunto de los Beni-Haoua, que exige mi permanencia aquí, yo mismo marcharía contigo.

—Padre mio!.... contestó Estéban con trémulo acento. Y no pudiendo pronunciar mas palabras quedóse inmóvil, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—¡Habla! dijo el Kebbir. ¿No te parece justa mi conducta? Si es que el amor no ha trastornado tu buen juicio, considera lo que tú mismo harías en mi lugar. A tu lealtad me atengo.

—Tiene V. razon, contestó Estéban, estre-

chándole la mano; y volviéndose hácia su madre, reclinó la frente sobre su hombro, dando libre curso á las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Vamos, prosiguió el Kebbir, cuando hubo pasado el primer momento de emocion. Harás lo que te voy á decir. Inmediatamente marcharás á Miliannah con una carta mia para el General Gobernador, en la cual le enteraré de lo ocurrido durante estos últimos dias, rogándole interponga toda su autoridad para que se desista del propósito de despojar á los Beni-Haoua. Despues pasarás á Argel, donde aguardarás mis instrucciones. Tal vez precise que vayas hasta París, para defender en el Ministerio la causa de nuestros vecinos; si esto acontece, te enviaré el dinero necesario. En el caso contrario, y segun la resolucion que adopte Noemi, cuando sepa que te has marchado, podrá suceder que yo te haga volver aquí, ó que te envíe á otro punto. Lo que quiero es que mi antiguo amigo no tenga que reconvenirnos, y que tanto Noemi como tú, volvais á entrar en el camino recto, que no permite que amandoos permanezcais juntos, si no habeis de terminar vuestras relaciones por la legítima union del matrimonio.

La madre de Estéban había estado escuchando á su esposo con atencion; procuró cuando calló éste, disuadirle de su propósito, pero interrumpida por él desde las primeras palabras, comprendió que sería inútil insistir en sus ruegos.

Sin embargo, Estéban, que no queria ceder

sin hacer un último esfuerzo, contestó:

—Yo no os había pedido mas que un dia de término para relevarme de la promesa que tengo hecha á Noemi. ¡Un solo dia.... es tan poco! ¿No tendreis á bien concedérmelo?

Despues de un momento de reflexion, contestó el Kebbir:

—Sí, mas con la condicion de que tu madre ha de presenciar vuestra entrevista.

—No puede ser, dijo Estéban.

—Entonces, hijo mio, dispon que ensillen tu caballo, porque vas á partir al momento.

—¿Pero.... no podré escribir á Noemi?

—¿Para qué?

—Para anunciarle mi partida.

Volvió á reflexionar el Kebbir, y dijo:

—¿Podrá leer tu madre la carta?

—No, padre mio.

—En ese caso, replicó el Kebbir, seremos nosotros los que le daremos ese aviso. Bajó Estéban la cabeza con el corazon oprimido.

—¿No te parece justificada esta precaucion? le preguntó el Kebbir.

—¡Oh! ¡justificada!.... exclamó Estéban, pero recordando en seguida con quién estaba hablando, contestó:

—Sois mi padre.... y haciendo un respetuoso saludo, salió del aposento.

—Muy severo has estado, exclamó la madre cuando dejaron de oirse las pisadas de su hijo, que se alejaba.

—No, solo he sido prudente, contestó el Kebbir; he hecho para proteger á la hija de nuestro amigo, lo que yo desearía que hicieran con Margarita, si por desgracia, se viera en la misma situacion.

Ella no pudo contestar á este argumento mas que con un suspiro, y siguió á su esposo, bajando ambos al patio, donde encontraron á Margarita, á quien la noticia del próximo viaje de su hermano había sorprendido en extremo. En cuanto á Estéban, resignado al parecer, estaba viendo ensillar su caballo sin proferir una palabra. Cuando su padre le entregó la carta para el General, le estrechó la mano, abrazó á su madre y á su hermana, y montando á caballo se alejó en la direccion del Sur.

El Kebbir, su esposa y Margarita, de pié en la puerta del bordje, siguieron con la vista al jóven viajero hasta que desapareció detrás de un accidente del terreno. Entonces se entraron los tres en la casa silenciosos y tristes, como quien acaba de cumplir con un penoso deber. Entretanto, Estéban se alejaba á galope del bordje. Desde que no sentía ya fijas sobre él las miradas de sus padres, ardía en deseos de dirigir su caballo hácia el Montararach, pero le contenía el temor de desagradar á su padre. Mientras reflexionaba en las consecuencias que podía tener para él su desobediencia, fuése acercando maquinalmente al cementerio, donde por última vez había visto á Noemi; de allí pasó á las cabañas que tantas ve-

ces habían visitado juntos, y poco despues, sin dejar de luchar aun con la tentacion que le arrasaba, se encontró delante de la isla, de la cual seis meses antes había sacado á la jóven con riesgo de su vida, y la vista de aquellos sitios llenos del recuerdo de su amada, acrecentaba su dolor. La idea de separarse de ella sin volverla á ver, sin renovar sus tiernas protestas, y sin explicarle siquiera la causa de su repentina partida, era lo que mas le oprimía el corazón. ¿Qué pensaría de él Noemi al saber que se había alejado sin avisarla, cuando menos, de su cercana ausencia? Buscaba el jóven en su mente un medio de conciliar los deberes de su amor con los que le impusiera la paterna autoridad, cuando de improviso Allí se presentó á su vista. Ocurriósele en el acto á Estéban que á falta de otro, el andarin podría muy bien llevar un mensaje de amor, y resolvió enviárselo á Noemi. Allí, despues de recorrer toda la comarca en la direccion de las montañas de los Sbeah, sin descubrir nada que confirmase sus sospechas, volvía con ánimo de reconocer la ribera del Oued-Dhamous, cuando oyendo que le llamaban por su nombre, volvió la cabeza y vió á Estéban que caminaba á lo lejos junto á la orilla del rio. Llegóse á él inmediatamente, y despues de saludarle, le preguntó á dónde se dirijía así á la hora de la siesta.

—Voy á Milianah, le dijo Estéban; desde allí pasaré á Argel, y despues tal vez prosiga mi viaje hasta París.

—¡A París! exclamó el guía, estupefacto. Reponiéndose luego de su sorpresa, añadió tranquilamente: ¿vas allá, sin duda por orden del Kebbir?

—Sí, dijo Estéban suspirando, y parto tan de improviso que no tengo tiempo ni aun para despedirme de mis amigos del Montararach.

—Pues bien, contestó Alí, si tal es el deseo de tu corazón (¡que Dios bendiga!) yo iré á verlos en tu nombre. Dime lo que he de espresarles.

En esto advirtió Estéban que no tenía con que escribir, y además nunca pudo ocurrírsele la idea de confiar á Alí de palabra su amoroso mensaje. Hallábase perplejo y miraba á su alrededor, como quien no sabe cómo salir de un apuro imprevisto, cuando observó que se hallaba en medio de una pradera, donde mil variadas plantas crecían á su sabor. Recordando entonces que su hermana Margarita había enseñado á Noemi durante las largas veladas del invierno, el poético «*lenguaje de las flores*,» echó pié á tierra, y dando á Alí las riendas, le dijo:

—Solo deseo enviar un recuerdo á la hija del capitán. Acuérdate cuando se lo entregues, que «*el silencio es de oro*.»

Inclinóse Alí con gravedad, y Estéban cogió en un instante de la florida márgen del río un ramo de *flores*, que le entregó diciéndole:

—Toma, Alí, ¡ahora, si me quieres, no pierdas tiempo, y Dios te guíe por buen camino!

—¡Así sea! contestó el guía. ¡Guárdete Alá de toda desgracia!

Dicho esto, partió rápidamente en la dirección del Montararach, á la par que Estéban, montando otra vez á caballo, se encaminaba hácia el rio. Sentíase el jóven mas ligero el corazon, y sin embargo, al repasar en la memoria los acontecimientos de aquella mañana, no podía menos de deplorar la resolucion de su padre. Pero mientras él meditaba sobre el desenlace de su crítica situacion, y que sus padres pensaban desde el interior del bordje, en el hijo que una imperiosa necesidad les obligára á alejar del hogar doméstico, preparábanse otros sucesos que habían de modificar de un modo terrible todos sus temores y sus esperanzas. Estos, anunciados primero por la gitana, y despreciados despues á consecuencia de las precauciones que se adoptáran, y de falsas noticias, no estaban relacionados ya, como los primeros, con las determinaciones, ni mucho menos con los sentimientos de la familia del Kebbir, sino que amenazaban su existencia.

No obstante, nadie sospechaba en el bordje que en aquel mismo dia estallarían sobre él aquellos sucesos, con la rapidez y la violencia del rayo.

Estéban despues de pasar el Oued-Dhamous seguía caminando en dirección de las altas mesetas del Aghalik de los Zatyma, para lo cual tenía que escalar la série de vertientes que conducen á estas montañas. Calculando que no tendría tiempo para llegar antes de la noche á Miliarah, había resuelto pernoctar en casa del

Caid de los Braz cuyo Aduar estaba situado á la mitad del camino, entre aquella poblacion y el *bordje*. El terreno era sumamente quebrado; sin embargo, valido de las buenas condiciones de su fiel *Salem*, el jóven se proponía llegar en tres horas de marcha al Aduar. Con este objeto, tomó resueltamente por en medio del monte, sin desviarse de la línea recta, mas que lo preciso para salvar las barrancas y los matorrales que se oponían á su paso, guiándose en su marcha, por la posicion del sol que brillaba en todo su esplendor. Haria una hora que caminaba por aquellas cuestas, cuando llegó á la entrada de un desfiladero que se abría entre dos altas pendientes de la montaña, y antes de penetrar en él, se detuvo á impulso de cierta vaga desconfianza, girando una mirada escudriñadora á su alrededor. El terreno que se ofrecía á su vista, era un estéril y extenso desierto cubierto de desnudas rocas, entre las cuales, crecían tan solo matas enfermizas de lentiscos y madroños, y en las vertientes de la montaña, desquiciadas por alguna terrible conmocion volcánica, se abrían profundas quebraduras, cuyo fondo desaparecía en la oscuridad. Un afluyente del Oued-Dhamous, serpenteaba en medio del desfiladero, entre algunas matas de adelfas y otras plantas silvestres, y una encina solitaria, alzaba en lo alto de un montecillo sus ramas secas y destrozadas por un rayo, completando el sombrío conjunto de aquel cuadro aterrador.

Estéban prosiguió lentamente su marcha, que las piedras entorpecían á cada paso. La soledad, el ruido del viento que silbaba en las breñas de la montaña, todo contribuía á conmover su ánimo; así es que, aun cuando no habia notado indicio alguno de peligro, no cesaba de sondear con la vista los menores accidentes de terreno de la estrecha garganta, parando de cuando en cuando su caballo para escuchar. Hacía un calor sofocante, pues el *gueubelt* abrasaba la atmósfera con su aliento de fuego. Salem proseguía sin embargo, paso á paso su marcha aprovechando la ocasion, para dar de vez en cuando una dentallada á las plantas que encontraba en su camino. Llegaba en esto el viajero á una parte de la ribera del riachuelo, donde se veían de trecho en trecho algunos montones de heno recién cortados, y uno de ellos, algo mas abultado que los demás, llamó la atencion del caballo, que se dirigió hácia él á su sabor, dispuesto á esquilmarlo; pero en el momento de llegar con sus lábios al deseado manjar, el bruto se estremece y retrocedió de un salto, con gran sorpresa de Estéban, que á no estar prevenido por el temblor de su caballo, hubiera perdido los estribos. Salem empezó á dar vueltas, enderezando las orejas en señal de espanto y se negó á obedecer al castigo de su ginete, que trataba de obligarle á oler el monton de heno, causa de su terror. Estéban no acertaba á comprender el asombro del animal. Inclínose sobre su cuello, para tratar de descubrir lo que lo mo-

tivára, pero se echó atrás de repente. ¡El heno, parecía respirar! La yerba amontonada, subía y bajaba con movimientos regulares, casi imperceptibles, como si debajo de ella, hubiera un hombre tendido boca arriba. Comprendió Estéban que se había metido en una emboscada de salteadores, y tomando en seguida una resolución desesperada, como quien siente crecer su valor ante el peligro, cesó de obligar á Salem, volviéndole en la dirección que antes llevaba, y siguió por el desfiladero adentro, con aparente tranquilidad.

—No cabe duda, decía para sí, que ahí se esconde un hombre en acecho y que no está solo. Tampoco es dudoso que no es á mí á quien esperan, pues, excepto mi caballo, nada tengo que se me pueda robar. Si me vuelvo atrás temerán que dé la señal de alarma en el Aduar de los Beni-Haoua, y antes que Salem parta á galope, una lluvia de balas nos dejará á los dos tendidos en el campo. Sí, por el contrario, aparento que no he observado nada, los bandidos no querrán exponerse con el ruido de un ataque, á perder su presa por una sombra, y figurándose que no he de causarles ningun daño, es probable que me dejen pasar; y entretanto, á pesar de su aparente indiferencia, no cesaba de escudriñar con la vista los mas insignificantes accidentes del terreno, sin olvidar ni aun las adelfas que el viento mecía sobre el agua.

A corta distancia de la encina solitaria, advirtió unas altas matas de lentiscos tan espesas,

que no podía verse absolutamente nada por entre sus ramas. A medida que iba acercándose al matorral, Estéban reparaba con extrañeza que aquellas plantas crecían sobre una pelada roca, y al pasar ya muy cerca de ellas, vió que en vez de tener las hojas inhiestas, con las puntas hácia arriba, estas caían lánguidamente hácia el suelo y empezaban á marchitarse. Ya no conservó duda alguna respecto á la emboscada; y de que aquel matorral habia sido compuesto con ramas sobrepuestas. Sin embargo, siguió adelante sin mas contratiempo, y en breve llegó á la cúspide de la montaña, pareciéndole al verse aun con vida, que lo que acababa de pasar por él era un sueño, y no una penosa realidad.

Ocurriósele allí, una idea que le hizo estremecerse. ¿A quién acechaban los bandidos? ¿Cuál era el objeto de su empresa? Llenóse de mortal inquietud, al pensar que tal vez estuviese amenazada la casa de sus padres y no pudiendo resistir á una voz secreta que parecia señalarle el peligro, echó pié á tierra, resuelto á no alejarse de aquellos sitios. Despues de meditar un rato sobre el partido que habia de adoptar, ató la brida de Salem á una pesada piedra, y encaramándose con piés y manos por la áspera pendiente, que cerraba como una muralla uno de los lados del desfiladero, empezó á escalarla lentamente en la direccion del sitio que acababa de atravesar.

La empresa que acometía era peligrosísima.

Un tropezon, bastaba para precipitarle en el barranco, y una sola piedra que cayera desprendida de la montaña bajo sus piés, llamaria la atencion de los hombres ocultos. En ambos casos, la muerte del jóven era inevitable. Así es, que se arrastraba lentamente por la empinada cuesta, conteniendo su respiracion. Llegó por fin de este modo, pasando por detrás del estremo saliente de un peñasco, á agazaparse junto al postizo matorral, cuyas ramas artificiosamente colocadas, caian hasta el suelo.

Apenas se había colocado en su escondite, cuando divisó á un árabe cubierto de harapos, que se acercaba por la parte del Sur, caminando con la mayor cautela. El árabe, avanzaba por la estrecha línea de adelfas del riachuelo, y la mitad de su cuerpo estaba oculto entre sus hojas. De vez en cuando se paraba mirando á su alrededor, como para reconocer el país, hasta que al ver la encina, se volvió en seguida hácia el matorral, fuése á él en derechura, sin ver á Estéban, y levantando una rama se deslizó rápidamente dentro del verde albergue.

Este contenía ya algunos hombres mas, á los cuales dijo al entrar el recién llegado:

—Vuestro matorral salta á la vista. Está dispuesto con demasiada regularidad, y además lo habeis colocado sobre una peña. ¿Por qué no se ha plantado en el agua?

—Los lentiscos no crecen en el agua, dijo una voz, y aquí no hay mas que piedras.

—¡Tanto peor! contestó el recién llegado. Pero ¿qué ha ocurrido desde esta mañana?

—No hemos visto mas que á un hombre, un *Rumí* que se dirigía al aduar de los Braz, dijo otra vez. Messaoud que estaba emboscado á la entrada del barranco, debajo de un monton de heno nos anunció su llegada.

—¿Y ese Rumí no ha advertido nada?

—No.

—Está bien.

En esto apareció otro árabe, y despues en el espacio de una hora fueron llegando sucesivamente por varias partes, hasta doce, que dirigiéndose todos al mismo punto, penetraron en el matorral, donde una vez reunidos, empezaron á celebrar una especie de consejo sobre una proyectada espedicion.

Siempre inmóvil en su puesto, Estéban no perdía uno solo de sus movimientos, ni desperdiciaba una sola palabra. Entre los árabes había uno que parecía dudar del éxito de su empresa, y callaba obstinadamente á cuantas preguntas le dirigían sus compañeros.

Por fin habló, despues de haberle instado los demás, y dijo:

Hay que volvernos atrás. Antes de ayer al salir de Mazouna, he encontrado en el camino una yegua vieja, negra y coja. Ya sabeis que este es el mas funesto presagio.

Miráronse los bandidos con estupor al oir estas palabras, que bastaban para convencerlos de

que todos ellos habrían de morir, si no renunciaban á su empresa. Pero en esto, el mas jóven de los árabes, llamado *El-Liamoun*, tomó la palabra, exclamando:

—Volvemos atrás es imposible. ¿Qué dirían nuestras mujeres? ¿Cómo nos atreveríamos á presentarnos ante sus ojos, con las manos vacías, despues de haber hecho alarde de venir á despojar á los viles cristianos? Ya sabeis que los presagios no conciernen mas que á la persona que los observa. Váyase, pues, de nuestro lado el que ha visto á la yegua coja. Pero nosotros que no la hemos visto, yo, sobre todo, que esta mañana he levantado dos perdices de entre mis piés (que es señal de buen éxito) cumpliré lo que he resuelto hacer, aunque me quede solo para intentarlo.

—¡Si lo haces tú, nosotros lo haremos tambien! contestaron tres ó cuatro voces.

Pero no satisfizo esto á *El-Liamoun*, que se proponía convencer á la banda entera, y prosiguió:

—¿Cómo podemos dudar del éxito? ¿No hemos tomado antes todas las precauciones necesarias? Entre nosotros no hay que temer traicion alguna; además, ¿podemos abandonar á nuestro morabito *Bel-Kassem*, que nos está esperando en casa de los cristiaños? Ya no hay que retroceder, vamos á exponernos á la muerte en el borde, es verdad, pero en cambio, nos espera un rico botin. Pensad en las riquezas que encierra la casa del *Kebbir*. Tesoros, ropas, alhajas, armas,

todo podremos llevárnoslo fácilmente. Tiene además, según dicen, más de diez caballos, con los cuales podremos volver rápidamente á nuestras montañas. ¡Qué magnífica ocasión se nos presenta! Los Beni-Haoua descontentos, no tendrán empeño en perseguirnos; los soldados del Montararach no se atreverán á separarse de sus murallas, por no abandonar á sus colonos indefensos. Esta noche no brillará la luna, el *gueubeli* que sopla, oscurecerá las estrellas del cielo. Los hombres, debilitados por el calor, se entregarán temprano á un pesado sueño. Es imposible que no tenga buen éxito nuestra empresa. ¡Por la cabeza del profeta de Dios! ¡Nuestro es el éxito!

Veinte exclamaciones contestaron á la par á estas palabras.

—¡Sí, venceremos! decía uno.

—¡La yegua negra no tiene nada que ver con nosotros!

—¡Dios ha escrito que iremos!

—¡Aumentaremos nuestras riquezas!

—¡Partiremos al anochecer!

Estéban había juzgado prudente alejarse, aprovechando el momento en que se cruzaban estas confusas palabras. Ya no podía dudar. La casa que iban á saquear era la de su padre, y la existencia de toda su familia estaba á la merced de aquellos hombres crueles. El pobre jóven estaba yerto de horror. Conocía las pruebas de ferocidad que en muchas circunstancias habían dado los Sbeah en sus sangrientas correrías, y al

escalar de nuevo la áspera pendiente, la idea del peligro que acababa de descubrir le embargaba las fuerzas y llenaba de angustia su corazón. Bendecía, sin embargo, á la Providencia que le inspirara la feliz idea de volver atrás en su camino, y sentía renacer la confianza en su espíritu al pensar que á pesar de las dificultades del camino, su buen caballo no necesitaría mas de una hora para llevarle otra vez al bordje, donde su padre, enterado de todo por él, recibiría rudamente á los Sbeah, poniéndose al frente del *goum* de los Beni-Haoua y de la guarnición del Montararach. Pero al llegar á la cúspide de la montaña, toda su confianza le abandonó, y un repentino terror le oprimió el pecho. Salem, que había dejado allí hacía poco, y con el cual contaba para volver al bordje á toda prisa; Salem, tan dócil siempre, tan necesario entonces para desbaratar los planes de los salteadores, había desaparecido!

Estéban dirigió sus miradas por todos los alrededores, pero Salem no parecía. ¿Se habría desatado él solo ó tal vez se lo habría llevado alguno de los bandidos? El jóven, en esta duda que aumentaba su terror, estaba perplejo sin atreverse á llamarle, cuando resonó por el lado de los montones de heno, el graznido de un ave de rapiña y en el mismo momento se oyó á lo lejos el galope precipitado de un caballo.

Estéban fuera de sí, se lanzó á la cúspide de una eminencia inmediata, que dominaba todo el

desfiladero, y vió á Salem que corria en libertad á través de los cerros en direccion del Norte. Miró luego mas abajo hácia el sitio donde había dejado á los Sbeah reunidos en consejo, y entonces le asaltó un nuevo terror; pues la encina destrozada, se alzaba sola en lo alto del montecillo, y cerca de ella no se veía ya ni señal del matorral postizo ni de los salteadores. Bastante conocedor de las estratagemas de los árabes, Estéban comprendió en el momento lo que sucedía. El graznido era un aviso dado por algun oculto centinela, para señalar el paso del caballo á los árabes, y estos al oirlo, habían desecho su guarida, arrojando las ramas al rio y dispersándose por las quebraduras del terreno para reunirse despues mas cerca del bordje [en algun sitio convenido. Entretanto, el tiempo corría, el sol se acercaba rápidamente al horizonte, y antes de media hora, la noche envolvería el campo con su densa oscuridad. ¿Qué debía hacer el jóven en tan apurada situacion? Si trataba de volver al bordje, para avisar á su padre, tropezaría de seguro en el camino con los bandidos que habrían tomado todos los senderos que conducían á la casa. No había que pensar en ir al aduar de los Braz, ni al de los Beni-Haoua, ni mucho menos al Montararach; pues mas de tres horas de camino, le separaban de cualquiera de los tres puntos. Resolvió, pues, como único medio practicable, seguir los pasos de los Sbeah, esconderse cerca de ellos, para descubrir su nueva

emboscada y aprovechar las tinieblas de la noche, para pasar al bordje burlando su vigilancia. Salem volvería sin duda á la cuadra, y el Kebbir asustado al verle llegar, solo enviaría á sus servidores por todas partes en busca de su hijo, alguno de estos, llegarían tal vez á encontrarle, y en tal caso, darían juntos, cuanto antes, la señal de alarma. Apenas hubo hecho estas reflexiones y tomado su resolución, cuando bajó al fondo del barranco hasta la orilla del riachuelo, y armándose de una gruesa rama de lentisco que despojó de sus hojas, resuelto á transformarla en terrible maza para su defensa, llegó en pocos minutos á la entrada del desfiladero. Una vez allí, registró y removi6 uno por uno los montones de heno, pero todos estaban vacíos. Desde entonces avanzó con cautela, agachándose cuanto podía para no ser visto, y arrastrándose á veces por el suelo.

Ya empezaba á anochecer y las sombras de los altos picos de la montaña, iban estendiéndose por el campo silencioso. Solo se percibía de cuando en cuando el estremecimiento de las ramas que parecían abrirse al paso de un animal, y el graznido que para Estéban significaba otra señal de sus invisibles enemigos. Estos le rodeaban sin duda alguna, ocultos entre los ramos; él no lo ignoraba, pero ya desde el punto donde había llegado, veía á lo lejos en la bruma rojiza del crepúsculo, las blancas paredes de la casa paterna rodeada de verdes arboledas.



Ya los últimos rayos del sol se habían apagado en el horizonte; dentro de algunos minutos, todo iba á quedar envuelto en el negro manto de la noche. Este era el momento que Estéban acechaba con febril impaciencia, para lanzarse á toda carrera en la direccion del bordje. Ya había calculado y medido con la vista el terreno, y apoyando una rodilla en el suelo, se levantaba para ejecutar su proyecto, cuando sin que el menor ruido llamara su atencion, sintió que una mano se apoyaba en su hombro; al mismo tiempo, le arrancaron el palo de entre las manos, y tres hombres se arrojaron sobre él.

En un minuto fué derribado, atado y tendido en el suelo con una mordasa en la boca, sin tiempo apenas para lanzar un grito. Vióse enseguida rodeado de los quince bandidos que inclinados sobre él, examinaban su semblante. Sus feroces miradas, relucían en la oscuridad, y ya algunos echaban mano de sus cuchillos, pero El-Liamoun, el mismo que anteriormente los había arengado, incitándolos á proseguir su empresa, los apartó bruscamente y les dijo:

—¿Obrareis siempre como chiquillos? ¿De qué nos serviría ahora darle muerte? ¿Cuánto mejor es aguardar? Tal vez caiga alguno de nosotros en manos de nuestros enemigos. El cual, preferirá indudablemente ser cangeado por este Rumí, á dar el salto de la liebre ante los cañones de sus fusiles.

Los salteadores se miraban unos á otros sin contestar.

El-Liamoun continuó:

—Dos hombres bastarán para guardarle. Quédense aquí con él hasta nuestro regreso. Entonces, si el éxito corona nuestra empresa, tiempo sobrado habrá para deshacernos de ese perro. Dejadle pues.

Entretanto, Estéban se sentía morir de dolor. Inmóvil como el árbol abatido por el hacha del leñador, su pensamiento se agitaba en un círculo de horribles reflexiones. No era por cierto su propio estado el que le preocupaba; sino la horrible suerte que amenazaba á su familia, ya que él se veía imposibilitado de darles aviso del peligro.

Dispersáronse en fin, los Sbeah, y Estéban los vió alejarse por distintas direcciones, observando que dos bandidos tan solo, permanecían á su lado acurrucados en el suelo, y envueltos en sus negros albornoces. Era ya completamente de noche, y ningun ruido turbaba el pavoroso silencio de aquel campo desierto. Sin embargo, Estéban y sus dos centinelas no debían estar solos en él; pues tan pronto como los bandidos desaparecieron en la oscuridad, unas matas de tamarisco, que habia detrás y á cierta distancia del prisionero, se pusieron en movimiento sin ruido, poco á poco acercándose á él como si se deslizaran imperceptiblemente sobre el terreno. Este extraordinario suceso pasó desapercibido para Es-

téban y para los dos árabes que le guardaban; así es, que el arbusto pudo llegar á colocarse á algunos pasos detrás de ellos sin llamar su atencion. Allí se detuvo y las ramas que formaban su copa, fueron abriéndose poco á poco á derecha é izquierda, hasta que tocaron en el suelo. Entonces apareció detrás de ellas un hombre, que inmóvil, de rodillas y conteniendo la respiracion, tenía puesto el dedo índice en los labios. Vióle Estéban admirado, y aunque no pudo conocerle, comprendiendo que aquel sér llegaba en su auxilio, permaneció inmóvil para no despertar la atencion de sus guardianes; pero con los ojos fijos en los del recién llegado. De repente, la luz de las estrellas se abrió paso entre dos nubes, y su ténue claridad, fué iluminando insensiblemente el busto del misterioso aparecido. ¡Cuál sería la repentina emocion del prisionero al conocer en la enérgica é inteligente fisonomía del que venía á socorrerle, las facciones de su antiguo amigo Alf.

XVI.

Alí, despues de haber desempeñado el encargo que le confiára Estéban, había regresado á la orilla izquierda del Oued-Dhamous donde siguió practicando su reconocimiento sin descubrir nada. Pasó despues á la orilla derecha, y registrando el monte bajo que se estendia por aquel terreno, se fué acercando insensiblemente á la montaña de mármol que separa el territorio de los Braz del de los Beni-Haoua. Ya sabemos que en el desfiladero que atraviesa esta montaña, era donde Estéban había descubierto los proyectos de los salteadores. Hacía ya media hora que Alí recorria el campo escudriñando todo lo que pudiera darle algun indicio de lo que trataba de descubrir, cuando oyó muy lejos de él un agudo grito semejante al graznido del águila. Comprendiendo

que aquel grito sería tal vez alguna señal, se tendió boca á bajo al pié de una mata y aplicando el oído al suelo, escuchó. Al cabo de algunos instantes, oyó resonar el galope de un caballo que parecia dirigirse hácia el sitio donde se hallaba él, porque el ruido, casi imperceptible en un principio, iba creciendo gradualmente. En efecto, á poco pasó á su lado el animal caracoleando en libertad. Era Salem. Allí se puso en pié de un salto al conocerle, preguntándose con terror qué le habria sucedido á Estéban, y se arrojó á su encuentro consiguiendo sujetarlo por las riendas, y entonces pudo examinarlo á su sabor. Advirtió que Salem no estaba herido, que no tenia ni una mancha de sangre y que nada indicaba en él una caída.

—¿Qué es esto? se decía. Allí. El hijo de el Kebbir es demasiado buen ginete para haber caído del caballo en su carrera. Además, Salem es dócil. Aquí debe haber algun lazo de los Sbeah.

Al decir esto el guia, recorrió con la vista todo el campo inmediato, pero no vió nada que pudiera sacarle de dudas. Sin embargo, era indispensable buscar á Estéban y para ello le pareció desde luego lo mas acertado, descubrir el sitio donde se habian separado el ginete y el caballo. Aunque con mucha dificultad á causa de la naturaleza del terreno en su mayor parte pedregoso, y gracias á su vista perspicaz y á su experiencia, Allí, guiado por las señales de las herraduras de Salem, pudo llegar al punto donde Esté-

ban habia atado á su caballo. Las pisadas estampadas en el suelo alrededor del peñasco, el musgo desprendido de la roca por el roce de las riendas manchadas de verde, todo le convenció de que habia acertado en la primera parte de su exploracion. Pero desde allí, las pisadas seguian una direccion 'contraria, pues bajaban hacia el fondo del desfiladero. Siguiólas de nuevo Allí llevando detrás de sí al caballo, mas á los pocos minutos de marcha, se encontró delante de unas rocas donde todo indicio del paso de Salem, desaparecía por completo. El guia, desorientado y perplejo, se detuvo sin saber qué partido tomar en tan apurada situacion, mas al tender la vista por la entrada del desfiladero, detuvo sus miradas en la encina solitaria, dándole qué pensar. Conocía aquel árbol, famoso en toda la comarca, porque durante la última guerra sirvió de punto de reunion á las tribus sublevadas al mando de Abd-el-Kader, y no ignoraba que los salteadores que no viajan nunca en bandas, suelen en sus correrías convenir en reunirse cerca de algun objeto extraordinario que les sea fácil reconocer. Recordó al mismo tiempo las sospechas que la presentacion en el bordje de los árabes despertára en su imaginacion; y resolvió explorar minuciosamente todo el barranco, para lo cual empezó por desembarazarse del caballo, escondiéndolo en una escavacion que existía en el lado derecho del desfiladero á cuya entrada dejó tambien su amplio albornoz, que podía estorbar sus movi-

mientos, y empezó su exploracion á lo largo de la orilla del rio. El guia caminaba con todas las precauciones posibles ocultándose entre las ramas de adelfas; sin embargo, en el momento en que pasaba el agua de una orilla á otra para reconocer el lado opuesto, salió lentamente de entre los matorrales que coronaban las faldas de la montaña á treinta pasos por encima del rio, una cabeza envuelta en un jaique árabe, y dos relucientes ojos negros siguieron todos los movimientos de Alí, que nada sospechaba. Era la del árabe que poco antes habia estado á punto de impedir la ejecucion del proyecto de los Sbeah, atemorizándolos con la narracion del encuentro de la yegua coja.

Él era tambien el que puesto de centinela para cubrir la marcha de los Sbeahs hácia el bordje cuando destruyeron su guarida del matorral, habia visto á Estéban y dado aviso á sus compañeros. En aquel momento habia visto llegar á Alí y lo estaba acechando, siguiéndole de mata en mata, con objeto de asesinarlo y apoderarse del hermoso caballo que habia escondido en la gruta, para volver con él á Mazouna y dejar que los demas bandidos llevaran á cabo su empresa sin él. Entretanto, Alí continuaba sus pesquisas. Pasó por el sitio donde los Sbeahs habian arrojado al agua las ramas de su fingido matorral, y con solo coger una y ver que estaba recién cortada, comprendió el uso á que se habian destinado, y sus sospechas se trocaron en sérios temores que le hicieron temblar

por la suerte de Estéban y la de toda su familia, á cuyo socorro era ya indispensable volar.

En medio de estas tristes reflexiones, llegó á una parte del rio donde la depresion del terreno habia estancado las verdosas aguas, formando una pequeña laguna de mas de cuarenta piés de ancho, cuyo fondo pasaba de la estatura de un hombre. Recorria el guia sus orillas, impaciente por descubrir algo que le ayudara en su investigacion, cuando advirtió estampada en el blando fango y junto al agua misma, la huella de un pié descalzo. Paróse en el acto con ánimo de entregarse á un detenido exámen del nuevo indicio. Se puso en cuclillas, y alargando el cuello por encima del agua que reproducía su imágen, ya aguzaba su imaginacion para adivinar si la huella era del pié de un hombre ó de una mujer, de un Beni-Haoua ó de un Sbeah; cuando de repente, el líquido espejo presentó á su vista un brazo desnudo que, empuñando un cuchillo, se alzaba lentamente sobre sus hombros, y luego una cabeza muda pero amenazadora, asomó por encima de él. Cualquier otro hombre mal aconsejado por el terror, se hubiera vuelto para entablar una lucha desigual, pero Alí no perdió su presencia de ánimo. En menos tiempo que necesita el rayo para rasgar la bóveda celeste, comprendió el peligro de su situacion, y en el momento en que el acero bajaba sobre él, tendió como un arco los músculos de sus corvas y se lanzó de pechos al agua. El Sbeah burlado dió un gri-

to de rabia, pero tan listo como Alí, se precipitó detrás de él, y el mismo surco abierto por el cuerpo del guia recibió el del asesino antes del tiempo necesario para volverse á cerrar.

Los dos eran vigorosos y nadaban con ardor; así es, que en un momento llegaron á la opuesta orilla; Ali al poner el pié en tierra se dirigió hácia Salem. El Sbeah, acelerando su carrera le seguia de cerca: el andarín oía á sus espaldas la respiracion jadeante de su enemigo, pero el asesino contaba sin la huésped. Alzaba ya el brazo para herir, cuando Alí que habia llegado á la entrada de la excavacion, cogió rápidamente del suelo su albornoz y volviéndose, lo arrojó á la cabeza del Sbeah. Vaciló éste al sentirse ciego, y en el mismo instante cayó á tierra cuan largo era, herido en el pecho por el cuchillo de Alí.

—¡Estaba escrito! murmuró con las ánsias de la muerte.

Entretanto, el guia inclinándose sobre él le quitaba de la cabeza el albornoz.

El herido respiró entonces con fuerza, lanzó con ojos desencajados una mirada á su alrededor, y con voz trémula dijo:

—La yegua negra lo habia anunciado, hice mal en resistir al presagio.

Sintiendo entonces próxima la muerte, fijó un instante sus ojos moribundos en el matador, levantó la mano derecha señalando con el dedo índice hácia el cielo, en testimonio de la unidad de Dios, y, satisfecho de haber cumplido con este

último acto de fé musulmana, se echó hácia atrás. El guia, poniendo su mano sobre el corazon del bandido, se cercioró que habia dejado de existir y le cerró los ojos. Limpió después su cuchillo, y escondiendo de nuevo á Salem, se alejó rápidamente en direccion del Norte.

Aun no habia andado cien pasos, cuando conoció al oír el estremecimiento de las matas diseminadas por el campo desierto, que la banda de los Sbeahs se ocultaba allí, y marchaba arrastrándose por el suelo siguiendo los pasos de sus centinelas. Al mismo tiempo vió á Estéban, y ya iba á dirigirse á su encuentro, cuando vió á los bandidos salir de improviso de entre los matorrales, echarse sobre el jóven, derribarlo en tierra y hacerlo prisionero. No es posible decir todo lo que sufrió el corazon de Alí ante aquella escena, pero comprendió que él solo era el que podia salvar á los habitantes del bordje, y esta reflexion pudo mas, que el vivo deseo que experimentaba de arrojarse sobre los bandidos y entablar con ellos una lucha desigual. Contúvose, pues, y esperó. Mas al ver que los Sbeahs se alejaban dejando al prisionero bajo la custodia de dos centinelas, renació la esperanza en su corazon, y fabricando á favor de la oscuridad de la noche un matorral que le permitiera acercarse sin ser descubierto, se deslizó junto á Estéban como hemos visto, y se dió á conocer.

Quando arrodillado entre las ramas que habia dejado caer en el suelo hizo seña á Estéban de per-

manecer silencioso y vió que el jóven le habia conocido, fué poniéndose lentamente de pié, y cogiendo su baston con ambas manos, lo enarboló pausadamente sobre sus cabezas, midiendo con la vista la distancia que de ellos le separaba. Estéban seguia impaciente todos sus movimientos y sus ojos parecian suplicarle que se apresurára; pero Alí no tenia necesidad de aquella muda peticion. Dos segundos despues, Estéban oyó una especie de silbido é inmediatamente un choque terrible. El baston habia hendido la cabeza de uno de los centinelas que se revolcaba bañado en sangre.

Su compañero, que de un salto se habia alejado á diez pasos, cuando vió que no tenia que luchar mas que con un hombre solo, recobró todo su valor; dejó caer instantáneamente su albornoz, y lanzóse puñal en mano sobre Alí.

Este, despues de haber inutilizado al primer bandido, se habia puesto delante de Estéban, cubriéndole con su cuerpo, y haciendo el moline-te con su temible baston, para defenderse de su enemigo. En cuanto al Sbeah, girando en torno suyo, con una rapidez vertiginosa, trataba de herirle impunemente. Tres veces consecutivas, habia sentido Alí, el frio del puñal en sus carnes, y otras tantas habia murmurado estóicamente:

—¡El Kebbir recibió algunas mas por salvarme!

Y el baston seguía girando en sus manos, amenazando al bandido.

Apesar de esto, y como la oscuridad era tan densa, Alí se sintió herido por cuarta vez y lanzó un grito de cólera.

—¡Perro! le dijo el Sbeah, véte y déjanos en paz!

—Prefiero perder la piel, contestó Alí, continuando tan desigual combate.

Pero al cabo de algunos segundos, recibió una quinta herida en medio del pecho, y esto que hubiera podido producir su muerte, á ser mas certero el golpe, fué su salvacion. El bandido había tenido que agacharse y alargar el brazo para alcanzarle con el puñal, dejando al descubierto todo su busto. Entonces el guia, dejó caer su baston como una maza sobre su enemigo, y este cayó boca abajo, como una encina herida por el rayo. Un segundo golpe asestado diestramente en la nuca, concluyó con el Sbeah.

Inmediatamente, Alí, sin cuidarse de la sangre que perdía por sus heridas, se arrodilló junto á Estéban, cortó sus ligaduras, y el jóven que había experimentado una indecible angustia, ante la lucha que se había entablado por salvarle, pudo ponerse de pié.

—¡Señor! le dijo el guia, sentándose y restañando su sangre con puñados de tierra, no pierdas tiempo, déjame y vuela al bordje. La noche es tenebrosa y los Sbeahs van á realizar su horrible atentado.

—¡Cómo! exclamó Estéban, quieres que te abandone, cuando acabas de exponer tu vida por salvarme.

—Mi vida importa poco, añadió el árabe, coge tu caballo que está cerca de aquí, trás de aquellas rocas, y parte al momento; pero no vayas directamente al bordje, sino al Aduar del Seddik. Este te seguirá con sus ginetes. No pierdas un segundo, pues cada uno que pasa, acorta la existencia de los tuyos.

Poco despues, Estéban volvía con el caballo del diestro.

—¡Parte! insistió Alí, que se sentía desfallecer.

Pero Estéban no quiso abandonar á su salvador; á pesar de sus protestas, lo cogió entre sus brazos, lo colocó sobre el arzon de su silla y montando de un salto junto á él, partieron como una flecha. Ni breñas, ni rocas, ni arroyos, nada detenía aquella carrera vertiginosa al través de la oscuridad. Solo Alí, murmuraba de cuando en cuando:

—¡Vuela, señor, ó llegaremos tarde! y las espuelas del ginete, se hundían en los hijares del generoso bruto, el cual cruzaba por aquellas soledades, como el génio de los aires.

XVII.

Ya sabemos que algunas horas antes de los sucesos que anteceden, Noemi había recibido por mano de Alí, el mensaje del hijo del Kebbir. Muy sorprendida al coger en sus manos el ramo de flores, sus mejillas se cubrieron de rubor, cuando supo que era Estéban el que se lo enviaba, y cuando se hubo quedado sola y pensativa contemplándolo, una sola ojeada bastó para convencerla, de que significaba algo mas que un simple recuerdo. Separando entonces una á una, las distintas clases de flores que lo componían, se puso á analizar su sentido emblemático, murmurando:

—¡Secreto descubierto,..... ausencia,..... amor eterno,..... obediencia,..... discrecion,..... recuerdo en la ausencia!!... y dejando caer el ramo sobre sus faldas, exclamó:

—¿Qué es esto Dios mio? ¡Se ha marchado! ¿Por qué?... ¿Quién ha descubierto nuestro secreto? ¡Ay!... ¡Ya es tarde para aconsejarme que cuente con su discrecion!

Hallábase en estas reflexiones, cuando abriéndose la puerta de la estancia, vió llegar á el Kebbir, y escondió apresuradamente las flores en su seno.

El Kebbir despues de haber visto marchar á su hijo, había reflexionado que, si Noemi se enteraba por otro y sin mas esplicaciones de la partida de Estéban, la impresion de una nueva tan inesperada, podría producir un efecto terrible en su esquisita sensibilidad, y proponiéndose tranquilizarla indirectamente, sin divulgar el descubrimiento de su secreto, había mandado ensillar su yegua, trasladándose en poco tiempo al pueblo del Montararach.

—¿Vengo, tal vez á ser molesto, querida niña? dijo á la jóven estrechándole las manos y mirándola con afectuosa solicitud.

—Al contrario, contestó ella; ofreciéndole una silla.

La vista sola del Kebbir, la había tranquilizado, pues tenía entera confianza en su amistad; así es que, no dudando que sería él mismo, el que había descubierto su secreto afecto, estaba impaciente por oír de sus lábios, la impresion que produjera en su ánimo este descubrimiento.

—Deseaba verle, añadió, y si no hubiera

V. venido ahora, tenía proyectado pasar mañana al bordje.

—¿Me necesita V. para algo?

—Si, señor.

—¡Aquí me tiene á su disposicion!

—Pues bien, dijo Noemi, llamando todo su valor en su ayuda, tal vez le parezca indiscreta, pero desearía conocer la causa de la partida de Estéban.

El Kebbir, se estremeció á esta inesperada pregunta, y despues de algunos momentos de reflexion, contestó:

—¡Sin duda.... habrá V. oido algo del proyecto de desalojar á los Beni-Haoua!

—Si, señor.... dijo la jóven.

—Pues bien, he enviado á Estéban á Milianah, para que defienda la causa de esa tribu, ante la autoridad.

—¿Solo á Milianah? exclamó Noemi con acento de sorpresa.

El Kebbir frunció el ceño al oir esto, y como era incapaz de mentir, contestó.

—Estéban irá tambien á Argel, y desde allí, tal vez marche á París.

Inmutóse Noemi, bajó los ojos, y por último, dominando su emocion, prosiguió:

—¿Permanecerá en París mucho tiempo?

—No.... Quizás algunos meses, dijo el Kebbir.

Noemi alzó entonces la frente, y preguntó:

—¿Por qué no ha venido á despedirse de nosotros?

Volvióse á estremecer el Kebbir, y con tono paternal, pero algo sério, pues la pregunta de Noemi, le infundía estrañas sospechas, contestó:

—¿Si no le ha dicho á V. nada, hija mia, cómo ha tenido V. noticia de su partida?

—¡Ay! no le acuse V. señor, dijo Noemi..... No he visto á Estéban.... y si me he enterado de su partida, es porque me la ha participado por este ramillete.

Al mismo tiempo, sacó el ramo del seno, con una ingenuidad y una gracia, que disiparon por completo las sospechas del Kebbir. Este no sabía ya como continuar, y á pesar de que al ir á ver á la jóven, llevaba el propósito de no hablarle de su secreto, ya no esperaba mas que una palabra suya, para explicarle lo ocurrido. Quizás lo comprendió así Noemi; lo cierto es, que haciéndose de nuevo dueña de su emocion, le dijo con humildad y timidez.

—¡Si yo supiera.... que V. se dignaba oírme!.....

—¡Hable V! exclamó el Kebbir. El deseo de su felicidad es el que me ha traído aqui, y Dios me es testigo, de que sin conocer el móvil de su conducta, en el fondo de mi corazon, siempre os he creído disculpable.

—No esperaba otra cosa de su bondad, contestó ella. Veo que no tengo nada que decir respecto á los sentimientos que me unen á Estéban, y si él ha creído que debía comunicárselos á V., no puedo resentirme de esta prueba de su

conflanza filial. No he tenido presente al exigirle el secreto, que es V. su padre.

—Estéban no me ha contado nada, hija mia. Este descubrimiento ha sido puramente casual.

Noemi añadió, conteniendo su emociion:

—¿Y probablemente.... reprueba V. esos sentimientos?

—¡Al contrario! exclamó el Kebbir. Pues, si bien he pensado al principio, que Estéban era demasiado jóven para casarse, su madre me ha convencido, y ni ella ni yo, hemos tenido el valor de renunciar al placer de daros el nombre de hija.

Un subido cármin cubrió el rostro de Noemi, que al oír estas palabras, estrechó entre las suyas las manos del Kebbir, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas, y aquel continuó:

—Entonces fué cuando Estéban se negó á acompañarme hasta aquí, para solicitar el consentimiento de su padre de V.

—¿En qué funda su negativa? preguntó Noemi.

—En nada. Lo único que contesta, es que este paso ocasionaría á V. un gran sentimiento.

Al oírle, me había figurado que todo ello sería una niñada, pero he reflexionado despues, que una persona tan sensata como V., no podía dejarse llevar sino de alguna consideracion muy honrosa, por mas que yo, no acierte á comprenderla. Ahora no es tampoco mi ánimo pedirle que me confiese los motivos de su proceder,

es V. dueña de sus secretos, hija mía, y yo los respeto. Pero habiéndome parecido conveniente alejar á Estéban....

—¿A causa de los Beni-Haoua? dijo Noemi.

—Sí, Pero sobre todo á causa de V., contestó el Kebbir, sonriéndose. A causa de su reputacion que me es tan preciosa como la de mi propia hija. Pues bien, habiendo resuelto que Estéban se marchára, he temido que la noticia de su partida, le causase mucha afliccion, y he venido para decirla, que de V. sola depende su pronto regreso.

—¡Ay! ¡Si dependiese de mí sola! dijo Noemi.

—¿Segun eso, su padre de V. se opone á este casamiento?

—Mi padre no se opondria probablemente á mis ruegos, contestó Noemi. Pero.... ¡Tal vez me haya equivocado! y el cielo le envía á V. aquí, para desvanecer mi error. Permitidme que no me explique inmediatamente, y quédese á comer con nosotros. Obsérvelo V. todo con atencion. Grabe en su memoria, la menor palabra que se pronuncie, procure analizar, las acciones mas insignificantes, y si llega V. á descubrir la verdad, dígame sinceramente si he obrado bien ó mal con mi determinacion. Entonces estaré á tiempo de no guiarme mas que por los consejos que espero de su bondad.

Dicho esto, la jóven se levantó; imitóla el Kebbir, y dirigiéndola de nuevo la palabra con cariñoso acento, le dijo:

—Acepto la mision que me confia. Ahora, hija mia, permita V. que le dirija una sola pregunta:

—¿Cuál? dijo Noemi.

—¿Por qué, ya que le inspiro esa confianza, me ha ocultado su afecto hácia Estéban?

—¡Ah! porque.....

—¿Sí, por qué?

—Pues bien,..... dijo la jóven,... porque ese afecto..... mi deber me ordenaba combatirlo, y.... yo que sé, lo bueno y lo generoso que es usted, temía que se opusiera á mi determinacion.

El Kebbir, admirado de estas razones, iba á insistir, pero calló al oír ruido de pasos á la entrada de la habitacion. Era el Capitan.

La acogida que este dispensó á su antiguo compañero, fué como siempre, la mas afectuosa, y en cuanto supo que el Kebbir se quedaba á comer en su casa, mandó poner la mesa, dando órdenes á Ourida, para que se esmerára en el desempeño de su importante cargo.

Poco despues llegaron el teniente Marcel y el médico, siguiéndoles de cerca el cura, y todos reunidos, se sentaron á la mesa. Noemi tenía á su derecha al Kebbir y á su izquierda al teniente, tan acicalado como siempre.

Durante la comida, el Kebbir, que obedeciendo á las indicaciones de la jóven no cesaba de observarlo todo con atencion, advirtió que su

huésped estaba de muy mal humor. Hasta entonces le había conocido siempre pensativo y triste, pero bondadoso y resignado. Ahora le parecía amargamente agresivo. Nada le agradaba. Al pronto, el Kebbir creyó ver en este cambio de carácter de su amigo, el efecto de las calenturas que desde algunos días habían vuelto á atacarle; pero no tardó en conocer que provenía de otra causa, y vió con sorpresa que esta era la presencia del jóven teniente.

Ya sabemos que Mr. Marcel era muy jóven, y que afectaba en sus modales como en su manera de vestir, cierta pretenciosa elegancia. El capitán veía esto con un disgusto evidente; pero lo que le chocaba mas aun, eran los galantes obsequios del jóven para Noemi. Mr. Thierry no perdía de vista al teniente ni un momento, y cogiendo al vuelo todas sus palabras, parecía que tenía empeño en poner á prueba su paciencia. Pero el teniente acostumbrado ya á las salidas de su superior, se limitaba á contestarle siempre con el mayor comedimiento. El cura y el médico, sujetos de excelente carácter, hacían invariablemente en estas discusiones, el papel de mediadores, defendiendo al jóven lo bastante, pero evitando agriar el carácter del capitán.

El Kebbir despues de un rato de observacion silenciosa, dirigió la palabra á su amigo, diciéndole:

—Veo que ya estás casi completamente instalado en tu casa y temo mucho que mi mujer y yo

tengamos que renunciar pronto á la compañía de tu hija.

—¿A santo de qué? ¡Dios mio! exclamó Mr. Thierry. ¿Te estorba tal vez Noemi?

El Kebbir protestó de semejante suposición.

—Yo estaba loco, continuó el capitán, cuando se me ocurrió traer conmigo á mi hija, y si no hubiese sido por tí, la hubiera tenido que enviar á Argel ó á Milianah desde el dia mismo de mi llegada á esta poblacion salvaje. No, querido coronel, si es cierto que Noemi no te causa ninguna molestia, pienso dejarla en tu casa hasta que se hayan concluido las obras, y que yo pueda solicitar mi vuelta á Francia.

—¿Cómo á Francia? dijo el Kebbir. ¿Pues no has venido aquí porque tú mismo lo has solicitado?

—Cierto, contestó el capitán. ¡Pero qué quieres! los aires de este país no me convienen.

—Amigo mio, dijo el Kebbir; estás endeble, cansado; tiempo es ya de que te proporciones un poco de sociogo. En tu lugar, ya hace tiempo que yo hubiera dejado el servicio.

—¡Ya lo creo! exclamó Mr. Thierry. Tú que has renunciado al porvenir mas brillante para hacerte labrador!

El Kebbir no pudo menos de reirse al oír esta salida, y prosiguió:

—¡No! ¡no! bien lo sabes. He abandonado lo brillante por lo positivo, la liga por el oro, mil

tormentos constantes por la mas tranquila existencia. Ya que hablamos de esto, permite que te lo diga: hace seis meses que al verte todos los dias, he adquirido la conviccion, de que tú que no te hallas satisfecho en ninguna parte, que estás siempre inquieto, irritado, puedes, si quieres, á pesar de tus dolencias, llegar á ser con el tiempo, uno de los hombres mas felices del mundo.

—Eres un amigo excelente, dijo el capitán, te quiero y te respeto; pero no seguiré tus consejos, por la sencilla razon de que tus inclinaciones y las mias no son iguales. Cada cual busca la satisfaccion de sus gustos y de sus pasiones. Para el señor cura, que ni siquiera nos escucha porque está muy atareado en su batalla contra ese pollo reacio, la felicidad consiste en la variacion. Ha nacido para viajar continuamente; así es, que hubiera debido hacerse misionero. Para el médico, la felicidad suprema reside en el estudio de la botánica. En cuanto á Mr. Marcel, que se está escarbando los dientes siu necesidad, sin duda para que se vea que los tiene muy blancos, nada le agrada tanto como acicalarse y mirarse al espejo. Para tí, querido, el paraiso está en la soiedad, en la contemplacion, en el estudio, en el bienestar de los que te rodean. Eso es noble y grande y solo puedo mirarlo con envidia; pero debo confesar que no he nacido para esa poética existencia. Mi carrera me agrada y no siento mas que la poca

suerte.... y.... Pero basta ya de este asunto; pues creo que me habrás comprendido.

El Kebbir contestó:

—¿Por qué nos pasas revista á todos y no hablas de tu encantadora hija?

—¿Mi hija?... dijo el capitán mirando á Noemi con súbita emoción....

—Mi hija vale mas que todos nosotros; pues aun á pesar suyo, sería capaz de sacrificar sus inclinaciones, sus ideas y su reposo, á la felicidad de aquellos á quienes ama.... Ella sola me consuela de la vida, y yo preferiría alzarme la tapa de los sesos, á separarme de ella, porque sin su cariño, la vida sería para mí un tormento insufrible.

Estremecióse el Kebbir al oír estas palabras que le descubrían toda la verdad. Por fin, comprendía la sublime abnegacion que encerraba la conducta de la jóven, cuyo padre, sencillamente egoísta, como suelen serlo los seres desgraciados, creía sacrificar bastante por ella con hacerla justicia. Entretanto, Noemi permanecía triste y silenciosa, y sentía que las lágrimas asomaban á sus ojos. Afortunadamente para ella, el Kebbir vino en su ayuda, contestando al capitán:

—Comprendo demasiado tus sentimientos, pero si no puedes vivir separado de tu hija ¿qué harías en caso de guerra, cuando tuvieras que entrar en campaña? ¿Cómo conciliarías entonces tu legítima ambicion con tu cariño de padre?

Tendrías que elegir entre tu deber y la compañía de tu hija.

—La guerra no puede durar mucho en nuestros tiempos, dijo el capitán.

—En efecto; contestó el Kebbir: pero ¿qué sería de tu hija si fueses víctima de los azares de la guerra?

El capitán palideció: se levantó de la mesa tirando al suelo su servilleta, y todo en él dió pruebas de que le ahogaba una súbita emoción. Por último, acercándose á Noemi y abrazándola con pasión, exclamó:

—¡Bah! no habrá guerra!

—¡Tanto peor! dijo el teniente.

—¿Por qué señor mío? repuso secamente el capitán.

—Porque sin guerra hay menos ascensos.

El disgusto del capitán aumentaba por momentos. Dió dos ó tres vueltas por el comedor sin pronunciar una palabra y volviéndose de pronto hácia sus convidados, les dijo:

—¿Por qué me atormentais todos de este modo?

—Por amistad hácia tí, contestó el Kebbir. Porque sin saberlo, quieres conciliar cosas inconciliables.

El capitán tornó á su asiento y no volvió á decir palabra. Entretanto, el cura que hasta aquel momento no había terciado en la conversacion, pues se ocupaba exclusivamente de satisfacer su apetito, miró á todos los circunstan-

tes con plácido semblante, y advirtiéndolo que se habían quedado serios, dijo:

—Hay un medio muy sencillo de conciliarlo todo, y me admira que no se os haya ocurrido. El capitán sin renunciar á su carrera, puede fácilmente asegurar la felicidad de su hija.

—¿Qué medio es ese, señor cura? dijo el capitán.

—Casarla.

Esta palabra pronunciada por el cura, en son de triunfo, produjo en los convidados el efecto de un rayo. Noemi se puso pálida como una muerta, y á penas tuvo fuerzas para dirigir al Kebbir una mirada de súplica. En cuanto al capitán, ofrecía á todos el triste espectáculo de un hombre que luchaba con una angustia que no podía disimular.

Entretanto, el cura sorprendido y avergonzado, miraba alternativamente al padre y á la hija, sin comprender el efecto producido por sus palabras. Mr. Thierry estaba fuera de sí y buscaba en vano una réplica que confundiera al poco afortunado consejero. Por fin, no encontrando otra cosa que decir, púsose de codos sobre la mesa, y soltando una carcajada irónica, exclamó:

—¡Casar á mi hija! ¡En efecto, no se me había ocurrido! Eso lo arregla todo. ¡El señor cura es un hombre muy previsor! Pero no ha tenido presente una cosa y es que Noemi no quiere oír hablar de casamiento. Me lo ha dicho cien veces

en Marsal, me lo repetía ha poco en Milianah, y de positivo no seré yo el que obrando como un estúpido, y solo para conformarme al uso, oblique á la única hija que me queda á que se separe de mí!

Viendo entonces que los circunstantes permanecían atónitos, (mucho menos de sus palabras, que de la violencia con que las pronunciara), volvióse hácia Noemi y le dijo:

—Vamos, niña, ¿has variado de opinion? Puedes hablar. Todos los que ves aquí, son amigos. El matrimonio, por mas que no te sedusca, es una institucion respetable y santa. ¿Dilo, hija querida, tú que tanta abnegacion encierras en tu pecho, tú que lo eres todo para mí, has pensado acaso en abandonar á tu padre?

El Kebbir creyó que Noemi iba á desfallecer; pues durante algunos segundos, permaneció con los ojos cerrados; pero la jóven venció pronto su emocion, y mirando fijamente á su padre, le dijo con voz apenas perceptible:

—Tranquilizaos padre mio, Pero..... esta discusion en presencia de nuestros amigos.... me martiriza. Además, ¿de qué sirve continuarla? Ya sabeis que os he dedicado toda mi vida.

—¡Eh! ¿que decía yo? exclamó su padre.

Apenas concluyó de pronunciar estas palabras, cuando extenuado por la emocion que acababa de experimentar despues de sus recientes accesos de fiebre, palideció de pronto, y cayó desmayado en su asiento. El médico y el teniente acudieron

presurosos, y lo llevaron á su habitacion.

Pasado un cuarto de hora, el capitán mandó llamar al Kebbir. Este lo encontró acostado, al parecer mas tranquilo; pero poseido todavía de una sorda preocupacion.

—Querido amigo, dijo el enfermo, es preciso que me hagas un favor. Ese teniente, ese pisaverde, galantea á Noemi. Sé muy bien que ella no le puede hacer caso: pero las mujeres varían á veces de modo de pensar, y yo consideraría como una desgracia el que mi hija se enamorase de ese muñeco. Llévatela pues, y no la dejes salir del bordje bajo ningun pretesto. Mañana ya estaré bueno, iré á verla todos los dias. Ya sabes cuanto te lo agradeceré. Otro dia hablaremos mas despacio, vá á anochecer, no quiero que pierdas tiempo, vuélvete á tu casa antes que cierre la noche.

El Kebbir se sonrió con amargura, y como ignoraba los acontecimientos que obligaran á Estéban á regresar al bordje, no tuvo inconveniente en aceptar la proposición de Mr. Thierry. Noemi se despidió de su padre, y el Kebbir salió del pueblo con ella, cuando empezaba á anochecer.

Caminaron en silencio hasta llegar enfrente del bosquecillo; pero allí, el Kebbir se volvió hácia la jóven, y le dijo:

—Aunque se resienta su modestia, no puedo menos de declararos una cosa.

—¿Cuál? preguntó Noemi sorprendida.

—Que durante mi vida he tenido ocasion de

apreciar á muchas mujeres excelentes; pero por mas que pienso en ello, nunca he encontrado una que se os pueda comparar.

—¿Pues qué he hecho yo? preguntó Noemi confusa.

—Lo que habeis hecho, querida niña, es lo que mas cuesta á la naturaleza humana. Hacer bien cuando no se resienten nuestros intereses ó vuestras pasiones, eso se vé todos los dias; pero sacrificarse en secreto, aun cuando sea por la tranquilidad de un ser querido, esto no se vé nunca. Tranquilizaos no obstante, porque toda buena accion tiene su recompensa. Tarde ó temprano, era forzoso que alguien abra los ojos á vuestro padre. Hoy, por casualidad, lo ha hecho el cura, algo bruscamente, y por eso se ha encolerizado. En adelante, es probable que el capitan lo piense bien, y como os quiere y tiene buen corazon, espero que modificará sus ideas poco á poco, sin que nadie le diga nada. Habeis hecho bien de encargár á mi hijo el secreto; de lo contrario vuestro padre lo aborrecería tanto como al teniente; por lo tanto esperemos. Ya somos tres para hacerle frente, y aunque en este asunto mi situacion para con mi amigo sea muy delicada, os prometo que haré por vuestra ventura cuanto pudiera hacer por mi propia hija.

Noemi contestó:

—¡Pero, si algun dia me caso, mi padre será desgraciado!

—No, no, dijo el Kebbir. Desechad esa idea. La naturaleza se encargará de arreglarlo todo.

Al espresarse en estos términos el Kebbir, se sonreía, pues para completar su pensamiento, no podía decir á la jóven que por muy graves que sean los motivos de la tristeza de los hombres llamados á ser abuelos, estos siempre se consuelan cuando llegan á mecer á sus nietos en sus brazos.



XVIII.

Dos horas despues de la llegada del Kebbir y de Noemi, todos descansaban en el bordje. Los ganados en sus establos, los caballos en la cuadra, los servidores en sus departamentos, y los amos en la casa principal. El Kebbir, despues de hacer su ronda acostumbrada, había mandado apagar los fuegos y cerrar todas las puertas, dejando solo abierta la del albergue de los huéspedes, pero no creía que esto ofreciera peligro, porque aquella parte del bordje estaba incomunicada con las demás. Había tambien rejas en las ventanas, y los perros encargados de guardar la casa giraban alrededor de la misma, dispuestos á señalar con sus ladridos la presencia de cualquier merodeador nocturno.

La noche estaba muy oscura, pues no solo no

había luna, sino que las estrellas estaban veladas por densas nubes que corrían empujadas por el viento abrasador del Sur, que arreciaba en vez de calmarse, á medida que iban siendo mas densas las tinieblas de la noche. A eso de las nueve cesaron todos los rumores, y quedó el campo sumido en un profundo silencio, que no interrumpían ni los aullidos de los jacales.

Entonces los tres bandidos que habían llegado por la mañana, salieron de la casa de los huéspedes, agarrados de la mano para no perdersen en la oscuridad.

Marchaban con tanto sigilo, que no podía percibirse el ruido de sus pasos, así es que parecían deslizarse sobre el suelo. Llegaron sin detenerse á la orilla del Oued-Dhamous, donde se les reunieron los doce hombres conducidos por El-Liamoun, y desaparecieron de nuevo en las tinieblas. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, todos estaban á cien pasos del bordje. Se habían quedado completamente desnudos, conservando tan solo sus cinturones de cuero. Iban abanzando sin ruido, como sombras, formando una larga fila, con la mano izquierda hácia adelante para no tropezar, y la derecha armada de un largo cuchillo. ¡Cosa estraña! Los perros no habían olfateado su presencia; verdad es que Bel-Kassen les había dado de comer, y para mayor seguridad había frotado sus narices con almizcle.

Los bandidos entraron todos por la puerta del albergue de los huéspedes. Poco despues fue-

ron encaramándose uno á uno por el tronco del plátano que crecía en medio del patio, y desde su copa se dejaron caer sin ruido á la azotea, desde la cual podía recorrerse todo el bordje. Algunos pasos mas bastaban para que se hicieran dueños de todas las habitaciones; pero á pesar de su ardiente sed de rapiña, los salteadores iban permaneciendo ocultos debajo de las anchas hojas del plátano, esperando las órdenes de Bel-Kassem, que habiendo estudiado el terreno durante el día, había tomado la direccion de la empresa. Cuando todos estuvieron reunidos en la azotea, se prepararon á emprender su ataque.

A pesar de lo oscuro de la noche, desde el punto en que estaban agrupados, distinguían las tres azoteas blanqueadas; en medio los huecos de sus tres patios y al borde del pretil, otros dos huecos negros les señalaban las escaleras por donde habían de bajar. La primera era la de la habitacion de las mujeres. Bel-Kassem estendia ya el brazo hácia ella, y los bandidos se disponían á salir de debajo de la copa del plátano, cuando retrocedieron todos volviendo la cara atrás, como si hubiesen visto algun objeto que los llenara de terror.

Miró Bel-Kassem, y vió él tambien con pavor una forma humana, vestida de blanco, que iba saliendo pausadamente y sin ruido, del hueco de la escalera. Aquella forma era esbelta y casi diáfana. Sus proporciones adquirian en las sombras dimensiones sobrenaturales.

Parecía envuelta en finas telas flotantes, y semejante á un fantasma, avanzaba con la cabeza erguida y los brazos caídos. La densa noche no dejaba ver sus facciones. La estraña figura dió algunos pasos y se quedó de nuevo inmóvil, como si sus ojos buscaran algo en el cielo. El viento abrasador azotaba su rostro. De pronto se llevó una mano á la frente, y este gesto pareció formidable á los bandidos, que la miraban sin pestañear, acurrucados unos junto á otros en la oscuridad. Bel-Kassem, el mas valiente, no tenía aliento para pronunciar una palabra, y el sutil El-Liamoun había perdido hasta la facultad de comprender. Todos estaban como petrificados por el pavor. Para algunos aquel era el *génio de las arenas*, cuyo encuentro enloquece. Otros veían en el fantasma al *Dervís blanco*, y doblaban la cabeza ante él para aplacarle. Muchos, para quienes era el espectro de una de sus víctimas, se sentían morir de terror. El fantasma hizo otro movimiento, y vieron desplegarse detrás de sus hombros un velo trasparente, que para ellos tomó la forma de álas, y lejos de disminuir sus creencias supersticiosas, esta circunstancia acabó de convencerles que tenían delante de sí al inflexible Azrael, el ángel temido de la muerte....

La terrible aparicion, que venía tan á tiempo á defender á los habitantes del bordje, era buenamente Margarita, que no pudiendo conciliar el sueño, bajo la influencia abrasadora del *goue-*

bett, había abandonado el lecho sin despertar á su amiga, y vistiendo sus blancas ropas, subía á la azotea para respirar el aire del campo. La jóven no había visto á los Sbeah, y estaba muy lejos de sospechar el efecto que produjera en ellos su presencia.

En esto se había acercado al borde de la azotea, y apoyando su mano en el parapeto, respiraba con fatiga, fijando maquinalmente la vista en la densa oscuridad que cubría la silenciosa campiña. Llamó de pronto su atención un hecho estraño que observó en medio de las tinieblas por el lado del aduar de los Beni-Haoua. Un sin número de pequeños puntos rojizos se agitaban y se confundían, semejantes á las chispas despedidas de una hoguera por el viento. Luego empezó á retumbar á lo lejos un ruido profundo, como el de las olas sobre una playa lejana, y pronto se transformó en un prolongado redoble, que hacía temblar la tierra como el galopar de centenares de caballos.

Los Sbeah no podían ver las luces desde el sitio donde estaban, pero oían el ruido, y en su terror, esperaban que de un momento á otro empezara el terremoto del *juicio final*. Margarita, entretanto, distinguía ya perfectamente que el estraño rumor era producido por una tropa numerosa de caballos que se cercaban á galope, y que los puntos rojos eran ramas de cedro encendidas que se agitaban en manos de los ginetes.

Todo esto había pasado en un momento, y no

hacia aun dos minutos que la jóven había subido á la azotea, cuando ya los caballos llegaban á cien metros del bordje.

La jóven, asustada de aquella invasion, cuyo objeto no podía comprender, no sabiendo si los que así corrían eran amigos ó enemigos, se irguió muda de pavor y estendió de pronto los brazos hácia adelante.

A este gesto los Sbeah retrocedieron. No pudiendo resistir por mas tiempo la presencia del fantasma amenazador, se arrojaron en tropel á las ramas del plátano, y empujándose unos á otros, cayeron juntos en el patio.

Pero en el momento en que, locos de terror, buscaban á tientas la puerta de salida, un inmenso clamor resonó alrededor de la casa.... Una roja claridad había reemplazado á las tinieblas, como si estuviera ardiendo el vecino bosque. Doscientos caballos llegaban á las puertas del bordje cuyos ginetes lanzaban un conjunto atornador de gritos é imprecaciones. Seddik, se distinguía por su rojo albornoz y su elevada estatura, el cual rodeado de numerosos árabes armados de sables, pistolas y espingardas, venian acompañando á Estéban.

El Kebbir, que despertó sobresaltado, llegó á la cabeza de sus servidores, cuando el *goum* de los Beni-Haoua se precipitaba en el patio.

Lo que allí pasó despues es indescriptible.

Los Sbeah, á quienes la realidad había de-

vuelto su valor salvaje, se habían agrupado en un rincón, y aguardaban en cuclillas y con cuchillo en mano, el momento de abrirse paso por entre sus numerosos enemigos. El caid Seddik deseando evitar el derramamiento de sangre, contenía á sus árabes y gritaba á los Sbeah que se rindieran. Pero estos no le contestaban mas que con insultos é imprecaciones. En breve se hizo inexplicable el tumulto, y ya era fácil preveer que antes de algunos segundos todos aquellos hombres se precipitarían unos sobre otros y que la sangre correría á torrentes. Prodújose en esto, de pronto, un violento remolino en las filas de los Beni-Haoua, y el Kebbir, sin armas, se abrió paso con aire imperioso, apareciendo entre su hijo y el Caid.

Una mirada le bastó para hacerse cargo de la situación.

—¡Atrás todos! exclamó con un gesto, volviéndose hácia los Beni-Haoua.

Inmediatamente cesó el tumulto, y los árabes retrocedieron hasta los corredores, despejando el centro del patio.

—¡Ahora, vosotros, tirad esos cuchillos! dijo á los bandidos.

Los Sbeah yacilaron un momento ante aquel aire de autoridad, pero no obedecieron.

El Kebbir mandó entonces:

—¡Atención! ¡preparen!

Oyéronse inmediatamente el ruido de los gatillos de las armas de fuego, y los cañones de las

espingardas asomaron por encima de las cabezas de los Beni-Haoua.

—¡Apunten! gritó el Kebbir.

En el momento se inclinaron cincuenta cañones en frente de los Sbeah, que viéndose perdidos, dieron un grito de desesperacion.

Entonces, sereno, como si su corazon fuera inaccesible al miedo, el Kebbir se adelantó despacio hácia ellos, y cogiendo entre sus manos el puño de Bel-Kassem, le arrancó el cuchillo y lo tiró detrás de sí. Luego fué colocándose sucesivamente delante de los demás bandidos, y mirándolos cara á cara, los desarmó uno á uno. Ninguno se resistió, pues el acto de valor del Kebbir parecía haberlos fascinado. Sin embargo, es probable que hubiera pagado con la vida su osadía, si la misteriosa aparicion que detuviera poco antes á los Sbeah en la ejecucion de su empresa, no hubiese vuelto á llenarlos de un terror invencible. Margarita que había permanecido en la azotea despues de la llegada de los Beni-Haoua, paralizada por el miedo, no podía apartarse del borde del parapeto, y sin comprender nada de lo que sucedía en el patio, asistió inmóvil á las distintas fases de aquel terrible espectáculo, hasta que conociendo á su padre cuando éste se acercó á los Sbeah, inclinó el cuerpo sobre el parapeto, separó con el brazo derecho las ramas del plátano para verle mejor, permaneciendo en esta actitud, iluminada de abajo arriba por la claridad de las teas, cuyo rojizo resplandor daba á su pálido

rostro una estraña y fantástica espresion. Así la volvieron á ver los Sbeah, y perdiendo de nuevo la razon los supersticiosos salteadores, se dejaron arrebatarse sus armas sin pensar ya siquiera en defenderse. De este modo fué como Margarita salvó, sin saberlo, á todos los habitantes del bordje.

Aquella noche se durmió poco en la casa del Kebbir. Los Sbeah fueron encerrados en una sala baja: el goum de los Beni-Haoua encendió hogueras delante de la puerta, y se estableció allí para guardarlos. El Kebbir, en cuanto supo que Alf estaba herido, montó á caballo y marchó á verle al aduar donde lo había dejado Estéban. En cuanto á Noemi, había corrido á encerrarse en el cuarto de la esposa del Kebbir al oír los primeros gritos. Margarita no tardó en reunirse con ellas, y las tres mujeres pasaron la noche dando gracias al Cielo y conversando en voz baja sobre los recientes acontecimientos.

Por fortuna, las heridas de Alf no eran de gravedad, aunque estaba muy débil á causa de la sangre que había perdido. El Kebbir lo examinó, le hizo la primera cura, y encargando que lo dejaran descansar, se volvió al bordje, quedando el herido en la tienda de Seddik, acompañado de una vieja negra, ducha en el arte de cuidar á los enfermos.

Al ser de dia, los presos, con los cuales se encontraban tambien los dos centinelas que Alf había inutilizado (y que los árabes del Caid los

habían encontrado tendidos debajo de una roca) estaban reunidos en una de las galerías del patio que les servía de cárcel. Habíanseles devuelto sus vestidos, que fueron hallados á orillas del Oued-Dhamous. Allí estaban acurrucados en dos filas, con las cabezas bajas, como avergonzados del mal éxito de su empresa, y entre ellos reinaba un silencio feroz.

Al cabo de algunos instantes, la puerta del patio se abrió de par en par, y vieron entrar al Kebbir con Estéban y Seddik, seguidos de todos los servidores del bordje y unos cincuenta ginetes de la tribu de los Beni-Haoua.

Los recién llegados se sentaron en semicírculo enfrente de los Sbeah. El Kebbir y Seddik ocupaban el centro del patio, apoyándose en el tronco del plátano, y Estéban permanecía de pié detrás de ellos.

En el primer piso, Noemi, Margarita, su madre y algunas criadas del bordje, se asomaban por los corredores, deseosas de presenciar el interrogatorio de los bandidos.

Cuando se hubo restablecido el silencio turbado por su entrada y la de los árabes, el Kebbir paseó una mirada de compasion sobre los prisioneros, y con voz pausada, pero alta y clara, les dijo en lengua árabe:

—¡Arabes! ¡Hombres del Dahra! ¿Por qué nos habeis atacado? ¿Qué os ha hecho el dueño de esta morada? ¿Han llamado alguna vez en valde los extranjeros á mi puerta? ¿No soy el amigo de to-

dos? Preguntárselo á mis vecinos los Beni-Haoua. Preguntárselo, sobre todo, á esos hombres, cómplices vuestros, que ayer me pedían la hospitalidad regando mis manos con sus lágrimas. Si necesitábais ropas, granos, dinero, ganados, ¿por qué no me lo habeis pedido? Yo os los hubiese dado, aunque vuestras montañas distan mas de dos jornadas de las nuestras, porque jamás he preguntado al indigente: «¿De dónde vienes?»

¡Pero yo os conozco, Sbeah! ¡Teneis terrenos fértiles, huertas frondosas, el Cielo favorece todo el año vuestras campiñas, y no quereis vivir mas que del robo!

¿Sabeis lo que sucedería si yo os entregase á las autoridades, como debo hacerlo? Iríais á arrastrar una cadena durante toda vuestra vida. A trabajar sin descanso, á perder para siempre esa libertad que tanto apreciáis: y en cuanto al que ha herido á Alí, me bastaria enviarlo á dos leguas de aquí, á la oficina árabe del Montararach, para que fuese fusilado inmediatamente.

A estas palabras, uno de los prisioneros levantó la cabeza toda entrapajada y manchada de sangre. Era el Sbeah que habia herido á Alí. A pesar de que estaba aun él mismo en muy mal estado, sacaba fuerzas de flaqueza para defender su causa, y dando á su semblante una expresion lamentable, dijo con doliente voz:

—¡Tú no nos entregarás, señor, sabes que somos unos pobres extraviados! Somos montañeses

ignorantes. Nuestros padres no nos enviaron cuando éramos niños á la escuela, para aprender las reglas del bien y del mal. Somos culpables, pero tú que eres justo, no dejarás de reconocer que no hemos hecho daño alguno á tu hijo, cuando podíamos quitarle la vida.

—¿Esperais acaso que os ponga en libertad, para que vayais á saquear á mis vecinos, á llevar después por todas partes el asesinato y el incendio, y á degollar á los niños como lo teneis de costumbre?

—No, señor, contestó el árabe. No haremos tal cosa. Dios nos ha manifestado visiblemente su enojo, segun dicen los que han entrado esta noche en tu morada, pues ha enviado á un ángel para tu defensa. Regresaremos á nuestros hogares. Cultivaremos nuestros campos. Somos unos infelices, indignos de tu cólera, y alabaremos por todas partes tu generosidad.

El Kebbir iba á contestar, pero antes que pudiera efectuarlo, se alzó de entre el grupo de los presos otra cabeza, cuyos ojos, llenos de ira se fijaron en el Sbeah que acababa de hablar, y la voz imperiosa del morabito Bel-Kassem resonó de improviso, exclamando:

—¿Para qué discutir tanto? Los que siendo vencedores no perdonan, no deben humillarse al ser vencidos. El hombre de corazon, cuando se vé derribado por su enemigo, no llora como una mujer para salvar su vida, sino que se somete con valor á su destino. ¿Qué es la vida para nos-

otros? Hace quince años que lo hemos perdido todo al perder nuestra libertad. Antes, el pais entero temblaba al galopar de nuestros corceles, y hoy se nos dice: «Vivid de los frutos de vuestras huertas.» Eso es decir al leon que se alimente con la yerba de los campos. Matadnos sin discurrir mas, pues estoy harto de vuestras palabras. Los hombres que van á morir, necesitan quedarse á solas con Dios.

El Caid no pudo contenerse por mas tiempo, al oir estas salvajes doctrinas. Antes que el Kebbir pudiera hacer un movimiento, dió un paso hácia delante, levantó con rapidéz el embozo de su albornoz sobre el hombro derecho, y mirando fijamente á Bel-Kassem con ojos indignados, le dijo:

—¿Cómo te atreves á hablar de Dios, tú, que desde la hora maldecida en que nacistes, no has cesado de infringir todas sus leyes? Te finges inspirado, pero todos te conocemos. Dios ha apartado su rostro de vosotros, que no vivis mas que del robo, y os ha enviado aquí para poner término á vuestros crímenes. Esa libertad de que hablas no os ha servido mas que para oprimir á los débiles y derramar la sangre del inocente. ¡No sois guerreros, sino bandidos. No atacais de frente como el leon, sino que asesináis como la víbora. Cesa, pues, de revolverte bajo el pié que te oprime. La muerte que con tus bravatas solicitas, no la tendrás, porque es demasiado noble para tí!

El Caid calló, volviéndose á su puesto en medio de los murmullos de aprobacion de los hombres de su tribu. Todos creyeron que el discurso de aquel representante de la autoridad, habria dado término á la ceremonia y que los presos iban á ser entregados á la justicia expeditiva de la Administracion árabe. Pero no era este el parecer de la mayor parte de los Sbeah, que empezaron á protestar todos á un tiempo, y el astuto El-Liamoun, cuyas insitaciones habian decidido á los bandidos á continuar en su empresa, creyó oportuno intentar algo en su defensa.

Tomó la palabra con aparente humildad, y dirigiéndose á el Kebbir le dijo:

—Señor, veo que hay en este asunto un error lamentable. Es cierto que nos han apresado á todos dentro de tu casa, pero no habíamos venido á ella con las mismas intenciones. Unos, segun parece, querian saquearla, y su crimen es tanto mas horrible cuanto que tú les habias dado hospitalidad, pero los demás no venian con semejante propósito.

Los prisioneros acogieron estas palabras con ruidosas exclamaciones. Los tres hombres á que aludia El-Liamoun, protestaban con indignacion al ver que se queria arrojar sobre ellos toda la culpa, y los demás, comprendiendo el ardid, procuraban aprovecharlo gritando desafortadamente:

—¡Esa es la verdad! ¡Somos inocentes! ¡Queríamos proteger al Kebbir! Bel-Kassem es el que todo lo ha hecho..... Ahora quiere morir, pues

que muera! Bon-Sekdel y Bon-Alouch son unos malvados. ¡Que mueran tambien!

Entretanto, los tres hombres sacrificados, contestaban á estas acusaciones con las negativas mas enérgicas.

—¡Traidores! exclamaba Bel-Kassem, ¿sois hijos de marranas impuras para mentir con tanta osadía?

—¡Apelo á la justicia de Dios! gritaba Bon-Sekdel. El-Liamoun es un miserable que merece ser empalado.

—Lléveme el pálido Eblis, decia Bon-Alouch, si ha dicho verdad en su vida.

Los ginetes de Seddik tuvieron que mediar, para que los Sbeah no vinieran á las manos, y separaron á los acusados de los acusadores, restableciendo poco á poco el silencio.

Entonces el Kebbir preguntó á El-Liamoun:

—¿Qué pruebas tienes de lo que has dicho? ¿Segun eso, pretendes que no conoces á los que designas como criminales?

—Los conozco y no los conozco, dijo El-Liamoun.

—Espílicate.

—Los conozco porque sé que son unos malvados que viven del desórden. Habitan en Mazouna como yo, pero no los he mirado en mi vida.

—¡Ira de Dios! gritó Bel-Kassem, interrumpiéndole. ¡Un mendigo renegar de su morabito! ¡Que me tapen con cera los oidos para que no le oiga!

—¡Silencio! dijo el Kebbir. Ya sabremos la verdad. Volvióse luego hácia El-Liamoun y le preguntó:

—¿Cómo es que te encontrabas con esos hombres, si no los conocias? ¿Podrás explicármelo?

—Muy facilmente, señor, contestó El-Liamoun. Me dirigia ayer tarde con ocho parientes míos á la feria de Cherchel, cuando encontramos á esos tres hombres que, segun decian, estaban parando en tu casa. Habian formado el designio de saquear el bordje durante la noche, pero temian á tus servidores, y no creyéndose en número suficiente esperaban, segun parece, la llegada de tres auxiliares para dar el golpe. Pero estos últimos, (que serian los mismos que han osado poner las manos sobre tu hijo), no parecían. Esos seis hijos del pecado, pensaban en apoderarse juntos de tu casa.....

Al oír esto los dos bandidos que Ali había apaleado, protestaron desesperadamente, y se arrojaron á la vez sobre El-Liamoun, al que hubieran sacado los ojos si los Beni-Haoua no hubiesen intervenido á tiempo para separarlos.

—Prosigue, dijo entonces el Kebbir á El-Liamoun.

El Sbeah, continuó su relato en estos términos:

—Mis compañeros y yo, habíamos resuelto impedir el horrible crimen de estos miserables, y como nos ofrecieran una participacion en el botin si queríamos darles ayuda, fingimos que

aceptábamos su proposicion, y éste es el motivo de hallarnos ahora en tu morada. Teníamos el propósito de apoderarnos de los criminales y entregártelos atados de piés y manos; pero, cuando llegó el momento de hacerlo, nos sorprendió á todos la repentina aparicion de un sér sobrenatural que nos llenó de espanto. Entonces fué cuando caimos en manos de los hombres del Caid.

Nuevas protestas acogieron esta fábula impudente. Los Sbeah se agitaban furiosos entre un diluvio de interpelaciones injuriosas, que se cruzaban con una vehemencia indescriptible. Pero Estéban, que hasta entonces habia permanecido inmóvil detrás de su padre, sin desplegar los labios, dió algunos pasos hácia El-Liamoun é hizo cesar el tumulto con una sola palabra, diciendole:

—Tu grosero ardid no engañará aquí á nadie. No solo no tenias intencion de entregar á esos hombres, sino que tú eres el que los has convencido de que debian venir al bordje cuando ellos vacilaban en su determinacion, á causa de un presagio desfavorable. Ayer, mientras discutiais reunidos en el matorral del desfiladero, yo estaba escondido á tres pasos de vosotros y todo lo oí.

El tumulto volvió á estallar mas ruidoso que nunca. Los acusados, llenos de gozo, se habian convertido en acusadores.

—¡Esa es la verdad! ¡La verdad santa! ¡La verdad de Dios! gritaban los dos bandidos lisiados por Alí.

—¡El Rumi ha hablado como el Profeta! decía Bon-Sekdel.

—¡Bien hablado! exclamaba Bon-Alouch.

Los demás, consternados, fijaban sus miradas en El-Liamoun, en el cual tenían puesta toda su esperanza. En cuanto al morabito Bel-Kassem, miraba con desprecio á la turba de sus cómplices y no decía ni una palabra.

El-Liamoun no parecía confundido á pesar de tan inesperada revelacion. Cuando vió que ya sería inútil el fingimiento, se resignó, y dando á su semblante una expresion cautelosa, dijo á Estéban.

—¡Señor! ¡Me has conocido! ¡En efecto, tu mirada es semejante á la del águila! Ya que sabes quién soy, refiere á tu padre lo que ha pasado al anochecer en aquel campo desierto. Dile quién se ha colocado entre tí y los quince hombres que iban á hundir sus cuchillos en tu corazon.

Esta vez, todos los bandidos reunieron sus imprecaciones en un solo grito, contra el traidor que ya no pensaba mas que en sí mismo.

Pero Estéban le dió el último golpe y le obligó á bajar los ojos ante sus miradas, replicándole:

—Sí, has apartado los cuchillos de mi pecho, pero no era mas que para guardarme en rehenes. Tú mismo digistes, que si vuestro abominable proyecto tenia buen éxito, mi muerte seguiria á la de todos los de mi familia.

Todos los que presenciaban aquella escena, creyeron que El-Liamoun iba á declararse vencido. No fué así, sin embargo. Viendo que cuantos recursos le había sugerido hasta entonces su astucia eran inútiles, tomó el partido de apelar á las súplicas y á la humillacion mas repugnante. En cuanto Estéban cesó de hablar, el miserable se echó á los piés del Kebbir, y con fingidos sollozos le suplicó en nombre de todos los santos del paraiso de Mahoma, que le perdonára, porque sus malvados cómplices le habian arrastrado al crimen.

—¡Considera, ¡oh señor! le decía con voz entrecortada, ¡que yo tambien tengo una esposa y tres tiernos hijos! ¿Qué será de ellos si yo muero? ¡Un hombre puede robar de noche por los caminos, sin dejar de querer á sus hijos! La pantera misma, quiere á los suyos!

El Kebbir que se sentia conmovido, iba tal vez á ceder, cuando el Morabito Bel-Kassem, exclamó:

—¡Ya es demasiado! ¡No lo sufriré mas! Mis oidos se indignan, al escuchar el lenguaje de un traidor.

Señalando despues con el dedo á El-Liamoun, añadió:

—¡En verdad, ese hombre no puede ser musulman, pues no hay en él mas que mentira! Es cierto que ha sido casado; pero su mujer ha muerto y nunca tuvo hijos!

El Kebbir se estremeció, y arrepentido de su

emocion, rechazó con el pié á El-Liamoun. Este, convencido de que ya no tenía nada que esperar de sus ardidés, se incorporó con tranquilidad, enjugó el sudor que cubría su frente, y volvió á su sitio, donde se acurrucó otra vez con la cabeza entre las rodillas, sin decir una palabra mas.

Pero el Kebbir se habia quedado lleno de ansiedad. Pensaba en las familias de aquellos desgraciados. Consideraba, que estos no habían llegado á perpetrar el crimen, y no quería, sin embargo, dejar impune un atentado, cuya repetición era preciso evitar; si no por su propio interés, por el de sus vecinos.

En medio de estas reflexiones, recordó algunas de las palabras de El-Liamoun, cuya significacion deseaba conocer, y dirigiéndose de nuevo á él, le preguntó:

—Hace poco me hablastes de un sér sobrenatural que se os ha aparecido en mi casa, llenándoos de terror. ¿Qué sér es ese, al cual mi familia y yo, debemos la conservacion de nuestra existencia?

Con gran sorpresa del Kebbir, todos los bandidos se estremecieron al oír estas palabras.

El-Liamoun permaneció callado. Bel-Kassem el morabito, fué el que contestó, diciendo:

—Se nos ha aparecido, el que recibe las almas de los verdaderos creyentes en su hora postrera, diciéndoles «*¡La paz sea con vosotros!*» El que acompañará á las almas á la presencia de Dios en el dia del juicio; será testigo de to-

das y arrojará á unas al infierno, abriendo á las otras la puerta del *jardin de delicias*: en fin, aquel á quien todos temen, y cuyo nombre no se pronuncia. Estábamos allí todos, escondidos debajo de la copa del plátano, cuando ascendió por el hueco de la escalera, silencioso y erguido como el humo que sube. Estaba vestido de blanco y no se oía el ruido de sus pisadas. Cuando se detuvo para mirarnos, la tierra tembló, el viento abrasador empezó á rugir semejante á un huracan infernal. Fuimos envueltos en una nube, y el espectro, alzando su brazo amenazador, nos arrojó sobre el árbol. ¡Mi vida es larga, y he presenciado cosas extraordinarias, pero jamás hubiera creído, que llegaría á ver lo que he visto esta noche, es decir: los cristianos protegidos por el huésped de Dios!

Concluido este relato, el Kebbir supuso, que los Sbeahs, habían padecido algun alucinamiento, pero no le sucedió lo mismo á Margarita. La jóven, lo había oido todo desde el corredor alto, donde estaba sentada detrás de la baranda, entre su madre y Noemi; convenciéndola la explicacion de Bel-Kassem, de que la misteriosa aparicion, era ella misma. Siempre reservada, no comunicó á nadie su descubrimiento, pero desde aquel momento, se quedó muy pensativa.

Entretanto, el Caid y el Kebbir, estaban deliberando juntos, sobre lo que conviniera hacer de los presos. El primero, quería entregarlos inmediatamente á las autoridades Francesas, pero el

segundo propuso que no se tomara determinacion alguna, hasta el dia siguiente.

En esto, uno de los servidores del bordje, que habia ido por la mañana al Montararach, á preguntar por la salud de Mr. Thierry, entró en el patio precipitadamente; su aspecto denotaba que traía noticias graves.

Lo que el recién llegado contó á el Kebbir, le dejó atónito. Se había sabido por el telégrafo, que un vapor que salía de Argel, con un batallon de Zuavos mandados por un general, iba á fondear aquel mismo dia, en la bahía del Montararach. Decíase tambien en el pueblo, que iban á llegar tres escuadrones de cazadores, procedentes de Orleansville; mas otros dos de Ténez; cuatro compañías de tiradores de Milianah, y que ademas toda la *Smala* de los *Spahis* de Cherchell, venia con todo su equipo de campaña.

El Kebbir, no comprendiendo el objeto de tal movimiento de tropas para un punto determinado, se figuró que habría estallado alguna sublevacion en la tribu de los Beni-Hidja, cuyo territorio se extendía, entre el Montararach y Ténez. Mandó enseguida que ensilláran su yegua, y se despidió de Seddik, que emprendió el regreso á su Aduar. Los presos quedaron en el patio, custodiados por veinte ginetes, y el Kebbir partió á escape hácia el campamento del Montararach.

XIX.

Cuando el Kebbir llegó á la bahía del Montararach y se enteró de la causa de la expedicion, no pudo menos de encolerizarse, á pesar de su carácter apacible.

Vamos á referir en pocas palabras lo que había sucedido.

Ya sabemos que, pocos dias antes de la agresion de los Sbeah, Seddik había dado parte de sus planes á las Comandancias de Orleansville y de Ténez, para que hicieran vigilar los caminos. Los gefes de estas Comandancias habían trasmitido inmediatamente á Argel el aviso del Caid. Al mismo tiempo se recibían en las oficinas del Gobierno de la colonia, noticias de Mazouna que anunciaban la desaparicion del Bel-Kassen con quince habitantes mas de aquella poblacion,

y llegaba de Milianah la relacion de lo ocurrido entre el marsellés y Ben-Zeddám. Todos estos partes reunidos empezaban á llamar sèriamente la atencion del Gobernador, cuando otro aviso que procedía de Cherchell acabó de sobreexcitarle anunciándole la llegada de Mr. Simon al aduar de los Beni-Haoua, el cual hacía suponer, segun las noticias que daba, que aquella tribu se resistía resueltamente á dejarse arrebatár su territorio, negándose á aceptar toda indemnizacion.

El Gobernador, temiendo desde entonces una sublevacion general de las tribus del país, comprendido entre el Cheliff y el mar, creyó que debía tomar inmediatamente medidas enérgicas para reprimirla. Por otra parte, el marsellés que había desembarcado en Argel, procedente del Montararach, fué encontrado muerto de una puñalada en la noche despues de su llegada; prendieron á Ben-Zeddám, y éste al confesar su crimen, cometió la torpeza de pronunciar algunas frases que parecian comprometer gravemente á la tribu de los Beni-Haoua.

Desde entonces, el general Gobernador tomó el partido de hacer uso de la fuerza contra los supuestos rebeldes, y organizó seguidamente la expedicion.

A la llegada del Kebbír, las tropas desfilaban delante del pueblo con su General á la cabeza. El Kebbír se reunió á la columna, cuyo gefe había servido á sus órdenes, y siguió lleno de tristeza su marcha hácia el territorio de los Beni-Haoua.

Después de muchas inútiles precauciones, las tropas llegaron al aduar, cuyos habitantes se ocupaban tranquilamente en su faenas agrícolas, y las abandonaron para salirles al encuentro con su jefe á la cabeza, en actitud pacífica. El General, sorprendido de semejante recibimiento de parte de los que él creía dispuestos á la rebelion, conferenció con Seddik, y se convenció muy pronto por sus contestaciones y por las esplicaciones del Kebbir, de que la falsa alarma dada por Mr. Simon, le hacía desempeñar un papel ridículo. Por lo tanto, contentóse con significar oficialmente al Caid, que el Gobierno, para facilitar la colonizacion de aquella comarca, cuyo cultivo no adquiriría el suficiente desarrollo, había resuelto trasladar á los Beni-Haoua á otra parte de la colonia, señalándoles por nueva residencia el territorio de Tiaret. Seddik trató de contestar al General, esponiéndole con acento sumiso, pero enérgico, las razones que debían oponerse á la injusticia de que se hacía víctima á su pueblo, pero viendo que todo razonamiento era inútil, le saludó gravemente, y se retiró con dignidad á sus tiendas seguido de sus hijos. En cuanto al General, después de manifestar á Mr. Simon (que había venido acompañándole) todo su disgusto por su incomprensible ligereza, dió las órdenes necesarias para el regreso de la columna, y aceptó la hospitalidad que el Kebbir le ofreció, marchando con él al bordje seguido de su estado mayor. En cuanto á Mr. Simon, corrido del resul-

tado de sus habladurias, no quiso aceptar la invitación de hospedarse en casa del Kebbir, y se marchó con el Comandante de los Spahis, cuya fuerza tenía orden de acampar al pié del pueblo del Montararach.

Después de la comida, en la cual tomaron parte, además del General y de sus oficiales, el capitán Thierry, el teniente Marcel, el cirujano y el cura del Montararach, los convidados se esparcieron por el jardín del bordje, y el Kebbir se quedó solo con su hija Margarita y el General. Su conversación giró algún tiempo sobre sus antiguas relaciones y los recuerdos de su juventud, recayendo después sobre los acontecimientos de la noche, que el Kebbir refirió con todos sus detalles, estendiéndose después en consideraciones que demostraban cuanto le conmovía la suerte de los Sbeahs prisioneros. El Kebbir manifestó tanto interés en favor de los bandidos, que el General no pudo menos de decirle:

—Seguramente es muy doloroso tener que castigar á esos hombres con todo el rigor de la ley; pero según veo, si no dependiera más que de vos, ya estarían en libertad.

El Kebbir contestó:

—Si yo no lo he hecho, es por temor de exponer la existencia y los bienes de los colonos establecidos entre el Oued-Dhamous y el Dahra.

—Pues ahora me felicito, dijo el general, de haber llegado á tiempo para oponerme á semejante locura. Aunque, bien mirado, eso no

ofrecería los peligros que temeis. Conozco bien á los Sbeahs, entre los cuales he vivido diez años, y sé que no serían tan imbéciles que permaneciesen en este país si se vierán en libertad, porque no ignoran que mi llegada habrá puesto en campaña á todos los destacamentos de la provincia. Podeis tener por seguro que si pudieran salir de su prision, no pararían hasta pasar á Marruecos.

Margarita, que estaba sentada en frente de su padre con un canastillo de flores en la falda, y se entretenía en tejer guirnaldas de jazmines, con las cuales adornaba su cabellera, alzó la cabeza al oír estas palabras, y ruborizándose despues como turbada por alguna idea que hiriera de improviso su imaginacion, se quedó pensativa.

En esto llegó el capitán con el teniente, y á poco se les reunieron los oficiales de estado mayor. Entonces la conversacion se generalizó, recayendo sobre la situacion de los Beni-Haoua.

Margarita no levantaba los ojos de su canastillo de flores, y seguía formando sus guirnaldas. Ya había casi cubierto con ellas sus dorados cabellos y su garganta, sin advertir en su inocente sencillez, que así adornada su belleza virginal, era objeto de admiracion para todos los que la rodeaban. Pero el General no pudo menos de hacerlo notar en alta voz, y entonces ella alzó los ojos, ruborizándose al verse objeto de las miradas de tantos hombres, y dió algunos pasos para marcharse. Sin embargo, paróse de repente,

y volviéndose hácia el General, le preguntó con timidez:

—Señor, ¿qué plazo se ha señalado á los Beni-Haoua para que abandonen este país?

—Ninguno, hija mia, contestó el General; podrán tomarse el tiempo necesario. Dirigiéndose despues á el Kebbir, añadió:

—He mandado decir al Caid, que mañana me embarcaré para Argel, y que su tribu puede permanecer en su territorio hasta que haya recogido las cosechas.

El General iba á continuar, pero Margarita volvió á interrumpirle, diciendo:

—Perdonad, señor; ¿esos presos.... os los vais á llevar esta noche?

—No, hija mia, contestó el General. Pienso dejarlos en el bordje hasta mañana....

—¿Temeis que pasen otra noche mas en el bordje? Están custodiados por un piquete de tiradores, que no los dejará escapar.

—Yo no temo nada de esos desventurados, contestó Margarita. Os he preguntado, para saber si debía darles de cenar, pues tengo á mi cargo el cuidado de los huéspedes.

Dicho esto, la jóven se marchó sin esperar contestacion, y á poco se la vió pasar acompañada de dos criados que llevaban grandes canastos llenos de pan y carne.

A las nueve de la noche el general se despidió de sus huéspedes y regresó al campamento con los oficiales y el cura. Antes de marchar



había dado instrucciones al sargento que mandaba el destacamento de tiradores, para que custodiara á los presos con su gente hasta la madrugada, en que un peloton de zuavos iría á relevarlo, para conducirlos al Montararach. En su consecuencia, el sargento mandó cerrar la puerta de la casa de los huéspedes, y puso delante de ella dos centinelas. Tomó la misma precaucion con la puerta de la sala que servía de prision á los bandidos, situó otros cuatro soldados de centinela sobre la azotea, y lo restante de la tropa se tendió á dormir en el patio al lado de sus armas.

La noche era clara y serena; no hacía luna, pero las estrellas brillaban en el cielo despejado, con todo su esplendor. Los últimos rumores de los animales del bordje y el ruido de los habitantes que se iban á entregar al descanso, fueron apagándose poco á poco, y parecía ya que todos dormían en la casa, excepto los centinelas que se paseaban en sus puestos, cuando los acordes de varios instrumentos de cuerda y el redoblar de los tamboriles, turbaron de improviso el silencio de la noche. Aquella música sonaba en la azotea de la casa de las mujeres, entonando el acompañamiento de un romance árabe muy conocido en toda la costa, desde el cabo de Gabés hasta la punta de Ceuta, con el título de *Cancion de la loca*. Los tiradores indígenas, todos naturales del Tell de la Argelia, no podían resistir al encanto de aquella cancion que habian cantado

tantas veces en los aduares de sus montañas, y al oirla sonreían sus lábios, sus frentes se inclinaban pensativas, olvidábanlo todo menos los dulces recuerdos de la infancia. De repente, una voz sonora vibró dominando el ruido de los instrumentos. Entonces todos los centinelas, los de la azotea como los del patio, se quedaron escuchando absortos en muda admiración. La que cantaba era Margarita, que había subido á la azotea con Noemí y sus negras. Según iba entonando cada una de las treinta y seis coplas de que se compone la canción, los centinelas de la azotea se iban acercando á la jóven y los que estaban en el exterior del bordje daban la vuelta á la casa para oirla mejor. La canción duró mas de media hora, pues entre copla y copla tocaban un rato, solos los instrumentos. Sin embargo, Margarita no demostraba cansancio alguno, sino que por el contrario, parecía tener cada vez mas empeño en dar fuerza á su voz como si deseara que se le oyera desde lejos, ó tal vez para cubrir cierto vago rumor que ella sola percibía, y que semejante al rechinar de una lima, subía de la parte baja de la casa, hacia la estrecha reja del cuarto donde estaban los prisioneros. Aquel ruido, cualquiera que fuese, cesó poco antes que la canción de Margarita y luego todo quedó en profundo silencio. Solo se oía despues alrededor del bordje, cierto movimiento de las ramas de los matorrales, pero los centinelas, que habían vuelto á ocupar sus puestos, pensaron que sería al-

guna bandada de jacales que rondaba por las inmediaciones, y siguieron paseándose lentamente delante de las puertas.

Entretanto, Margarita se habia quedado en la azotea, donde asomada al campo, miraba á lo lejos y escuchaba con la mayor atencion. No bajó á su cuarto hasta que dejó de percibir todo rumor y entonces rezó las oraciones de costumbre con extraordinario fervor, como dando gracias á Dios por algun nuevo beneficio.

Por la mañana, cuando los zuavos llegaron y se abrió la habitacion donde habian quedado los presos, para llevarlos al Montararach, la encontraron vacia. Dos hierros de la reja habian sido cortados durante la noche. En aquella misma hora, quince hombres rendidos de miedo y de cansancio llegaban á un aduar, situado sobre la meseta del Tadjena, cuyo Caid era un aliado secreto de los Sbeahs. Las ropas de aquellos hombres estaban hechas girones, sus piés chorreaban sangre, y sus cuerpos estaban cubiertos de lodo y de sudor.

Los arábes del aduar los llevaron á una gruta inmediata, donde pudieron tomar algun descanso. Cuando ya algo repuestos de su cansancio, los recién llegados contaron lo que les habia sucedido, los árabes que los escuchaban creyeron que estaban dementes. Hablaban de un general y su ejército; de una prision; de una lima hallada dentro de un pan; de la *Cancion de la loca*; de un ángel, todo vestido de blanco, que habia pre-

senciado su evasión y los había seguido toda la noche por montes y valles, activando su marcha y amenazando á los rezagados, con llevárselos al infierno.

XX.

La noticia de la evasión de los prisioneros, llenó de furor al general. Se trasladó inmediatamente al bordje, y á su llegada, se fué en derecha al patio de la casa de los huéspedes, llena á la sazón de zuavos y tiradores, y cuando oyó á el Kebbir, lo llamó á parte y le dijo:

—¿Ha sido V,.... no es verdad?....

—Nó, contestó el Kebbir, pero si he de decir verdad, no siento lo que ha pasado.

El general se encogió de hombros, y entró en la prision, para examinar la reja, que tenía dos hierros cortados por un lado, y doblados por el otro. Dió despues algunas órdenes, para que salieran en todas direcciones en seguimiento de los fugitivos, y hecho esto, mandó que se le presentára el sargento. Este era un negro, jóven aun,

condecorado con la cruz de la legion de honor, y con dos medallas de las campañas de Italia y Crimea.

Al llegar á la presencia del general, el sargento sostuvo con respetuosa firmeza, la mirada de enojo que le dirigió aquel y esperó:

—¿Quién estaba de centinela al pié de la ventana? preguntó el general.

—Nadie, mi general, dijo el sargento, bajando los ojos.

—¡Cómo! repuso furioso el general, te he confiado esos prisioneros, y los has custodiado de esa manera! ¡Te quito los galones! ¡Véte!

—Gracias; mi general, contestó el sargento. Despues, dió media vuelta sobre los talones, y ya iba á salir del patio, cuando una persona que habia presenciado la anterior escena desde la puerta, le hizo seña de quedarse.

Era Margarita que se adelantó en seguida, y dirigiéndose al general, le dijo:

—Señor, vengo á pedirle gracia para este soldado. El general, tenía la debilidad de no poder resistir á la sonrisa de una hermosa. Sin embargo, en aquella ocasion, la súplica de la jóven, le pareció un motivo mas de contrariedad, y creyó conveniente contestarla con una negativa, pero lo hizo con toda la amabilidad posible.

Margarita le dijo:

—Os tenía por un hombre justo.

—¿Acaso no lo soy, señorita?... preguntó sonriéndose, el general.

—Nó, replicó ella, porque si hay aquí un culpable, no es ni ese soldado, ni mi padre.

—¿Quién es pues? dijo el general.

—¡Yo! contestó Margarita, ruborizándose.

Luego refirió al general, con modesta sencillez, que el día anterior, cuando le estaba oyendo hablar con su padre, había concebido la idea de libertar á los Sbeahs, y observando que no había centinelas debajo de la ventana, había metido una lima dentro del pan de la cena de los prisioneros, y por último que, al ser de noche, se había puesto á cantar para distraer á los centinelas, y cubrir el ruido producido por la lima.

Mirábanse uno á otro, el Kebbir y el general, durante esta explicacion, y cuando calló Margarita, se echaron los dos á reir; y se dieron un fuerte apretón de manos.

—¡Ay! ¡querido! dijo el general al Kebbir, echando una espresiva ojeada sobre Margarita, ¡si yo tuviera veinte años menos!

Viendo entonces al sargento, que había permanecido impassible delante de la puerta, durante el relato de la jóven, le dijo:

—¡Acercate! ¡Te devuelvo los galones! Dá las gracias á esta señorita.

El negro saludó profundamente, llevándose la mano derecha al corazon, y se alejó.

El Kebbir, satisfecho del feliz desenlace de este incidente, pensaba que nada volveria á turbar en aquel día su tranquilidad, pero no contaba con su hijo.

Algunas horas despues, el general había vuelto á marchar al Montararach llevándose á los soldados, cuando el Kebbir que estaba encerrado en su despacho, oyó llamar á la puerta. Abrió, y se le aparecieron sus dos hijos agarrados de la mano. Los dos estaban sérios, y la animacion que se advertía en sus semblantes, daba á entender que acababan de reñir. Estéban se fué á apoyar en el hueco de la ventana. Margarita se sentó en un taburete á los piés de su padre, y despues de cogerle una mano, y descansando el codo sobre sus rodillas, alzó sobre él una mirada de cariñosa compasion.

El Kebbir, sin acertar á comprender aquel mudo preámbulo, esperó acariciando los cabellos de Margarita, que esta empezára á hablar.

—Querido padre, pronunció ella por fin, con su voz mas afectuosa, no estoy satisfecha de vos.

Estas palabras, hicieron asomar una sonrisa á los lábios del Kebbir.

¿Pues, qué crimen he cometido? preguntó. ¿Estás enojada conmigo, porque te he dejado disfrutar el placer de libertar á los presos?

Margarita contestó:

—Nó, no es eso; sin embargo, en otro tiempo, no hubiérais permitido que otro hiciera una cosa justa. Además, hace dos dias que no comprendo lo que os pasa. Cuasi, os desconozco.

El Kebbir miró con sorpresa á su hija.

Margarita, había tenido siempre el privilegio de hablar con libertad en la familia; pero nunca,

ni aun en broma, había dirigido á su padre semejantes espresiones. Ibale este á decir á su hija que se esplicára, pero ella, colocándose mas cerca de él, le tapó la boca con la mano y añadió:

Tampoco conozco á Estéban. Antes, á penas dirigía la palabra á Noemi. La trataba con una política casi enojosa. Ahora no se separa de ella, y hace poco se ha incomodado porque, para hablarle de una cosa que diré despues, he ido á buscarle al jardin, cuando se estaba paseando con ella.

Estéban se ruborizó, y no dijo nada. El Kebbir le miró meneando la cabeza, como para reprenderle.

—Pero en fin, preguntó el Kebbir á su hija, ¿qué es lo que tanto te disgusta?

—¿Pues bien, contestó ella, no me teneis dicho que nuestro primer deber, es hacer siempre bien sin vacilar.

—¡Sí, por cierto! dijo el Kebbir; debo añadir, que no has necesitado nunca de esta recomendacion para hacerlo.

—¿No habeis sido siempre, hasta ahora, generoso y humano? ¿No ha sido toda vuestra vida el ejemplo mas perfecto para mi hermano y para mí?

—He procurado siempre que así fuera, contestó el Kebbir.

—¿Pues, por qué no sucede eso hoy? dijo Margarita, con tono de dulce reconvencion.

—¡Gran Dios, que estás diciendo! exclamó el Kebbir. ¿Habré cometido, sin saberlo, alguna falta bastante grande, para que mis hijos se avergüenzen de mí?

—¡Padre querido! contestó Margarita conmovida. ¿Cómo hemos de avergonzarnos de vos? Siempre sois para nosotros, el mas justo de los hombres, pero se ha presentado una ocasion de hacer una buena obra, y no la habeis aprovechado. Esto me sorprende y me aflige.

—Por mas que pienso, dijo el Kebbir, no comprendo que ocasion es esa.

—Me refiero, á nuestros vecinos los Beni-Haoua. Diez años hace que los tratais, como si pertenecieran á nuestra familia. Siempre los habeis ayudado y socorrido, y ha existido constantemente, entre ellos y nosotros, un cambio reciproco de afecto y de favores. Pues bien, ahora los persiguen, los destierran, y los abandonais. ¡Si supierais que desgraciados son! Ayer, cuando supieron por el general, que era positiva la orden de su destierro, estábamos en el Aduar, mi madre, Noemi, Estéban y yo. Las mujeres nos rodeaban, los niños lloraban, los enfermos y los ancianos, se retorcian los brazos de desesperacion, y todos á una voz nos decían. «¡El Kebbir es poderoso; no permitirá eso; ha dicho que nos protegería ante la autoridad; se lo ha prometido á el Caid!» Nosotros permanecíamos consternados, al presenciar aquel inmenso dolor, y ellos volvían á lamentarse, diciendo: «¿Quién nos asis-

tirá en nuestras enfermedades? ¿Quién aliviará nuestra pobreza? ¿Que el Kebbir parta con nosotros, ¡Con él no temeremos nada....!» ¡Ay! querido padre, continuó Margarita, ¡ya sabeis cuán doloroso es alejarse del país natal! ¡No permitid que se cometa esa grande injusticia!

Calló Margarita, y su padre admirado al oirla espresarse de tal manera, se había quedado atónito. Hasta entonces no había visto en ella, mas que á una niña adorable y cariñosa; entonces veía revelarse en su hija, la inteligencia y la voluntad de una mujer. La contempló un momento, orgulloso de haberla dado el sér, y despues replicó:

—Tienes razon, noble hija mia, debo ayudar y proteger á nuestros vecinos. He prometido á Seddik, que defendería su causa y Dios me es testigo, que si no he agotado ya todos los medios posibles con ese objeto, es porque no ha habido tiempo para ello. ¡Me acusas de abandonar á nuestros desventurados amigos! ¿No sabes, como yo, que en vez de enviar á los Beni-Haoua un mediador, que examine y discuta con razon y justicia, se les ha enviado la fuerza armada, para imponerles una órden inexorable? ¿Querías, por ventura, que los Beni-Haoua resistiesen, y que yo me pusiera al frente de la tribu, alzando la bandera de la rebellion contra mi pais?

—¿Quién habla de eso, Dios mio? dijo Margarita.

—Ya supongo, que tú no hablarás de eso, con-

testó el Kebbir. ¿Pero entónces, por qué me acusas?

—¡Padre mio! exclamó Estéban, que hasta entonces habia escuchado la discusion, sin tomar parte en ella, me parece que no habeis comprendido á Margarita. Hace poco me acusaba á mí, y confieso que no le faltaba razon para ello. No es porque yo no sienta como vosotros, la injusticia de que son víctimas nuestros vecinos; pues ayer, miétras que los ancianos y las mujeres, sollozaban delante de nosotros en sus cabañas, se me partia el corazon, al pensar que no podía hacer nada, para sustraerlos á la triste suerte que se les depara. Cuando hace un momento, he encontrado á mi hermana en el jardin, ignorando aun lo que quería de mí, la recibí..... bastante mal, porque venía á interrumpirme, en mis preocupaciones personales. Pero, me atengo á su lealtad, que diga, si tan luego como me enteró del proyecto que ha formado, diciéndome que viniera con ella, á comunicároslo, tuve algo que oponer á su propósito; ó si, por el contrario, le agradecí, que me asociára á su generosa intencion. ¿Es cierto, Margarita?

—Sí, exclamó la jóven. Tu corazon ha sido siempre excelente. Al decir esto, Margarita se levantó, y rodeó con sus brazos el cuello de su hermano, dándole un estrecho abrazo.

—¡Veámos, esplicáos! dijo el Kebbir conmovido á pesar suyo, ante el espectáculo de sus dos hijos, que unidos en estrecho abrazo, tenían los ojos arrasados en lágrimas.

—Oidnos, padre, continuó Estéban, mientras Margarita volvía á su asiento. Segun dice mi hermana, el general os dijo ayer, que los terrenos, no habían sido vendidos aun á Mr. Simon, y que lo serían al que ofreciera mayor precio.

—Así es, dijo el Kebbir. ¿Y qué?

—Mi hermana y yo, prosiguió Estéban, somos de parecer que vayais á Argel ahora, que aun es tiempo, y que ofreciendo mas que Mr. Simon, compreis esos terrenos.

—¿Para qué, Dios mio? exclamó el Kebbir.

Margarita contestó:

—Para devolvérselos á los Beni-Haoua.

Al oir esta proposicion inesperada, el Kebbir se sonrió conmovido, en lo mas íntimo del corazon, por aquella generosidad infantil. Sonrefase de placer, á la vez que de sorpresa.

En efecto, pocos hijos son capaces de pedir á su padre, que los despoje de su hacienda aun cuando sea para hacer una buena accion. Iba á contestar, pero se abrió la puerta y entró su mujer. Enteráronla brevemente de lo que estaban tratando. La esposa del Kebbir, como buena administradora del patrimonio de la familia, no pudo menos de obedecer á sus instintos de madre previsora, y dirigiéndose á sus hijos les dijo:

—Vuestro generoso intento, es digno de elogios; pero, ¿Habeis reflexionado bien en lo que pedís? Debemos ser caritativos en todas ocasiones, pero el que se reduce á la miseria, aun cuando sea para hacer buenas obras, es un in-

sensato. Os creis mas de lo que sois. Ademas de esta hacienda donde vivimos, no poseemos mas que un pequeño capital, colocado en el Banco de Argel, que bastará apenas para estableceros á los dos; y la compra de los terrenos de nuestros vecinos, se llevaría casi la mitad de ese capital.

—¡Qué importa! querida madre, contestó Estéban. Tendremos un caudal algo mas reducido, pero nuestros vecinos serán felices.

—¡Pero si despues de pagar los terrenos, no os quedará casi nada! ¿Qué son veinte mil duros repartidos entre vosotros dos?

—Basta y sobra con eso para vivir aquí, dijo Margarita.

—¡Pobre niña, no te hagas ilusiones! ¿Dónde crees tú que hallarás un esposo, con tan mezquino dote?

—Me parece que no me casaré, mamá, dijo Margarita, pues no quiero separarme nunca de vosotros.

—Siempre nos habeis dicho, añadió Estéban, que cuando os casasteis con mi padre, no teniais ningun capital.

—Tú que estás hablando, repuso la madre, que aquel recuerdo la conmovía á pesar suyo; tú que das ahora pruebas de tan poca prevision como tu hermana, á pesar de que, segun todas las apariencias, no tardarás en tomar estado. ¿Cómo mantendrás á tu mujer, si te quedas sin nada?

—Madre mia, haré lo que ha hecho mi padre.

—Tu padre al casarse era ya coronel, y tenía su sueldo.

—Pues yo, si se cumplen mis deseos, tendré el producto de mi trabajo.

—¿Qué trabajo, pobre niño?

—¿Quién, sino yo, administra de dos años á esta parte, nuestra labranza? Seré vuestro colono.

—¡En fin, eso es una locura! exclamó la madre. Yo tambien compadezco á los desgraciados, y me privo gustosa para socorrerlos de muchas cosas que necesito. Pero todo tiene sus límites, lo mismo la caridad que lo demás, nadie está obligado á hacer imposibles. Vuestro proyecto me admira, pero no permitiré que se realice.

—¿Entonces, nuestros amigos serán desgraciados? dijo Margarita.

—¿No tendrán ya quién asista á sus enfermos? dijo Estéban.

Luego, hablando los dos á un tiempo, con un ardor admirable, abrumaron á su madre á preguntas, diciéndole:

—¿Quién los consolará en sus penas?

—¿Quién será su consejero?

—¿Quién vestirá á sus niños?

—¿Quién socorrerá los ancianos?

—En Tiaret no hay pastos. Sus ganados se morirán de hambre.

—¡Tendrán que batirse, y se harán matar todos, para rechazar las invasiones de las tribus nómadas!

—Nos maldecirán, entonces, porque saben que podemos sacarlos de su apuro.

—Hemos prometido auxiliarlos.

—Porque sois una santa para ellos.

—Y ellos llaman á nuestro padre, el Kebbir.

La esposa de este, empezaba á perder la firmeza, al oír todos estos argumentos. Sin embargo, hizo un esfuerzo supremo, y con acento severo confirmó rotundamente su negativa.

Al oírlo, Margarita se levantó del taburete, en el cual había permanecido sentada hasta entonces, á los piés de su padre. Una animacion extraordinaria, encendió el carmin de sus mejillas, precipitáronse los movimientos de su seno, y chispearon sus ojos á impulsos de la pasion que realizaba la belleza natural de sus facciones. Luego en tono de reconvencion, aunque sin traspasar los límites del respeto, exclamó:

—¿Si quereis oponeros á que hagamos el bien, por qué nos habeis dado á los dos, una educacion cristiana? Ya que, segun decís, tenemos que pensar en nosotros antes que en los pobres, debierais habernos enseñado á ser egoistas desde nuestros primeros años. ¡Pero, nó! Las primeras palabras que nos habeis enseñado á pronunciar, son las de asistencia y Caridad. Hemos aprendido á leer en el Evangelio. Cuando apenas podiamos andar, ya nos llevábais con vosotros, á visitar á los enfermos. Habeis querido que vuestras limosnas pasáran por nuestras manos, antes de llegar á la de los pobres, porque deseábais que ellos nos

amasen. Los dos, nos habeis repetido siempre, que lo que poseemos no es nuestro, porque Dios lo ha depositado tan solo en nuestras manos, para repartirlo á los que sufren. ¿Discípulos obedientes, hemos escuchado siempre vuestras lecciones y quereis ahora que demos al olvido esos divinos preceptos? ¿Ha dicho Jesucristo, alguna vez que había de darse con tasa, y que es un insensato aquel que se vé en la miseria por haber gastado su caudal en buenas obras? ¿No ha dicho, por el contrario, «*Vende todo lo que tengas y dáselo á los pobres?*» ¿Cómo debemos pensar ahora? ¿A quién debemos creer: á Jesucristo ó á vos madre mia, que por amor hácia nosotros se aparta de sus doctrinas? ¡Vamos! Somos aun niños sin saber y sin experiencia, pero si era preciso perder ahora nuestras ilusiones, mas valiera que os hubieseis considerado antes, que nosotros tambien tenemos un corazon, y que este se desgarraría al perderlas! En cuanto á mí, creo que me falta poco para aborrecer este mundo, en el cual hay que poner límites á la caridad.

Era la primera vez que ocurría una discusion semejante en la familia del Kebbir; así es que los dos esposos se quedaron sobrecogidos ante sus hijos. Veían tan á las claras la inocencia de Margarita, que ni uno ni otro se conceptuaba capaz de iluminarla. La educacion que había recibido, producía sus efectos. Criada lejos de la sociedad, en un poético desierto, á donde todo contribuía á la elevacion de su alma, la estraña

jóven se había dejado llevar instintivamente hácia el ideal de la perfeccion. Era ya tarde para hacerla ver el mundo en su realidad, y no se podía intentar abrirle los ojos sin peligro.

En cuanto á Estéban, á pesar de que tenía mas apego que su hermana á las cosas terrenales; (pues conocía el amor, y ya había sufrido por él;) se inspiraba en su naturaleza ardiente y caballerezca, deseando dar iguales ó mayores pruebas de desinterés que Margarita. Los padres de los dos jóvenes, experimentaron tanto temor como enternecimiento, al ver que sus dos hijos solicitaban la pobreza como un favor, la reclamaban como un derecho y estaban dispuestos á soportarla como un deber. Durante algun tiempo permanecieron atónitos uno enfrente de otro, como asombrados de su propia obra, hasta que el Kebbir no pudiendo contenerse por mas tiempo, estrechó á su hija entre los brazos diciéndola:

—¡Bendita seas! tú que llenas de gozo el corazon de tu padre! He sido siempre honrado y caritativo, pero no he merecido tener una hija como tú.

Margarita prorrumpió en sollozos, recostando su linda cabeza en el seno de su padre el cual tendiendo la mano á su esposa añadió:

—Tu madre y tú teneis razon. Ambas habeis obedecido á vuestro deber, ella hablando como madre y tú discurriendo como hija nuestra. En cuanto á Estéban, es un hombre. Es cuanto pue-



do decir de él. Ahora tranquilizaos. Creo haber encontrado un medio de arreglarlo todo. No sé si conseguiré mi objeto, porque ese Mr. Simon es rico y puede sacrificar cuantiosas sumas para adquirir los terrenos que desea. Pero si el éxito me favorece, todos nuestros deseos serán cumplidos.

—Ya sabes que fío siempre en tí, le dijo su esposa. Sin embargo.... vas á partir.... deja que te acompañe.

—No, no, contestó el Kebbir sonriéndose de aquel resto de recelo. Quédate aquí con Margarita y Noemi. Estéban solo vendrá conmigo. Sobre todo, que nadie sepa á lo que voy ni donde vamos siquiera. Puede que no logre mi propósito y no quiero, en tal caso, hacer concebir á Seddik una esperanza vana.

En aquel momento, Estéban que estaba asomado á la ventana, dijo á su padre.

—Mr. Simon y los Spahis de Cherchell, van pasando por el camino.

—¡Magnífico! dijo el Kebbir. El no estará en Argel antes de tres días, y nosotros llegaremos allí mañana por la mañana.

—¿Vais á caminar toda la noche? preguntó la madre.

—No, voy á embarcarme á bordo del vapor del general.

—Precisamente, exclamó Estéban, ya está saliendo del Montararach.

Bajaron todos enseguida, pues los viajeros

no ténfan tiempo que perder. Cuando llegaron al jardín, divisaron por encima del vallado de nopales, la pequeña columna de Spahis, que seguía su marcha cerca de la playa, y muy lejos, hácia el Sur, las compañías de tiradores que pasaban el Oued-Dhamous en direccion de Milianah. Noemi se hallaba cosiendo en el jardín, y creía que toda la familia estaba durmiendo la siesta; pero cuando vió que Estéban entregó su maleta á un criado, y que el Kebbir daba órden de armar la lancha que se mecía sobre las olas en la embocadura del río, se levantó vivamente y preguntó, algo turbada, la causa del viaje.

—Hija mía, le dijo el Kebbir llevándola á alguna distancia; mi hijo y yo vamos á Argel, pero no lo digais á nadie.

—¿Tampoco á mi padre?

—Ni á vuestro padre, que voy á ocuparme de él y de algunos otros amigos, y quiero sorprenderlos.

Noemi lo miraba con sorpresa.

—No me preguntéis mas, dijo el Kebbir. Recordad que me habeis prometido dejaros guiar por mis consejos.

—Lo sé, contestó la jóven.

—Pues, por ahora, el único consejo que os doy, es que seais discreta, porque de vuestra discrecion depende la realizacion de los deseos de vuestro padre, y creo tambien que.... vuestra felicidad.

Al decir esto el Kebbir, dió la mano á Noemi y despidiéndose de su mujer y su hija,

bajó con Estéban la empinada orilla del Oued-Damous. Cinco minutos despues, se les vió entrar en el barco, vogar rápidamente hácia el mar y subir al vapor que atestado de tropas, cruzaba la bahía con rumbo á Argel.

XXI.

Ocho dias despues de los acontecimientos que acabamos de relatar, dos ginetes europeos, en traje de camino, pasaban el Oued-Damous mas abajo de las islas, y se dirigían al trote largo, hácia el aduar de los Beni-Haoua. Eran el Kebbir y su hijo que volvían de Argel por el camino de Milianach. Parecían alegres como quien es portador de buenas noticias, y á pesar de que sus caballos estaban cansados por la larga jornada recorrida, los espoleaban á mas y mejor para acelerar su marcha. Cuando llegaron á la entrada del bosquecillo situado á mitad del camino entre el aduar y el bordje, Estéban torció con su caballo por el sendero que iba á parar á la casa paterna, y el Kebbir, sin duda impaciente por comunicar á Seddik el resultado de

su viaje, siguió corriendo con el suyo hácia el aduar.

No habrían transcurrido diez minutos de la separacion del padre y del hijo, cuando el Kebbir llegó á la vista del pueblo. Observó allí con sorpresa, que ni los ladridos de los perros anunciaban su presencia, ni un solo árabe salía á su encuentro para darle la bienvenida. El pueblo parecía desierto. No se percibía en él el mas leve ruido; el humo no subía por encima de sus corrales, y no se veían ni cabras, ni gallinas, ni palomas alrededor de las chozas. Hasta la fuente pública parecía abandonada; pues el agua rebozaba de su taza de piedra, derramándose inútilmente por el suelo. El Kebbir inquieto al ver aquel abandono, no se entretuvo en registrar las miserables chozas, y sin acortar el trote de su caballo, salió al campo donde fué aun mayor su sorpresa. Ni un segador en los campos de trigo cuyas miéses estaban aun en pié. Ni un rebaño, ni un solo animal en las praderas; todo estaba desierto, tan solo los cuervos poblaban la triste soledad, girando por los aires, encima de algunos restos de animales esparcidos por el camino. No acertando á comprender lo que veía, el Kebbir se figuró que el Caid habría convocado tal vez á los Beni-Haoua, para comunicarles alguna disposicion relativa á la cosecha; pero cuando llegó al sitio ordinario del aduar, ya no le quedó duda alguna. La Tribu había desaparecido. Fué tal su asombro al cerciorarse de tan

inesperado acontecimiento, que durante algunos minutos, estuvo vagando maquinalmente al capricho de su caballo entre las señales del antiguo aduar. Por último, pensó que la desaparición de la tribu, no había podido efectuarse sin que lo supieran los habitantes del bordje y tomó el partido de regresar á su casa. A cien pasos de la esplanada donde antes se elevaban las tiendas, encontró á su hijo que iba á reunírsele de nuevo. Supo por él, que todos estaban buenos en el bordje, y que en los ocho dias de su ausencia, no había ocurrido novedad. Unicamente, segun dijo Estéban, el dia anterior al anochecer, se habían oido desde el bordje grandes clamores por el lado de las tiendas; pero el negro á quien enviaron para averiguar la causa, se había vuelto sin penetrar en el campamento, por miedo de los perros.

El Kebbir en contestacion á las noticias que le daba su hijo, le señaló con el brazo la esplanada desierta.

—¡Qué! ¿Se ha marchado la tribu? dijo Estéban.

—Ya lo vés, contestó el Kebbir. No comprendo el por qué. Puesto que no saben nada en el bordje, iremos á preguntárselo al guarda del sepulcro de Sidi-el-Bahri. Partieron los dos hacia el cementerio; pero al llegar á él no entraron, sino que dando vuelta á su recinto, subieron por entre un bosque de antiquísimos olivos, hasta una casita blanca que se destacaba en lo mas

alto del collado. Allí vivía el anciano Oukil ó guarda del cementerio, en compañía de un nieto suyo, muchacho de diez años de edad.

El Oukil había sido uno de los mas ricos hacendados de la tribu de los Beni-Haoua; pero como todos sus parientes y sus hijos murieron durante la guerra, había repartido sus bienes á los pobres y vivía de limosnas con aquel niño, su único descendiente. Cuando los dos ginetes llegaron á la casa, salió á recibirlos apoyándose en el hombro de su nieto. El Kebbir y Estéban echaron enseguida pié á tierra, y despues de los saludos de costumbre, el anciano los condujo hasta el pié de un olivo desde el cual, se descubría todo el valle. Sentáronse todos á la sombra del árbol y el Oukil, dirigiéndose al Kebbir, le dijo:

—Ya sé por que vienes, señor, pero llegas demasiado tarde. Los hijos de mi tribu se han marchado.

—¿Por qué se han ido tan de repente? preguntó el Kebbir. Les habían permitido que recogieran sus cosechas, y los trigos están aun en pié.

—El Caid ya no podía esperar, contestó el Oukil, ya no podía contener á su gente. La ira rugía entre ellos, parecían leones hambrientos. ¡Si ayer Seddik no les hubiera mandado levantar las tiendas, hoy correría un rio de sangre por el Montararach.

El padre y el hijo palidieron al oir estas palabras, pero el anciano continuó:

—Estaba yo durmiendo aun, cuando el hijo mayor de Seddik vino trayéndome un herido muy conocido tuyo, que no queria marcharse con la tribu.

—¿Alí? dijo el Kebbir.

—Sí, Alí. Sus heridas se han cicatrizado, pero todavia no puede andar. Ahora está durmiendo en mi lecho.

—¿Qué te ha dicho el hijo de Seddik? preguntó el Kebbir.

—Díjome que, de léjos como de cerca, tu imagen y la de los tuyos viviría eternamente en el corazon de los árabes de su tribu. Tambien me encargó que si algun amigo tuyo tenia que pasar por los aduares del reino de Túnez.....

—¿Cómo! De Túnez? exclamaron juntos el padre y el hijo; ¿pues no es á Tiaret donde deben ir los Beni-Haoua?

—No quieren ir á Tiaret, contestó el anciano. Mientras que los esperan en ese país, ellos atraviesan el Cheliff y la selva de Teniet, dirigiéndose al Sahara.

—Pero..... por qué?.... repuso el Kebbir.

—¿Qué quieres, señor! contestó el Oukil. Los árabes tienen sus ideas: entre dos destierros, han preferido el que les ofrece la libertad.

—Asi debia ser, murmuró el Kebbir, poniéndose de pié; y volviéndose hácia el anciano, le dijo:

—¿Pór qué no te has marchado con ellos?

—No puedo separarme de la Kouba, contestó

el Oukil. Pero, puedes creerme; he visto morir á mis diez hijos; mis ojos han sido testigos de la horrible muerte de mis mujeres, que se retorcian de dolor en medio de las llamas; pues bien, nada de eso me ha llegado tanto al corazon como el ver esta mañana toda nuestra campiña desierta, y oir los ahullidos de los jacales allí donde hace poco resonaban las alegres cántigas de las jóvenes de los Beni-Haoua.

El Kebbir contempló con emocion al anciano, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Consuélate, pues esas cántigas volverás á oirlas. Todavía no está la tribu tan lejos de aquí, que yo no pueda alcanzarla. Traigo palabras de paz. Iré hasta el Sahara, si es preciso, para llevárselas á Seddik; y para que veas el empeño que tengo en hacerle volver, me voy á poner ahora mismo en camino.

—¿No os lo había yo dicho? exclamó entonces desde el umbral de la puerta, una voz débil. El sol se apagará en el cielo, antes que el Kebbir olvide á sus amigos.

El que así hablaba era Ali. Estaba pálido como un cadáver y apenas podia tenerse de pié. El Kebbir y su hijo corrieron á abrazarle y él los recibió con una emocion indescriptible, que no le permitia pronunciar mas que palabras confusas. Todo lo que pudo entenderse de su discurso fué, que antes de ocho dias estaría otra vez dispuesto á derramar su sangre por el Kebbir y su familia.

En esto llegaron Margarita, su madre y Noemi. El Kebbir satisfizo las mil preguntas que le dirigieron sobre su viaje, y les dió á conocer el suceso que le obligaba á ponerse otra vez en camino.

Entretanto, el nieto del Oukil se fué al bordje con los caballos que estaban rendidos de cansancio, para traerse á Salem y la yegua del Kebbir.

Noemi estaba muy triste. Durante la ausencia del Kebbir y de Estéban, el capitan habia ido á verla al bordje diariamente y no habia cesado de manifestarle la firme intencion de volverse á Francia. La negra melancolla de Mr. Thierry iba creciendo en vez de disiparse. Faitha referia que habia oido á su amo llorar en su cuarto durante la noche, y el médico veia con inquietud que la fiebre no abandonaba nunca al enfermo, y que los padecimientos físicos y morales, le habian reducido á un estado deplorable de debilidad.

La relacion de todos estos detalles, afligió mucho al Kebbir, el cual procuró tranquilizar á la jóven, asegurándola que, á su regreso se verificaria probablemente un cambio muy favorable en su situacion; pero, por mas que hizo Noemi para que le descifrara el misterio que encerraban sus palabras, no pudo conseguir que se explicara mas categóricamente. Hallábanse en esta conversacion, cuando el muchacho llegó del bordje con Salem y la yegua. En seguida, el Kebbir

y Estéban montaron á caballo, se despidieron brevemente de todos, y al poco rato desaparecieron detrás de un cerro inmediato en direccion del Cheliff.

Caminaron padre é hijo, sin descansar, durante toda la noche y la mañana siguiente, y á las cuatro de la tarde del segundo dia de su viaje, se encontraban al pié de la montaña sobre la cual se estiende la selva de Tenient-el-Haad. Subieron por sus quebradas pendientes hasta llegar á la meseta que ocupa su cúspide, donde hicieron alto bajo la bóveda colosal de un bosque de cedros antiquísimos cuyos troncos enhiestos parecian elevarse hasta el cielo. Un silencio majestuoso reinaba en aquellas espaciosas alamedas semejantes á las naves de un templo gigantesco. Despues de un corto descanso, los dos caminantes prosiguieron su marcha llegando á poco al extremo oriental de la selva desde el cual se divisaban en lontananza las primeras líneas del inmenso desierto de Sahara. Nuestros viajeros paraban de cuando en cuando sus cabalgaduras para escuchar, y sondeaban con la vista la série de colinas que se extendian desde la cúspide de la montaña hasta el llano, pero ni un ser viviente turbaba aquella silenciosa soledad. Sin embargo, el viento del Sur arreciaba por momentos, y entonces les parecia oir á larga distancia á manera de prolongados mugidos y ruidos confusos. De imprevisto, al revolver de un accidente del terreno, divisaron á una media legua de distancia una larga nube de

polvo. El Kebbir, estendió el brazo señalando y dijo á Estéban.

—Allí está la tribu. Antes de una hora habrá llegado al llano y la alcanzaremos en la parada de esta noche.

Desde aquel momento, aunque no veían mas que las copas de los árboles que cubrían las faldas de la montaña, los dos ginetes empezaron á percibir distintamente los relinchos de los caballos y los balidos de las ovejas, acompañados de cuando en cuando, del sonido de las trompas de los pastores y los ladridos de los perros.

El primer Beni-Haoua que encontraron los viajeros, era un palafrenero de Seddik, que habia echado pié á tierra cerca de un arroyo para componer las cinchas de la silla de su caballo. El árabe dió un grito de sorpresa al conocer al padre y al hijo, saludándolos despues con gravedad, pero sin dirigirles la palabra. Habiéndole preguntado el Kebbir si el Caid estaba muy lejos, le contestó que sí con la cabeza, y, terminada la compostura de la silla, montó de un salto á caballo. Pero cuando iba á echar á andar, el Kebbir le hizo señas de detenerse, y dijo á Estéban:

—Dame aquella flor de iris que crece al borde del arroyo.

Estéban se apeó é hizo lo que le mandára su padre. El Kebbir cogió la flor y dándosela al árabe, le dijo:

—Lleva esta flor á Seddik, de mi parte.

Los dedos del árabe temblaban al recoger

aquella flor, poético emblema de «una nueva feliz.» Miróla con extrañeza, luego, alzó los ojos sobre el risueño semblante del Kebbir, y dando un grito de triunfo, salió á escape, desapareciendo con la rapidéz del rayo. Algunos minutos despues, Estéban y su padre alcanzaban la retaguardia de la tribu y dejaban atrás los rebaños que ocupaban mas de un cuarto de legua de terreno. Encontraron despues la plebe de la tribu, mozos de labor, segadores, esquiladores, artesanos de todas clases. Todos caminaban á pié con sus herramientas colgadas de la cintura; y á su lado las mujeres, encorvadas bajo el peso de los enseres domésticos.

A medida que el Kebbir y su hijo pasaban por entre los trabajadores, éstos los saludaban con respetuosas exclamaciones.

Luego, los dos ginetes encontraron á su paso largas filas de camellos cargados con los equipajes, y delante, el harem de los gefes y todos los ginetes de la tribu. A la cabeza de estos últimos cabalgaba Seddik rodeado de estandartes.

Sus seis hijos le servian de escolta. El Caid llevaba la flor de iris en la mano; sin embargo, su semblante espresaba una profunda melancolía.

En cualquiera otra ocasion, Seddik hubiera dejado su puesto para salir al encuentro del Kebbir, pero entonces ni él ni sus hijos se pertenecían. La tribu llegaba en aquel momento al territorio de los Ouled-Aiad, cuyo gefe, llamado

Ben-Fehrat, era uno de sus mas fieles tributarios; y Ben-Fehrat, avisado del paso del Caid, venia con sus ginetes á prestarle el debido homenaje. Al avistarse las dos tribus, los guerreros de una y otra dispararon á la vez sus espingardas, y los Ouled-Aiad saludaron al Caid de los Beni-Haoua con sus estandartes. Este homenaje, que coincidia con la llegada del Kebbir, conmovió mucho á Seddik, el cual exclamó:

—¡Todavía tengo amigos!

Los Beni-Haoua hicieron alto. Plantáronse en un momento las tiendas, y el Caid obsequió con una espléndida cena á su amigo y tributario Ben-Fehrat. Concluido el festin, Seddik, que no había aun dirigido ni una pregunta al Kebbir, le dijo, señalando la flor de iris que estaba sobre la mesa:

—¿Qué feliz acontecimiento me anuncia esa flor que me enviais?

—Esa flor, contestó el Kebbir, te anuncia que has adoptado una determinacion peligrosa al tomar este camino, y yo vengo á comunicártelo.

—¿Y qué había de hacer? dijo Seddik. ¿Era preferible el esterminio y la sangre? Mi gente no quiere ir á Tiaret, y antes de hacerlo preferiria cien veces la guerra.

El Kebbir permaneció un rato silencioso, y despues contestó:

—¿Crees, acaso, que podrás llegar á la frontera? Ya sabrán en Tiaret que habeis tomado otra direccion, y tal vez mañana mismo, te cerra-

rán el paso. Yo te aseguro que, puesto en tu lugar, teniendo como tú que responder ante Dios de la suerte de tantas familias, no hubiera pensado en buscar mi salvacion por este camino.

—¿Qué hubieras, hecho? preguntó Seddik.

El Kebbir contestó:

—Volver los ojos hácia mis amigos....

—Pero.... mis amigos.... replicó el Caid algo afectado, mientras que los gefes le escuchaban muy atentos, mirándole con inquietud; mis amigos sois tú y tu hijo; sin embargo, por muy buenos y muy justos que hayais sido hasta ahora para mí, no podiais auxiliarme en esta ocasion.

—¿Estás seguro de ello? dijo el Kebbir. Ahora lo sabrás.... Te han quitado tus terrenos, no para darlos, sino para venderlos. Un hombre, á quien tú conoces, porque yo lo llevé á tu tienda, se había presentado para comprarlos. Pues bien, él ofrecía un precio. Yo ofrecí más. El pujó, y yo subí; por lo tanto, ese hombre está ya en camino para volver á Francia, y ahora esos terrenos me pertenecen.

Al oír estas palabras todos los gefes se habían puesto de pié.

—¡Ira de Dios! ¿Por qué los has comprado? exclamó Seddik, fuera de sí.

El Kebbir lo miró sonriéndose, y le contestó:

—Para devolvértelos.

Un silencio de muerte sucedió á estas palabras. Seddik parecía anonadado, y sus hijos lo miraban con ansiedad. En fin, alzó la frente, se

acercó paso á paso al Kebbir, pasó afectuosamente un brazo sobre sus hombros, y acariciándole la barba con la mano, le dijo con voz cariñosa:

—¡Con que has hecho eso!.... ¡Lo has hecho por tu propia voluntad!.... ¡Está bien!... gracias.... Yo hubiera obrado de la misma manera.

Dicho esto el viejo Caid volvió la cara, y su rostro se inundó de lágrimas.

XXII.

A la mañana siguiente, Seddik entró en la tienda que habían destinado al Kebbir y á su hijo, y despues de los saludos de costumbre, les recordó la conversacion de la víspera, y les dió las gracias en términos tan lisonjeros, que el Kebbir avergonzado, contestó:

—No merezco esas alabanzas. Ni mi esposa ni yo, hemos hecho nada para rescatar los terrenos de tu tribu. Nuestros dos hijos son los que han querido quitárselos á Mr. Simon. Los han pagado con su patrimonio, y yo no he sido mas que su mandatario.

Seddik comprendió la verdad, y su agradecimiento creció de punto.

Abrazó á Estéban, que estaba sentado á su

lado, y despues de contemplarlo con cariñoso afecto, le dijo:

—¡Eres valiente, jóven bello! ¡Eres compasivo con los débiles! ¡El mundo es tuyo, si quieres!

—No llega á tanto mi ambicion, contestó Estéban, sonriéndose. Aspiro á mucho menos, pero desgraciadamente quizá no logre nunca mis deseos.

—¿Qué te falta, pues? preguntó el árabe. Dí-melo. Seddik, será feliz, si te lo puede dar.

El Kebbir contestó:

—No puedes hacer nada por mi hijo en esta circunstancia. Se ha enamorado de una jóven, y la desea por esposa.

—¿Y ella no le ama? dijo el Caid. ¿Entonces está ciega?

—No es ella la que se opone, sino su padre, contestó el Kebbir; y enteró á Seddik de los amores de Estéban y Noemi.

El Caid despues de haber escuchado atentamente, dijo á Estéban:

—Tranquilízate. Cuando una jóven tiene el corazon herido, ya no hay padre para ella. Puedo asegurártelo, porque he casado á mis dos hijas mayores contra mi voluntad.

—Preguntó luego á el Kebbir, en qué términos quedarían ambos respecto á la autoridad, y convinieron en que los Beni-Haoua, al volver á establecerse en sus terrenos, pasarían por colonos del Kebbir, hasta que el Gobierno declarara á todas las tribus propietarias de sus territorios,

lo que no podía menos de suceder tarde ó temprano. «Entonces, añadió el Kebbir, podreis presentar la escritura de donacion que he mandado formalizar en Argel.»

Seddik, dió de nuevo las gracias á su amigo, y llamó al Kadhi (ó notario) de la tribu y sus dos secretarios. Estos funcionarios estendieron en pocos momentos una escritura, en la cual se estipulaban las cláusulas de la donacion.

Hecho esto, el Caid dió en voz baja algunas instrucciones al Kadhi, que retirándose á un rincon de la tienda con sus secretarios, redactó con ellos otra escritura: Seddik, estampó su sello al pié del último documento, y presentándolo enrollado á Estéban le dijo:

—Ya sabes, hijo mio, que nosotros los árabes consideramos como una ofensa el que se nos rehuse un regalo por grande ó por pequeño que sea; por eso he aceptado el tuyo. Pero tambien sabes que no aceptamos nunca un regalo sin hacer otro; acepta, pues, este. No es de tanto valor como yo deseara, pero te lo ofrezco de buena voluntad. Ojalá quede este cambio entre nosotros como una fuerte argamasa entre dos piedras, que unidas, se convierten en una sola, por toda la eternidad.

Estéban entregó el rollo á su padre sin abrirlo, pero el Kebbir lo recorrió para complacer á Seddik. El Caid hacía donacion á Estéban de mil hectáreas de buena tierra lindantes con la hacienda del bordje, agregándoles quinientas car-

gas de trigo, otras tantas de cebada, dos caballos padres, seis yeguas de raza, un rebaño de ochocientos carneros, otro de cuatrocientas cabras y seis camellos. De esta manera Seddik, compensaba el sacrificio de Estéban, dándole bienes por un valor, cuando menos, igual á la cantidad desembolsada por el rescate de los terrenos de la tribu.

El Caid dijo al Kebbir:

—Luego, no tendrá mas que mandar construir un bordje cerca del tuyo, y cuando esté concluido, si la jóven á quien ama no quiere venir á habitarlo, iremos á buscarla todos juntos.

Al decir esto, el Caid llamó á uno de sus servidores para que mandara ensillar los caballos de los cristianos, diciendo á estos:

—No quiero que permanezcais aquí un momento mas. Mi tribu no podrá volverse á poner en marcha hasta mañana, y tendrá que tardar dos dias para llegar á nuestro territorio. Vosotros volved á vuestros asuntos, y ¡Dios os guie! ¡El es el único refugio!

Cinco minutos despues el Kebbir y su hijo se despidieron de sus huéspedes, y tomaron el camino del bordje.

Despues de un largo rato de silencio, Estéban creyó el momento oportuno para insinuar algo á su padre sobre sus amores. Era la primera vez que volvía á hablarle de este particular desde que se descubrió el secreto de sus relaciones con Noemi. El Kebbir, contestando á las preguntas

de su hijo, le dijo que aprobaba su conducta, y que estaba dispuesto á apoyar sus pretensiones. Le dió á entender que antes de mucho desaparecerían tal vez los inconvenientes que se oponían á su union con Noemi, y aun cuando á las instancias reiteradas del jóven para conocer el fundamento de sus esperanzas, no quiso dar una contestacion esplicita, le confesó que estaba gestionando para que el capitán permaneciera cerca de ellos, sin tener que renunciar á su carrera. Despues, el padre y el hijo, formaron mil proyectos para la felicidad de la nueva familia, conversando largamente sobre ese tema que se complacian en analizar.

Desgraciadamente, mientras soñaban los dos con un risueño porvenir, no sospechaban siquiera que la naturaleza, en sus impenetrables decretos, había resuelto afligirlos mas que nunca, y que antes de llegar á gozar de una felicidad completa, tendrían que experimentar nuevas y terribles pruebas.

Para conocerlas nosotros, será preciso dejar á nuestros viajeros que prosigan su camino, y trasladarnos con la imaginación al pueblo del Montararach.

Allí, desde que se había marchado el General, los dias habían transcurrido con una uniformidad perfecta. Los operarios seguían construyendo, los colonos desmontando, el cura y el médico buscando plantas, y el teniente Marcel acicalándose. En cuanto al capitán, luchaba con ener-

gía contra los accesos de fiebre que se repetían casi diariamente, y cuando la enfermedad le dejaba algunos intervalos de calma, se dedicaba á sus ocupaciones para combatir su inquietud, pero sin resultado. El temor de que su hija se separaría de su lado había degenerado en monomanía. Noemi disimulaba cuanto le era posible el sentimiento que le causaba el estado de su padre, y á pesar de que éste se lo había prohibido, iba todos los dias al pueblo con cualquier pretexto. Solo un dia dejó de ir, (que fué precisamente el mismo en que el Kebbir y su hijo salían de la selva de Tienet) porque se lo impidió la lluvia que no dejó de caer con una violencia extraordinaria para la estacion.

El dia anterior los escasos habitantes del litoral habían sido sorprendidos por una manga de viento, á la cual sucedió una calma amenazadora. Mas de un marino viejo se había visto precisado á amparar su barco en el puerto de Cherchell, pues nunca se había conocido en toda la costa, desde la Punta Blanca hasta el Cabo Bueno, tan recio temporal. Despues de la lluvia, el calor llegó á ser insufrible, y la atmósfera estaba tan cargada de electricidad y de vapores mefíticos, que ningun sér viviente pudo disfrutar en aquella noche un momento de descanso. Amaneció el dia siguiente, que debía ser el de la llegada del Kebbir y de Estéban al bordje, y el sol asomó en el horizonte entre densos vapores, semejante á un inmenso disco de color de sangre.

Noemi temiendo los efectos del mal tiempo para la decaída salud de su padre, salió del bordje á eso de las ocho acompañada de Eurida, para pasar al pueblo. Ambas iban montadas en sendas mulas. La campiña destrozada por el temporal del dia anterior, ofrecía á la vista un aspecto aterrador. Los trigos estaban tendidos, y el campo transformado en un gran lodazal. Por todas partes se veían árboles arrancados de cuajo por la violencia del viento, y en las pendientes se habían formado por do quiera hondas barrancas, en las cuales se precipitaban con estrépito las espumosas aguas que bajaban de las alturas. El calor, aumentado por las húmedas emanaciones del suelo, era cada vez mas sofocante, y los rayos del sol quemaban, á pesar de las nubes. Las mulas andaban con trabajo por el camino reblandecido por las lluvias, y daban extrañas señales de inquietud. A veces los animales se paraban, y apuntando con sus largas orejas hácia el viento, escuchaban recelosas cierto ruido sordo y lejano, que Noemi juzgaba ser el eco de una tempestad formada en las regiones del Sur. Sin embargo, por mas que Ourida dirigía la vista hácia el horizonte, no veía ningun relámpago. Poco á poco el ruido fué creciendo, y Noemi conoció con un terror inesplicable que lo que oían eran truenos, pero que en vez de resonar en el cielo, retumbaban bajo sus piés en las entrañas de la tierra. Desde aquel momento las mulas se negaron á seguir adelante, resistiéndose obsti-

nadamente al castigo y á cuantos medios se emplearon para obligarlas á andar. Los pobres animales temblaban y respiraban precipitadamente como si les faltára el aliento, dejando escapar sonidos inarticulados, semejantes al estertor de la muerte. Noemi, á quien los ruidos subterráneos habían llenado tambien de terror, bajóse de un salto de la cavalgadura, mandó á Ourida que hiciera lo propio, y abandonando las mulas, echaron á andar apresuradamente hácia el Montararach. Mas cuando llegaron á la orilla, otro espectáculo no menos pavoroso heló la sangre en sus venas y paralizó por algun tiempo sus movimientos. El rio, que dos dias antes estaba casi lleno de agua, y que hubiera debido crecer con las recientes lluvias, ya no corría. Su cáuce habíase levantado á algunos piés de altura, y no ofrecía á la vista mas que montones de piedras. Noemi y la negra pasaron fácilmente á la orilla opuesta, y llegaron en breve al pueblo, pero allí las esperaba una nueva sorpresa. La poblacion estaba desierta. No se encontraban en ella mas que unas cuantas mujeres viejas vagando por las calles y algunos pescadores malteses y sicilianos que dormían tendidos á la sombra. De los soldados obreros y colonos que otras veces solían animar el pueblo con su continuo movimiento, no se veía ni uno solo.

Noemi preguntó á una mujer qué ocurría y cual era la causa de tan extraordinario suceso, y por ella supo que mientras llovía, el manan-

tial del Montararach había arrojado aguas sulfurosas, y por la mañana había amanecido seco, y que, según decía la gente, se había formado un lago á dos leguas de la población, cerca del Oued-Boucherol: que los soldados y colonos habían marchado en tropel para ver aquel fenómeno, que haría el pueblo inhabitable por la falta de agua; añadiendo que no creía que el capitán hubiese marchado, porque estaba enfermo.

Mientras la vieja contaba lo que antecede, oyéronse nuevos ruidos subterráneos, mucho mas fuertes que los primeros, semejantes á descargas de artillería; y en el acto, todos los animales esparcidos por el pueblo, dieron señales de alarma. Las gallinas y los ánades, revoloteaban y corrían en tropel á esconderse en lo mas oscuro de sus corrales. Los cerdos chillaban como si los estuvieran desollando vivos. Los bueyes escondían la cabeza entre el heno de sus pesebres. Los caballos se estremecían, los perros daban ahullidos tan lamentables, que se hubiera dicho que todos habían perdido á sus amos, y hasta las codornices de los campos, llegaban á bandadas guareciéndose dentro de las casas, cuyas ventanas estaban abiertas.

Pero al ruido subterráneo, los pescadores que dormían se habían despertado, y levantándose sobresaltados, escucharon con inquieta atención. De improviso, uno de ellos, que era siciliano, gritó en italiano unas palabras que Noemi no pudo comprender é inmediatamente todos los

habitantes que estaban en las calles, hombres y mujeres, se lanzaron precipitadamente hácia la iglesia. Ourida al ver á la gente correr, abandonó á su ama; pero, en vez de seguir á los del pueblo, salió por la puerta de las fortificaciones y echó á correr sin tino por enmedio del campo. Entonces, Noemi, comprendiendo que amenazaba algun gran peligro, huyó tambien, y en menos de un minuto, llegó á la entrada de la oficina árabe. No había en ella mas que Faitha, el cual estaba en la cocina friendo pescado para su almuerzo. Noemi supo por el negro, que su padre había ido con los colonos y los soldados á ver el lago; pero que no tardaría en volver. En cuanto á las señales amenazadoras que se manifestaban en el cielo y en la tierra, el negro no había reparado en ellas; pues suponía que las detonaciones que oía, eran producidas naturalmente por una tormenta, en la cual no veía ningun motivo de espanto.

Entretanto, mientras parecía haberse dado tregua al furor de los elementos, tres personas que habían bajado media hora antes, de la casita del Oukil, se paraban en la orilla izquierda del Montararach. Eran el Oukil, su nieto y Alí. Habiendo visto desde lejos lo que á Noemi y Ourida les había sucedido con sus mulas, y atemorizados ellos tambien por los ruidos que partían de las entrañas de la tierra, acudieron en su auxilio; pero á causa de la avanzanda edad del Oukil y de la debilidad del aun convaleciente Alí, te-

nían que andar muy despacio y no llegaron á tiempo para encontrar á las dos mujeres. Sin embargo, consiguieron que volviesen á andar las mulas y siguieron con ellas hácia el pueblo. Mas al llegar á la orilla del rio, se quedaron atónitos ante el espectáculo que antes llamara la atención de Noemi, y al mismo tiempo que la negra corría por el campo, ellos estaban parados contemplando aquel extraño fenómeno. En esto, oyéronse de nuevo las detonaciones subterráneas, y las mulas volvieron á plantarse aterrizadas. Enseguida sucedió una cosa verdaderamente prodigiosa. Toda la série de collados bajos que, arrancando del cerro, sobre el cual estaba situado el pueblo, se reunía á tres leguas mas allá hácia el Sur, con la cordillera de las sierras, empezaron á estremecerse de improviso en el espacio, mientras resonaban con mas furia las detonaciones subterráneas. Al mismo tiempo, desapareciendo la estabilidad del suelo en toda la comarca, una violenta convulsion, sacudió la corteza terrestre: pero con tanta rapidez, que los dos hombres y el niño, creyeron ser víctimas de un vahido. Pero cuando el mar se retiró á larga distancia, como una sola oleada, descubriendo los bancos de la pequeña ensenada y volviendo despues sobre sí mismo, invadió parte del suelo donde no había llegado nunca, ni aun durante las mas fuertes tempestades, comprendieron lo que sucedía y el Oukil, tirándose al suelo boca á bajo, exclamó:

—¡Oh! Dios! Estiende un velo sobre nuestras cabezas!

Su nieto había seguido su ejemplo, y tendido como él, con los brazos en cruz, invocaba al «Señor de todo lo creado.» Derribado al suelo, en el primer momento, por la sacudida, allí se había levantado y se sostenía de pié agarrándose á las matas con ambas manos. El guía tuvo el valor de mirar, pero lo que vió era indescriptible. Habíase producido una segunda sacudida menos fuerte que la primera, pero en sentido horizontal, y entonces el cerro que sostenía al pueblo, empezó á bajar hácia el mar, deslizándose por un movimiento incomprensible, como si su base se hubiese retirado hácia atrás. Mientras se efectuaba este descenso, las murallas se desmoronaban, las casas se hundían y crugidos horribles mezclaban su ruido al retumbar de las detonaciones. Cuando el cerro, arrasado ya, se detuvo al borde de la playa, una nube de polvo se desprendió de sus desgarradas vertientes, oscureciendo el espacio como una densa niebla.

Después, el árabe no distinguió nada. Los sacudimientos no habían durado mas que algunos segundos, pero fueron lo bastante para devastar la comarca. En el sitio en que se levantaba momentos antes el pueblo fortificado, no había mas que escombros y desolacion: árboles, edificios, todo había desaparecido, divisándose apenas entre la niebla aquellas aterradoras ruinas.

En cuanto á las montañas graníticas que forman por decirlo así la espina dorsal de aquellas costas, gracias á su inmensa mole, apenas experimentaron algunos ligeros estremecimientos; así es, que mientras las colinas del Montararach se undían, cuasi instantáneamente, ni la comarca de los Beni-Haoua ni las riberas del Oued-Dhamous, ni los terrenos del bordje, sufrieron alteracion alguna. Apenas los animales dieron algunas señales de inquietud; y en cuanto á los hombres, ni sospecharon siquiera el terrible acontecimiento que tenía lugar cerca de aquellos sitios.

Entretanto, Allí, al sentir que la tierra no temblaba ya bajo sus plantas, habíase levantado trabajosamente, en cuyo momento y que por la parte opuesta del rio, avanzaban rápidamente los soldados y los colonos, los cuales al volver de los yá secos manantiales del Montararach, habían encontrado á la negra y asistido desde un cuarto de legua de distancia, al terrible espectáculo que acabamos de describir. Al frente de ellos, venía el capitán, á quien la negra había confesado que su hija se separó de ella en la calle principal del pueblo, y el desgraciado padre tembloroso y presa del mas inconcebible dolor, acudía para salvarla si aun era tiempo. Describir el horror que experimentaron al pisar los escombros de aquel pueblo, que habían levantado á costa de tantas fatigas, es imposible. Ni una casa quedaba de pié; unas se habían

undido completamente, mientras otras despalmadas por su base, presentaban montones de ruinas, de entre las cuales, salían sonidos aterradoros, lanzados por los animales que yacían sepultados en ellas. En el sitio en que se levantaba la iglesia, solo se divisaba el campanario, junto al cual, unas treinta personas que se habían refugiado en el templo, y envueltas entre los escombros, pedían socorro.

El edificio de la oficina árabe, había desaparecido por completo, siendo casi imposible reconocer el sitio que antes ocupaba. Sin embargo, Alí que había acudido con el Oukil y su nieto, descubriendo algunas ramas de árboles medio enterradas, afirmó que estas eran de los árboles que se habían plantado ante la puerta de la casa. Inmediatamente los soldados pusieron á escavar en aquel sitio, porque aunque no se tenía la certidumbre, todos creían que la jóven se había refugiado en la casa de su padre.

En tanto, se organizaban por cuadrillas soldados y colonos, para salvar á las desgraciadas víctimas de aquel cataclismo, llegaban las gentes del bordje guiados por el Kebbir y su hijo. El espectáculo que se ofrecía á sus ojos, era desconsolador en medio de aquella desvastacion, y envueltos entre nubes de polvo, veíanse multitud de trabajadores tratando de prestar socorro á los seres sepultados bajo los edificios. Los colonos cuyas mujeres se habían refugiado en la iglesia, trataban de abrirse paso á través de las

ruinas y algunos faltos de herramientas, arrancaban con sus manos aquellas piedras que sin su auxilio, debían servir de sepulcro á los seres queridos de su corazón. El cura hacia esfuerzos inauditos, para darles ánimo, tanto con sus exortaciones como con su ejemplo. El médico después de haber preparado varias camillas con tablas, prodigaba sus cuidados á los infelices que iban sacando de las ruinas. Y hasta el teniente Marcel tan pulcro y almivarado con las manos ensangrentadas y el uniforme hecho trizas, trabajaba con desesperacion en el sitio en que estuvo edificada la casa del capitán, cuya chimenea había reconocido el sargento Bremont. Allí, á pesar de sus heridas aun no cicatrizadas, corría de un lado á otro con el instinto de un perro de caza, para salvar á los desgraciados. El Oukil y su nieto trabajaban con el mismo ardor y habían conseguido salvar dos niños. En cuanto á los soldados, hicieron prodigios de valor, ora deslizándose como reptiles entre los escombros suspendidos por cuerdas, ora penetrando en las grandes grietas, en cuyo fondo se divisaban restos de algun edificio, arrostrando mil peligros para socorrer á los que les imploraban socorro.

Pero el espectáculo mas desconsolador, era el que ofrecía el padre de Noemi. Sentado sobre una piedra (pues sus piernas se negaban á sostenerle) parecia insensible á cuanto pasaba en torno suyo, mientras que brotaba de sus

ojos un raudal de silenciosas pero acerbas lágrimas.

La negra se retorció los brazos, invocando la clemencia divina á gritos, mientras que el pobre padre murmuraba maquinalmente: ¡Dios mío, mi hija.....!

Pocos momentos despues de haber llegado el Kebbir y su hijo acompañados de sus servidores, los cuales se habian puesto á trabajar en el lugar que ocupára la oficina árabe, Allí introdujo su cabeza por una de las troneras de la chimenea que descubriera el sargento Bremont, y al poco tiempo la retiró asegurando que oía un rumor semejante á voces plañideras, que salian del centro de la tierra. En efecto, al cabo de algunos segundos en que todos guardaban el mas religioso silencio, se reconoció la voz del infortunado cocinero Faitha que pedia socorro. Habiéndole preguntado por su ama, contestó que estaba en el cuarto contiguo á la cocina pero que ignoraba si vivia, pues el techo se habia undido sobre ellos y por mas que la llamaba no respondía.

A estas palabras, Allí lanzó una exclamacion de dolor y todas las miradas se fijaron compasivamente en el capitán; pero dos hombres se habian adelantado animados ambos de la misma resolucion. Eran Estéban y el teniente Marcel.

El primero, al saber que Noemi estaba enterada entre las ruinas, no dijo una palabra, no miró á nadie, pero resuelto á morir si no podia arrancar á su amada de aquella tumba prema-

tura; pálido, fruncidas las cejas y con la ansiedad retratada en el semblante, cojió un hacha, derribó de un golpe el techo de la chimenea, y se precipitó por ella con la velocidad del rayo. Primero el teniente Marcel, y luego el Kebbir, Margarita, su madre y hasta el mismo Alí, trataron de oponerse á su resolución; pero lanzó una mirada en torno suyo tan amenazadora y tan llena de desesperacion, que hasta su mismo padre, sintiéndose subyugado, solo pudo tender hácia él los brazos en ademan suplicante, pero ya Estéban habia desaparecido por el cañon de la chimenea.

Pocos momentos despues oyéronle gritar pidiendo una luz, la cual, despues de mucho trabajo, pudo proporcionársela Alí sirviéndose de una cuerda.

Pasaron cinco minutos y no se volvió á oir el mas leve rumor. Una terrible angustia se habia apoderado de los circunstantes. El Kebbir trataba de animar á su esposa, apelando á su fé, pero la pobre madre, muda de dolor y espanto, no podia contener sus sollozos. En cuanto á Margarita, sentóse junto al padre de Noemi, y con voz convulsa y balbuciente, pero severa, le dijo:

—¡Vos teneis la culpa! ¡La habeis amado mucho para vos, y muy poco para ella! ¡Dios os castiga por vuestra tiranía..... Ahora, ya no podrá casarse!

—¡Casarse! balbuceó el capitan.

—¡Sí! prosiguió Margarita, presa del mas ve-

hemente dolor, por el peligro que corria su hermano. No queríais casarla y ella sufría sin decíroslo; sufría por vos y por mi hermano. ¡Pobre Noemi, tan jóven, tan amante y tan desgraciada!

—¿Vuestro hermano?.... balbuceó el capitán, sorprendido de lo que le decía la jóven, hasta el punto que olvidó por un momento su angustia.

—¡Sí, mi hermano! repuso Margarita, llorando amargamente. Ambos os ocultaban su amor para no haceros sufrir..... ahora los ha unido la muerte!.....

Pero como si la Providencia hubiera querido consolar instantáneamente tan acerbo dolor, se escuchó nuevamente la voz de Estéban, que desliziéndose por el cañon de la chimenea, decía:

—¿Me oís?

—¡Si! le respondieron.

Entonces, con voz mas potente y cuyo acento resonó en el fondo de todos los corazones, exclamó:

—¡Vive!

Un grito indescriptible de inmensa ventura, respondió á aquella noticia. Las mujeres extraídas de las ruinas de la iglesia, cayeron de rodillas imitando á Margarita y á su madre.

El capitán lloraba de alegría, y mas de un soldado se mordió el bigote para ocultar su emocion. Allí besaba la tierra; la negra se golpeaba el rostro; y él Kebbir, alzando sus ojos hacía al cielo y con esa voz del justo, cuyo acen-

to debe llegar indudablemente hasta el trono del eterno, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio!

Media hora despues, los trabajadores descubrieron la escalera de la casa sepultada, en uno de cuyos peldaños apareció Estéban sosteniendo á Noemi desmayada, en sus brazos.

XXIII.

Algunos dias despues, los Beni-Haoua que habían vuelto á sus tierras y socorrido generosamente á la desgraciada colonia francesa, rodeaban al capitan Thierry, el cual, gracias á su amigo el Kebbir, era dueño de un campo fértil y ameno, que cultibaban los árabes con esmero, para agradecer á su protector.

El guía, imposibilitado de continuar sus funciones, había hecho venir á su mujer y vivía con ella en una casita construida con parte de los despojos extraidos de las ruinas.

El sol alzabase en Oriente con todo su esplendor, cuando el capitan, que nada tenía que hacer en su nueva posesion, dirigióse al bordje, en donde fué recibido con la mas franca cordialidad. Al medio dia, y mientras la familia del Kebbir

dormía la siesta, el padre invitó á Noemi á dar un paseo bajo los copudos árboles del jardín, y ambos se dirigieron hácia el cedro. Desde el día del terremoto, en que Margarita le revelára el amor de su hija, el capitán no le había dirigido la menor pregunta, pero había reflexionado mucho. Aquella mañana, sea que se hubiese convencido á sí mismo, ó por pagar á Estéban la deuda de gratitud que le debía, lo cierto es, que apenas tomó asiento bajo el cedro al lado de su hija, le habló en estos términos:

—Hija mia, tengo que reñirte, porque no has sido franca conmigo. Yo no te había exigido que me consagrases tu vida, sino tú, que con piadosa intencion me la sacrificabas. Ninguna hija hubiera sido tan virtuosa como tú, por lo que no puedo menos de admirarte y bendecirte; pero me has juzgado mas débil de lo que soy. Además, ¿con qué derecho labraría tu desventura robándote al hombre que ha elegido tu corazón? Equivocado respecto al teniente Marcel (porque los padres somos ciegos) y debilitado por la fiebre, he podido dejarte ver mi repugnancia hácia ese jóven, que juzgaba prendado de sí mismo, y por consiguiente indigno de tí; pero si me hubieses dicho quién era el que amabas con toda tu alma, hubiese experimentado alguna tristeza, porque casarte... ¡era perderte!.... pero no me hubiera opuesto á vuestro enlace. Por otra parte, ¿no perteneces á Estéban? Yo te he dado la vida, pero él te la ha salvado dos veces.

Noemi permanecía muda, pero sus lágrimas decían lo que callaban sus labios.

Su padre la estrechó entre sus brazos, y luego continuó:

—Te hago derramar lágrimas, y no tengo razon para ello, porque tu intencion era buena, pero no sé lo que me digo al pensar que vamos á separarnos.

—No, nos separaremos, padre mio, respondió Noemi; confiad en el padre de Estéban.

—¿Y qué puede hacer por mí? repuso el capitán. Yo no puedo dejar el servicio, y además, la holganza me mataría.

—Esperad, padre mio, insistió la jóven, el Kebbir me ha prometido realizar vuestros deseos, y si no lo consiguiera, juro no separarme de vos.

Su padre la interrumpió:

—Imposible, le dijo. Perdóname mi debilidad, ha sido el último grito de mi corazon, la última protesta de la naturaleza.... ¡Se quieren tanto á los hijos! ¡El que se separa de ellos sin pesar, es porque no los quiere!

Hablaron así largo tiempo, consolándose y animándose mutuamente, y á la hora de comer, padre é hija se presentaron sonriendo ante sus huéspedes.

Seis semanas despues, Estéban iba á desposarse con Noemi. El patio del departamento de la casa de los caminantes, blanqueado y bendecido al efecto, servia de iglesia. Los servidores del

bordje lo habian adornado con ramos de azahar, entre los que se destacaban los estandartes de la tribu, alzándose el altar en el fondo del patio, adornado con jarrones de rosas y mirtos.

La ceremonia se celebró á las once del dia. El cura del pueblo celebraba la misa, y los gefes de los Beni-Haoua, Alf, los oficiales del destacamento, el Oukil y Djabellah, acompañaban á los jóvenes desposados. El capitán lloraba, el Kebbir estaba entregado á la mas profunda meditacion, y su esposa oraba fervorosamente.

En cuanto á Margarita, estaba radiante de alegria, porque aquel casamiento era obra suya.

Despues de la ceremonia, el cura trató de pronunciar un pequeño sermón, pero estaba tan conmovido, que apenas pudo pronunciar la bendicion sobre los nuevos esposos.

El dia de boda, es costumbre en aquella parte del Africa, que los padres marquen á los recién casados la conducta que han de observar, así es, que el Kebbir y su esposa siguieron tan sabia costumbre. El padre abrazó á su hijo, y al darle su bendicion, le dijo:

—Sé indulgente.

—Sé dócil y humilde..... murmuró la madre al oido de la que ya era su hija.

Y en medio de los ingenuos y entusiastas parabienes de los circunstantes, salieron de la iglesia.

Despues de haber recibido los cumplidos de todos, dirigiéronse hácia un frondoso algarrobo,

desde el cual se distinguía la llanura, y los árabes celebraron su fantasía en honor de los nuevos desposados.

Luego sirvióse la comida al aire libre, á la que asistieron cerca de dos mil personas, y Faitha lució sus dotes culinarios en aquella segunda boda de Camacho, sobre todo para los árabes, los cuales aseguraban que nunca habian comido el alcuzcuz tan bien condimentado.

Una extranjera, cuyo semblante se ocultaba bajo los pliegos de su blanco albornóz, llegó casi al terminarse el festin, y habiendo sido invitada benévolamente, descubrióse, y Estéban lanzó un grito de alegría al reconocerla, mientras que Noemi sintió el carmin subir á sus mejillas.

Era Tesadit, la cual, satisfecha al ver realizadas sus predicciones, venia á tomar parte en la alegría general. Varios de los asistentes la invitaron á que les dijera la buena-ventura, y habiéndole llegado el turno al teniente Marcel, le dijo despues de haber observado la palma de su mano.

—Este país no es bueno para tí.

Al anoecer se encendieron infinidad de farolillos de colores, y los gritos, la algazara y el regocijo de los convidados se unieron á los acordes de la música de la tribu. Entretanto, Alf refería á los soldados las hazañas del Kebbir; el Oukil conversaba gravemente con el cura, y su nieto, que no se separaba de los ginetes del Seddik, escuchaba ensimismado sus hechos de armas.

Por último, cuando se retiraron los nuevos esposos y los convidados, el Kebbir, rodeado de sus mas íntimos amigos, tomó asiento bajo un cenador cubierto de campanillas y madreselva, y vió con placer, que la alegría rebozaba en el rostro del capitán. Este había recibido aquella mañana, el nombramiento de comandante y jefe de la oficina árabe de Milianah. Gracias á las gestiones del Kebbir, el capitán veía recompensados sus servicios y asegurada su permanencia al lado de su hija.

El capitán con este motivo, quiso demostrar en público su agradecimiento hácia el Kebbir, el cual lo interrumpió diciéndole:

—En el puesto que vás á ocupar, puedes hacer mucho bien. Luego dirigiéndose á todos los circunstantes, y siguiendo el hilo de sus frecuentes meditaciones, prosiguió:

—La sabiduría no existe en absoluto. Esos soñadores que en todos tiempos han tratado de encontrar la fórmula del bien de la humanidad, se han equivocado. La humanidad es demasiado compleja, y un solo hombre no puede conocer sus ideas, sus gustos, sus necesidades y sus aspiraciones. Por grande que sea su poder, no puede satisfacerlas, porque hay una gran falta, de proporcion entre ella y él. Mas lo que no podemos hacer para muchos, podemos realizarlo respecto á algunos; y si todos hicieran siempre el bien que pudieran á sus semejantes, en poco tiempo desaparecería la miseria de la superficie

del globo, y la sociedad sería menos desgraciada.

El médico que como buen alemán, era amante de las definiciones, preguntó lo que debía entenderse por la palabra *felicidad*.

El Kebbir le contestó en estos términos:

Si por esa espresion, dijo, comprendiéramos, un estado de felicidad perpétua y duradera, sin inquietudes, sin penas y sin recuerdos, la felicidad no existiría sobre la tierra, sino para los niños y los tontos. Físicamente, y aun en perfecta salud, no sentimos la vida, sino por medio de un malestar inesplicable; moralmente, no es mas que un momento de espera y una vaga aspiracion. En este país terrible al par que encantador, en el que vivo retirado hace diez años, la falta de civilizacion suele mortificarme, y la naturaleza, se encarga algunas veces, como lo ha hecho no hace mucho, de recordarme que soy mortal, y que nuestra existencia es efímera: sin embargo soy feliz. Pero no es solamente porque vivo á mi manera, porque veo satisfechas todas mis necesidades y porque poseo el amor de mi esposa y de mis hijos, así como el afecto de mis vecinos; sino porque me ocupo poco de mí y pienso mucho en los demás.

Y fijando sus cariñosas miradas en su mujer y en su hija, que lo escuchaban atentamente, repuso:

—He reflexionado detenidamente, sobre el misterio del destino del hombre, y hoy, lo con-



fieso con rubor despues de treinta años de estudio, puedo aseguraros que sé tanto como el primer dia. Sin embargo, si alguno de vosotros me preguntase qué regla de conducta debía seguir, le contestaría. Hacer siempre el bien y socorrer aun á las personas indignas de nuestra estimacion y de nuestras simpatías. Esto no os enseñaría nada nuevo, pero cualesquiera que fueran los desengaños que os asaltasen en vuestro camino, obrando así, encontraríais un gran consuelo.

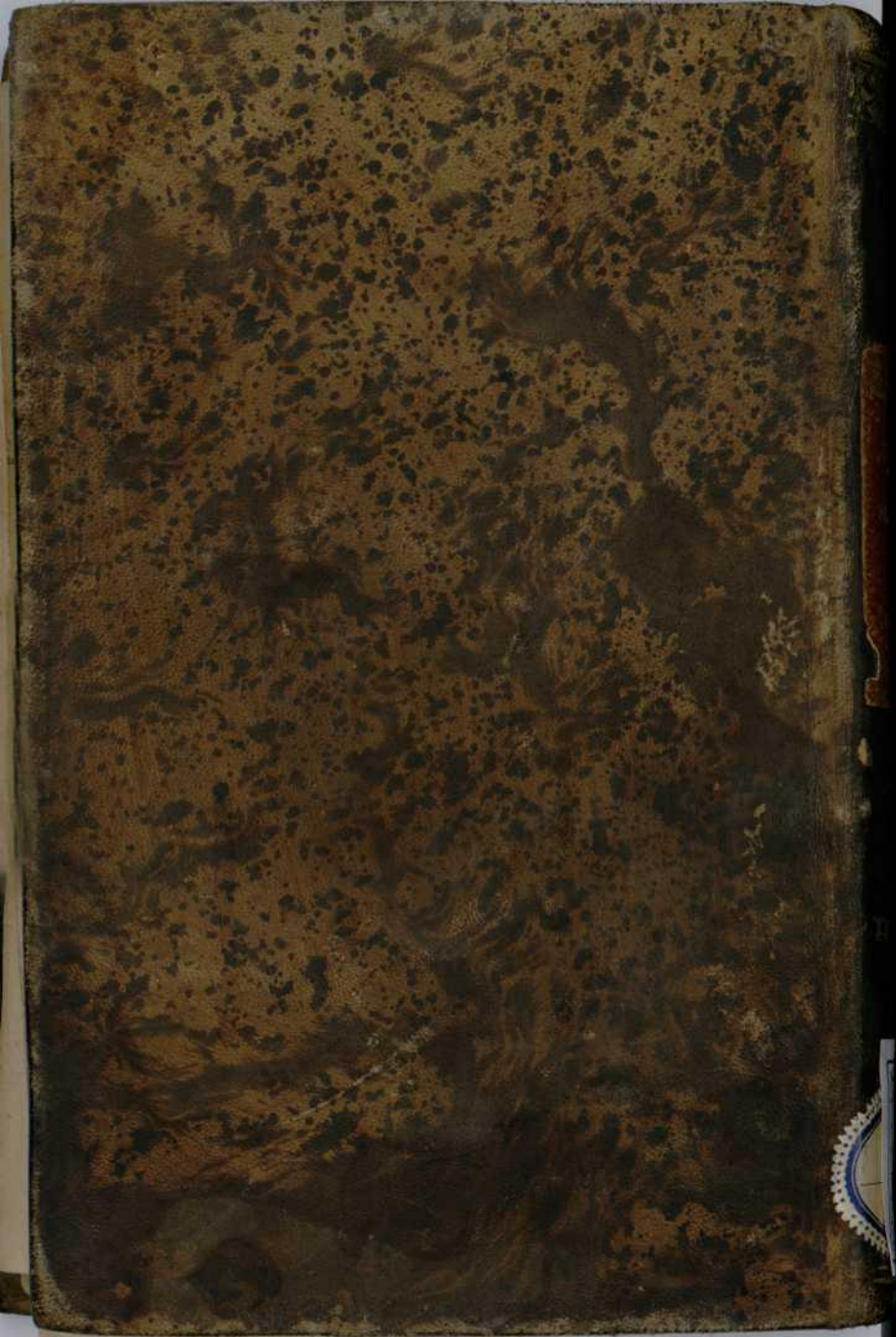
Margarita al escuchar estas palabras, apoyó uno de sus dedos, sobre los lábios de su padre, y exclamó.

—¡No decid mas padre mio, el verdadero destino de la criatura, es hacer el bien!

Y luego abrazando cariñosamente al Kebbir, añadió:

Y es el *secreto de la felicidad.*







大英京東廣源洋行

Leppéau

EL SECRETO

DE

A FELICIDAD



B
14
273